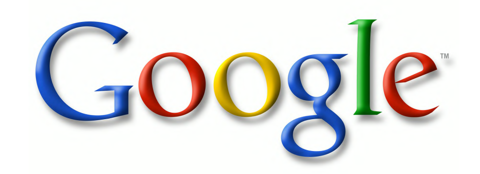
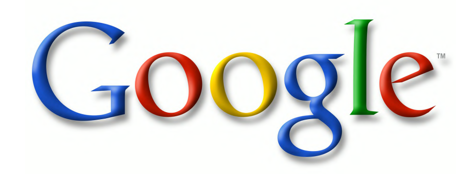
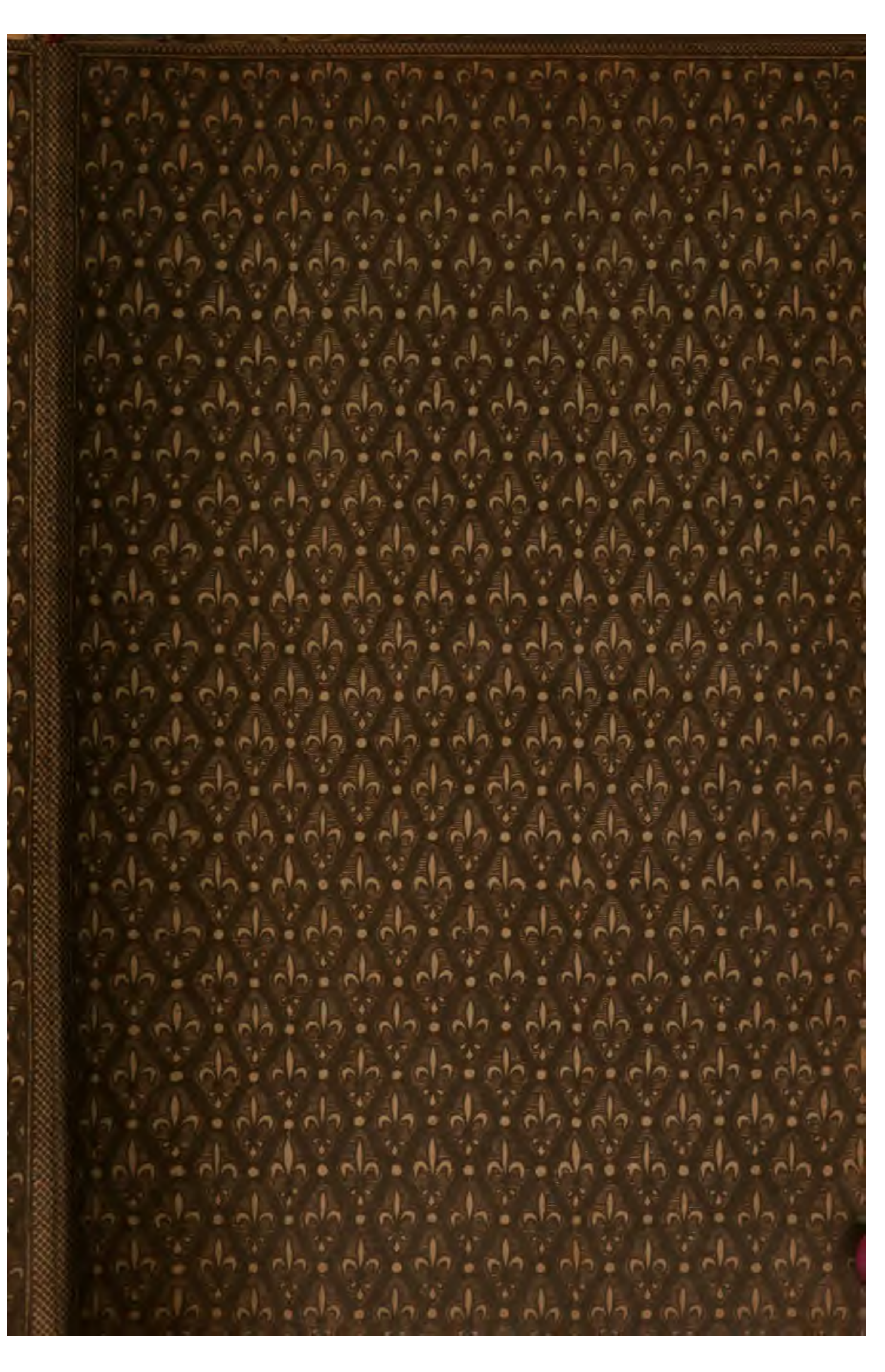





Harvard College Library


CHRISTO ET ECCLESIAE
SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG



AYER

HOY Y MAÑANA


MON:AFER
FA'L:SABER
:O'ALERT

AYER
HOY Y MAÑANA

Ó

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

CUADROS SOCIALES DE 1800, 1850 Y 1899

DIBUJADOS Á LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES

TOMO III

NUEVA EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1893

PARTE TERCERA

MAÑANA

Ó LA CHISPA ELÉCTRICA EN 1899

INTRODUCCIÓN

> Se suplica al lector que si no la entiende, no la vuelva á leer, sino que la pase de largo, porque es posible que cada vez la entienda menos; y así, ya que no gane otra cosa, ganará el tiempo, que es el gran capital de MAÑANA.

En el nombre del hierro, de la electricidad y del carbón de piedra, que son tres agentes distintos y una sola y única palanca de la presente civilización, damos principio á este libro, tercera y última parte de nuestra obra.

La natural impaciencia con que el público aguarda este trabajo, las mil preguntas que los más curiosos nos han dirigido y las otras tantas que nosotros mismos nos hemos hecho, todo debiera arredrarnos un poco y un mucho, y aun estaría justificado nuestro arrepentimiento si hubiéramos pensado hacer una obra fantástica, profetizando á nuestro capricho sobre lo que habrá de ser la sociedad que está por venir; pero como no es así por fortuna, he aquí la razón de que sin miedo alguno nos lancemos á escribir HOY la historia de MAÑANA, que ofrecimos AYER.

Hanse engañado los que hayan creído que para adivinar los destinos futuros de la humanidad española íbamos á tomarle al tiempo su mano descarnada, estudiando en ella, con unos cuantos signos gitanos, los jeroglíficos del porvenir; tampoco aciertan los que hayan pensado que estaríamos con la baraja entre los dedos, echando las cartas sobre un taburete, para buscar en sus diferentes combinaciones los secretos del destino; también se engañan los que se hayan figurado que para escribir este libro contábamos con algún zahorí, de los que antiguamente descubrían metales y tesoros debajo de tierra y ahora podrían haber perfeccionado su ciencia adivinando misterios futuros; y por último, debemos decir que asimismo se equivocan los que hayan imaginado que teníamos pacto expreso y formal con el diablo para que nos dijera lo que él mismo ignora.

Es posible que la mayoría de las gentes nos haya hecho la justicia de creernos incapaces de ser gitanos ni brujas ni zahoríes ni hechiceros ni menos hechizados; pero los que así piensen habrán creído que íbamos á discurrir tranquilamente sobre lo que podía suceder MAÑANA, teniendo presente lo que fuimos AYER y lo que estamos siendo HOY, ó que prescindiendo de lo que antes ocurrió y de lo que ahora ocurre, íbamos á decir lo primero que se nos antojara, fiados en que

«si el mentir de las estrellas
es un seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas,»

el mentir de tiempos futuros es un mentir sin consecuencia alguna, porque nosotros habíamos de decir: «allá nos las den todas,» sin importarnos gran cosa de nuestra fama póstuma, como hombres de verdad y de sano criterio.

Pues sin embargo, lector, aun esas gentes que parecen hacernos tanta justicia y tratarnos con tanta benevolencia se equivocan. No vamos á ser profetas irresponsables, como lo fué en 1774 M. Mercier al publicar su libro titulado *El año dos mil cuatrocientos cuarenta*, ni como Emilio Souvestre, que recientemente ha escrito *El mundo tal cual será el año tres mil.*

Empezando por decir que nosotros no vamos tan lejos como estos autores, porque somos más cortos de vista y la de nuestra inteligencia no alcanza más allá del año 1899, esto es, á la entrada del siglo XX, debemos declarar y declaramos, sin vergüenza ni rubor alguno, que por nosotros solos, con nuestro propio esfuerzo, jamás habríamos intentado la empresa que hemos acometido.

Si el magnetismo animal
no hubiera dicho «¡allá voy!,»
gritando ufano «¡yo soy
la piedra filosofal!;»
si el *médium*, ¡otro que tal!,
con su ciencia sobrehumana
no hubiera venido en gana
de alumbrar esta balumba,
vivieran en ultratumba
los secretos del MAÑANA.

Pero no ha sido así por fortuna, y cuando el hombre estaba medio desesperado y casi á punto de renegar de su inteligencia porque no le permitía ver más allá de sus narices, descubrió el magnetismo animal, y con

unas cuantas sacudidas magnéticas echó una siesta sonámbula, se hizo *vidente* y descubrió, no sólo los secretos del pasado y los misterios del presente, sino las cosas del porvenir. Adivinó, y fué mucho adivinar, que dentro de sí propio era donde estaba escrito todo lo que deseaba saber, y cerrando los ojos á la razón miró hacia dentro y en el acto averiguó cuanto las generaciones pasadas tuvieron el egoísmo de llevarse consigo y aun lo que el porvenir tenía preparado para irle sorprendiendo.

Se avergonzó, y tuvo razón para avergonzarse, de haber inventado los cristales cóncavos y los convexos y de haber hecho los telescopios, que sólo sirven para ver, á una distancia dada, los objetos que están á la vista; y sin arrepentirse de haber derribado la estatua de la Fe porque tenía los ojos vendados, se cubrió los suyos.

Y satisfecho de que no se le pudiera escapar la facultad de ver por las ventanas de la cara, logró repartir el *fluido vidente* por todo su cuerpo, y así tuvo la dicha de ver con las yemas de los dedos, de leer con los codos y de pensar con todas las partes y coyunturas de su individuo.

Tuvo la modestia de llamar *doble vista* á esa visión múltiple, y con ella hizo tales prodigios y obró tales milagros que el mundo se quedó absorto y verdaderamente magnetizado.

A su voz magnética sanaron los enfermos perláticos, resucitaron los muertos antiquísimos, revolotearon los espíritus antediluvianos y desaparecieron todas las distancias.

Tendido el sonámbulo en una butaca, porque los dioses de este siglo no nacen en un pesebre, sino que están por la comodidad y los muebles *confortables*, cerraba los ojos y empezaba á verlo todo, lo mismo lo que había pasado al principio del mundo, que lo que estaba ocuriendo entonces, y entraba en conversación con toda clase de difuntos, sin que él dejara de entenderlos á todos y sin que ellos le suplicaran que les hablase en su propio idioma porque no habían tenido tiempo de aprender los idiomas modernos.

Más tarde quiso hacer un nuevo ensayo de su omnipotencia, é infundiendo su espíritu á la materia, prestó su doble vista magnética y su voz sonámbula á las mesas, á los veladores, á las sillas y á otros objetos análogos, inventando los *veladores parlantes.* Así estos muebles, humanizados por el hombre, fueron por algún tiempo los loros y las cotorras del presente siglo; pero como una de sus mejores habilidades era la de adivinar y decir la edad de las personas que se acercaban á saludarles, cayeron en desgracia con el bello sexo, y las mesas parlantes vinieron á ser lo que los duendes y las brujas de los tiempos antiguos: la casa en que había un mueble charlatán se desalquilaba al punto, y aun se hicieron algunos autos de Fe con ciertos veladores.

Así desapareció la doble vista y la doble charla, pero sin que por esto dejara de haber magnetizadores y sonámbulos, sino que, por el contrario, á medida que los unos y los otros tenían más facilidad para infundir su *quid satanicum* á toda clase de cosas y de personas, inventaban nuevos prodigios y hacían mayores milagros.

Tras de magnetizar por el placer de hacer dormir, tras de hacer dormir por el gusto de hacer hablar y tras de dar á las cosas y á las personas esta facultad charlatanesca para que con ella pudieran evocar los espíritus y echar una plática mano á mano y lengua á lengua con las gentes del otro mundo, vino el deseo de hacer aplicaciones de esta ciencia sobrehumana para inventar algo más que divino, y he aquí el origen del *médium*.

El *médium* (y vete, lector queridísimo, tragando esta palabra latina hasta que más adelante te la expliquemos en castellano), aunque te suene á cosa de medias no sirve para las piernas, ni tiene nada que ver con las calcetas. El *médium* es, por el contrario, una cosa que sirve para los brazos y que corre por ellos como una especie de sangría suelta de toda clase de palabras, formando con ellas párrafos elocuentísimos y revelaciones estupendas.

El *médium* es la quinta esencia de la razón humana, ó mejor dicho, un préstamo que le hemos tomado á la divina para podernos presentar con descaro á las generaciones futuras y decirles cuando nos miren asombradas:

«Nosotros hemos sabido llegar hasta aquí; es imposible que vosotros seáis capaces de ir más allá.»

Más allá, lector, indudablemente no irá nadie.

Porque has de saber que el *médium*, que si este siglo no pecara de modesto se llamaría el *óptimum*, el *máximum* y el *infinitíssimum*, es la facultad que tiene una mano cualquiera (la izquierda ó la derecha, que el verdadero genio lo mismo es zurdo que diestro) para agarrar una pluma y escribir con ella una obra que sea el pasmo y el asombro del mundo.

Pero no creas que esa mano ha de ser gobernada y dirigida por la persona de quien forma parte, porque esto claro está que no tendría mérito alguno; la gracia consiste en que el dueño del brazo que escribe no tiene con él contacto alguno. De hombro abajo se establece una completa independencia, porque el brazo es tan libre y tan dueño de sus acciones como lo era el velador parlante, y así sabe el hombre lo que sus propios dedos están escribiendo, como si echara por los cerros de Úbeda.

Entre el pensamiento del afortunado mortal que tiene la inapreciable dicha de ser *médium* y el brazo que escribe no debe existir relación al-

guna. Si un orador es *médium*, mientras su mano escribe una obra proteccionista, él puede estar pronunciando un discurso en defensa de la libertad de comercio. Es decir, que si en tiempo de Lutero se hubieran conocido los *médiums*, se podría sospechar, y tal vez con fundamento, que mientras el tristemente célebre agustino escribía la reforma de la Iglesia católica, su alma pensaba como la de San Agustín y su imaginación se entretenía en cantar las alabanzas y los villancicos de la confesión, de los sacramentos y del purgatorio, que había negado y anatematizado.

Pero entonces no se habían descubierto semejantes prodigios ni inventado tales milagros, y así debemos creer que Cervantes pensaba lo mismo que su mano acerca de los libros de Caballería; que Lope de Vega escribió con la cabeza y no *á brazo perdido* sus dos mil comedias, y que al Tostado no le ayudó ningún *médium* á trazar las innumerables obras que dejó escritas.

La mayor edad de los brazos, como el libre albedrío de las mesas y los veladores, no se ha declarado hasta nuestros días; la ciencia adivinadora es modernísima, y el velo del porvenir no ha podido rasgarse hasta que nos ha ocurrido taparnos los ojos para destapar la doble vista.

Con ella, lector, va escribir nuestro brazo el presente libro.

Nosotros no sabemos nada, absolutamente nada de lo que dirá en él, porque, como hemos dicho y es cosa sabida, entre el brazo del hombre que tiene la dicha de ser *médium* y su propia inteligencia no hay relación alguna. ¡Quién sabe en lo que nosotros estaremos pensando mientras nuestra mano está escribiendo! A fe, á fe que harto tiempo la hemos guiado y dirigido, y es muy justo que ella aproveche las ventajas de este siglo de la despreocupación para andar por sí sola, sin ayuda de nadie y sin miedo al qué dirán, proporcionándonos algún descanso.

Y así, lector, á riesgo de que nos tengas por pesados, una y otra vez te repetimos que aunque no nos lavemos las manos, porque una de ellas la vamos á tener ocupada, nos declaramos completamente inocentes y de todo punto irresponsables de cuanto se diga en esta última parte de la obra.

Cuando el libro esté terminado é impreso acudiremos á una librería á comprarle, dando con esto un buen ejemplo al público, y le leeremos con indulgencia, por si esto puede influir en que las demás gentes hagan lo mismo.

Es posible que á nosotros nos guste más que á ningún otro lector lo que nuestra pluma, ó mejor dicho, la de nuestra mano haya escrito; pero esto es harto disculpable; pues por grande que sea la independencia que el magnetizador haya introducido entre el brazo y el entendimiento, ¡dejará de ser el primero una porción de nuestro propio individuo! ¡Qué otra

cosa quisieran los ladrones y los asesinos y la turbamulta de los malhechores sino que los tribunales de justicia admitieran la teoría del *médium*, y declarando irresponsables sus cabezas, les dejasen en libertad con sólo cortarles un brazo, ó los dos, si el *médium* lo era *in utroque!*

Nosotros, aunque admitamos esa teoría, no podemos prescindir de que el brazo es nuestro, y nos hace gracia que sin haberle enviado á cursar universidades sepa escribir por sí solo, no ya sobre las cosas pasadas, que eso, bien ó mal, ya lo hicimos nosotros en las páginas del AYER, ni de las presentes, como acabamos de hacerlo HOY, sino de MAÑANA.

Dios le ilumine, porque aunque es posible que al dejarse convertir en *médium* haya contado más con Satanás que con Dios, nosotros queremos encomendarle á la clemencia divina, mientras pedimos para su trabajo la benevolencia humana. Que le deseamos con toda sinceridad. *Amén.*



UN PRÓLOGO

VERDADERAMENTE SERIO, AUNQUE TODO LO QUE EN ÉL SE DICE PAREZCA PURÍSIMA BROMA

«¿Piensas que esto que llaman poesía,
cuyos primores se encarecen tanto,
es cosa de juguete ó fruslería?
¿O que puede adquirirse el numen santo
del dios de Delo, sin estudio ni arte,
por conjuro de bruja ó por encanto?»

En tiempo de Moratín, autor de los versos que dejo citados, podría ser verdad que para escribir en verso hubiera necesidad de arte y de estudio, y que la influencia de las brujas y el encantamiento no alcanzasen á hacer tales milagros; pero hoy día han cambiado las cosas lo bastante para que se pueda escribir en verso y en prosa sin estudios previos, y aun sin la intervención de las brujas y los encantadores.

La magia de la Edad media, torpemente olvidada en estos últimos siglos, ha resucitado en el segundo tercio del presente, no á la voz de los magos y de los hechiceros, sino llamada por los hombres de ciencia, los cuales empezaron por graduarla de bachillera y han acabado por ponerle la muceta de doctora.

Los Estados Unidos de América, cuyos habitantes no pueden ser sospechosos en materias de superstición y de fanatismo, porque sabido es que no creen en nada ni oyen más voz que la del oro ni conocen otros vínculos que los del dinero, es donde nació, creció y se robusteció el fluido magnético, causa y origen del espiritismo y de los espiritistas, tras de los cuales ha venido lo espiritual, el espiritualismo y hasta la filosofía espiritualista.

Allí, donde se albergan los renegados de todas las religiones, los incrédulos de todas las sectas y los verdaderos espíritus fuertes, que se rebelan contra toda doctrina revelada y toda creencia admitida y sancionada por los siglos; allí ha sido donde apareció por vez primera un espíritu invisible, embutido en todas las mesas y los veladores de las casas, que fué la base y el fundamento de esa flamante religión espiritista que tiene por secuaces á todos los incrédulos y por apóstoles á una porción de gente desocupada, alegre y divertida.

Entre las pacas de algodón que van á todas las partes del mundo para entretener las fábricas y hacer que los trabajadores no estén ociosos y piensen en tonterías, llegaron á Europa los primeros catecismos de la nueva doctrina espiritualista, y pronto hallaron predicadores en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia y adeptos en todas partes, hasta en España, es decir, en la España semifrancesa: en ese pequeño grupo de compatriotas que creen que el agua del mar es más salada en las costas francesas que en las españolas; que no saben mover los pies si no los llevan calzados á la francesa; que para dar energía á la frase castellana la salpican de galicismos, y en suma, que serían capaces de salir á la calle con paraguas en día de sol, si el telégrafo se cuidara de decirles que en París estaba lloviendo. Esas gentes, que pueden estar y están suscritas á las revistas *espiritistas* que se publican en París, y leen en francés *El libro de los espíritus* y el de los *médiums*, obras famosísimas del famoso espiritista Allan Kardec, y muchos otros trabajos de igual índole, entre ellos la gran obra de *Las revelaciones del mundo de los espíritus*, de J. Roze, *médium de primera fuerza;* esas gentes, lector, son las que entienden algo y aun algos de la doctrina espiritista; y no por ellas, sino por ti, que quiero creer que no sabes nada de estos misterios de la nueva sabiduría humana, es por quien escribo este prólogo. Dame, pues, permiso para hacerte una ligera historia del magnetismo, del sonambulismo y del espiritismo, pero prométeme que has de creer todo lo que te diga como si fuera una gran verdad.

Pues señor, habían ustedes de saber que este era un caballero norteamericano, cuyo nombre he logrado olvidar para que la historia aparezca más interesante, el cual estaba en su casa el día no sé cuántos del año 1850 sin meterse con nadie, sin hacer daño á nadie y sin creer en nada, absolutamente en nada, ni siquiera en sí propio, cuando de repente, ¡oh repente feliz digno de eterno aplauso!, oyó un golpe y luego otro y tras de aquél otro, y aunque registró toda la casa no halló en ella nada que pudiera explicar semejante suceso. Pero los golpes seguían, el arrastrar como de cadenas aumentaba, y aunque el caballero estaba acostumbrado á dudar de lo que otras gentes oyeron, no podía dudar de lo que él mis-

mo oía; y por último, no se trataba ya de una alucinación del órgano del oído, sino que también la vista empezó á tomar parte en el asunto, y el caballero yankee vió por sus propios ojos que las mesas y las sillas se movían y como que le saludaban al acercarse á ellas, y caten ustedes que como el hombre no creía en visiones ni en apariciones y casi era profesor de incredulidad, entró en cuentas consigo mismo y dijo: «*Aquí no hay duda;* en estas paredes y en estas mesas hay agentes ocultos, invisibles, impalpables y de seguro imponderables.» Salió á la calle á contar el suceso á los amigos, y como no tenía fama de visionario ni de supersticioso, sino que era, por el contrario, un verdadero incrédulo, nadie dudó de lo que él decía, y todos se pusieron á mirar con atención los muebles de su casa, palpándolos, no para ver si se movían, sino para que se movieran, y he ahí el origen del nuevo baile de San Vito que se declaró en todos los objetos inanimados del Norte de América y más tarde en toda Europa.

Las tertulias de la clase alta, porque todas estas revoluciones fantásticas vienen de arriba á abajo, las de la clase media y las del pueblo se entretuvieron en hacer girar los veladores, en creer que giraban ó en aburrirse por no saberlos hacer girar, y nadie se volvió á acordar de los muebles andariegos hasta que éstos, incomodados de que no les hiciesen caso, pidieron la palabra y empezaron á hablar. El mismo señor americano, que no se conformaba con que aquella danza quedase sin alguna aplicación positiva, dijo, y dijo con razón: «Si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente también.» Y con este raciocinio y otros que se hizo entre dientes, y que no han pasado ni pasarán á la historia, averiguó que el velador se movía á impulsos de un ser inteligente; que ese ser era un espíritu, y que el espíritu era el de algún difunto desocupado, que se había venido un pie tras otro á echar una cana al aire, como suele decirse, divirtiéndose en menear las sillas y los veladores.

Pero esto no lo pensó por sí solo, sino que acercándose á un veladorcito de los más revoltosos y pasándole la mano por el lomo con aire de cariño, le dijo:

—Creer y pensar que tú te mueves por ti solo, sería una tontería; hablar de duendes, de brujas y de encantamientos en este siglo de la despreocupación, del materialismo y de la ilustración, no hay que pensarlo; las gentes de la fe pertenecen ya á la historia. Nosotros no creemos sino lo que vemos, y como yo veo que te mueves, por eso creo en tu movimiento; pero como no hay efecto sin causa, la causa está dentro de ti; tú tienes alma, tuya ó ajena, esto es lo que menos importa; sería yo un alma de cántaro si no lo conociese. Y como hasta ahora, por lo que veo, care-

ces del órgano de la voz, no podrás contestarme á ciertas preguntas que pienso hacerte, por lo cual he resuelto que cuando muevas una pata es que dices que no, cuando estés quieto dices que sí, y cuando alces dos patas es que te he dicho alguna sandez y no quieres contestarme.

El velador se hizo el sueco y no dijo que sí ni que no; el norteamericano creyó que otorgaba, y empezó su interrogario. Pero de repente, ¡oh repente mucho más feliz que el anterior!, se sintió inspirado, y acercándose con el mayor respeto al veladorcito le dijo:

—¡Ea, amigo!, por la virtud que el espíritu te da y la que tú mismo tienes, ¿podrás decirme si te atreverás á una cosa? ¿Te atreverías á escribir por ti solo si yo te atase una pluma ó un lápiz á una de tus tres patas?

El velador no dió más respuesta que ponerse en dos pies, y dejándose atar en el tercero un lápiz, escribió resmas y resmas de papel hasta trazar toda la novísima doctrina espiritista; la cual, recogida por unos cuantos apóstoles yankees, gringos, gabachos é italianos, ha sido esparcida por el mundo y predicada de gente en gente y de lugar en lugar, no de palabra ni *gratis et amore*, sino por medio de la imprenta y en libros de todos tamaños, vendidos á buen precio. El apostolado espiritista no ha salido del gremio de los pescadores, pero está compuesto de gente que pesca muy buenos cuartos.

En cuanto á los adeptos de esa nueva magia, los que se burlaron de sus padres porque tuvieron miedo de los duendes y de las brujas para creer ellos en la existencia del alma de los veladores y de los fregaderos, esos no sabré yo, lector, decirte lo que pescan; lo único que sé es que desde que andan los espíritus revoloteando y siendo la carcoma de las mesas y de las sillas, ha crecido considerablemente la estadística de las casas de locos. ¿Y sabes lo que dicen los padres maestros del espiritismo, cuando les enseñan el fruto de sus doctrinas?; pues allá te van esas líneas, copiadas de una de las obras más importantes, del libro que podríamos llamar el Alcorán del espiritismo:

«Nos arguyen diciéndonos que algunos se vuelven locos con el espiritismo. Claro es que sí; como con el trabajo corporal se rompen las gentes un brazo ó una pierna, así á los espiritistas se les rompe su instrumento, que es la cabeza. Pero en cuanto se mueren quedan como si tal cosa, porque se sacuden de la materia. Y de todos modos, son *mártires del trabajo.*»

¡Qué te parece, lector, de esta nueva doctrina y de este nuevo martirio!

¡No te compadeces de mí, que por vivir á la moda y por darte este libro de MAÑANA en la forma más flamante y más nueva que HOY se conoce, voy á ponerme en contradicción con las gentes de AYER, que en

medio de todas sus preocupaciones y su fanatismo tuvieron valor para vivir en los desvanes que se decían habitados por los duendes, y que más de una vez salieron al tejado con una escopeta y con una perdigonada desembozaron al ensabanado galán que tenía amedrentado el barrio!

Aguardemos tranquilamente el día en que la ilustración salga al tejado de la ciencia á desembozar á los espiritistas, y mientras tanto vivamos con ellos y seamos uno de tantos.

El fluido vital, el fluido magnético, el fluido nervioso y otros varios fluidos sutiles, impalpables, invisibles é imponderables, suben y bajan por todo mi cuerpo. Ya me hormiguean los pies y las manos, y siento escalofríos espiritistas en la cabeza. Estoy, lector, en verdadera tensión armónica para toda clase de prodigios magnéticos, y soy lo que se llama un verdadero *médium mecánico, intuitivo, auditivo, parlante y vidente.* Los fluidos *biológicos, odilios, astrales y vitales* me tienen tan inflado, que tengo miedo de volar y de resolver contra mi voluntad el dificilísimo problema de la dirección de los globos.

Tú, lector, que has sido bastante prudente para renunciar á ser espiritista, sírveme de lastre en esta hora tremenda, porque estoy absorbiendo tantas emanaciones vitales que es posible que llegue á ser un *vampiro magnético*, que es una de las especies antropófagas del espiritismo. Pero no me tires de la levita sino cuando me veas muy sublimado, porque como soy *médium*, y el *médium* es el intermediario del espíritu para con el hombre, ordinaria y constantemente estaré espiritado.

Y por conclusión y para que no creas que este oficio se ejerce libremente y sin sujeción á reglas y preceptos muy severos, te diré que el padre maestro Allan Kardec dice, en la página 422 del famoso *Libro de los médiums*, que «esta facultad se obtiene con la precisa condición de no abusar de ella, porque al que abusa se la retiran ó se la vuelven contra él; porque los espíritus inferiores están á las órdenes de los superiores.»

Y asimismo te encargo que si tú advirtieras alguna falta de ortografía en este libro no me eches la culpa, porque según dice el mismo espiritista: «Los espíritus cometen faltas de ortografía, porque como vienen de prisa y corriendo, no pueden pararse en semejantes pequeñeces.»

Conque ya que estás impuesto de algunas cosas de las más esenciales para comprender el camino que juntos hemos de andar, permíteme que te salude y me duerma, mientras mi mano y mi pluma, movidas por los espíritus que tengan á bien honrar mi casa, escriben los destinos futuros de la sociedad española.

Ignoro si será la Pitonisa de Endor ó la Sibila de Cumas, ó Simón Mago ó el doctor Mesmer, los que vendrán á darme hecho el trabajo; pero sea quien sea el genio que mueva mi pluma, yo he de dejarla correr

á su capricho sin ponerla cortapisa alguna. Sentiría que se apoderasen de ella los magos de Faraón y arrojaran sobre el MAÑANA de mi patria cien plagas peores que las de Egipto; pero aunque así fuere, ya no puedo volverme atrás. Vendí mi pluma al demonio del espiritismo sin pacto de retro, y negocio concluído.

Cuando fuí dueño de mí mismo y mojaba mi tosca pluma de ganso en un modesto tintero de loza de Talavera, con las armas de la Inquisición pintadas de azul, te enseñé como mejor pude los rezagos del siglo XVIII arrastrándose, heridos de muerte en 1800, hasta expirar en 1808. Más tarde, con elegante pluma de acero, mojada en tintas de varios colores, he puesto á tu vista la lozana generación presente, amagada de no ser nada por la noble ambición de quererlo ser todo; pero ahora que quiero asomarme á la puerta del siglo XX para ver lo que está escrito en el libro del porvenir, me he de contentar con servir de instrumento mecánico á otro espíritu diabólico y más inteligente que el mío. De este modo se prueba que, á medida que nos vamos materializando, vamos resultando más sutiles.

Y es tanta la sutileza, que sospecho, lector, que á pesar de haberte dado dos prólogos, nada cortos ciertamente, no he logrado explicarte lo que tenía necesidad de decirte. Si así fuere, hazte cargo de que al perforar las montañas que separan el HOY del MAÑANA, estamos atravesando un túnel muy largo, sin luces de ninguna clase, sólo con la esperanza de que al llegar al otro lado, la chispa eléctrica ilumine el cuadro.





DOS PALABRAS MEDIANÍMICAS

Ó EL VERDADERO PRÓLOGO DEL LIBRO

Gracias sean dadas á Dios, querido lector, por haber llegado la hora de que tú y yo estemos solos y libres de la enfadosa presencia del autor de esta obra, espíritu apocado y miserable que después de haberte ofrecido, con ridícula arrogancia, escribir los secretos del mundo que está por venir, retratando las costumbres del pueblo español en el siglo XX, se ha asustado de su ofrecimiento, se ha reconocido corto de vista para tamaña empresa, y llamándome en su ayuda, me ha vendido su brazo para que corra por él el fluido magnético de mi espíritu vidente, y con la escritura *medianímica* haga yo este libro que él se ha declarado incapaz de hacer. Y porque creo que tú eres más ilustrado que él, no quiero hacerte la ofensa de explicarte las sublimes teorías del espiritismo, ni menos la de perder el tiempo en refutar los dos prólogos que el pobre escritorzuelo te ha encajado para explicarte, á su modo, lo que él es incapaz de entender. Ignora el muy sandio que yo estaba en su despacho sobre su misma mesa de escribir y aun entrando y saliendo en su tintero mientras los confeccionaba, y que si hubiera querido inocular mi espíritu en el suyo, le habría hecho escribir lo que se me hubiese antojado, impidiéndole rociar con el vinagrillo de la incredulidad las grandes verdades que yo voy á escribir. Pero los espíritus de estos tiempos, que somos muy tolerantes, dejamos que cada cual obre como quiera, y por eso he permitido que ese pobre escritor, asustado y como si tuviera los demonios en el cuerpo, haya dado unos cuantos hisopazos en las primeras páginas de este libro.

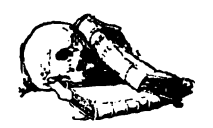
Yo, lector, no soy diablo ni mucho menos, y ya habrás visto que he comenzado estas líneas dando gracias á Dios, sino que soy nada menos

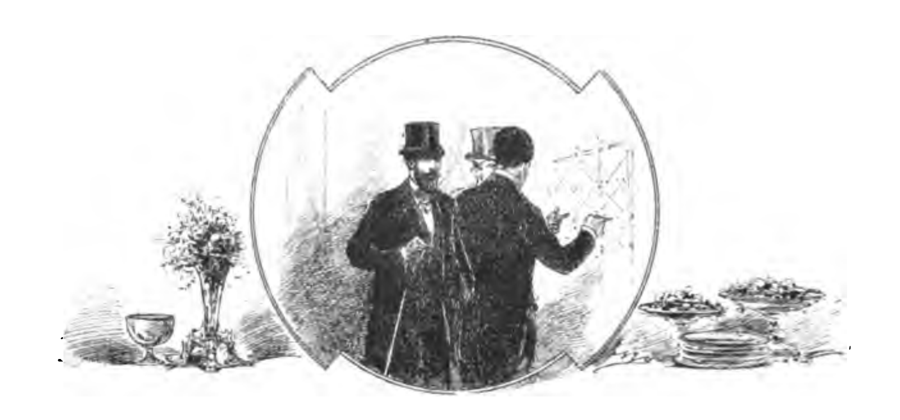
que el sabio encantador Merlín, que ya en mis tiempos antes de estar espiritado predecía las cosas del porvenir, y que gracias á los franceses, que todo lo adivinan, acabo de saber que cuando andaba por el mundo no fuí otra cosa sino un *médium* de primera fuerza (1). Por eso, ya que yo he dado gracias á Dios al verme á solas contigo, dáselas tú á tu vez por haberte tocado en suerte un *médium* tan experimentado que ya lo fué en sus mocedades, esto es, allá por el siglo V, cuando entre otras habilidades que me reconoció la posteridad se cuenta la de haberme llevado unas grandes montañas desde Irlanda á Inglaterra. No fué tan feliz como los franceses el ingenioso hidalgo manchego, que murió sin haber sabido que yo no fuí tal encantador ni hechicero, sino un pobre *médium*.

Pero sea de ello lo que quiera, ahora no soy otra cosa que un fluido invisible, impalpable é imponderable, ó como si dijéramos, un glóbulo de la homeopatía espiritista, sin color, olor ni sabor, que me he ingerido en la mano derecha del que aparece autor de este libro para dar con la pluma un paso por España en 1899, enseñando al lector, como cosa de presente, la sociedad que para él está por venir y que yo la veo como si fuera cosa de presente.

Conque manos á la obra, y tengan todos mucho cuidado con no volver la vista atrás, porque en el momento que tal cosa hicieran es posible que desapareciera el MAÑANA..

(1) Camilo Flammarión, en su obra titulada *Les habitants de l'autre monde*.





CUADRO PRIMERO

COMAMOS Y LUEGO HABLAREMOS

Aunque ya ha caído en desuso la ridícula costumbre de los tiempos antiguos, en que las gentes se saludaban con un tenedor en la mano, siendo imposible vender un caballo sin echar el *alboroque* con unas copas y unas chuletas, ni inaugurar un guardacantón sin tener una comida; como tú, lector, estarás aún encariñado con aquellos usos y te costaría trabajo entrar en relaciones conmigo á secas, quiero convidarte á almorzar, siquiera digas para tus adentros que comunidad que empieza por enseñar el refectorio, no da muestras de ser muy sobria ni muy morigerada. Piensa lo que quieras, que tiempo tendrás de rectificar tu juicio si te hubieses engañado, y ahora almorcemos, que es lo que importa.

En mi casa, lector, no porque yo sea un espíritu y pudiera muy bien vivir embotellado, sino porque es una de tantas casas á la moderna como hay en el Madrid de 1899, me sería imposible darte de almorzar; porque aunque tú me dispensaras la falta de un comedor, yo no podría servirte faltándome, como me falta, la cocina. Imponiendo las yemas de los dedos pulgar é índice sobre las paredes de mi cuarto de vestir, hago yo más que San Isidro labrador cuando con un golpe de aijada hizo brotar un raudal de agua purísima, porque el santo no sacó más que agua fría, y yo saco agua fría y caliente; pellizcando otro botón que tengo en el techo de mi alcoba inundo de luz eléctrica todo el aposento; con una patada que

dé en el suelo pongo á tu disposición un asiento más *confortable* que el que hubiera soñado para sí D. Quijote cuando le molieron el cuerpo los yangüeses, y [agua de olor, esencias y perfumes saldrían por todos los poros de las paredes si yo recorriera por ellas mis manos como vosotros pasabais las vuestras por los teclados de los antiguos pianos; pero grasa animal ni substancias nutritivas me es imposible ofrecerte, y así es preciso que salgamos á la calle en busca de un *comedero público*, que así se llaman hoy los bodegones de 1700, fondas en 1800 y restaurants en 1850.

Pocos pasos habremos de dar antes de hallar muchos en que elegir, á pesar de que no nos dirigiremos desde luego al gran departamento meridional de las *cocinas comanditarias*, donde no me atrevo á llevarte por miedo de aturdirte.

Almorzarás lo que quieras, que por mucho que pidas no ha de costarme tanto como el que comamos tú y yo solos en aposento reservado; porque el espíritu de asociación, elevado á ley del Estado, prohibe el aislamiento, como vicio repugnante y desorganizador de toda sociedad y de todo comunismo.

Sobre la puerta del establecimiento hay una gran muestra que dice:

AL GRAN CONSOLADOR DE ESTÓMAGOS TRISTES.

Y debajo, en caracteres mayúsculos, esta inscripción:

LOS PARROQUIANOS DE ESTA CASA TIENEN PRIVILEGIO
PARA COMER TODA CLASE DE ANIMALES VIVÍPAROS Y OVÍPAROS.
(B. DE LA S. F. P. DE LOS A.)

Es posible, lector, que este último rótulo te asuste y que no quieras entrar en el establecimiento si yo no te explico lo que quiere decir semejante advertencia; y aunque no quisiera sentar malos precedentes, porque en lo sucesivo me ha de ser imposible explicarte todo lo que veamos, ni menos darte una razón lógica para cada cosa, todavía quiero empezar por ser complaciente en esta primera jornada y allá te va descifrado el enigma.

Lo de que entrando en ese establecimiento podemos comer toda clase de animales, esto es, carne y pescado, no quiere decir que el fondista suponga que traemos en el bolsillo la bula de la Santa Cruzada, porque del indulto cuadragesimal les importa poco á estos cocineros, sino que con autorización del Estado se ha establecido una sociedad filantrópica para evitar el maltrato de los animales; y como la peor partida que se puede

jugar á un ser viviente es quitarle el derecho de vivir, de ahí el que no se pueda matar una ternera ni un pollo ni un cangrejo sin un *brevete* de la sociedad filantrópica protectora de los animales. Por eso nuestro cocinero, que ha obtenido ese privilegio, hace bien en advertirlo á sus parroquianos para que sepan que pueden comer algo más que legumbres, frutas y raíces de árboles, como por penitencia hacían los antiguos ermitaños, antes de que hubiera un genio tutelar de los animales que les prohibiese comer carnes y pescados.

Pero de esta sociedad te he de hablar más extensamente en otro lugar de este libro, y ahora, aprovechándonos de su generosidad, entraremos en el comedero, donde por grande que sea el dominio que tengas sobre ti mismo y aunque te hayas hecho un propósito firmísimo de no sorprenderte ni maravillarte, aún espero verte turbado y aturdido.

Y ya lo estás, desde luego, si buscas la mesa en que has de almorzar y las sillas en que hemos de sentarnos y las perchas para colocar los sombreros.

Aquí, lector amigo, no hay ninguna de esas cosas á la vista, hasta que con la decisión de usarlas se adquiere el derecho de verlas.

El gabinete en que hemos entrado está completamente desocupado, y el camarero que ha salido á recibirnos, sin preguntarnos «qué se nos ofrece,» porque esa pregunta es excusada y sería una descortesía el dirigírnosla, permanece inmóvil y en actitud humilde esperando nuestras órdenes.

Su única obligación consiste en tirar de un botón que hay en la pared y presentar á nuestra vista un gran cuadro de metal que contiene la lista de la fonda en los términos siguientes:

ALMUERZOS Á TODA VOLUNTAD

Con mesa ó sin ella, mantel ó mármol.
De pie ó sentado.
Música, lectura ó silencio.
Visiones sabias ó frívolas.
Temperatura de 8, 12, 24, 30º ó bajo cero.
Vajilla antigua ó moderna.
Servicio de sangre ó mecánico.
Luz natural ó artificial.
Grados de ésta.

En el momento en que yo, como práctico en los usos de esta sociedad, marque en la lista precedente lo que me parezca más análogo á tus gustos é inclinaciones, verás cómo el camarero hace desaparecer la lista, y

tirando á los pocos momentos de otros botones, que á ti te parecerán imperceptibles, pone á nuestra vista todo lo que hemos pedido, menos las sillas, porque como esas estorbarían hasta el momento de sentarse en ellas, saldrán por sí solas detrás de cada uno de nosotros en el momento en que nos arrimemos á la mesa.

He creído que no querrías comer de pie, aunque está probado que cabe algo más y es más rápida la digestión, ni menos sin mesa ni sin vuestros antiguos manteles, y he pedido ambas cosas.

Para que veas cómo la luz eléctrica lleva ventaja al sol, he resuelto que almorcemos con luz artificial (mal llamada así, porque es tan natural como la otra, sino que la naturaleza no quiso revelarle al hombre este secreto hasta que el mundo fué mayor de edad).

También para que sepas apreciar lo que vale el hombre desde que se ha redimido de la tiranía del servicio doméstico, he pedido que nos sirvan mecánicamente lo que pidamos; pero no me he atrevido á que nos pongan á una misma temperatura, porque considero que tú no tendrás la cabeza tan fría como yo la tengo, y así mientras á tu lado no excederá de 15 grados, yo estaré á los 18.

Y si esto te parece imposible porque estás acostumbrado á no conocer más aislamiento que el de las paredes maestras, á causa de que el llamado siglo de la ilustración y de las ciencias exactas no entendió una jota de las leyes físicas, que torpemente y á cada paso llamó fenómenos, podrás convencerte de la verdad de lo que te digo cada vez que te aproximes hacia mi asiento.

La vajilla de que nos serviremos será toda egipcia, y para los postres, por un capricho extravagante con que he querido lisonjear tu orgullo patrio, loza de Talavera.

Así verás que esta generación respeta las antigüedades aunque no las guarde entre centinelas en el calabozo de un museo. Lo que se guarda en los museos no son los platos y las tazas, cuyo uso puede ser útil al público, sino los uniformes y las armas de vuestros centinelas, que se han declarado objetos sin utilidad.

Finalmente, he pedido que nos sirvan en silencio los primeros platos, que nos den música á la mitad del almuerzo y que nos lean algo á los postres por si queremos reconciliar el sueño. Y en cuanto á las visiones, es decir, á los objetos que se han de ir representando en la pared mientras almorcemos, he dispuesto que sean asuntos sabios al empezar y frívolos al concluir.

Esa otra lista que aparece ahora en la pared es la de los vinos con sus nombres, patrias, edades, familias y algunas otras observaciones interesantes. Por ejemplo:

Tintillo, natural de Valdepeñas, de 85 años, hijo de madre de 60, criado en pipa de Jerez, embotellado á los 8 años de edad, dos viajes redondos, acostado desde 1860.

Chipre, sin madre, 105 años de edad, enterrado desde su nacimiento, descomposición de la capa exterior de la botella por los óxidos metálicos de las tierras que le han servido de lecho.

Tras de la lista de los vinos, que es interminable, y la de los licores, que no es menos larga, viene la de las viandas, de la cual sólo copiaré algunas partidas:

Gelatina de tortuga griega, criada sin sol y nutrida con lombrices indias.

Filete de solomillo de elefante del Cabo de Buena Esperanza, en salsa propia.

Chuletas de cerdo de Siam. El animal ha sido nutrido con leche de vacas y frutas frescas, y muerto, sin pérdida de sangre, por la chispa eléctrica.

Salteado de camello de los Andes. Carne muy manida y curada seis meses entre nieve.

Muñones de jirafa africana, en salsa hecha con la medula del venado irlandés, ó simplemente tostados.

Hígado de delfín, con su propia grasa, aromatizado á placer.

Salmón proteo del Océano oriental, criado en agua dulce, según los últimos adelantos de la piscicultura.

Sábalo, desangrado en leche de cabra y cocido al vapor del caldo de la antigua olla de Castilla.

Pechugas de abutarda, originaria de las costas bálticas, en salsa de grulla del Japón.

Crestas de gallo persa, cocidas por percusión.

Lomos de ardilla malabar, muerta al neumatismo, después de un mes de reposo.

Creo, lector, que entre esos platos podemos escoger los que necesitemos para nuestro almuerzo, y no quiero seguir leyendo las demás partidas de la lista por no fatigarte inútilmente. Pido desde luego hígado de delfín, muñones de jirafa, salteado de camello y salmón proteo, con los cuatro vinos especiales de cada uno de esos platos, sin postres, porque los hombres serios hemos suprimido esos refinamientos del sibaritismo, y únicamente diré que nos traigan el consabido cacho de queso digestivo y una botella de ron. Si advirtieras alguna equivocación en el orden del servicio ó retraso ó torpeza de éste, debajo de los pies encontrarás el botón de la impaciencia, y no tienes más que hacer sino apretarle y al punto se corregirá cualquier falta que hubiere.

Pero ya se ve, como tú estás callado y yo por fuerza he de hablarlo todo, no sé si te hallas á gusto viéndote á solas conmigo en el comedero y servido sin la impertinente presencia de los criados, cuyos groseros modales hacían de todo punto indispensable el reemplazarlos por estos agentes mecánicos que funcionan con la regularidad de vuestros antiguos relojes.

Yo bien sé, y no me extraña, que todo lo que te digo te tiene maravillado, porque fuera de las comedias de magia, tú no has visto nunca irse dibujando en las paredes apariciones misteriosas como las que ahora están pasando por tu vista, y no de espectros ni de visiones pavorosas que nada enseñaban al hombre, sino de objetos de estudio, de máximas científicas y de teoremas sabios.

La luz, cien veces más brillante que la del sol, que inunda este gabinete; la música que se infiltra por sus paredes, como más tarde lo hará la lectura, y el ir y venir de los platos y de los vinos, á tu voluntad, sin hacerte esperar un solo segundo, sin estrépito ni algazara, todo esto te tiene no menos confuso y asombrado que la diversa temperatura en que estamos respirando ambos, á pesar de hallarnos en un mismo aposento y casi juntos el uno y el otro.

Y sin embargo, lector, piensa un rato antes de lanzar sobre esta generación de 1899 una acusación gratuita de hechicería y de magia. Aquí no se ha hecho nada, absolutamente nada que vosotros no hubierais podido hacer si hubierais querido.

Los hombres que están abriendo las puertas del siglo XX no son de una raza distinta á la vuestra, ni Dios les ha ilustrado más que á vosotros, ni les ha dado más grados de inteligencia. Toda su ciencia consiste en no medir el tiempo con el reloj y con los calendarios, sino con la estadística de los sucesos.

El paso de la humanidad no es más largo que el de antaño, sino que vosotros dabais un paso en cada siglo y ahora se dan ciento en cada minuto.

Esta sociedad no se detiene á celebrar con festines ni con árboles de pólvora los nuevos descubrimientos, ni menos da patentes de invención y explotación á sus pretendidos autores.

El genio es anónimo y comanditario, y el invento no pertenece al hombre que le revela, sino al siglo que le explota.

Si los hombres que gastaron el tiempo en alzar estatuas á Gutenberg, á Magallanes, á Watt y á otros varios genios de la antigüedad se hubieran ocupado en perfeccionar los inventos de esos grandes hombres, la imprenta, la navegación y las máquinas de vapor hubieran sido perfectas desde sus primeros tiempos.

Pero las generaciones creyeron que llenaban su misión sobre la tierra con admirar y bendecir y hasta idolatrar á las que les habían precedido, y todo el tiempo que perdieron en volver la vista atrás dejaron de dar pasos adelante.

Ahora sucede todo lo contrario; y por eso, lector, á cada paso que demos ha de crecer tu asombro y tu espanto.

Pero si te fijas en lo que acabo de indicarte, si te convences de que, á pesar de lo que en contrario digan los charlatanes, la verdad es que *nihil novum sub sole*, verás que los hombres de 1899 no han hecho otra cosa que andar sin volver la vista; recoger los cabos sueltos que les dejaron los tiempos antiguos; hacer aplicaciones de todo lo que ven á todo lo que necesitan; aprender que la civilización es una fórmula absoluta que vino al mundo desde *ab initio*, y que no falta otra cosa para extenderla sino saber aplicarla.

Tres siglos se ha pasado el hombre con la boca abierta viendo andar los relojes, sin ocurrirle aplicar aquel ingenioso mecanismo á otras cosas y á otras necesidades de la vida.

Las mismas máquinas de hilados, de papel, de harinas y de otros artefactos que enseñabais por medio de papeletas, para que las gentes viesen cómo ellas solas cogían la primera materia y la hacían sufrir cien operaciones distintas hasta arrojarla convertida en lienzo, en papel de cartas ó en panecillos, habrían quedado sin otra aplicación en vuestro poder si los hombres de la época presente no hubiesen comprendido que podían y debían hacerlas servir para otros usos y otras necesidades de la vida.

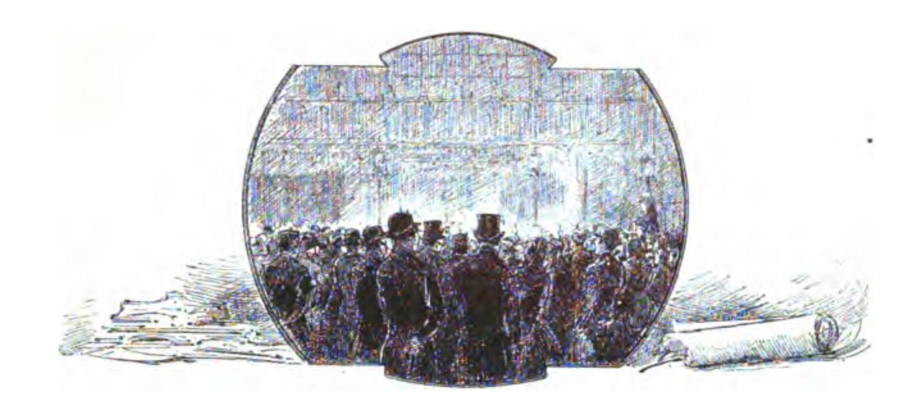
Y he aquí, lector, el secreto de este fondista cuyo servicio mecánico tanto te habrá maravillado.

Este establecimiento, como otros muchos de distinta clase que verás más adelante, no es ni más ni menos que un gran reloj, que marcha con toda regularidad, sin otra magia ni otro resorte que el de la cuerda que le da su dueño. Es una maquinaria más ó menos complicada, que toma las primeras materias comestibles, que las adereza y las sirve á los parroquianos, que tiene sus interventores, también mecánicos, para evitar el robo y el despilfarro, y que se aplica en escala mayor ó menor según el tamaño de la máquina, como tendremos ocasión de ver en otros cuadros de este libro.

Y para no marearte, abusando demasiado de tu bondad en esta primera jornada, saldremos del comedero y nos iremos dando un paseo por la población en el cuadro próximo; pagando antes, como es justo, el gasto que hemos hecho, y que nadie ha tenido la grosería de pedirnos de sobremesa, arrojándonos la cuenta sobre el último plato.

En el contador mecánico que hay al pie de la escalera es donde, advertidos mecánicamente también del importe de lo que hemos comido, nos cerrarán el paso hasta que lo hayamos satisfecho, inclusa la propina, que si no es para guantes, porque no hemos querido servicio de sangre, será para aceites de la máquina.





CUADRO II

CHIRIVITAS EL YESERO Ó EL ENSANCHE DE LA POBLACIÓN Y EL ENSANCHE DE LA LIBERTAD

Non datur vacum in natura. En el mundo no hay ya tanto así donde poder echar un alfiler.

Los físicos lo dijeron en un sentido y los espiritistas lo han tomado en otro muy diverso.

Vieron los primeros que el aire les entraba por todas partes y no les salía por ninguna; es decir, que lo que se llamaba vacío no era sino una masa elástica que se encogía ó se estiraba, como se estira ó encoge el mar, pero llenando todo el espacio; y alzando la voz y aun ahuecándola para dar más valor á la cosa, dijeron lo que más tarde han dicho los conductores de los ómnibus: *completo;* esto es: «no hay billetes; la naturaleza está ya de bote en bote y no hay en ella nada vacío.»

Y así es la verdad, porque si el aire encontrara algún día por donde escaparse, la tierra daría un gran barquinazo y Dios sólo sabe adónde iríamos á parar.

Afortunadamente no hay nada por ahora que nos haga sospechar semejante cataclismo, y aunque las fugas del gas están siendo un mal ejemplo para el aire atmosférico, hoy por hoy el globo se sigue columpiando en el vacío, adonde el Supremo Hacedor quiso arrojarle para que se anticipara á decir, como Quevedo: «que ni sube ni baja ni se está quedo.»

Pero los espiritistas, sin ahuecar tanto la voz como los físicos, han dicho algo más que éstos, porque gracias á las luminosas revelaciones que les hemos hecho los espíritus iluminados, han sabido que no sólo no hay vacío en la naturaleza, sino que era imposible que le hubiera, porque ese espacio infinito de que hablan los poetas está lleno de objetos inapreciables á los groseros sentidos del hombre que no es *vidente* ni *sonámbulo* y á los toscos instrumentos del pobre físico que cree haber dicho una gran cosa con asegurar que no hay nada vacío y que todo está lleno de aire.

¡No tienen ellos poco aire en la cabeza, querido lector! Ya verás tú cómo el espiritismo les hace comprender que ese aire está lleno de seres que van y vienen, que suben y bajan, que tornan y vuelven; porque los siglos están, los unos tras de los otros, colocados en el espacio con todas sus gentes, con todas sus máquinas y todo su ajuar completo, como están los muñecos de cartón en la anaquelería del vendedor de juguetes para los niños.

La vida de la humanidad no es otra cosa que el flujo y reflujo del mar. Hay siglos de progreso y siglos de decadencia alternados, como hay aguas muertas y mareas vivas; pero dentro del mundo, en el espacio, está todo lo que fué, lo que está siendo y lo que ha de ser con el tiempo. El porvenir de la humanidad son las aguas que están en el fondo del mar, que formarán el presente cuando la sucesión constante de las olas las lleve á la orilla.

Pues qué, si no fuera así, ¿podría yo haberme comprometido, con seguridad de salir airoso de mi compromiso, á decirte lo que ha de pasar como si estuviera pasando?

Yo lo veo, lector, lo veo tal cual te lo digo. Veo la España de 1899, con sus nuevos pueblos, sus nuevos hombres, sus nuevas leyes y sus nuevas costumbres. Sus caminos, sus calles y sus plazas, todo se representa materialmente á mi vista, y entro y salgo, no ya en la España, sino en la Europa del siglo XX, como tú entras y sales en tu casa...., si la tienes y no ha sido comprendida en el ensanche de ese Madrid estrecho que estáis construyendo con los resabios morunos de vuestros progenitores.

Venid acá, avaros que apiláis las casas unas sobre otras como si fueran onzas de oro dentro del arca de hierro; venid y veréis cómo las poblaciones de 1899 se han salido de las gavetas en que las teníais encerradas, desparramándose por el suelo hasta darse la mano las unas con las otras. Esta sí que es verdadera fraternidad y lazos de unión y tendencia á la unidad, no ya de Italia ni de Alemania, que esas individualidades son unidades de poco más ó menos, sino á la unidad de Europa y aun á la del mundo.

Y en prueba de ello, allá te va, lector, un ligero retrato de la población de Madrid en 1899.

En el pronunciamiento de agosto de 1871, que no era el primero ni el segundo de aquel año, salió á luz en España un hombre cuyo nombre he olvidado, y lo siento, el cual hablaba poco, y este poco tan mal que aún parecía menos; pero que tenía un gran talento práctico, aunque tampoco sé cómo las gentes se enteraron de ello, y ese hombre fué la base y el fundamento de las grandes mejoras que en pocos años han visto realizadas los vecinos de la capital.

Cansado el pueblo de correr tras de los habladores y de adorar á los charlatanes, pensó en un arrebato de locura echarse en brazos de los mudos; pero educado en el gobierno del justo medio, quiso hacer antes un ensayo con los tartamudos, y he aquí el origen de la popularidad de aquel hombre que se expresaba con trabajo, que leía con dificultad y que escribía á duras penas. Pero sus prendas de carácter eran excelentes, y era tal su llaneza, que aun cuando se halló en el pináculo del poder, siempre recibió y trató á todos con agrado, y apenas entraban á verle las gentes, cuando se apresuraba á decir: «*Cúbransen* ustedes y *asiéntensen* ustedes, que aquí todos *semos* de confianza y á mí me *ripunan* las *cirimonias*.»

Nombrado presidente del Consejo de ministros, en cuyo puesto dijeron algunos maldicientes que le sobrarían ocasiones de cultivar su propio idioma, y revestido hasta cierto punto de facultades discrecionales, merced al aura popular de que gozaba, se llevó á su lado para los ocho ministerios ocho hombres de los primeros espadas del Parlamento; los ocho más elocuentes y hasta más locuaces políticos que había en España. Encargó á cada uno de ellos que le hiciera un par de proyectos de ley de lo más liberal de que hubiera ejemplo en ningún país de Europa y aun capaces de competir con los de las repúblicas americanas, y su primer decreto fué para decir que mientras se reunían las Cortes, y cargando el gobierno desde luego con la responsabilidad de todo, declaraba libres el derecho de reunión y el de petición, y suprimía la previa censura y el depósito de los periódicos, y daba otra clase de libertades por el estilo.

El pueblo enloqueció de júbilo, la popularidad del presidente del Consejo rayó en delirio; y él mientras tanto, ¡quién lo diría!, mientras sus compañeros de gabinete trabajaban con ardor en la confección de las nuevas leyes liberales y el pueblo cantaba ditirambos á la libertad y los periódicos antiguos ponían el grito en los cielos porque, suprimido el depósito, cada día venía un nuevo colega á hacerles la competencia, el presidente del Consejo ejercía el modesto oficio de albañil, no derribando, sino construyendo.

Con la sacramental muletilla de *y sin perjuicio de dar cuenta á las Cortes*, dispuso y empezó desde luego las obras, la construcción de ocho magníficos edificios para cada uno de los ocho ministerios; marcó el terreno que había de ocupar el gran palacio que con el tiempo se construiría para la representación nacional; emprendió la edificación de dos plazas de toros, al Norte y al Sur de la población, y todas las oficinas y establecimientos públicos los fué desparramando á tal distancia los unos de los otros, que los periódicos, influídos por el empleado que veía alejarse demasiado la mesa redonda de su familia, ó por el agente de negocios que presentía la necesidad de montarse sobre ruedas para servir á sus clientes, empezaron á declamar contra la que llamaban monomanía sillar del ministerio.

Pero éste seguía con ardor las obras comenzadas; las cuales difícilmente se habrían suspendido porque estaban contratadas y los que las tenían á su cargo contestaban á los periódicos aumentando de día en día el número de los jornaleros. Circunstancia esta última que dió mucho que hacer, demasiado que pensar y no poco que discutir á las altas capacidades de los partidos políticos; porque aunque el gobierno había concedido á los pueblos el derecho de reunión, como él se anticipaba á reunirlos, no en sociedades patrióticas, sino en obras públicas y en talleres industriales, el derecho de reunión venía á ser, políticamente hablando, una letra muerta.

Por no volver muy atrás la vista, haciendo un paréntesis retrospectivo demasiado extenso, no me detengo á narrar uno por uno todos los sucesos ocurridos en ese período importantísimo del último tercio de este siglo, y á fe que el lector había de agradecérmelo, porque sólo viendo todos los detalles de esa regeneración monumental del Madrid de 1850 en el de 1899, es como puede apreciarse todo el talento y todas las grandes cualidades de aquel gran ministro, que ha pasado á la posteridad con el apodo de *Chirivitas el Yesero*, tomado de uno de los más célebres sainetes de D. Ramón de la Cruz.

Su primer decreto sobre la propiedad urbana, en cuyo preámbulo se condenaba con frases durísimas á las administraciones anteriores, que bajo el absurdo pretexto de la utilidad pública habían atropellado la utilidad privada, de donde nace la utilidad colectiva, fué recibido con gran aplauso por toda clase de gentes y con especialidad por los caseros de Madrid, que creyeron ver crecer el valor de sus fincas al leer, entre otros, los dos siguientes párrafos:

«Parricidas, sí, parricidas son los pueblos que derriban los monumentos de sus mayores. No hay edificio alguno, por pequeño y miserable que sea, que no encierre dentro de sí una historia sagrada digna del respeto

y de la consideración de las gentes. Las modestas tapias de tierra, como los soberbios muros de granito, están amasados con el sudor de los fundadores de aquellas propiedades, y no hay oro en el mundo que alcance á comprar esos objetos venerandos, símbolos de la propiedad y de la familia.

»Lo que hasta el día se ha llamado expropiación forzosa es un atentado indigno, la indemnización una palabra irrisoria, la utilidad pública un fantasma invisible. Porque, ya lo hemos dicho, desde el momento en que se atropella un solo derecho privado, ya no existe la utilidad pública. De otro modo nace costando la vida á su madre y por esto le hemos llamado parricida.»

A la sombra de ese decreto, cuya lectura hizo que algunos caseros de buena fe regasen con lágrimas de ternura los cimientos de sus casas solariegas, empezó el ministro á construir las del Estado en las afueras del Madrid de 1850; de aquel Madrid cuyos edificios eran, en poder de los ayuntamientos, lo que son en manos de los niños esas cajas de caseríos de madera que extienden sobre un velador pequeñito, haciendo con ellas distintas combinaciones.

Habíales ocurrido á aquellos benditos concejales derribar las tapias de la ronda; pero no se atrevían á edificar fuera de ellas, y cuando querían ensanchar una calle lo hacían á expensas de dos ó tres manzanas de casas, cuyos vecinos andaban con los trastos á cuestas, hasta que en los nuevos edificios, remontados al quinto cielo, les daban un piso cuarto ó un quinto ó un sexto.

Nuestro ministro, por el contrario, se salió de la población todo lo lejos que pudo, y en el Campo de Guardias (por una alta previsión política y no por respetos históricos, como algunos creyeron) construyó un edificio para el ministerio de la Guerra; el de Hacienda fué á parar á la derecha del asilo de mendicidad de San Bernardino; enfrente de la fonda del Espíritu Santo se hizo una gran casa para el ministerio de Estado; el de Ultramar se estableció en San Isidro del Campo, con vistas al Manzanares; en el soto de Migas Calientes se puso el de Fomento; el de Marina en una gran tierra de secano camino de Chamartín; el de Gracia y Justicia en el portazgo de Fuencarral, y el de Gobernación fué el único que se mantuvo provisionalmente en la Puerta del Sol, hasta que una vez fijado el centro de la nueva población pudiera construirse el local de esa gran rueda administrativa.

Tras de esas construcciones y las de otros edificios públicos, como cárceles, institutos, bibliotecas, etc., se dió otro decreto anunciando la venta de todos los terrenos comprendidos entre la antigua población y los edificios nuevamente construídos, que no eran de propiedad particu-

lar, á bajo precio y en pequeños solares, y entonces fué cuando los caseros antiguos comprendieron toda la intención del primer decreto. El respeto del ministro hacia la propiedad privada, lejos de aumentar el valor de los pies de terreno en la Puerta del Sol, hizo crecer el de las fanegas de tierra en el camino de Alcalá y de Fuencarral, y pronto se convencieron los propietarios de fincas urbanas de que había sonado la hora fatal de estos capitales y que ya no servía ponerse al paso para estrechar una calle ni estorbar el ensanche de una plazuela con la esperanza de recoger tres ó cuatro millones de reales por encoger tres ó cuatro pies la fachada.

El constructor había despertado de su letargo y había comprendido que con el valor de la expropiación se podía construir en terreno libre la nueva finca, sin tener el disgusto de ver la mala cara que siempre pone el expropiado, aunque la expropiación le haya venido de molde.

A todo esto, lector, cuando la construcción de los ministerios y cien otros edificios públicos y otros tantos que la industria privada destinaba á fondas, almacenes y viviendas para particulares estaba en todo su vigor, andaba la marimorena en el Parlamento, también sobre cuestiones de ensanche, y se regateaban, no ya los pies, sino las pulgadas de derechos políticos, con harta más codicia que las fanegas de tierra en las afueras de la población.

Los proyectos de ley presentados por el gobierno eran tan liberales, que los primeros que se levantaron á combatirlos fueron los que hasta entonces habían pasado por jefes y maestros de la escuela liberal; y fué un espectáculo en extremo curioso ver un ministerio haciendo una revolución que les venía grande á los más fogosos revolucionarios. Y todo consistía en que *Chirivitas el Yesero* aplicaba al ensanche de la libertad el mismo sistema que al ensanche de la población. Quería construir nuevos edificios y dejar que los antiguos se cayesen de viejos. La expropiación de un derecho le parecía tan arbitraria y tan injustificable como la expropiación de una casa ó de una tierra.

Y para que veas, lector, que no exagero nada, allá te va, literalmente copiado, el discurso que pronunció nuestro hombre en una de las sesiones más tempestuosas de la legislatura de 1872.

«Señores, dijo en medio de los murmullos y de los gritos de la Asamblea, no saben ustedes de qué manera me dan por el gusto con esa bulla que arman ahora que yo estoy hablando. Yo soy tan liberal que quiero siempre que cada uno haga lo que le dé la gana. La libertad, si no es absoluta, es la tiranía.

»Desde el momento en que ustedes me dicen que el hombre libre tiene tales ó cuales derechos, es decir, que no los tiene todos, digo yo que no

hay tal libertad. Y ríanse ustedes cuanto les dé la gana, que yo bien sé que lo que digo es el Evangelio.

»Yo no vengo á hacer leyes para los ciudadanos viejos, sino para los ciudadanos nuevos. Y así como me he salido al Campo de Guardias y Chamartín y al soto de Migas Calientes á hacer nuevas calles y nuevas plazas y nuevos edificios por respeto al antiguo Madrid, así me voy al tiempo futuro, á los años que están por venir, á hacer nuevas leyes.

»¡Pues bueno fuera que en nombre de la libertad cometiésemos la tiranía de quitarles á los ciudadanos sus casas heredadas y sus derechos adquiridos!

»En fin, señores, no hay que perder el tiempo, que es una verdadera mina de oro; votemos, y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

»A fe, á fe que siendo la mayoría de los que estamos aquí ciudadanos viejos, no seremos tan tontos que nos queramos fastidiar á nosotros mismos.

»Y para concluir, y aunque algunos señores se rían de mí porque no soy retórico, que también la libertad parece que obliga á que todos hablemos de un mismo modo, le daré al señor presidente de la Cámara un consejo para que no se pierda el tiempo en la votación.

»Aquí no se puede decir otra cosa sino que sí ó que no; pues en lugar de andar preguntando uno por uno, á todos, lo que piensan, preguntar á los jefes de las fracciones y estamos del otro lado.

»Saquemos algún partido de las formas y de las conveniencias parlamentarias.

»Los míos dicen que sí, de eso no tengo duda; los de las oposiciones dirán que no, también esto es de cajón; la mesa sabe cuántos tienen ellos y cuántos tenemos nosotros, conque ya se puede saber el resultado y podemos pasar á otro asunto.»

Este nuevo género de oratoria parlamentaria, justamente silbado por los académicos, era muy del agrado del público que asistía á las sesiones, y la popularidad de *Chirivitas* crecía cada vez más, hasta el punto de que el día en que pronunció el anterior discurso le llevaron casi en volandas á su casa, le dieron una gran serenata y gritaban por todas partes: «¡Viva el verdadero orador del pueblo!»

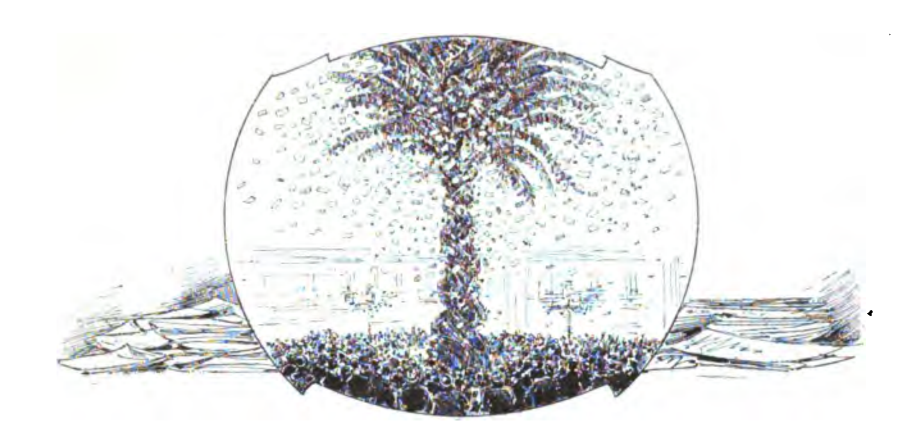
Y la población, mientras tanto, avanzaba hacia el Norte, al paso que los propietarios del antiguo Madrid veían desalquilarse sus casas; y no resolviéndose, por codicia ó por amor propio, á bajar los precios del alquiler, aguardaban á que llegase un día en que la industria inventase la manera de arrancar los edificios seculares, como los árboles centenarios también, para llevarlos de un punto á otro.

Pero ese día no ha llegado aún.

Lo que lleva la industria de un lado á otro es la animación y la concurrencia.

Lo que ha hecho en Madrid es descentralizar la población de la Puerta del Sol, repartiendo la vitalidad en varios centros, como verá el lector en otros cuadros.





CUADRO III

EL ÁRBOL DE LA PUBLICIDAD

En la plaza núm. 50, que es perfectamente circular y desembocan en ella seis calles, conocidas las de la derecha con los nombres ó números pares 22, 44 y 66, y las de la izquierda con los impares 33, 55 y 77, hay á todas las horas del día y á las primeras de la noche gran concurrencia de gentes, de las cuales unas dan vueltas por los tres paseos concéntricos que unidos en forma espiral tiene la plaza, y otras, en número escaso, ocupan unos modestos escaños de hierro que hay alrededor del eje del gran círculo; en cuyo centro quiero que sepas, lector, que no hay ni una fuente monumental, ni la estatua ecuestre de un rey cualquiera, ni menos la de un poeta verdinegro, enjaulado como loco, después de haberse inmortalizado por muy cuerdo, y mucho menos un cajón de madera para cárcel provisional de vagos y gente perdida.

En el centro de esa plaza se alza majestuoso y gallardo un árbol altísimo, que todos los días amanece desnudo de hoja y que más tarde se cubre y se despoja de ella, á la vista de los espectadores, con una rapidez verdaderamente fabulosa y de una manera completamente mágica.

El mecanismo de ese árbol y el misterio de su fecundación son un secreto que pertenece á la gran compañía anónima propietaria del invento, la cual, como no tiene privilegio de invención y explotación, porque esos

privilegios se enterraron con las gentes de 1850, procura ocultarlo á los ojos del público. Yo te diré lo que allí se ve, y si tú adivinas lo que no está á la vista me alegraré mucho.

Lo primero que te digo es que el árbol crece de repente hasta amenazar perderse en las nubes; que ensancha y encoge sus ramas cuanto quiere; que sacude sus hojas cuando le acomoda, y que arroja sus frutos á largas distancias, elevándolos muy por encima de los tejados de la plaza, cuyos edificios, como casi todos los del nuevo Madrid, no pasan de tres pisos, contando el bajo, que está dentro de la tierra. Con esto comprenderás que el árbol de la plaza *Cincuenta* es más bien un árbol de pólvora que un árbol vegetal, y que más bien que dejarte buscar su especie entre las familias botánicas, será preciso decirte que pertenece al mismo género y es de la propia índole que el árbol de la libertad.

Llámanle árbol de la publicidad porque así como su hermano da sombra al patriotismo, él la da al comercio, y los que parecen más enterados de su historia dicen que es originario de los antiguos pregoneros de las aldeas y ciudades, y que después de haberse arrimado á las paredes para crecer como la hiedra en forma de edictos y de carteles, se dejó injertar por el periodismo y ha venido á ser lo que está siendo ahora.

Por su tronco, que es de diez metros de espesor, suben serpeando en forma de enredaderas multitud de rótulos en caracteres de varios tamaños y diversos colores; en sus ramas brotan de repente multitud de hojas escritas, que vuelan á millares por el espacio, y globos de varios tamaños parten en todas direcciones, arrojando al pasar por diferentes barrios de la población una verdadera lluvia de prospectos, de tarjetas y de anuncios de todas clases.

Desde el gobierno, que, aunque tarde, se ha convencido de que la manera de que pase todo es no hacer misterio de nada, hasta el último limpiabotas, que comprende que la publicidad es el alma del comercio, todos los españoles contribuyen con sus esfuerzos á sostener la primavera constante del árbol de la publicidad.

El primero, desde su propia oficina, desde el mismo Consejo de ministros y aun desde el banco ministerial del Parlamento, sin la enfadosa intervención de los periodistas ministeriales, se comunica con el árbol de la publicidad para preparar la opinión pública con un rumor, para consultarle un proyecto ó para dar á conocer un acto oficial. El comercio de rompe y rasga tiene también, como el ministro, sus conductores subterráneos para hacer llegar sus anuncios al gran laboratorio subterráneo de la publicidad, y en cuanto á la gente menuda, á los que no son parroquianos diarios del árbol, en cada uno de los distritos de la corte, á pocos pasos de sus respectivas viviendas, encuentran unos cepillos como los

que antiguamente se usaban para echar los memoriales de los que estaban en *pecado mortal*, en los cuales se lee el siguiente rótulo:

SUCURSAL NÚMERO TANTOS, DIRECTA DEL GRAN ÁRBOL DE LA PUBLICIDAD. *Unico de su clase en el mundo. Seis minutos desde que se echa en este cepillo el anuncio hasta que sale al público en la forma que se pide. Cien mil ejemplares por hora. Un millón de lectores garantido.*

El individuo que tiene necesidad de anunciar á sus semejantes alguna cosa, la escribe en un papel si no prefiere ir á las estaciones telegráficas del árbol, y con su firma y las señas de su domicilio la echa al buzón, y ya está despachado. Antes de diez minutos y cuando más descuidado vaya por la calle, le dará en las narices su propio anuncio impreso y arrojado por alguno de los infinitos globos mensajeros que cruzan la población, riéndose, como el artero gorrión se ríe de la liga que le ponen los muchachos, de los propietarios de casas, que aún escriben en las esquinas de éstas: *se prohibe fijar carteles.* Si no quiere dar su nombre y sabe el valor del anuncio, le acompaña á éste; pero la costumbre es firmar y no pagar nada al contado, porque á todos los que anuncian se les abre su cuenta corriente, y esto es más desembarazado para la contabilidad de la compañía.

Las oficinas de ésta son todas subterráneas, como habrá comprendido el lector, y en el centro de ellas funciona la gran máquina, cuyo ingenioso mecanismo no es conocido del público á pesar de ser el mismo público el que le da movimiento, porque ni para la gran rotación del árbol, ni para la ascensión de los anuncios por la corteza, ni para el brote de las hojas y la expulsión de los globos, para nada de esto interviene el vapor ni el agua ni el aire ni ninguno de los agentes mecánicos conocidos hasta el día. El árbol de la publicidad, y aun según sospechan algunas gentes, todas sus oficinas auxiliares, tienen por único motor la sangre, y no la sangre animal irracional, como sucedía en tiempo de las norias y de las tahonas, sino la racional, la de la especie humana.

El pavimiento de la plaza *Cincuenta* no es de adoquines como el de la plaza Mayor, ni de asfalto como el de la Puerta del Sol, sino de una substancia de aspecto metálico (secreto también de la compañía) tan elástica, que apenas se pone el pie en ella, cuando se produce una vibración latente en toda la plaza. Pues ahora bien: si un pie desarrolla una elasticidad tan sensible y una vibración tan notable, fácil es conocer lo que aumentará esa elasticidad y esa vibración cuando se impongan sobre el pavimento los cuatro mil pies de las dos mil personas que caben en la plaza. Y si á esto se añade que esos pies están en continuo ejercicio

y que de este modo la elasticidad es constante y las vibraciones permanentes, se comprenderá la gran fuerza motriz que aprovecha la Compañía anónima de la Publicidad.

Es tanta, que en algunos momentos tienen que declarar inactivo la mitad del pavimento, porque de otro modo saldrían los anuncios con tal rapidez, que resultarían invisibles aun á los ojos más experimentados. En fin, baste decir que, según ha demostrado recientemente un sabio matemático, si se reuniera en un punto dado toda la fuerza elástica que se pierde en un día de sol en los paseos de Madrid (día festivo, se entiende) y esa fuerza se pudiera aplicar á una gran machina, se podría arrancar de cimientos y suspender en el aire, aunque fuera por pocos segundos, el monasterio del Escorial.

Indudablemente que el siglo XX ha de tener razón para renegar de los que le han precedido. ¡Cuidado que la humanidad necesita haber estado ciega para no haber visto el caudal que tenía debajo de sus propias plantas!

Y lo más curioso del caso es que el primer motor de sangre que conoció el hombre fueron las plantas de los pies. El origen de los amoladores y el de los fuelles de los órganos y de las fraguas se pierde en la noche de los tiempos, y no tenían otro motor que el que hoy ha sabido aplicar en gran escala la Compañía anónima de la Publicidad.

Pero bien mirado, no merecen ser increpadas las generaciones antiguas, puesto que hoy mismo, que tan adelantadas están las gentes, es aún un secreto de la propiedad de la Compañía esa locomoción.

Y he aquí, lector (y perdóname este paréntesis retrógrado y esta exclamación realista que se me escapa de los labios), una de las ventajas del despotismo sobre la libertad. Si ahora tuviéramos principio de autoridad y tribunal de la Inquisición y calabozos y tormentos, meteríamos en uno de éstos al director gerente de la Compañía, y allí le estaríamos estirando los huesos hasta que nos dijera de qué materia está hecho el pavimento de la plaza, por qué razón es tan sensible que parece una rana en la pila de Volta y cómo hacen para que esas vibraciones converjan todas en un punto y muevan la máquina con una fuerza que se calcula en mil trescientos cincuenta caballos. Pero como no estamos en ese caso, como hoy el Estado es un cero á la izquierda y el cuerpo social es acéfalo, nos vemos obligados á ver indiferentes esa gran fuerza motriz que se pierde en las calles, en las plazas y en los paseos públicos; cuando si todo el pavimento fuera elástico, todos los transeuntes serían industriales, ó por lo menos causa ocasionalmente directa del movimiento de la industria, como les sucede á los que pasean en la plaza de la Publicidad.

Y estos paseantes, restos del antiguo cerero parroquiano de la Puerta del Sol, no están en la plaza de la Publicidad *gratis et amore*, sino que reciben un sueldo diario, mayor ó menor, según han dado más ó menos pisadas.

Cosa prodigiosa, sorprendente y que francamente parece inverosímil, pero que sin embargo es muy cierta: en ese paseo que en espiral infinita hacen las gentes alrededor del árbol, no hay como en las antiguas norias y en las tahonas un mayoral con un látigo, ni menos lleva cada sujeto una campanilla para que el dueño sepa cuándo se paran, sino que la misma máquina que ellos mueven le lleva á cada uno cuenta exacta, no precisamente de las pisadas que ha dado, porque esto no ha sido aún posible, sino del tiempo por minutos que ha trabajado. De este modo tienen libertad absoluta para entrar y salir en los círculos cuando quieren, lo cual no le sucedía al pobre mulo que daba vueltas á la noria, y á mayor abundamiento les ayudan á llevar la carga otras muchas gentes que no cobran sueldo. Como la entrada es libre, pasean diariamente por allí infinitas personas que sin ser holgazanes de oficio tienen afición al paseo, y hay muchos forasteros que miran las transmutaciones del árbol con verdadero asombro, y que ignorando que ellos son los que mueven la máquina, darían dinero si se lo exigieran por disfrutar aquel espectáculo.

Pero allí los únicos que pagan son los que se sientan para que no los tengan por agentes de la industria y para poder leer con comodidad los anuncios, como antes los leían en el *Diario de Avisos* al amor del chocolate. Estos son los que pueden recostarse y hablar y poner una pierna sobre la otra, y lo que es más aún, pueden fumar, cosa que les está enteramente prohibida á los otros. Y no porque el pavimento sea combustible, como sospecharon al principio algunos industriales, sino porque fumando se va la fuerza por la boca en lugar de bajarse á los pies, que es donde la necesita la empresa de la Publicidad.

Conque dime, por tu vida, lector de mi alma, ¿no es verdad que ha sido un gran pensamiento el aprovechar la fuerza que se perdía en la Puerta del Sol para aplicarla á la industria? ¡Y á qué industria! ¡A la madre de todas! Á la Publicidad.

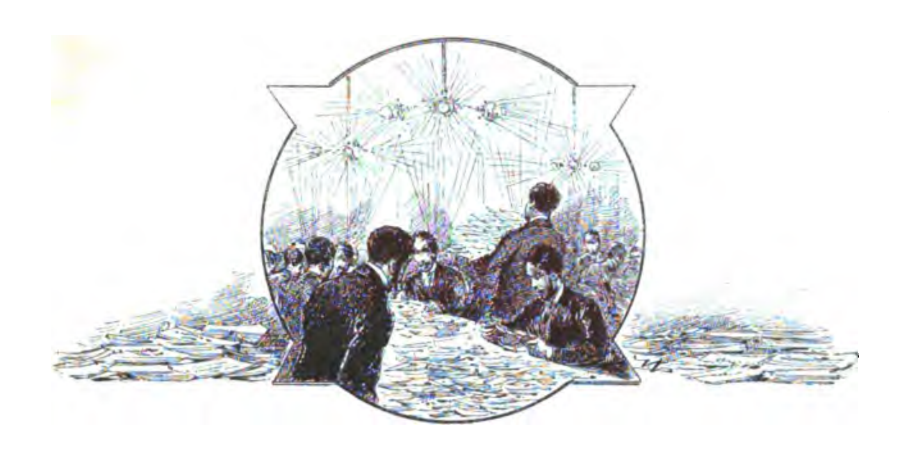
El catalán (porque un catalán que ha estado muchos años en Londres ha sido el autor del pensamiento) que se acercó al primer grupo de ociosos y les propuso el negocio fué un gran genio.

Cuando este nuevo motor que el hombre ha puesto en práctica pueda generalizarse, quedarán arrinconadas la mayor parte de las máquinas de vapor y se dará trabajo á una porción de gentes que hoy deja cesantes la industria.

¡Pero qué no se habría hecho con este sistema en aquellos tiempos en que había un millón de hombres armados, que no tenían otra cosa que hacer sino ir y venir por las calles ó por las plazas con el fusil al hombro!

Para que tenga el lector una idea de lo que se hace con un puñado de hombres en el árbol de la publicidad, le ruego que pase la vista por el siguiente cuadro.





CUADRO IV

EL QUE DA LO QUE TIENE Á MÁS NO ESTÁ OBLIGADO

Ó CÓMO POR EL HILO DEL PREGÓN SE SACARÁ EL OVILLO DE LA COSA PREGONADA

El árbol de la publicidad funciona con más lentitud durante la noche, y esto tiene una explicación sencillísima. Como los anuncios salen iluminados y constantemente se ven en el aire millares de letreros transparentes, el pueblo acude allí como si se tratara de una función de pólvora, y es tanta la gente que entra en los círculos, que por precisión han de marchar muy despacio parándose á menudo; por lo cual, aunque la presión sea mucha, pierde el pavimento la elasticidad, que es el alma de la locomoción. Por supuesto que á esas horas el trabajo es gratuito, y hasta se ha pensado en fijar un precio de entrada para que disminuya la concurrencia y se haga el servicio con más regularidad.

Pero durante el día es tal la precisión y la rapidez con que brotan los anuncios, que en menos de un cuarto de hora salen, en forma de hojas volantes, de globos, de tarjetas de monedas y de cucuruchos, cuarenta ó cincuenta mil ejemplares de cada uno de los siguientes:

A los mártires del trabajo.—La gran Compañía anónima inmortalizadora de los grandes héroes del infortunio abre juicio contradictorio en la plaza pública núm. 104 para declarar la inmortalidad del intrépido gimnasta Samuel, que expiró en el alambre mágico el jueves último

entre los fervientes aplausos de la entusiasmada muchedumbre. La Compañía espera que la envidia de los rivales del gran héroe y el entusiasmo de sus apasionados habrán hecho plaza á la imparcialidad con que se debe obrar en momentos tan solemnes, sobre todo después de haber pasado seis días del suceso.

Constitución política para el año 2000.—Persuadido el gobierno de que si es cierto, como lo es, que dos ojos ven menos que cuatro, verán mucho más los cuarenta millones de ojos de los españoles que los ocho pares de los ministros, y deseando que el proyecto de Constitución que este año, como los anteriores y según costumbre establecida, debe presentar al Parlamento sea lo más perfecto posible, avisa al público que desde que llegue á su noticia este edicto, todo ciudadano puede dirigirse al gobierno reclamando la inserción de tal ó cual derecho nuevo, la aplicación de algún otro ó la modificación, variación ó supresión de los existentes; en la seguridad de que se tendrán presentes, como es justo, cuantas advertencias se hagan, y que si sus autores lo desean se harán constar sus nombres en la lista de los colaboradores que aparecerá en las primeras páginas del nuevo código.

¡No más puntadas!—La casa de *los hermanos Lot y Compañía,* sastres de confección de trajes para señora, han quemado todas las máquinas de coser. En su establecimiento no se da ya una sola puntada. La cola adherente y la goma simpática reemplazan con tal ventaja á la costura, tanto en la ropa blanca cuanto en la de color, que ya ni para colocar un lazo ni para *pegar* un botón se enhebra una aguja.

A los aspirantes á la Diputación.—Un sujeto de honradez, pero poco versado en asuntos políticos, desea dar su voto y los de su familia, que es numerosa é influyente, á la persona que sea más digna de desempeñar el importante cargo de representante del país. En la calle 1.001, esquina á la 1.003, casa 10.005 está de manifiesto el pliego de condiciones y se da razón del sujeto, el cual mudará su domicilio al distrito en que hagan falta sus votos.

Circo de hombres blancos.—Gran función para mañana. El joven norteamericano Jorge ejecutará por primera y última vez acaso la arriesgada ascensión infinita, conocida con el nombre de *La espiral del diablo,* y en la cual han perecido ya tres de los más acreditados espiralistas ingleses. Se ruega al público que dispense cualquier falta que pueda haber en el servicio, porque temeroso el director de que el joven Jorge se ma-

lograra antes de la primera función, no le ha permitido en el ensayo general llegar hasta lo último de la espiral, que es donde está el gran peligro. También por esta razón se ha doblado el precio de los billetes, como se hace en Londres desde que ocurrieron las desgracias indicadas.

Se halla vacante una plaza de diputado á Cortes por renuncia que, á petición de los electores, ha hecho el que la servía. Las personas que se consideren con títulos suficientes para merecer la confianza del cuerpo electoral, pueden dirigir sus memoriales y programas al ministerio de la Gobernación, cuidando de dejar allí mismo las señas de su domicilio por si el ministro quisiera mandarlos á llamar. El distrito vacante es el 585; corresponde á las aceras de la derecha, casas pares, en las calles nones del barrio 1.512, centro M.

Juan Pérez y Pérez, vecino de Madrid, pone en noticia del público que aspira á ser nombrado regidor del ayuntamiento. Cuenta con la benevolencia del gobierno y tal vez algo más. Ofrece influir y trabajar con empeño para que la capital de España se ponga más alta, en punto á mejoras materiales, que las demás capitales de Europa. Si después de ser regidor llegare á desempeñar una alcaldía, sus convecinos, especialmente los de tiendas abiertas, no tendrían por qué arrepentirse de haberle nombrado.

La unión hace la fuerza.—Con el fin de estrechar cada vez más los lazos sociales, agrupando á los hombres por medio de sus afinidades religiosas, políticas, industriales, literarias ó científicas, se ha establecido un edificio monstruo, en cuyas cincuenta salas de sesión pueden reunirse cómodamente 400.000 personas; siendo tan ingeniosa la disposición del edificio, que los salones convergen en un centro común, en el cual, por medio de la moderna invención de la fotografía del pensamiento, se reproducen hablados y escritos los cincuenta discursos que á la vez pueden pronunciarse en los salones. Estos se alquilan por horas, á 50 rs. cada una; pero se pagan aparte, á 50 céntimos el millar, las palabras que se pronuncian. Mientras lo que allí se hable no salga fuera del edificio, el gobierno no tiene intervención alguna, y los concurrentes pueden decir cuanto quieran en el tono que más les convenga.

Baños atmosféricos.—Los globos de San Elías, únicos que pueden colocarse y permanecer 60 y aun 70 minutos estacionados en la capa de aire atmosférico que más le convenga respirar al enfermo, han trasladado su depósito central desde la calle 3.853, donde antes estaban, á la plaza 65, que con todos sus edificios es ya de la propiedad de la Compañía *higié-*

nico-aeronáutica. Los prospectos, que se arrojan gratis desde los mismos globos, contienen los pormenores de los hospitales de tierra, de las camillas ó hamacas en que suben los enfermos y del número de éstos que debe su curación al nuevo sistema. Ayer se hizo el experimento con un difunto del cementerio del Mediodía, que nos fué entregado en el acto de irle á dar sepultura, después de dos días de haber extinguido los alientos vitales, según dictamen escrito de seis médicos de los principales de la corte. A los mil metros de elevación se empezó á observar algún calor en la piel; á los quinientos metros más, ya era sensible la rubicundez de las mejillas y la reacción completa. Sin embargo, el individuo no respiró con libertad hasta que hubo llegado á los cinco mil metros sobre el nivel del mar. Ya se encuentra completamente bueno en las salas de precaución. Su muerte era aparente, como lo son la mayor parte. Sus pulmones no habían podido funcionar en el aire viciado de la corte.

Sol artificial.—La sociedad monstruo, sucursal del *Gigante del Nuevo Mundo*, ha recibido nuevos aparatos para la fabricación del sol agrícola y del sol nocturno. Se venden ó se llevan á domicilio por cuenta de la Compañía. En este último caso los suscriptores deben decir el número de horas que desean de sol; cuántas salidas ó crepúsculos artificiales necesitan; á qué grados quieren el calórico y la luz, con las demás condiciones que consideren más convenientes al uso á que destinen el moderno invento. El sol de las máquinas chicas tiene los mismos grados de luz y de calor que el de las grandes, pero como los vidrios de la grande esferoide son más pequeños, el radio de la luz alcanza á menor distancia. A pesar de esto, las máquinas de menos potencia pueden alumbrar y fecundar dos fanegas de tierra, aun en días de gran lluvia, si se las sabe colocar en altura conveniente y desarrollar la electricidad con cautela.

La química desenmascarada.—Demostración teológica de la impotencia del género humano ante los grandes secretos de la naturaleza. Folleto de pocas páginas.

El alcalde corregidor de esta Muy industrial, Muy laboriosa y Muy mercantil ciudad de Madrid se hace el deber de recomendar al público que pase con precaución por ciertas calles del antiguo Madrid, á consecuencia de la poca seguridad que ofrecen algunos edificios. Los dueños de éstos, que la autoridad no cree deber señalar por no perjudicarlos en sus intereses, no harían mal en repararlos de algún modo ó marcarlos con algún distintivo convencional para que los habitantes de la ciudad y principalmente los forasteros supieran á qué atenerse.

Gran sistema tributario estadístico filosofal.—La creación del nuevo ministerio de Estadística universal hace indispensable que todos los españoles contribuyan con cuantos datos y noticias puedan servir para llevar á cabo con toda minuciosidad el empadronamiento general de todos los ramos que abraza el expresado ministerio, no sólo en la parte material, sino en la moral, que tanto descuidaron las administraciones anteriores. La nación que posea una estadística perfecta será la más feliz. El gobierno de un pueblo que llega á tener empadronado su territorio, sus objetos muebles é inmuebles, sus individuos de todas especies, inclusos en los de la humana los afectos, las pasiones y los sentimientos de todas clases, es tan fácil y tan sencillo como el gobierno de una casa de comercio que tiene buenos libros de inventario del capital y lleva con regularidad el libro diario, el mayor y el de caja. Faltando la estadística, las leyes, las ciencias, las artes y la industria no son otra cosa que un centón de mentiras perniciosas, porque la suma de los datos estadísticos es la luz de la legislación, de las ciencias y del comercio. El pueblo que más números hace es el que suma mayor felicidad. Esto es incontestablemente exacto. Por estas razones, y creyendo el ministro de la Estadística ofender la reconocida y envidiada ilustración de sus compatricios, considera inútil toda disertación filosófica en apoyo del nuevo sistema tributario y se limita á decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Todos los españoles están obligados á contribuir al sostenimiento de la estadística con una cantidad de números proporcional, según se determina en el reglamento que se da gratis en la oficina del expresado ministerio y en las sucursales del mismo en provincias.

Art. 2.° Para cumplimiento del artículo anterior, se repartirá á domicilio un libro cuyas casillas indican la clase de datos que se piden, sin perjuicio de que cada individuo puede agregar los que su discreción le sugiera; en la seguridad de que en esta clase de trabajos no hay dato, por insignificante que parezca, que no tenga un gran interés en la vida de la humanidad y del cual no pueda sacarse un gran partido en la administración de los pueblos.

Artículo adicional. Como es interés general el que estos trabajos salgan perfectos, el ministro cree excusado encarecer la necesidad que hay de que todos los datos sean exactos y de que no se hagan ocultaciones ni por una mal entendida codicia ni por una vergüenza absurda. Que todos los españoles confiesen con franqueza sus ideas, sus pasiones y sus afectos, sin ocultar ninguna de sus faltas por vergonzosas que sean, en la seguridad de que el ministerio ha de guardar un secreto impenetrable, y que declaren con igual verdad sus fortunas, persuadidos de que así y sólo así el reparto de tributos será religiosamente equitativo.

Andadores metálicos, ó nueva guía del forastero en Madrid.—Inútiles, de todo punto inútiles, se han hecho ya los antiguos guías mercenarios, irónicamente llamados cicerones, que tras de aburrir al viajero con su grotesca charla, le llevaban como á remolque por las calles de Madrid, haciéndole pagar bien caro el insignificante favor de dirigirse á tal ó cual centro de la población. Hoy, con un cinturón metálico, que se oculta debajo de la ropa y cuya sencilla explicación para usarlo se da gratis, no necesita el forastero preguntar á nadie dónde se halla tal ó cual centro de los veinticinco en que se divide la población, sino que sin voluntad propia se sentirá suavemente inclinado á marchar al punto que desea por el camino más recto. Se venden á varios precios en el *Gran bazar de la inteligencia metálica.*

Se busca una prima.—El contratista de los caloríferos del salón del nuevo Prado desea traspasar el negocio con un 25 por 100 de beneficio, por tener necesidad de llevar sus capitales al planteamiento del contrato que celebró ayer con la municipalidad para las esponjas de irrigación de las calles y las absorbentes para la limpieza de las mismas. Dirigir proposiciones al mismo interesado con pliegos cerrados, no bajando la prima que se ofrezca del expresado 25 por 100.

Á la igualdad del bello sexo.—Si á los antiguos les hubiera ocurrido aplicar á la construcción del miriñaque el mecanismo de sus ridículos cuanto inútiles paraguas, habrían podido dar cuatro veces más ensanche á la mujer, ahorrándola al propio tiempo la pena horrible de no poder plegar su abdomen al entrar en los teatros y en las grandes concurrencias de gentes. La compañía de las Indias que, como sabe el público, está consagrada al embellecimiento del bello sexo en la confección de toda clase de prendas de ropa blanca, ha fijado su atención en el miriñaque, y después de una serie de largos estudios ha inventado el *miriñaque campanilla,* cuyo uso está produciendo una verdadera revolución en el bello sexo. El depósito central está en la calle 222, casa 1.121, en el centro H del Norte de Madrid. Se envían á provincias con el sencillo método para usarlos y las ventajas higiénicas que traen consigo.

No más tisis femenina.—El corsé de cartón piedra con la doble presión del caucho pectoral ha concluído con todas las enfermedades de pecho, que tan frecuentes eran en todas las jóvenes que buscaban la esbeltez de sus talles en el tiránico rigor de las ballenas ó del acero. Con el *corsé diana* los talles son mucho más esbeltos y se han alejado todos los peligros del antiguo ballenato. A las señoras que por un sentimiento

de pudor, hasta cierto punto respetable, no quieran dejarse tomar medida por los dependientes del establecimiento, se les dará un pedazo de lienzo plástico, en el cual, sin más que rodearle al cuerpo, verán fotográficamente marcadas sus formas. Devolviendo el lienzo al establecimiento y sin más que advertir los centímetros que quieran que se reduzca la cintura ó los que deben darse de aumento á los hombros ó al pecho, se verán perfectamente servidas.

Congreso internacional de espiritismo.—La sesión ordinaria del domingo próximo se abre á las diez de la mañana. Los sonámbulos y los espiritistas de todas las ciudades y pueblos de España pueden empezar sus evocaciones á esa hora. La presidencia toca esta semana al sabio é inspirado *médium* míster Patterson, residente en Charleston (Estados Desunidos de América). Hacen de secretarios los jóvenes senhor Lorenzo Figueira de Madureira y el caballero Waliow, residente el primero en Dasmatas, aldea de Portugal, y el segundo en el castillo de Blak, Alemania.

Nuevo manual de lengua universal. Método el más sencillo de todos los conocidos hasta el día.—Se vende á 38 reales 50 céntimos en la calle núm. 33, casa 6.666, barrio 55, centro P al Sur de Madrid.

Desafío frustrado.—Arturo Malaspatas, que tan cobarde como villanamente me insultó ayer, aprovechándose de la impunidad que le daban las circunstancias del lugar en que nos hallábamos, no ha concurrido hoy al sitio en que debía verificarse el lance á muerte. Sus padrinos Numa González y Silvio Rodríguez han tenido la prudencia de no contestar á las enérgicas provocaciones de los míos. Me apresuro á comunicarlo al público por medio de cien mil ejemplares de este anuncio.—*Arístides García.*

Alcobas higiénicas y económicas.—Nadie se atreverá á poner en duda que las que se han abierto al público en la gran plaza 10, barrio 15, centro R del cabo Oeste de la población, son las más grandes, ventiladas y cómodas de todas las que hasta el día se conocen, no sólo en Madrid, sino en los Estados Desunidos, que es donde más en boga está este sistema de fraternidad nocturna. Para los durmientes de 1.ª clase hay mil camas de gran lujo, á 20 rs.; los de 2.ª hallarán dos mil también elegantes y cómodas, á 12 rs.; para los de 3.ª hay tres mil catres, á 6 rs.; y por último, la gran rotonda, donde los durmientes de 4.ª y 5.ª clase encontrarán una inmensa cama redonda, cuyos precios, en 1.ª y 2.ª fila, son 60 y 40 céntimos.

Nueva vacuna intelectual.—Los antiguos maestros de escuela y los dómines latinos acudieron en vano á la palmeta y á las disciplinas para inocular su entonces escasísima ciencia en los niños por un sistema de sangre, análogo al que entonces se conocía para inocular la viruela. Más tarde, cuando por un artículo del Código se prohibió ese bárbaro sistema de enseñanza, los profesores acudieron á la persuación, esto es, á la discusión con el discípulo de potencia á potencia, que no ha dado mejores resultados. Hoy una persona, que no es doctor ni siquiera bachiller de ninguna universidad, ha descubierto la manera de enseñar á los niños desde la primera edad por un medio *moralmente* parecido al que se empleaba para inocular la viruela, antes de que este envenenamiento oficial de la especie humana cayera en desuso. Ya le han adoptado varios directores de colegios, y á éstos y á los demás profesores se les enseña *en una sola lección* este sistema en la casa núm. 345, calle 5.555, barrio 33, centro P al Norte.

Nodrizas mecánicas.—Al gran bazar de la Vida Privada acaba de llegar un nuevo surtido de pechos de máquina, que no sólo tienen, como los usados hasta el día, el mismo color y las mismas condiciones exteriores que el pecho natural, sino que el aparato interior está tan ingeniosamente dispuesto que es suficiente el más ligero esfuerzo para que el líquido acuda á la superficie. Los niños torpes para la succión hallarán una inmensa ventaja en estos aparatos, y para los demasiado tragones no hay el peligro de esos golpes de tos que les producía la demasiada cantidad de leche cuando mamaban del pecho de la mujer. Pero la ventaja principal de estos aparatos consiste en que, no permitiendo la entrada del aire más allá de la primera capa del pecho, el líquido que se emplea, aunque sea la leche en su estado natural, no se descompone ni se altera.

A la Sibila de Cumas.—El nuevo trípode que acaba de recibir de Londres esta acreditada sonámbula le permite despachar mayor número de consultas que el que usaba antes de ahora. Los precios siguen siendo los mismos de siempre: Por refrescar la memoria de los tiempos pasados, á 15 céntimos por minuto en los cinco últimos años transcurridos, y 5 céntimos de aumento por cada año más atrás de esa fecha. Las cosas de presente á 25 céntimos, y las del porvenir á precios convencionales.

Nota.—Como no todos los oráculos que andan por Madrid ni aun las sonámbulas de otros gabinetes guardan el secreto de las consultas, no será inútil repetir que para la Sibila de Cumas es sagrado cuanto se le dice, y hasta procura olvidarlo en el momento que sale el parroquiano, á quien por otra parte no vuelve á ver, porque hace ya diez años que no ha pisado

la calle. Verdad es que sólo con tan austero aislamiento puede estar tan cargada de fluido magnético y vidente á todas las horas del día y de la noche.

Aviso al público elegante.—En la gran fábrica de hierro que por reforma del local se había cerrado, se ha vuelto á abrir el depósito de *caballos de vapor* para paseo. Se alquilan por horas á los precios de siempre y según la tarifa que está en el establecimiento. Los eléctricos no se alquilan sino por días. Los carruajes de paseo, siendo movidos por el vapor, también se dan por medios días; los eléctricos sólo se alquilan por meses.

Dragas marítimas.—Se necesitan diez máquinas de vapor, de cien caballos de fuerza cada una y á propósito para tornear los montantes de la gran draga monstruo que para los desagües marítimos proyectados por la Sociedad Arqueológica Universal se está construyendo en el puerto de Colón, antiguamente llamado de Palos, y que como sabe el público es hoy el más grande de todos los de España.

La esclavitud de los hombres libres.—Folleto realista, escrito por un mulato libre, hijo de un antiguo esclavo negro.

Historia viva.—Acaba de llegar á esta corte un caballero francés, que trae consigo un loro nacido en la isla de Santo Domingo en 1650, y que habiendo viajado por toda Europa en compañía de los antepasados del expresado francés, refiere una porción de sucesos importantísimos de los siglos XVI, XVII y XVIII con admirable claridad. Se cree que la mayor parte de su larga vida la pasó en España, porque este es el país de cuya historia parece más enterado.

Ejercicios públicos.—El lunes próximo darán principio los ejercicios de oposición para la plaza de espiritista que se halla vacante en la sociedad de recreo titulada *Placeres dominicales.* Los aspirantes han de acreditar que son *médiums,* y serán preferidos desde luego los que presenten una memoria escrita de revelaciones interesantes, ó los que tengan la facultad de escribir y entender el caldeo, el vascuence y el caló, que son los idiomas y la escritura que más se resiste á los espiritistas.

Monumento curioso.—La empresa del teatro de *Antigüedades,* que no perdona medio ni sacrificio alguno para presentar á sus numerosos favorecedores una exposición completa de todos los monumentos arqueológicos de la vieja España, acaba de traer una anciana, cogida en una de las

aldeas de Galicia, la cual hila cáñamo con una rueca igual á las que se conservan en la Armería de esta corte y hace medias á mano con unos alambres bruñidos. La empresa espera que el público acudirá á ver este fenómeno con la misma solicitud con que asistió estos últimos días á la exhibición del tocador de guitarra andaluz y á la del segador gallego.

Sociedad filantrópica, protectora de los animales.—La inhumanidad con que algunas gentes, baldón y oprobio de su patria, hacen acabar sus días á los inocentes animales que un tiempo les prestaron su sangre para el movimiento de sus industrias, ha llamado la atención de esta sociedad filantrópica hasta el extremo de decidirla á abrir cuatro nuevos depósitos, donde se recibirán toda clase de animales, que inmediatamente y con las convenientes precauciones humanitarias serán conducidos á los magníficos prados, establos y demás dependencias de la Sociedad, sin que las personas que los entreguen tengan que abonar nada por manutención ni por otro concepto. Todos los días festivos se permite á los dueños de los acogidos por la sociedad entrar á verlos. El que quiera reclamar algún animal para llevarle de nuevo á su casa ó cualquier otro de los que no tienen dueño, ha de declarar el uso á que piensa destinarle, y garantizar, por medio de algún socio ú otra persona de antecedentes humanitarios, el buen trato del acogido; sin perjuicio de la visita de inspección que todas las semanas le harán los señores socios, que por turno se encargan de este importante servicio.

Filosofía socialista.—La academia de este nombre se reune mañana en el local de costumbre para continuar la discusión del siguiente tema:

«Si se moralizara y se educara al pueblo, ¿de qué servirían el ejército, la policía, la curia, el papel sellado y los cerrajeros?»







CUADRO V

UN DIÁLOGO DE POCO MÁS Ó MENOS, EN EL CUAL HAY ALGUNOS DISPARATES DE MÁS

—Lo dicho, dicho; ni un céntimo menos.

—Pero hombre, eso es una atrocidad. No hay ejemplar de que se haya pagado á ese precio nunca.

—Claro es que no.

—Pues si vos mismo lo conocéis, ¿cómo os atrevéis á pedirme ese dinero?

—¡Vele ahí!

—Conque vaya, ¿qué hacemos?

—Vos sois el que habéis de hacer, que yo ya he dicho mi última palabra. Y tened la bondad de decidiros pronto, porque de lo contrario voy á ir subiendo la tarifa, que el tiempo es dinero.

—Sentiría incomodaros, y si tenéis algo urgente que hacer.....

—Nada, amigo mío, nada; no tengo nada que hacer; pero como no me gusta derrochar mis caudales, quiero ahorrar el tiempo. Conque decidíos: ¿sí ó no?

—¡Pero, hombre, si es una exorbitancia! ¡Si me pedís mucho más por uno solo que lo que me han costado los otros veinte!

—¿Por qué no os han vendido el veintiuno que necesitabais?

—¡Demasiado sabéis por qué! Porque no lo tenían, que si lo hubieran tenido.....

—Si lo hubieran tenido os lo habrían vendido más caro que yo.

—¡A que no!

—¡A que sí! Pero dejémonos de disputas inútiles; eso no es cuenta mía; cada uno es libre de hacer lo que quiera con su hacienda.

—¿Pero vos daríais ese dinero?

—¡Caballero! ¿Con qué derecho me hacéis esa pregunta? Yo no soy el que compro, sino el que vendo, y no gastemos el tiempo en balde, no contéis ya con mi voto, se le daré al otro candidato. Así como así, me disgustaba dároslo.

—¿Y por qué? ¿No merezco vuestra confianza? ¿No tenéis fe en mi patriotismo? ¿No estáis conforme con mi programa político?

—Si no lo digo por eso; ni yo he leído vuestro programa, ni me importa que sea más ó menos subido de color; yo nunca miro esas cosas. Por lo que no me gustaba daros el voto es porque venís á pedírmelo directamente y no por medio de un corredor electoral, que es lo acostumbrado. Y eso es mal hecho, porque además de que el corredor paga su contribución, y no floja, es preciso proteger las industrias nacientes. Así como así, cada día tienen las gentes menos oficios en que poder ganar un pedazo de pan, gracias á la maldita mecánica que nos va dejando á todos de brazos cruzados.

—No me habléis de la mecánica; la aborrezco con toda mi alma, y pienso hacerla una guerra á muerte en el Parlamento en el caso de que me deis el voto.

—Francamente, no quisiera; pero por no faltar á mi palabra.....

—¿Y qué rebaja me hacéis?

—Ninguna. ¿Ahora salimos con esas?

—¡Es que como voy á combatir el abuso de la mecánica!

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? Yo no os he puesto condición alguna respecto á vuestra conducta como diputado. Si atacáis ó defendéis la industria, ya sabréis lo que hacéis; eso será harina de otro costal.

—¿Conque no hay más que aflojar los cuartos?

—Ó perder la elección, porque ya sabéis que mi voto ha tenido esta vez la suerte de ser el símbolo constitucional. Sin mi voto, empate seguro. Donde yo vaya está la mitad más uno que dice el Código.

—Por eso no habéis querido entrar en tratos hasta última hora.

—Amigo, ya va uno aprendiendo. Me ha costado muchos desengaños el oficio.

Excusado será decir al lector quiénes son los dos interlocutores ni

qué clase de gobierno les rige, habiéndoles cogido en flagrante delito electoral. Ya habrá visto que se trata de un elector muy sobre sí y de un candidato muy por debajo de sí mismo, y que ambos son partes íntegramente constituyentes del sistema representativo; y aun si añadimos que el sistema está en su último período, ó como diría un alumno de medicina, en el tercer grado de tisis, también es verdad.

Lo que no estará de más decirle, es que el elector es hombre de cuarenta años cumplidos y el que aspira á ser elegido apenas llega á los veinticuatro.

Este último no vuelve á insistir después de escuchar las últimas palabras del primero, y sacando del bolsillo un librito del mismo tamaño y forma que los antiguos de fumar, repasa sus hojas, y arrancando una de ellas se la entrega al elector; el cual, después de examinarla al revés y al derecho y aun al trasluz, dice:

—Os sobran diez con veinticinco.

Y sacando otro librillo enteramente igual al del candidato, con la sola diferencia de que aquél tenía las hojas verdes y éste las tiene amarillas, y arrancando una de ellas, se la entrega diciéndole:

—Ya estamos en paz; ahora extenderemos la escritura de compromiso.

—¿Qué Banco es este?—pregunta el candidato, acercándose á los ojos el microscópico talón que acaba de recibir.

—¿Cuál ha de ser? El nuestro; el de los fabricantes de agua legítima de Colonia.

—Pero decidme, buen hombre, ese Banco ¿no se llama *Banco de los perfumistas?*

—No, señor, que no se llama tal. Eso era cuando por perfumería se entendía todo lo que tenía perfume, como el jabón y los aceites de olor, y lo que no tenía olor alguno, como los cepillos, los peines, las esponjas y otra porción de objetos que al perfumista se le antojaba colocar en el escaparate de su tienda. Así estaban aquellas dichosas perfumerías, donde pretendiendo entender de todo no entendían de nada. Ahora no sólo se han separado, como era justo, los objetos que huelen de los que no tienen olor alguno, sino que, como era justo también, se han separado entre sí los perfumes y de consiguiente los perfumistas. Y me parece imposible que aspiréis á representar en el Parlamento uno de los barrios más importantes del comercio de Venus, como hoy se llama el de objetos de tocador, y no hayáis estudiado el ramo de perfumería para comprender las ventajas que el aislamiento produce en esta materia y cómo los aceites conservan sus principios fijos cuando no tienen al lado de sí el mal ejemplo de las aguas espirituosas, cuyos principios se volatilizan con tanta fa-

cilidad. Y aun dentro de estas mismas aguas se han establecido algunas divisiones, para que cada una de ellas guarde mejor la pureza de sus principios aromáticos. Así el talón que acabo de daros contra el *Banco de Colonia* es distinto que el que os habría dado mi vecino el fabricante de agua de Labanda, y el otro que está á la vuelta, que sólo fabrica agua de la reina de Hungría y tiene sus capitales en el Banco de este nombre. Por eso se dice.....

—No os canséis en seguir hablando de la desunión de la perfumería—interrumpió algo picado el candidato,—porque yo no ignoraba nada de eso, y mucho menos lo de que el aislamiento conserva la pureza de los principios; pero bien podía ser que se separasen los olores por razones físicas que alcanzo de sobra, y se reuniesen los capitales por el espíritu de asociación mutua, que es la base de nuestro engrandecimiento.

—¡Error!, ¡error! —gritó el fabricante de agua de Colonia.—Separar las industrias y reunir los productos de ellas, eso jamás. El crédito del Banco de Colonia es el mejor prospecto y la mayor recomendación que puedo yo hacer del agua que fabrico. ¿Qué le sucedió hace pocos meses al aceite de Macasar? Quebró el Banco de este nombre, y en el acto subieron las acciones de los Bancos de Bergamota, de Milflores y los de los otros aceites, y el de Macasar ha pasado de moda. La rivalidad, la competencia, la envidia, en una palabra, la envidia, llamemos las cosas por su nombre, es la base de la industria.

—Tenéis mucha razón; pero insisto en que la industria puede y debe subdividirse hasta el infinito, sin que haya necesidad de hacer lo mismo con el dinero. El capital es anónimo, y los imponentes de un Banco son iguales aunque procedan y hayan ganado el dinero en distintas industrias.

—Será todo lo que queráis —replicó el elector un tanto confuso con las observaciones del candidato;—pero lo que yo sé deciros es que los hombres más versados en los negocios mercantiles, las eminencias del crédito, son los que defienden este sistema de verdadera mutualidad, y no ya cada día, sino cada hora, se crea un nuevo Banco.

—Y decidme, porque tal vez esta noticia pueda convenirme, ¿nombra el gobierno un delegado para cada uno de esos Bancos?

El fabricante de agua de Colonia miró con asombro al candidato, y poniéndole las manos en los hombros le dijo:

—¿Pero de dónde salís que tales cosas ignoráis y tales preguntas hacéis? ¿Qué edad tenéis? ¿Dónde os habéis criado y dónde estáis viviendo?

—No creo—replicó el candidato—que tengáis motivo para dirigirme esas preguntas, sobre todo con cierto tono de reconvención. ¿Qué he dicho yo para eso?

—¡Friolera! ¡Preguntar si el gobierno nombra un delegado para cada

una de las sociedades de crédito! Como si el gobierno fuera accionista de alguna de ellas. ¿Qué queríais que hiciera ese delegado? ¿Qué ocupación había de ser la suya?

—Velar por la observancia de los estatutos.

—¿Para qué?

—¡Toma, para poner á salvo los intereses de la sociedad!

—¿De qué sociedad?

—De las de crédito á que nos referimos.

—En ese caso, el delegado le nombrarían los accionistas, y ya lo hacen al elegir la junta directiva.

—Bien; pero el gobierno consiente en la formación de la sociedad á condición de que se cumplan los estatutos que previamente ha aprobado, y para eso pone allí una persona que le represente.

—¡Ah, ya! Conque el gobierno—dijo el perfumista riendo—consiente y aprueba y vigila..... Vaya, vaya; ahora sí que insisto en preguntaros: ¿dónde habéis estado hasta que os ha ocurrido venir á solicitar los sufragios de este distrito?

—En mi pueblo; pero ya hace un mes que vivo en Madrid.

—Pues no habéis aprovechado gran cosa el tiempo; ¿pero qué pueblo es el vuestro?

—Uno muy bueno.

—Sí, muy bueno será; pero muy pequeño ha de ser y muy apartado de toda comunicación para que sus habitantes ignoren las más sencillas nociones del derecho de gentes.

—Eso sí que no—replicó el candidato algo picado;—yo no sólo conozco el derecho de gentes, sino el romano y el godo y todos los antiguos fueros españoles, porque he estudiado siete años de leyes.

—¡Es decir, que sois abogado por el sistema antiguo! Vaya, veo que os he llevado demasiado poco por el voto. Si hubiera sabido que erais abogado universitario habría sido otra cosa. Pero de todos modos, en ese pueblo, que si he de creer lo que vuestro acento indica ha de ser más frontera de Portugal que otra cosa, ¿no hay periódicos?

—Sí que los hay, y algunos vecinos los leen; pero no se hace mucho caso de lo que dicen.

—Ya; pero las leyes que en ellos se publican son leyes del Estado.

—Eso es verdad; pero yo nunca hubiera creído que el Estado hiciera la tontería de suicidarse, renunciando el gobierno á la tutela que debe tener sobre la sociedad.

—¡Conque vos, según eso, sois de los que creéis que los hombres no son iguales, y que mientras los unos son mayores de edad, los otros no salen nunca de la minoría!

—Algo creo de eso; pero esta materia sería para tratada muy despacio, y vos me dijisteis antes que no queríais perder el tiempo.

—Con efecto; pero si queréis que continuemos esta conversación, pasad por aquí cualquier noche y os llevaré al club.

—¿De Colonia?—preguntó con sonrisa irónica el candidato:

—No tal—repuso el fabricante,—al *club de los espiritistas medianímicos.*

—¡Pero allí todos los que irán serán fabricantes de agua de Colonia! Y en ese caso.....

—No seáis exagerado—dijo el fabricante.—¿Qué tiene que ver la afición ó la ocupación industrial de cada individuo con sus aficiones intelectuales? Yo tengo consocios de industria que son mis mayores enemigos en materia de espiritismo; como que algunos de ellos son partidarios de la evocación de los espíritus por medio del sonambulismo; y vergüenza me da decirlo, hasta hay algunos fabricantes de agua de Colonia que niegan el espiritismo. ¡Ellos que viven del espíritu de vino y de destilaciones espiritistas, digámoslo así!

—¡Qué atrocidad!—dijo el candidato, á pesar de que no entendía una jota de lo que estaba oyendo;—¡qué atrocidad negar esa cosa!

—¡Conque, según eso, vos, señor diputado—exclamó con extraña alegría el fabricante, - sois también de los míos! Medianímico, supongo ¿eh?

—Sí, señor, me-dia-ní-mi-co—contestó el otro, procurando repetir con cuidado la palabra que le era enteramente desconocida.

—Según eso, en Extremadura, suponiendo que seáis extremeño, ¿hay ya sesiones espiritistas?

—¡Vaya si las hay!

—Pues entonces no es posible que estén tan atrasados como yo creía, porque el espiritismo aguza mucho el entendimiento, y los pueblos que creen en el magnetismo y en el sonambulismo no pueden ser ignorantes.

El joven candidato temió verse en un compromiso si se prolongaba la conversación espiritista, y cambiando de asunto dijo:

—¿Pero es posible que no fabriquéis ni vendáis nada más que agua de Colonia?

—Nada más, y tengo bastante, replicó con orgullo el elector. ¿Queréis ver el establecimiento?

—Con mucho gusto—dijo el candidato.

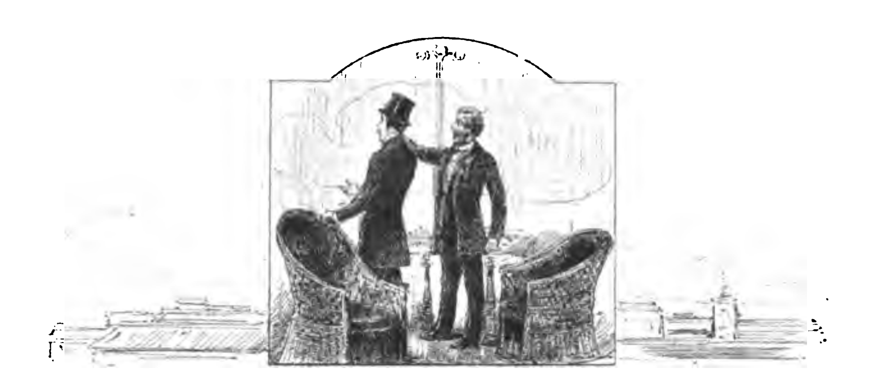
Y apenas hubo pronunciado estas palabras, á las que el fabricante contestó con una ligera sonrisa de satisfacción, sintió una ligera oscilación en todo su cuerpo y le pareció como que se movían las paredes del pequeño gabinete en que se hallaban.

Y así era la verdad.

El candidato había recibido al elector en un gabinete ochavado giratorio, el cual estaba situado en el centro del establecimiento, y servía para que el fabricante pudiera inspeccionar por sí propio y sin moverse de su asiento todas las vastas dependencias de la gran fábrica española de agua legítima de Colonia.

Pero el movimiento que recibió el gabinete en esta ocasión, no fué giratorio, sino ascendente, y *en un decir Jesús*, como solía decirse antiguamente, se hallaron nuestros personajes sobre el tejado del edificio.





CUADRO VI

GRAN FÁBRICA Y DESPACHO CENTRAL DEL AGUA LEGÍTIMA DE COLONIA

No era la primera vez que el candidato subía á las alturas por ese sistema, porque además de haber subido algo más para alcanzar algunos votos, el día mismo en que llegó á Madrid fué á casa de un pintógrafo á hacerse el consabido retrato de pretendiente á la diputación, y subió, mecánicamente también, en busca de la luz y del artista. Por esta razón no le causó novedad el ascenso; pero le sorprendió, y no poco, que al salir á la luz del día, las paredes del gabinete, que él hubiese jurado haber visto adornadas con cuadros y colgaduras, estaban no sólo desprovistas de todo adorno, sino que parecían transparentes y diáfanas como el cristal.

Y no parecía sino la pura verdad, porque el gabinete del fabricante de agua de Colonia era un gran fanal de vidrio, que daba paso á todos los objetos que le rodeaban; y como al salir sobre la terraza del edificio se halló en el vacío, no reflejó nada.

Advirtió el fabricante la sorpresa del futuro diputado á Cortes, y con ese orgullo con que en todos tiempos han disputado los propietarios de ciertos inventos la alegría de la paternidad á sus autores, le dijo:

—Esta mecánica sube y baja como todas las conocidas hasta el día, desde que se suprimieron las antiguas escaleras; pero gira de un modo especialísimo, y tiene además la ventaja de que, siendo un verdadero gabi-

nete de cristal, sin salir de él se encuentra uno en comunicación visual con todos los objetos exteriores. Y cuando, como ahora acabamos de hacer, quiero atravesar todos los pisos de la casa sin ser visto de nadie, esto es, sin que sepan mis consocios si voy ó no dentro del gabinete, le declaro opaco con este resorte.

Y sin dar lugar á que el aturdido candidato viera el resorte de la opacidad, cambió el fabricante la decoración de su verdadera cámara obscura, apareciendo de nuevo los cuadros y los adornos que el otro creyó ver al entrar allí, iluminado todo por la que entonces juzgó luz natural y ahora conocía no ser otra cosa que los destellos luminosos de un foco eléctrico.

Otro resorte que sin duda movió el fabricante hizo hundir las paredes del gabinete, quedando los dos personajes sobre la inmensa terraza del edificio, desde la cual se veía á corta distancia, tres kilómetros escasos, la gran fábrica de agua de Colonia, cercada de vastos jardines, en los cuales se cultivaban las plantas aromáticas que servían para la fabricación del líquido oloroso.

—Allí—dijo el fabricante señalando con el dedo hacia el lugar indicado—están los grandes alambiques destilatorios, los aparatos de refinación y una multitud de máquinas que son indispensables para la fabricación, la cual está dispuesta de manera que ninguno de los consocios que están al frente de cada una de las dependencias conoce el mecanismo de todas ellas; cosa indispensable para que yo pueda conservar y explotar el secreto de mi industria.

—¿Y no sería mejor—dijo el candidato—que tuvierais un privilegio de invención, para que nadie sino vos pudiera fabricar el agua de Colonia por ese sistema?

—¡Privilegio!—exclamó el fabricante.—¿Qué estáis diciendo? ¿Sabéis que el oiros me hace el mismo efecto que si resucitara un realista de 1824 ó un liberal de 1837, que en punto á privilegios y exenciones allá se iban? La industria es libre, y no consiente esos monopolios odiosos.

—Pero vos monopolizáis vuestro invento, puesto que hacéis de él un secreto impenetrable.

—Claro es que sí; en uso de un derecho que nadie puede disputarme.

—Ya; pero si hubierais depositado ese secreto en manos del gobierno y él os hubiera autorizado á usarle por un número determinado de años, al expirar este plazo el secreto sería del dominio público, y ahora, por el contrario, no lo será nunca.

—Estáis en un error; ahora no hay plazo alguno, sino que en el momento que alguien lo descubra puede empezar á usarle.

—¿Y si no lo descubre nadie?

—No lo usará nadie más que yo.

—Pues señor, con ese sistema no se habría adelantado gran cosa en la civilización de la humanidad. Si cada hombre se llevara un secreto al otro mundo, sería cuento de nunca acabar.

—¡Ojalá se hubiera hecho siempre así!—replicó el fabricante;—y á fe, á fe que no se habrían tendido á la bartola algunas generaciones, fiadas en que ya estaba todo hecho, ó siguiendo en su lento progreso el camino trillado y casi siempre vicioso que les dejaban trazado las gentes que les habían precedido.

—Vaya—dijo el candidato,—estamos muy distantes para que podamos entendernos. Tened la bondad de enseñarme la fábrica.

—Con mucho gusto; pero francamente os digo que no haríais mal en volveros á vuestro pueblo á seguir arrullando esas ideas del siglo pasado.

—¿Creéis que se escandalizarán de oirme?

—No tal; aquí no hay nada que escandalice y, antes por el contrario, si sostenéis en el Parlamento esas ideas es posible que os pongáis de moda, porque ya hay algunas gentes que suspiran por el obscurantismo con todos sus privilegios y regalías y trabajan bastante para que vuelvan las cosas á estar como antiguamente.

—Ese es otro absurdo—dijo el candidato;—y el gobierno hará bien en perseguir sin descanso á esos reaccionarios.

—¿Y por qué los ha de perseguir? ¡Pues no faltaba más! ¿Quién es el gobierno para impedir que cada cual piense y obre como le dé la gana? ¡Y vos decís que sois liberal! ¡Buena libertad está la vuestra! Queréis hacer los liberales, como Moliere hizo su *Medico..... á palos*. Vaya, vaya, voy á enseñaros la fábrica, porque tenéis razón en decir que tardaríamos mucho en entendernos. Conque decidme: ¿Sois funámbulo ó gimnasta? ¿Queréis ir por los trapecios ó por la maroma?

El candidato miró al fabricante, más que con asombro con verdadero terror, porque adivinó la clase de locomoción que se le ofrecía para salvar la distancia de tres kilómetros que le separaba de la fábrica, y contestó con cierto aire de dignidad verdaderamente ridículo:

—Señor fabricante, ¿por quién me habéis tomado? ¿Con quién creéis estar hablando?

—¡Qué sé yo, ni qué me importa saberlo!—replicó el fabricante.—Abajo os tomé por lo que decíais ser, por un aspirante á la diputación, que tenía absoluta necesidad de un voto, y os he vendido el mío lo más caro posible; aquí creo que sois un hombre que quiere visitar mi fábrica, y os pregunto si preferís la maroma ó los trapecios.

—Pues eso precisamente es tomarme por un titiritero.

—No tal; eso es tomaros por un hombre. Si fuerais una señora, os habría

llevado á la fábrica por el ferrocarril eléctrico subterráneo; sois un hombre dedicado por vuestra profesión al estudio y por lo tanto necesitado del ejercicio gimnástico, y me figuraba que no os vendría mal dar un ligero paseo por los trapecios ó por la maroma.

—Pues os lo agradezco infinito—dijo el candidato con mal reprimido despecho,—pero yo no sé trabajar en la cuerda tirante ni en la floja ni en el trapecio.

—Yo tampoco; yo no hago más que ir y venir por la cuerda á mi fábrica, aunque ordinariamente voy por los trapecios, porque es más breve y se hace mucho más ejercicio.

—Pues yo no sé hacer ninguna de ambas cosas, y aunque supiera, ya podéis comprender que no lo haría.

—¿Y por qué?

—¡Me gusta la pregunta! Por el decoro de mi profesión de abogado.

El fabricante de agua de Colonia, que hasta entonces apenas había tenido ocasión de sonreir, soltó una estrepitosa carcajada, y por toda respuesta á la observación del candidato le volvió la cabeza hacia el interior de la población y le dijo:

—Mirad el decoro de vuestra profesión y de otras tan buenas ó mejores que ella.

El candidato vió entre el humo que se elevaba de las chimeneas una porción de hombres saltando los unos de trapecio en trapecio á gran altura de los tejados, corriendo los otros por la maroma y algunos marchando sobre esta última á paso largo con un libro ó papeles en la mano.

—¡Bien, y qué! Ya veo muchos hombres que dan zapatetas en el aire, expuestos á romperse la cabeza y á matar al infeliz que cojan debajo.

—Algunos se matan, ¿quién lo duda?—replicó el fabricante;—pero no os hago mirar por eso, sino porque veáis que ese joven alto de la derecha que va por la cuerda leyendo y tomando apuntes, es uno de nuestros primeros abogados, y que así como lo veis, estudia los pleitos por las mañanas en traje de casa, y aun de noche, especialmente en verano, sale también á hacer ejercicio, repasando sus defensas en la cuerda. Y aquel señor mayor que veis á la izquierda, entre aquella joven azul y aquella señora gris, que va saltando con prodigiosa agilidad los trapecios, es vuestro presidente.

—¿Mi presidente?—preguntó el candidato con verdadero asombro.

—El que lo será si tomáis asiento en el Parlamento.

—¿Y la cámara de diputados está presidida por un hombre que hace en público semejantes cosas?

—Vamos, está visto que sois consecuente en todo. Queríais para presidente un hombre que se escondiera para hacer ejercicio, y que aunque

en su casa, donde nadie le viera, fuese un malvado, para ir al Parlamento fuera dentro de un carruaje, con los ojos bajos, en vez de ir por los tejados saltando de uno en otro trapecio. Y puesto que vuestro decoro no os consiente ir por el aire á ver la fábrica, os enseñaré el establecimiento en que estamos, que es el más curioso de todos y donde está *espiritualizada*, digámoslo así, toda la fabricación. En este piso en que estamos, esto es, debajo de la terraza, está el depósito parcial del agua, que se surte directamente y por una gran tubería de porcelana del gran depósito central ó estanque que hay en la fábrica. Atravesando los demás pisos, surte las fuentes y depósitos que hay en cada uno de ellos, y principalmente el gran receptáculo para el embotellamiento en el piso principal y el coloniómetro del piso bajo, que es la verdadera novedad de mi casa sobre las otras de esta misma industria. Cuando yo pensé en el establecimiento de esta dependencia, que hoy es la que da importancia y verdaderos beneficios á mi fabricación, no podéis figuraros las burlas que me hicieron, las caricaturas que contra mí se publicaron y las apuestas que hubo en la *Bolsa de las aguas alcohólicas* en pro y en contra de mi pensamiento. Pues ahora apenas hay una señora de buen tono que no tenga una acción cuando menos de baño, dos de tocador y tres ó cuatro de riego. Y los bailes públicos, que fué una de las necesidades que tuve más presentes, están todos suscritos al riego, y con tan buen resultado que ayer mismo me ha hecho el ayuntamiento una proposición monstruo, que si se lleva á cabo, y por mí no hay dificultad alguna, tendrá un éxito brillantísimo: ¡como que el agua de Colonia, que es hoy un artículo de verdadero lujo y sólo al alcance de pocas fortunas, podrá generalizarse de una manera fabulosa!

—Y decidme, señor fabricante—interrumpió el candidato con sonrisa burlona,—¿creéis que el pueblo reportará algunas ventajas de la baratura y la propagación del agua de Colonia?

—¡Quién lo duda! Todo lo que tienda al desenvolvimiento de la industria es altamente beneficioso para el pueblo.

—Es decir, que consideráis el agua de Colonia como un artículo de primera necesidad para los pobres.

—No me pesaría de que así fuera, pero yo no he dicho semejante disparate; y en prueba de ello, os diré que las cañerías del agua de Colonia no atraviesan ninguno de los barrios en que se albergan los pobres ni tengo un solo accionista ó suscriptor fuera de los centros aristocráticos. Al hablar del pueblo, me refería á la masa general de la población, no á lo que antiguamente se llamaba pueblo bajo, cuya odiosa denominación ha desaparecido.

—¿Y ha mejorado la condición de ese pueblo?

—¡Quién lo duda! Por de pronto no vive ya en un obscuro rincón de la casa del poderoso, donde turbaba su sueño el rumor de los festines y excitaba su apetito el suculento olor de los manjares, sino que ahora vive en comarcas independientes, donde todos sus convecinos son igualmente pobres.

—Es decir—repuso con ironía el candidato,—que en nombre de la igualdad se ha marcado á todos los pobres, creando grandes centros de miseria pública, que podrían muy bien llamarse *hospitales de miseria incurable.* Me parece un gran paso para la igualdad social.

—Yo no sé—dijo el comerciante un tanto escamado—si habláis de buena fe ó no; pero lo que puedo deciros es que con este sistema de población el lujo ha adquirido un gran desarrollo, y el lujo da la medida de la prosperidad de los pueblos.

—Lo creo muy bien; y si en lugar de encerrar á los pobres con sus familias en barrios apartados, donde todos se vayan muriendo por igual, los matásemos de una vez á todos, el lujo sería más esplendente y más brillante.

—Está visto—dijo el candidato sonriendo—que sois un joven de los que hacen gala de venir al mundo desengañados; seréis en el Parlamento un apóstol más de las ideas reaccionarias.

—¡Reaccionario yo!—gritó el candidato.—La verdadera reacción es la vuestra, que os habéis armado con el puñal revolucionario para asesinar los privilegios de la cuna y los del talento, y le estáis usando para establecer las prerrogativas y las inmunidades del dinero.

—¡Qué disparate! El lujo no es obligatorio.

—Pero le adoráis como al verdadero dios del siglo.

—No tal, no le adoramos; le servimos.

—¿Como sus sacerdotes ó como sus esclavos?—preguntó el candidato sonriendo.

—Ni lo uno ni lo otro—contestó el fabricante.

Y pareciendo poco dispuesto á prolongar aquella polémica, para la cual, como habrá observado el lector, tenía menos disposición que para propagar el uso del agua de Colonia, siguió enseñando las dependencias del establecimiento, desde el gabinete giratorio, con el cual atravesaron diferentes veces los pisos del establecimiento, hasta parar en el bajo, donde estaba la gran rotonda destinada al servicio menudo del público.

Entrábase en aquella gran sala, cuyo principal adorno consistía en una fuente de cristal, de la cual brotaba en menudos surtidores una lluvia de agua de Colonia, por una puerta de espejos que se cerraba por sí sola tras de cada persona. Los abonados al perfume diario tenían su cuenta corriente y no pagaban nada al entrar allí, y los que no estaban en este

caso abonaban un tanto al minuto, mayor ó menor, según el uso que hacían de aquellas emanaciones aromáticas.

Por la entrada y la simple aspiración de la atmósfera se pagaban dos céntimos al minuto, no pudiendo bajar de un cuarto de hora el tiempo abonable; costaba cuatro céntimos el pasear alrededor de la fuente; ocho el recibir alguna rociada; cincuenta el sentarse en los divanes, cuyos *confortables* almohadones arrojaban á la simple presión del cuerpo una lluvia de agua de Colonia en polvo finísimo, é igual suma se pagaba por el pañuelo, el abanico, los guantes ó cualquier otro objeto que se quería *colonizar*.

Para esto último no había más que hacer sino entregar la prenda á una elegante mano mecánica (que, como si fuera la de un alma en pena pidiendo sufragios, giraba en torno de los concurrentes), la cual la apretaba y la escondía en la manga breves instantes, devolviéndola aromatizada á su dueño.

El candidato estaba admirado de lo que veía, y lo que más llamaba su atención era lo numeroso de la concurrencia y el ver que gran parte de ésta se componía de hombres formales, que con una gravedad digna de los tiempos y del Senado de la antigua Roma, se descubrían la cabeza al pasar por la fuente, refregaban sus espaldas en los almohadones del diván y entregaban á la mano mecánica su cartera ó su pañuelo. Semejante afeminación le hacía disculpar la presencia allí de las damas y las ridículas contorsiones que hacían para sacudir sus trajes á fin de que todos los pliegues se impregnaran por igual de los aromas que allí se respiraban. Y tan absorto estaba observando lo que allí veía, que fué preciso que el fabricante le llamase la atención repetidas veces para que pudiera cumplir con lo que la cortesía exige á todo el que visita un establecimiento industrial.

—Verdaderamente es magnífica vuestra fábrica—dijo aparentando una sinceridad que estaba lejos de sentir;—pero me da pena ver la afeminación de estas gentes.

—¡Afeminación! No tal—replicó el fabricante.—Esto no es más que aseo y limpieza y no avergonzarse nadie de hacer en público lo que antiguamente hacían todos en secreto.

—Todos no—repuso el candidato.

—Todos los elegantes, ni más ni menos que ahora; sólo que á medida que aumenta la riqueza pública, aumenta también la elegancia. ¡Queréis que el rico industrial, que está todo el día oliendo á carbón de piedra en su fábrica, no pase por esta rotonda antes de ir á comer á su casa ó al club, y que no haga lo mismo la mujer de mundo y otra porción de gentes que no pueden tener en sus casas comodidad para tomar estas ablucio-

nes! Tanto más, cuanto que por venir aquí no pierden el tiempo, porque ya veis cómo cada uno va haciendo alguna cosa.

Y así era en efecto: el uno tomaba notas en su cartera, el otro sumaba en un papel, algunos leían y otros meditaban.

—Decidme—preguntó el candidato—¿por qué se tapan la cara casi todas las mujeres al pasar por delante de la fuente? ¿Es porque no les salte alguna gota á los ojos?

—No tal; ¡si el agua no es pura de Colonia, y de consiguiente no irrita! La de la fuente, como la que se envía por la cañería á las casas ó á los bailes y la que el ayuntamiento piensa utilizar para el riego de los paseos sólo tienen un tres del agua alcohólica por ciento de la natural. Se tapan el rostro porque algunas tienen la aprensión de que una de las esencias que yo uso ataca y descompone el esmalte metálico de la cara. Pero ya hoy mismo he hecho repartir un prospecto anunciando que mi agua está hecha de acuerdo con todos los perfumistas esmaltadores, y que es una preocupación huir de ella.

—Hacéis bien de haber combatido á tiempo tan funesta preocupación —dijo el candidato.

Y saludando al fabricante, salió del establecimiento, ansioso de respirar el aire libre.





CUADRO VII

ENSANCHANDO LA CABEZA SE HA EXPROPIADO AL CORAZÓN

Donde se prueba que los antiguos, que hablaban con el corazón en la mano, habrían hecho mucho mejor metiéndosele en el bolsillo.

Supongo, lectora, que aunque no tengas el pecho tan atestado de afectos como le tenía tu madre, ni guardes como tu abuela en lo más recóndito del alma la fe religiosa, la fe del amor, la fe de la amistad y unas cuantas creencias y no pocas esperanzas, todavía ha de ser tu corazón un manojito de amores que se habrán estremecido al leer el título de este cuadro. Y estoy seguro de que si no te habías adelantado á empañar tus mejillas con el aliento de la perfumería, se te habrán teñido de rubor al ver lo que me propongo probar.

De todos modos, te aconsejo que te tranquilices, porque es muy posible que al examinar esta sociedad, que para ti está por venir, salgan algunos cuadros más fuertes que el que ahora pongo á la vista. Al cabo y al fin en éste aún se trata del corazón, puesto que se ha de probar que está mejor en la faltriquera que en la mano, y más adelante es posible que no le hallemos en ninguna parte. Lo peor que ahora puede suceder es que, llevando el corazón en el bolsillo y á fuerza de rozarle con los

cuartos, con las pesetas y con los escudos, se haya convertido en cobre, en plata ó en oro. En cual caso tendremos un corazón metalizado, cosa que no puede ser una novedad de gran bulto para la presente generación.

En cuanto á mí, que en mi cualidad de espíritu vengo asistiendo desde hace catorce siglos á las representaciones teatrales de otras tantas generaciones; para mí, que he visto toda clase de dramas sociales, desde las tragedias bárbaras de los incrédulos y los despreocupados hasta el sainete ridículo de los fanáticos y los hipócritas, no tiene novedad alguna lo que ahora sucede. Además de que en el fondo siempre ha sido lo mismo, ni siquiera la forma puede asustarme habiéndola visto venir con tanta anticipación. El oro no ha necesitado que llegara el siglo XIX para verse elevado á la suprema categoría de dios de los mortales. Poco más ó menos que vosotros le adoraban los antiguos, sino que para darle culto se ocultaban hasta de sí propios. Verdad es que hablaban con el corazón en la mano, pero casi siempre tenían la mano en el bolsillo.

¡Cuántas veces nosotros los espíritus invisibles, que vemos todo lo impalpable, nos hemos reído viendo el afán con que los mortales pretendían ocultar la pasión del oro, que les salía por todas las partes y coyunturas de su individuo, con otra pasioncilla ridícula que apenas les llenaba la cuarta parte del ojo! Pues qué, si no hubieran tenido el corazón en el bolsillo, ¿no habrían realizado el sueño de la igualdad social, que parecía tenerles despiertos y agitados á todas horas? ¿No se les acercó el dios Cupido á darles, con un manojo de flechas, resuelto el gran problema de la nivelación de las fortunas y la igualdad de todas las clases sociales? ¿Y qué caso hicieron de los medios que ofrecía el amor para realizar y llevar á cabo su gran teoría socialista? Ninguno, lector de mi vida, ninguno.

El fogoso tribuno que hablaba con el corazón en la mano, mientras predicaba la igualdad y la fraternidad, pidiendo la nivelación de las fortunas y la desaparición de las clases y de los privilegios, metía su corazón en el bolsillo de un capitalista ó en el palacio de un aristócrata, y fingiendo una pequeña pasioncilla hacia los ojos negros ó azules de la heredera del capital ó del blasón, encubría la gran pasión del oro que le devoraba.

Las madres de familia que repasaban el Catecismo, firmemente resueltas á no dar á sus hijas estado contra su voluntad, hacían mil esfuerzos para que la voluntad de las niñas no se apartase un ápice de la suya propia, y cuando les decían que les aconsejaban con el corazón en la mano, tenían ésta casi dentro del bolsillo del novio que, metálicamente hablando, convenía mejor á su hija.

De este modo, lectora, para mí, que creo haber visto lo que entonces no veía nadie, me maravilla poco que hoy eso y algo más esté á la vista de todos. Ha ya muchos años que para el ensanche de la cabeza fué preciso tomar terreno del corazón, y no es extraño que éste se halle expropiado de todos sus afectos y de todas sus pasiones, mientras la cabeza, que es la única oficina del hombre desde que la humanidad se dedicó con fe á las matemáticas, se ha ensanchado hasta salir fuera de los hombros.

Por supuesto, y esto debo decirlo en honor de esta sociedad y dando á cada cual lo suyo, aún no se ha prescindido del corazón hasta el punto de ignorar en qué parte del cuerpo estaba, ni cuando se jura se lleva la mano á la cabeza, sino que se pone sobre el pecho y hasta se dice: «Aseguro de todo corazón.....» y no de toda cabeza.

En fin, lectora, para que tú misma juzgues y pienses lo que quieras de lo que ha venido á ser el corazón desde que se ha proclamado el imperio de la cabeza, allá te va este cuadro de amor y otros de no menos amorosos pasajes que verás en las páginas de este libro, trasunto fiel de la sociedad de MAÑANA.

El amor es la primera pasión que se les ha subido á la cabeza, y por eso, sin enamorarte, te voy á hablar de amor en el presente cuadro.

El aspirante á la diputación á Cortes por el distrito de Venus, que así quería el fabricante de agua de Colonia que se llamara su barrio, era más enamorado que Cupido, y no le preocupaba menos el obtener los favores de las damas que los sufragios de los electores; pero bueno será advertir que si de estos últimos todos se le antojaban pocos, los otros le parecieron muchos, á excepción del de una joven cuyo corazón se propuso conquistar desde que llegó á la corte. Y á ella había venido por primera vez de su vida desde un pequeño lugar de Extremadura, como había sospechado el fabricante de agua de Colonia.

Su padre, rico hacendado del país, le había educado en el santo temor de Dios, le había infundido el no menos santo amor de la familia, y al lado de un primo suyo, dignidad de la metropolitana de Sevilla, le había hecho cursar las leyes en aquella ciudad. Y si el padre no hubiera fallecido, el estudiante habría permanecido en el lugar, olvidando las leyes aprendidas, perdiendo al juego las cabezas de ganado vinculadas, acosando las reses mayores en el monte y formando otra nueva familia que vegetara entre las encinas hasta que á la civilización le ocurriera dar una batida en aquel rincón de España.

Pero este momento no ha llegado aún, y lo que llegó fué la muerte del rico hacendado y con ella la venida á la corte del jurisconsulto, instigado por su madre, señora un tanto picada por las ideas modernas, para que se hiciera diputado.

—Sabio eres, dinero no te falta, sacude el encogimiento con que te han criado tu padre y tu tío y no te detengas hasta que llegues á ser ministro, como lo ha sido, sin valer tanto como tú, el hijo de doña Tomasa, cuya fantasía tiene, como sabes, irritado todo el lugar.

Con estas palabras despidió la madre al joven abogado Venancio Almendruco, dándole al partir su santa bendición y letra abierta para que gastara cuanto hubiera menester hasta eclipsar al hijo de doña Tomasa.

Los primeros pasos del joven Venancio en la corte fueron pasos de carreta, y más de una vez tuvo el pensamiento de volverse al lugar, arrepentido de haberle abandonado; pero pensaba en su madre y en el hijo de doña Tomasa, y se resignó á vivir en Madrid, aunque, como esperaba, le quitasen la vida el bullicio y las emociones que á cada paso experimentaba. Y sin embargo, cuando el joven abogado renegaba de la corte, aún no había entrado en ella, ó mejor dicho, ella no se había hecho cargo de él, y sólo cuando quiso buscar la amistad y la fe y la palabra de los hombres honrados y otras varias chucherías morales, que él creía que la civilización le serviría en bandejas de oro, fué cuando empezó á conocer lo que era la corte. Pero entonces ya le había pasado el aturdimiento que le produjo la algazara industrial de la población; subía por la mecánica sin marearse; no le quitaba el sueño, como en las primeras noches, la magia con que se veía servido en su cuarto, donde no parecía sino que los muebles le adivinaban los pensamientos, y ya se encontraba como nacido en la turbulenta civilización material de la corte.

Los bailes, á que asistía con demasiada frecuencia, los teatros, los paseos y las diversiones de toda clase eran ya de todo punto familiares al joven Venancio, y cuando pensaba en que todo aquello había existido más ó menos perfecto en vida de su padre y que el buen señor había muerto sin verlo, se avergonzaba de que tal cosa hubiese sucedido y escribía á su madre unas cartas tan llenas de admiración y de entusiasmo, que la buena señora estuvo á punto de vender la casa y los rebaños y las tierras para venir á gozar las maravillas del nuevo mundo que su hijo acababa de descubrir.

Y éste mientras tanto, pareciéndole imposible que donde á tal grado de perfección había llegado lo más no anduviese de sobra lo menos, pensó en buscar un amigo y un amor con quienes compartir aquellos placeres y en quienes desahogar su corazón preñado de emociones, y entonces fué cuando dieron principio sus verdaderas amarguras y cuando la corte le dió el terrible desengaño.

En vano bebía los vientos por encontrar un amigo leal y franco en quien depositar todos los afectos y todo el cariño que repartía en el lugar con todos sus convecinos.

El dueño del hotel en que se alojaba, sobre no parecerle por su categoría industrial á propósito para amigo, ni siquiera había tenido la atención de preguntarle cómo se llamaba, sino que en las cuentas y en cuantas ocasiones tenía que nombrarle lo hacía con el número de la habitación que ocupaba; las personas que estaban á su lado en el teatro no le devolvían el saludo; los compañeros de fonda le veían en la calle como á un extraño; los de la mesa redonda no le guardaban la menor atención; el banquero donde tenía sus fondos le había recibido como el fondista; pero siempre que iba á visitarle con ánimo de estrechar con él sus relaciones, le preguntaba qué le ocurría, y le despedía cortésmente, diciéndole que tenía que hacer, y hasta el médico que le asistió en una ligera dolencia y á quien creyó razonable y político hacer una visita de agradecimiento, se la puso en la cuenta al cobrarle las que él le había hecho en la fonda. En cuanto á los electores, el más expansivo fué el fabricante de agua de Colonia, porque los demás, después de haberle cobrado el voto, le miraban con extrañeza cuando los saludaba en la calle.

El amor era ya el único bálsamo que el joven jurisconsulto anhelaba encontrar para dar pasto á su entusiasta corazón; y aunque también para amar sentía la necesidad de un amigo á quien hablar del objeto amado, todavía se resignó á enamorarse por sí propio, y esto sí que le fué fácil conseguirlo.

Venancio vió muchas mujeres, y siguió con la vista á la mitad y á otras tantas, pero sólo se enamoró de una. De una que á él le pareció la más hermosa, la más discreta, la más elegante y la más amable de todas las mujeres nacidas y por nacer.

Por supuesto que desde que la vió se propuso amarla como él creía que su abuelo había amado á su abuela, su padre á su madre, su tío á su tía y todos los buenos maridos á sus mujeres.

Después de haberla seguido por todas partes sin atreverse á hablarla, y echando de menos con más amargura que nunca el apoyo de un amigo que le informara de quién era aquella mujer ó le presentara de visita en la casa, acudió á la pluma, y consultando una docena de libros de amor le declaró el suyo en una carta ternísima y apasionada.

Con este papel, de color de rosa por cierto, perfumado y con varios adornos exquisitos en el sobre, se lanzó Venancio á la calle, y paseando la de su amor, se puso á pensar en la manera de entregar el billete.

Los criados de ambos sexos que entraban y salían en la casa no se daban á partido, ó no entendían ni las toses ni los guiños ni las señas que el abogado les hacía con el billete y una moneda de cien reales. Acostumbrados á que cada cual en la corte viva como le acomode, vista como mejor le parezca y haga en la calle lo que sea más de su agrado, ni siquiera

fijaban su atención en lo que hacía Venancio, cuyo aturdimiento y cortedad formaban gran contraste con la indiferencia de aquellas gentes.

Mientras el enamorado galán se ponía colorado como un pavo cada vez que alguien entraba ó salía de casa de su amada, y apretaba el paso y se tapaba la cara como si estuviera cometiendo algún crimen, las gentes pasaban por la calle con la mayor indiferencia, y ni siquiera la portera, cuya sonrisa buscaba solícito cada vez que pasaba por delante de ella, se había dado cuenta de su presencia diaria en aquel sitio.

Cansado, por fin, de esperar horas y horas á que algún criado entendiera las señas que á todos les hacía, y temiendo malograr el éxito de su pasión con la tardanza en entregar el billete, hizo un esfuerzo supremo, y pasándose la mano por la cara se decidió á abordar á la portera.

Era ésta una mujer de poco más de cincuenta años, enjuta, seca y aun amarilla como una pajuela de las que en 1800 se colgaban en las cocinas de todas las casas, y cubría sus carnes con un tonelete negro ceñido al cuerpo por un cinturón encarnado, pantalón bombacho del mismo color que el vestido y galonado de encarnado, botas altas de becerro blanco y un ros negro con cinta del propio color que los adornos del tonelete; completando el traje un escudo de metal con el número de la casa, que era el 33.579. Su habitación era un kiosco de cristales, en el cual no había más muebles que una silla con un tablero por delante, sobre el cual había abierto un gran libro en el que escribía la portera cuando Venancio se acercó á hablarla.

—Dios guarde á usted, señora—le dijo balbuceando y encendido de rubor como una doncella del siglo pasado.

—¿Qué se os ofrece?—le preguntó secamente la portera sin moverse de su asiento.

—Quisiera atreverme á pedir á usted un favor—replicó en voz baja y con ademanes misteriosos el joven amante.

—Hablad, y no me deis tratamiento.

—¡Tratamiento!—exclamó Venancio, sin comprender lo que aquella mujer quería decirle.

—¡Pues es claro! Me habéis encajado dos veces el *usted*, como si viviéramos en el siglo pasado.

—Perdonad—repuso el joven, recordando que al llegar á Madrid le habían dicho que estaban suprimidos todos los tratamientos.

Y sacando del bolsillo con mano trémula el billete y la moneda de oro, puso ambas cosas en manos de la portera; pero ésta, que era tan ligera de vista como de carnes, miró rápidamente el sobre, y antes de que Venancio acertara á decir una sola palabra, le devolvió la carta y la moneda diciéndole:

—No es para mí; es para la señorita de la casa; allí está el buzón de la correspondencia.

Indudablemente que si el amor no hubiera echado tan hondas raíces en el corazón del joven amante, la respuesta de la portera le habría hecho saltar de coraje. ¡Cuidado con suponer que todo un billete, que á la legua se conocía ser una declaración de amor, podría ir dirigido á la portera! ¿Y por quién? ¡Por un abogado de la Universidad de Sevilla, presunto diputado á Cortes!

Pero el amor no le consintió otro arranque de dignidad que el de morderse los labios y arquear las cejas, ofreciendo en secreto al dios Cupido el sacrificio de aquella humillación, y bajando su orgullo hasta el oído de la portera, le dijo:

—Claro está que es para la señorita; pero quisiera que, dignándoos aceptar esta corta gratificación y segura de mi eterno agradecimiento, se la entregaseis con la cautela propia de estos casos.

—¡Caballero! —dijo la portera un tanto sobre sí, pero continuando sobre su asiento.—¿Sabéis con quién estáis hablando? ¿Sabéis que puedo perderos si doy parte, como debería hacerlo, de vuestra proposición?

—Es que yo—contestó aturdido el joven—vengo con buenos fines, y si huyo de que lo sepan los padres de la señorita.....

—¡Y qué me importa á mí de los padres!—repuso la portera.—¿Soy yo por ventura una de aquellas antiguas guardianas de portales y de escaleras, chismosas de oficio, asalariadas por los dueños de las casas? ¿No veis mi uniforme? Yo soy un empleado del ministerio de la Estadística, que tengo aquí la misión sagrada de llevar un registro exacto de todo lo que ocurra en la casa á mi vista, sacando un duplicado para el ministerio de Policía. Conque dejadme en paz y echad vuestra carta al buzón.

—Os vuelvo á pedir cien perdones, señora empleada—dijo Venancio acometido á la vez de la vergüenza y de la risa;—pero si echo la carta al buzón la cogerá la madre.

—¿Y qué importa que la coja?

—Que la abrirá y se enterará de su contenido.

—¡Cómo ha de abrirla —repuso la portera—si el sobrescrito no va dirigido á ella!

—Ya, pero como es madre.....

—¡Y qué tiene que ver que sea madre, para abrir las cartas de su hija! ¡Pues no faltaba más sino que así se violara el secreto de la correspondencia, que el Código garantiza á todos los españoles!

—Yo creía que como la niña es menor de edad.....

—¡Menor de edad!—repuso la portera sorprendida.—¡Menor de edad! No entiendo lo que queréis decir.

Venancio no sabía qué pensar de lo que estaba oyendo, y antes de decidirse á depositar la carta en el buzón que había á la puerta exterior del portal dijo:

—¿Conque vos me aseguráis que nadie más que la señorita abrirá la carta?

—Nadie más; y si, lo que no es posible, sucediera otra cosa y la niña me diera una queja, yo lo pondría en conocimento del ministerio de Policía, y la madre tendría que sentir.

Tentado estuvo el jurisconsulto de rasgar la carta y dirigirse al hotel para hacer otro tanto con todos sus libros de jurisprudencia; pero la pasión amorosa fué más fuerte que la pasión por la ciencia del derecho, y se resolvió á echar la carta al correo, no sin que le temblara la mano y sin que en el acto de haber soltado el billete se arrepintiera de lo hecho.

Y saludando cortésmente á la portera, que ocupada en escribir sobre el gran libro apenas le devolvió el saludo, salió de la portería á pasar una eternidad de angustias hasta saber el resultado de su declaración.





CUADRO VIII

UNA DECLARACIÓN DE AMOR Ó EL CUADRO ANTERIOR MÁS AL ALCANCE DE LA GAVETA

También á ti, lectora, me dirijo en este momento, no por consejo de mi antigua galantería, que hela sacudido como carga pesada desde que ando á la ligera en esta forma sutilísima de espíritu invisible, sino porque creo que estando estos cuadros faltos de toda gracia, como engendrados por quien ha perdido todas las humanas, andarán mejor entre las gentes si los adorno con las tuyas.

Y óyeme, yo te lo suplico, óyeme con calma antes de acusarme de visionario ó de exagerado, y consignemos de una vez para todas que no tengo arte ni parte en nada de lo que digo; que me da lo mismo patas arriba que patas abajo, y que no hago otra cosa sino contar lo que veo y repetir lo que oigo, dejando que cada cual viva como quiera y haga lo que le dé la gana.

Por eso ahora que la casualidad ó el diablo, que es el padre de todas las casualidades, me ha hecho tropezar con el asunto de este cuadro, segunda parte del anterior, voy á desplegarle á tus ojos tal como le veo, sin añadirle ni quitarle cosa alguna.

El joven jurisconsulto Venancio, de quien yo, aunque te declaro que no tengo ni pavesas de corazón, me he enamorado ciegamente, viene

también á este cuadro, ó mejor dicho, ahí le tenemos petrificado á la esquina de una calle, desde donde se ve la casa en que vive su amor, ó hablando con mayor propiedad histórica, el ídolo de sus amores.

Seis días han pasado desde que, plegada y recogida en un billete de amor, embutió en el buzón de la correspondencia la pasión inmensa que él juzgaba que no cabía en el mundo, y en ese tiempo, ni ha vuelto á ver á sus electores, ni ha escrito á su familia, ni sabe cómo se ha vestido, ni puede dar razón de si se ha desayunado, y sólo sabe que no ha dormido porque ha contado uno tras otro todos los instantes del día y todos los de la noche pensando en su bellísima Dulcinea. La ha visto más de una vez en la calle y en el paseo, y cree que ella le ha visto á él, y hasta se ha sonrojado al mirarle, y aun juraría que ha hecho ademán de sonreirle; pero no ha contestado á su carta ni siquiera para decirle que renuncie á su amor, y esto le tiene trastornado.

Á pesar de las seguridades que le dió la portera, está persuadido de que la carta ha caído en manos de la madre, que la ha leído, y hasta que se ha burlado de ella.

Y esto, que al principio fué una sospecha, acaba de ser una realidad horrible.

En el *Boletín de antigüedades*, periódico diario que se publica en la corte, ha leído lo siguiente:

«*Documento curioso.*—Copiamos á continuación una carta sin fecha, y que si bien por su estilo amatorio y por la extravagancia de sus conceptos parece un escrito de fines del siglo XVI ó principios del XVII, atendida la corrección del dibujo del membrete, la forma en que está cerrada y sobre todo el papel que creemos continuo y el perfume que tiene algo del *pachoulí*, es posible que haya sido escrita en el primer tercio de este siglo.

»El papel está teñido de color de rosa y el membrete consiste en un corazón muy colorado, casi rojo, atravesado por una flecha dorada y del cual sale una llama azul; rodea el corazón una cinta verde, en la que se leen estas palabras: *¡Ay, dime que sí!*, y dos tórtolas cogen con el pico los extremos de la cinta.

»Uno de nuestros más eruditos membretófilos, joven de veinte años y que acaba de ganar el premio en el gran concurso de membretología celebrado en una de las repúblicas de América, ha examinado con detención el membrete y nos ha dicho que á juzgar por el corazón podría muy bien ser un documento de fecha reciente, es decir, del primer tercio de este siglo, porque entonces se vivía del entusiasmo y de las grandes pasiones; pero que la llama azul, la flecha dorada y sobre todo el rótulo le inducen á creer que es de más remota antigüedad. Nuestro sabio colaborador opina

que es un documento del siglo XVII, porque el color de la llama indica que el firmante era de la que entonces se llamaba sangre azul, el ser la flecha dorada denota alarde aristocrático, y lo confirma el mote que sería la empresa del escudo ó blasón de la casa; siendo muy de notar las dos tórtolas uncidas que revelan la servidumbre del antiguo feudalismo, y aun sería posible que la cinta y la flecha representasen la cuerda y el puñal, como emblemas del señorío de horca y cuchillo.

»Contra esta opinión, para nosotros respetabilísima, tenemos la no menos respetable de una de nuestras más distinguidas literatas, la catedrática de análisis crítico en la *Escuela filosófica de los Pantherialistas*, la cual dice que el documento es moderno, casi de nuestros días, pero redactado por alguna cabeza imbuída de las extravagantes doctrinas amatorias sembradas por Cervantes, Calderón, Lope de Vega y otros locos enamorados de aquellos tiempos bárbaros, en que el no andar á cuchilladas por una dama ó no expirar de amor en un bosque llorando las ingratitudes y los desdenes de una *fermosura*, era tenido por de mal tono; doctrinas, añade la joven profesora, que hicieron grandes estragos en las gentes del siglo pasado, y muy principalmente en los jóvenes autores de la funesta escuela del romanticismo.

»He aquí el documento ó *billete amatorio* á que nos referimos.

«Señorita: Desde el momento en que mis ojos tuvieron la dicha de veros, mi corazón se sintió herido de una flecha que le traspasa y le hace morir por momentos. La pasión que el fuego de vuestra dulcísima mirada ha encendido en mi alma no me cabe ya dentro del pecho. Veros y amaros fué obra de un solo instante.

»¡Ay! Nunca podré explicar lo que siento en mi alma cada vez que tengo el placer de veros. ¡Pero qué digo cuando os veo! ¿Acaso he dejado de hacerlo desde el instante, mil veces feliz, en que aparecisteis á mi vista como un ángel caído del cielo, como una estrella de luz divina que venía á alumbrar mi mísera existencia?

»La imagen celestial de vuestra encantadora hermosura no se aparta un solo instante de mi ardiente imaginación.

»Os veo al través del muro que, avaro y envidioso de mi dicha, se interpone entre mi pasión y vuestros encantos, cuando paso largas horas del día y de la noche á la esquina de vuestra casa; mi imaginación os representa á mi vista dentro de mi propia estancia, y duermo despierto pensando en vos, adorable señorita; en vos, que sois mi vida, mi ilusión, mi única existencia.

»La vida es para mí una carga pesada sin vuestro amor. Y sin embargo, habré de resignarme á morir porque temo que vos no podréis amar-

me, y si me amarais me mataría la dicha de poseeros; me quitaría la vida tanta felicidad.

»No sé si me conocéis; me parece imposible que os hayáis dignado fijar vuestros hermosos ojos en mi humilde persona; pero la incertidumbre me mata, y por esto me atrevo á dirigiros esta declaración de amor.

»Mucho he luchado hasta decidirme á dar este paso; he emborronado una resma de papel antes de acertar á escribir este billete que va á vuestro corazón en busca de una sentencia de vida ó de muerte.

»No me améis, señorita; esto sería para mí demasiada dicha; pero decidme que no os oponéis á que yo os ame, y esto me basta. Y no dudéis que, correspondido ó desairado, será vuestro hasta exhalar el último suspiro de esta vida, que ya os pertenece, el que, rendido y esclavo y apasionado admirador, os adora,

»VENANCIO ALMENDRUCO.

»*Posdata.*—Excuso deciros, señorita, que mis fines son honestos y que si aceptaseis mi amor, correría á echarme á los pies de vuestra señora madre y no me alzaría del suelo hasta que pudiera honrarme con el dulce título de hijo suyo. Pero ¡ay! que tanta felicidad no está reservada para mí. ¡Acaso otro mortal, más afortunado que yo!.... Pero no quiero pensarlo porque me volvería loco.

»Si os dignáis contestarme, podéis hacerme una seña y arrojarme la carta por el balcón, que parece el medio más decoroso y menos comprometido.»

Más dificultades de las que encontró el joven Venancio para pintar su ardiente pasión á la señorita Safo García Rodríguez, que éste es el nombre de su bella desconocida, y más borradores de los que hizo antes de acertar á escribir el billete debería yo hacer si me propusiera pintar su admiración y su espanto al ver publicado su amor en el *Boletín de antigüedades* y precedido de las líneas que acabo de copiar, en las cuales se calificaba de documento de ultratumba su carta y de sentimientos de ultramoda los que en él había despertado la joven Safo.

Ponte por un momento, lectora, en el lugar del joven jurisconsulto; imagínate que ves en *La Correspondencia de España*, impreso con tu nombre y apellido, el billete que acabas de escribir á tu novio y que debes creer que él y sólo él ha leído, y adivinarás todo lo grave de la situación de nuestro hombre.

Y si á esto añades la calificación grotesca que se hacía de sus pensa-

mientos amorosos, comprenderás la razón que tuvo para correr ciego de coraje á la redacción del *Boletín* apenas le hubo pasado el estupor y el espanto del suceso.

Desde el *Hotel de la Unidad Transatlántica*, en que se hallaba alojado, hasta la redacción del *Boletín de antigüedades* había diez kilómetros de distancia, y Venancio los recorrió en diez segundos por medio del patín eléctrico subterráneo, que aunque es uno de los elementos más incómodos que se han inventado, es la locomoción más rápida que se conoce en el interior de la población. Danle el nombre de patín porque consiste en una rueda metálica que los viajeros se atan al pie derecho ó al izquierdo, la cual se desliza y corre sobre un alambre eléctrico, llevando á las gentes de un punto á otro con la misma velocidad con que va por un sistema análogo la chispa del telégrafo eléctrico.

La redacción del *Boletín de antigüedades* no se halla establecida, como la de los diarios políticos, en un pequeño palacio de cristal, montado sobre ruedas para trasladarle con facilidad al teatro de los sucesos, de manera que los redactores puedan beber las noticias en sus primitivos raudales, sino que ocupa, por el contrario, una gran casa de madera, construída sobre una inmensa canoa que remeda el Arca de Noé, como *initium* de todas las antigüedades.

Venancio llegó desaforado á una de las puertas de aquel extraño edificio; pero se detuvo asombrado ante un enorme cartel en el que se leía lo siguiente:

La empresa del BOLETÍN *ha adquirido la propiedad del curioso documento del siglo* XVII *que se inserta en el número de este día, y desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde le enseña al público en el kiosco número* 4.684, *sito en la plaza* 301, *barrio* 244, *centro P, á* 50 *céntimos por persona. El documento autografiado se vende á peseta, y el retrato del autor, el caballero Venancio Almendruco, á ocho reales.*

Una de las lecturas favoritas del joven amante había sido el *Estudiante de Salamanca*, de Espronceda, y cuando vió este anuncio y que muchas gentes entraban y salían allí, comprando el autógrafo y el retrato, pensó en D. Felix de Montemar cuando vió pasar su propio entierro, y restregándose los ojos para convencerse de que estaba despierto, pidió que le vendieran ambos documentos. Y observó que si bien el primero era su propio billete, tan hábilmente autografiado que hasta un borrón, que muy á su pesar le cayó al decir aquello de *os veo al través del muro*, y la letra temblorosa con que puso su nombre, todo estaba allí tan bien imitado que á no haber visto el gran paquete de ejemplares iguales que tenía el

vendedor, hubiese creído que había recobrado el original; el retrato ni era suyo ni se le parecía en nada, sino que era el de un personaje cualquiera, con traje del siglo XVII, muy seco y muy demacrado, como si la pasión le hubiera consumido.

Los raros comentarios que las gentes hacían á la vista del retrato y del documento moderaron un tanto el furor con que nuestro joven se dirigió allí, y aunque no podía explicarse cómo había ido su carta á poder del periódico, todavía le causaba mayor extrañeza el asombro y la admiración que su contenido, natural y sencillo, producía en los redactores y en el público.

»¿Qué ha pasado aquí—se decía á sí mismo—para que así haya cambiado, no ya la forma, sino la esencia de la sociedad? ¿Cuántos siglos han transcurrido desde que yo abandoné el santo hogar de mi familia, dejando en él, aunque trastornados y un tanto pervertidos, los antiguos sentimientos y las antiguas creencias, encarnadas y vivas en todos los corazones las ideas del amor y de la amistad? ¿Es posible que los periódicos, que todo lo cuentan y todo lo analizan, no se hayan ocupado nunca de esta cuestión importantísima, que cambia de una manera tan radical, no ya las condiciones sociales, sino hasta la razón de ser del hombre, á quien Dios quiso dar un corazón y una inteligencia que le distinguieran de los demás animales? Indudablemente—añadía el pobre Venancio—que si estas gentes han suprimido el corazón, para vivir de sólo los impulsos calculados de la cabeza, pronto me volveré al lugar, y dando á mis paisanos el grito de alarma contra esta falsa civilización, estableceremos un cordón sanitario que nos preserve de la peste materialista.

»Pero es imposible—se decía, después de recapacitar breves momentos,—es imposible que sea verdad lo que estoy viendo, ni que todas las gentes piensen como estos miserables periodistas y este público inocente que considera cada número de los *diarios* como una hoja infalible del Evangelio moderno. ¡Cómo no ha de ser todo amor y todo sentimiento el contenido de ese vaso precioso en que yo he bebido la pasión purísima que devora mi alma! ¿Es posible que aquella mirada dulcísima, que adivinó Rafael en las vírgenes de sus lienzos inmortales, y aquellos labios de fuego y aquel cutis de azucena y aquellas mejillas de rosa y aquel cabello de oro no sean otras tantas perfecciones mensajeras de un alma de ángel, de un pecho de virgen y de un corazón nutrido de afectos purísimos y de pasiones grandes y nobles? ¡Oh! No; semejante contradicción es imposible. El alma de los redactores de este inmundo papelucho no cabe en el hermoso cuerpo de la mujer que adoro. La ciencia ha podido llegar á fuerza de injertos monstruosos á producir frutas de gran tamaño y de aspecto bellísimo, desprovistas en su interior de toda esencia y de toda

substancia; ha podido también cambiar los instintos de ciertos animales, por una serie de repetidas degeneraciones que, aumentando la belleza de su musculatura, les roban la fiera hermosura de sus instintos; pero el racionalismo ha sido impotente para degenerar la raza humana hasta el punto de no dejarle otra cosa de los divinos destellos que al Supremo Hacedor le plugo darle, que la cáscara como á las frutas y la piel como á los animales.»

Así discurría el enamorado mancebo entre las gentes que acudían á comprar su carta y el supuesto retrato de su autor, pensando acaso como D. Quijote que los encantadores enemigos de su felicidad cambiaban las cosas que á su bienestar iban dirigidas, trocando á su hermosa Dulcinea, no ya en una rústica labradora, sino en una mujer material y descreída, cuando el papel que tenía entre las manos le hizo volver en sí y penetrar en la redacción, atropellando á cuantas personas le salían al paso, resuelto á averiguar cómo y cuándo había llegado su carta á poder de la redacción y quién había dado permiso para que se publicara.

En vano el potero, que cubría sus carnes con unas pieles á la usanza de los antiguos pastores de la Arcadia, y dos jóvenes, vestidos de pajes del siglo XV, quisieron privarle la entrada, preguntándole cortésmente á quién buscaba. Venancio entró sin hacerlos caso en una gran sala, toda cubierta de tapices antiquísimos y adornada de objetos curiosos y raros de todos los siglos, entre los cuales llamaban la atención por la riqueza del fanal que los cubría un enorme brasero de azófar, una plancha, unas agujas de coser y de hacer calceta, una rueca y un huso, un dedal y un puchero de barro de Alcorcón. No paró el joven su atención en ninguna de estas prendas, sino que ciego de ira se encaró con el hombre que parecía encargado de aquella prendería, y le dijo:

—¿Dónde están los redactores del *Boletín de antigüedades?*

—Yo soy uno de ellos—contestó el interpelado soltando el manubrio de una especie de órgano que tenía al lado de su asiento,—y ahora mismo estoy escribiendo la última hora del número de esta tarde. ¿Venís á venderme alguna noticia curiosa? ¿Se ha descubierto alguna nueva antigüedad? Ahora acabo de comprar un escrito hallado en el hundimiento de una casa de 1830 en la calle de Alcalá, que cuando le publiquemos nos hará vender cien mil ejemplares del periódico.

—Yo no vengo á vender papeles viejos—exclamó Venancio irritado,—sino á comprar á estocadas un secreto que me interesa averiguar. ¿Quién ha traído este documento á la redacción?—añadió enseñando y casi metiendo por los ojos el periódico al redactor del *Boletín.*

—¿Cuánto dais por saberlo?—preguntó el interpelado con la mayor sangre fría.

—Una bofetada si tardáis en decírmelo—repuso con ira Venancio,—y todo el oro que me pidáis después. ¿Con qué derecho le habéis publicado?

—Con uno más legítimo que el que vos tenéis para hacerme esa pregunta; con el del dinero que hemos pagado al adquirir su propiedad.

—¡Conque le habéis comprado! ¿Y á quién? Decídmelo pronto. ¿Quién os ha vendido ese documento que no pertenece á nadie más que á la persona á quien iba dirigido y á mí que le he escrito?

—¡Vos le habéis escrito!—exclamó el redactor, mirando con espanto á Venancio.—¿Pues qué edad tenéis? ¿En qué siglo habéis nacido? ¡Ah! Decidme cuánto queréis porque publiquemos vuestro retrato y un artículo explicando todas las circunstancias de este extraño suceso. Podríamos hacer un gran negocio. Se venderían más ejemplares de esta rectificación que los que se han despachado de la primera noticia. Pero es imposible lo que estáis diciendo; vos no sois el autor de ese escrito. Si lo fuerais, no le habríais vendido tan barato.

La ira de que Venancio se hallaba poseído al entrar allí, se iba cambiando en un estupor profundo, que apenas le permitía coordinar sus ideas, y con aire distraído y con voz y ademán tranquilos preguntó:

—¿Quién es el director del periódico?

—Nadie—contestó con cierto aire de dignidad el redactor;—aquí no nos dejamos dirigir por otra cosa que por nuestro propio criterio.

—¿Pero quién hace cabeza de la redacción?

—Todos.

—¿Y no hay un editor resposable ó cualquier otra persona que responda?

—¡Pues no he respondido yo mismo á cuanto me habéis preguntado!

—¿Pero quién tiene la responsabilidad legal de cuanto se imprime en el *Boletín?*

—Nadie; la ley no tiene nada que hacer con nosotros como periodistas. Y ahora sí que voy creyendo que sois el autor del escrito y que tenéis cien años más de los que representáis.

—¡Conque es decir, que no tenéis restricción de ninguna clase para escribir ni responsabilidad alguna de lo escrito!

—Justo y cabal.

—Y ahora yo—dijo, aparentando cada vez más calma Venancio—¿á quién me quejo porque sin mi permiso se ha publicado ese escrito?

—A la persona á quien se le hubieseis dado.

—¿Y si no sé cuál sea esa? Supongamos que no sé si llegó la carta á la persona á quien iba dirigida. En ese caso, ¿qué hago?

—Averiguarlo.

—Vaya, pues empezad vos por decirme el nombre de la persona que trajo aquí el documento.

—Eso sí que es imposible, porque aquí no se pregunta de dónde vienen las cosas que se publican, sino que se ve si conviene insertarlas, en cual caso se compran, y punto concluído.

—¿Y si lo que se dice es falso ó calumnioso?

—El que tiene interés en rectificarlo, lo hace por medio de otro escrito, que también pagamos si nos conviene.

—¿Y si no os conviene?—dijo con sonrisa amenazadora Venancio.

—No se compra ni se inserta.

—Y en ese caso, ¿qué hace la persona calumniada?

—Acude á otro periódico, ó al *árbol de la publicidad*, ó no hace nada, que es lo mejor y lo que yo, periodista, recomiendo siempre á todos mis amigos.

—Y si el agraviado viene aquí, y en vez de buscar una rectificación busca una persona con quien andar á estocadas, ¿qué sucede?

—¿Qué ha de suceder?—repuso con insolente sangre fría el redactor del *Boletín*.—Que no la encuentra.

—¿Y si él se la busca?—exclamó fuera de sí Venancio, descargando una terrible bofetada sobre el rostro de su interlocutor.

Y preciso es confesar que, después de este justo desahogo, hubiera preferido recibir un tiro á presenciar la impasibilidad con que el abofeteado tocó un botón que tenía sobre la máquina de escribir, y al criado que apareció allí le dijo:

—Al celador de desperfectos personales, que venga al momento.

—¡Eso más!—exclamó Venancio indignado.—¡A la cobardía de dejaros señalar la cara, añadís la de vengaros por medio de los tribunales!

—Sí preferís indemnizarme sin la intervención de la policía.....—repuso con calma el redactor.

—¡Indemnizaros!.....—dijo el joven cada vez más sorprendido de lo que estaba viendo.—Yo creía que llamabais á la autoridad para hacerme conducir á la cárcel.

—¿Y qué ganaría yo con eso? Me habéis faltado, y en cuanto paguéis la multa que el arancel de la *propiedad personal* impone para esa clase de faltas, podéis ir donde queráis.

—¿Y cuánto he de daros?

El redactor se pasó la mano por el carrillo en que había recibido la bofetada, y después de mirarse al espejo dijo:

—Cuarenta reales; le faltarán pocas líneas para ser de las mayores. ¿En qué sociedad de *seguros contra arrebatos* estáis inscrito?

—En ninguna.

—Pues hacéis mal, porque con ese genio tan vivo os ahorraríais mucho dinero.

—¿Cómo?

—Porque la sociedad á que pertenecieseis pagaría la multa, y no que ahora.....

—La pago yo—dijo Venancio.

Y ciego de rabia y de vergüenza, olvidando su amor y pensando sólo en volverse á su lugar, pagó la multa y salió de la redacción del *Boletín de antigüedades.*





CUADRO IX

DE CÓMO EN ALAS DEL AMOR SE VA Á TODAS PARTES VOLANDO

No me importa tanto, amiga lectora, que el cuadro anterior te hubiera parecido escrito con poco ingenio y con menos gracia, como saber que no le dabas crédito, ó que abrigabas alguna duda acerca de la verdad de su contenido, porque quisiera que el presente, que también te dedico, pasara como una seda sin tropiezo ni dificultad alguna. Lo cual, bien mirado, no tiene nada de particular, y aun es forzoso que suceda así, porque las dificultades y los trabajos no son para ti, que es muy posible que seas amada y hasta que estés amando en este momento, ni para mí, que si alguna vez he sentido la necesidad de amar y la de ser amado, ya me sobran la una y la otra, sino para el desdichado jurisconsulto Venancio, para ese pobre joven de quien cada vez estoy más enamorado, y al cual es muy posible que no pierda de vista un solo momento mientras permanezca en Madrid.

Figúrate, lectora queridísima, que aparte de las leyes que le metieron en la cabeza los doctores de la Universidad de Sevilla, remachadas con las muchas horas de estudio que le obligaba á tener su tío el canónigo, lo único que se echó en el cerebro al salir del lugar fué la ambición de llegar á ser legislador que le supo imbuir su madre. El resto del equipaje moral que traía consigo venía embutido en el corazón, y fuerza es confesar que, como ya estaba el baúl un tanto atestado, se le puso á punto de estallar con la pasión amorosa que acertó á inspirarle la joven Safo.

Y es el caso que, como al llegar á la capital de España ni le pidieron el pasaporte, ni le registraron el baúl de la ropa blanca, ni menos le preguntaron si traía en el corazón alguna cosa que pagara derechos ó que desde luego fuera declarada de ilícito comercio, él creyó de buena fe que podría usar todas las prendas que había gastado en el lugar, y después de atusarse la cabeza, se fué con el corazón á todas partes.

Abierto de par en par le llevaba cuando vió por primera vez á su adorado tormento, y aunque la impresión que le hizo le pareció no más grande que el pinchazo de un alfiler, cuando llegó á la fonda observó que la picadura se le había enconado y que *el corazón no le cabía en el pecho.*

Con esta frase se dió cuenta á sí mismo del estado en que se hallaba, y la frase era exactísima. Si hubiera tenido la cabeza dispuesta para encerrar otra cosa que el derecho romano y el derecho de gentes, le habría sido fácil acomodar en ella la pasión amorosa, ó cuando menos la parte de ésta que no le cabía en el corazón; pero no era así por desgracia suya, y le fué preciso buscar la manera de desahogar el pecho ó resignarse á reventar de amor. Optó por lo primero, porque le faltaba valor para lo segundo, y ya has visto, lectora, cuán desgraciado fué en sus primeros pasos. Pero como no hay mal que por bien no venga, y los enamorados todo lo convierten en substancia amorosa, que no parece sino que á cada uno de ellos se le antoja ser un D. Quijote, que tiene cinco ó seis encantadores envidiosos y desocupados, entretenidos en hacerle rabiar, pensó Venancio que la publicación de su carta en el *Boletín de antigüedades* envolvía un gran misterio, del cual estaba siendo víctima su hermosa Dulcinea, y pasados los primeros arrebatos de su locura, cuando aún le escocía la mano derecha de la bofetada que acababa de curar con cuarenta reales, se dirigió á casa de su amada.

Cierto es que no salió de la redacción con semejante propósito, sino con el firmísimo de volverse á su pueblo; pero como no tomó el patín eléctrico para dirigirse subterráneamente á la fonda y pedir la cuenta y liar el petate, sino que echó á andar por la calle un pie tras otro, sin plan ni dirección fija, tuvo tiempo de sobra para refrescar sus ideas y avivar su amor.

Puesto que las gentes habían tomado su nombre por el de un ser imaginario y su declaración amorosa por un documento del siglo XVII, pensó que su pasión estaba tan secreta y tan callada como antes de coger la pluma para describirla, y se decidió á seguir amando y viviendo lo más cerca posible del objeto de su amor. A cuyo fin se fué, como en los días anteriores, á hacer el poste enfrente de la casa de su futura suegra.

Pero desde que tomó esta resolución y aun la de atropellar por todo y entrar en la casa, le parecían siglos los instantes y kilómetros los milímetros de distancia que le separaban de su felicidad, y no pudo seguir

marchando á pie. Decidió entrar en la primera estación de electrocarril que encontrara al paso, y aun alzó la vista para ver si pasaba algún globo-ómnibus de la línea *A verde* 99, que es la que le convenía tomar. En cual caso no tenía más que hacer que agarrarse á una de las cuerdas que esos vehículos llevan colgando, y trepar por ella hasta alcanzar y tomar asiento en la inmensa rotonda. Pero tuvo la desgracia de que los tres ómnibus que pasaron de esa línea no llevaban cuerdas colgando, lo cual indicaba que iban *completos*, y el único que pasó con plazas libres, traía escala tendida en vez de cuerdas, y claro estaba que era ómnibus de *señoras solas*. Siguió por lo tanto marchando, á paso largo por cierto, y antes de encontrar una estación ó un globo, vió en una gran plaza mucha gente reunida en derredor de una gran tienda ambulante, sobre la cual se veía suspendida en el aire por unos cuantos pequeños balones de gas una enorme muestra que decía así:

Alas del amor para llevar los cuerpos enamorados, en compañía del pensamiento amoroso, con la rapidez de una flecha. Este invento está garantido por sí propio. Precios de venta y de alquiler convencionales; pero abonando un diez por ciento sobre la cantidad que se estipula, se garantiza por segundos el momento de llegada al término del viaje.

Cuando Venancio se acercó á la tienda, asombrado de lo que veía y sin ánimo decidido de poner su amor en manos del tendero charlatán, vió que una joven, bastante bien parecida, se elevaba volando por el aire con dos grandes globos que le salían sobre la espalda por debajo de los brazos y llevando en su mano una flecha. Aquella mujer le pareció que era, no una simple mortal enamorada, como lo era en efecto, sino el ángel del amor, y aun, dispensándole el sexo, el mismo dios Cupido.

Alzó la cabeza hasta que perdió de vista á la joven, no por lo mucho que se elevó, sino porque dió la vuelta á la calle á poca más altura que la de los edificios, y como no ocupó sus manos en aplaudir, según lo hicieron los demás circunstantes, se encontró en ellas con un prospecto en el que se explicaba la utilidad del invento y la manera de usarlo.

Consistía ésta en atarse al cuerpo un cinturón de la forma y materia de los antiguos salvavidas, del cual pendían dos globos, que el aeronauta se echaba á la espalda como se hacía con las vejigas de natación, y enllevar en la mano una flecha metálica, que es en lo que consistía todo el secreto de la locomoción y de la dirección; secreto ya descubierto y aplicado en grande escala á los globos y á los *cicerones metálicos*, como veremos en otro lugar, pero recientísimo en el vuelo ó navegación aérea personal. A primera vista parece una paradoja, pero nada hay más cierto ni más positivo que este invento, fundado, no en charlatanismos empíricos, sino en los grandes descubrimientos científicos. La química ha descu-

bierto tantos fluidos nuevos, tan desemejantes y tan antipáticos los unos con los otros, pero tan determinado cada uno de ellos en el metal ó en el mineral que le produce, que le ha sido fácil darle á la industria millares de ellos para todas sus aplicaciones y sus trabajos. Así el secreto de las *alas del amor*, como el de los *cicerones metálicos*, consiste en poner en la flecha, que para las primeras se lleva en la mano ó en la hebilla que descubren en el cinturón, el mismo metal ó mineral que predomina en todos los tejados y edificios de cada barrio. No es otra cosa ni estas gentes han hecho más ni menos que desarrollar el pensamiento de la brújula, que la humanidad estuvo mirando embobada por espacio de tantos siglos, y aplicarle con nuevos imanes á otros usos de la vida.

Así lo comprendió Venancio, y sin temor alguno hubiera pedido desde luego unas alas para volar en busca de su amor, si no hubiera tenido vergüenza de declarar su pasión en presencia de tanta gente. Pero como por una parte acababa de persuadirse de que no le conocía nadie y de que gracias á su manera de pensar y de sentir estaba siendo extranjero en su patria, y por otra vió que el prospecto decía que *las alas del amor servían para el amor del oro, el de los negocios, el de la vida y todos los amores, incluso* (así decía el papel) *el amor de la gloria y el amor de la mujer*, se decidió á alquilar un par de ellas, seguro de que las gentes que le vieran partir creerían que iba en alas del amor de la bolsa ó del club ó de cualquier otro amorcillo de escalera abajo, como por ejemplo, el amor propio.

Después de ajustado el vehículo, tuvo que declarar la calle adonde pensaba dirigirse; y en esto, aunque lo hizo en voz baja, guardó un vergonzoso respeto á su pasión dando las señas de otra calle próxima. Y ceñido el cinturón alígero y empuñada la flecha, hendió los aires entre los aplausos de la multitud, seguido de un muchacho poco más ó menos de ocho años de edad; el cual se puso la flecha en el sombrero, y cruzado de brazos llevaba sujeto en ellos el bastón de Venancio, como hoy lo hace el *jockey* del *gentlemen* en el paseo de la Fuente Castellana.

Como el invento era aún modernísimo, algunas gentes se pararon por las calles, aunque apenas se los distinguía por la rapidez con que volaban; y llegados al término del viaje, descendieron á su capricho, sin más que volver las flechas como si fueran á clavarlas en el suelo. Venancio se desenganchó, dió sus alas al escudero, y cuando le quiso entregar un duro de propina el muchacho le replicó:

—Dádmelo en papel si tenéis voluntad, porque lo demás es querer matarme.

—¡Mataros! No comprendo.....—dijo Venancio.

—Pues no hay nada más fácil—replicó el chico.—¿Sé yo por ventura

las afinidades de la plata con los metales que he de atravesar hasta volver al establecimiento? Nosotros no podemos llevar nada de metal ni en la mano ni en el bolsillo. ¡Al cabo me ha molestado poco vuestro bastón, y eso que tiene una contera de hierro que apenas se ve! Cuando pasamos por encima de esta plaza última creí que tenía que arrojarle porque me empujaba á la derecha con una gran violencia.

Venancio guardó el duro, y dando al muchacho un talón de su pequeño librito encarnado, le vió partir por los aires, mientras él se dirigía á casa de su amada, decidido á no guardar respetos, ni á la portera, por más empleada que fuese del ministerio de la Estadística, ni á los criados ni á nadie que tratara de impedirle llegar á los pies de la madre de Safo y decirle: «Señora, máteme usted si quiere; haga usted lo que le dé la gana conmigo; pero yo estoy bárbaramente enamorado de su hija de usted.»

Y esto era para él una necesidad cada vez más urgente, porque comprometido como estaba á vivir en Madrid, compromiso que ya no le era tan violento como cuando vino del lugar, y cansado de buscar en vano un *amigo del alma*, un remedo, siquiera fuese imperfecto, de aquellos amigos de la aldea, tenía por imposible continuar en la corte sin una novia que llenase el hueco de la madre y de los amigos.

Y cuanto más tardaba en alcanzarla mayor deseo tenía de conseguirla; forjándose en su mente las más bellas ilusiones y las más lisonjeras esperanzas cada vez que tocaba en los demás asuntos de la vida un nuevo desengaño. Por eso, después que hubo perdido de vista la redacción del *Boletín de antigüedades* y refrescado su cabeza con el baño de aire atmosférico que recibió en las alturas, sintió agolpársele al corazón con más fuerza que nunca el amor de Safo, y cerrando los ojos á la luz de la razón, encendió la antorcha de la pasión y entró con ella en casa de su amada, donde le sucedió lo que se dirá en el cuadro próximo, porque sería tratar esta gran pasión como un capricho de poco más ó menos si aquí la atropelláramos en unas cuantas líneas.





CUADRO X

UNA MADRE QUE NO QUIERE DAR MAL EJEMPLO Á SU HIJA,
Ó CÓMO EL SANTO SE ADORA POR SÍ MISMO Y NO POR LA PEANA

Cuando Venancio llegó al dintel de la puerta le pareció oir una voz que le decía que anduviera más despacio. Era la suya propia; es decir, su voz de cabeza, no su voz de pecho, que es la buena voz entre los cantantes y los enamorados. La cabeza cumplía con su deber y aun iba más allá de lo que debía, puesto que con ella no se había contado para nada, al suplicar á su amo y señor que no entrase allí con el amor desbocado, sino que lo refrenara lo que pudiera, porque la pasión es un consejero tan malo que entra por todas sin saber salir por ninguna. Pero el corazón metió á barato la cosa y empezó á saltar y á brincar y á dar voces para impedir que Venancio oyera las juiciosas reflexiones de la cabeza; la cual, enfadada porque no la hicieron caso, cuando en realidad no la habían oído, decidió contribuir por su parte á que todo se lo llevara el demonio, y poniéndose una mordaza en la boca, hizo que Venancio quedara á solas y muy á sus anchas con el corazón; castigo que no sin fundamento creía la cabeza el más duro que se puede dar á un hombre en cualquier circunstancia de su vida. Nuestro joven jurisconsulto no pensaba del mismo modo, ó para decir verdad, no pensaba de ninguno, y se arrojó ciego en el Océano inmenso de su amor, sin timón que le gobernara, ni brújula que le dirigiera, ni práctico que le guiara al puerto codiciado. Puesto el cora-

zón á toda vela, atravesó el vestíbulo del templo en que vivía su amor, y sin hacer caso de la portera, que también á él le pareció que no se cuidaba de él, se sentó en un *confortable* diván, en cuyo respaldo se leía el nombre de la señora de la casa; y con la rapidez del pensamiento se halló trasplantado al piso principal y de pie en una gran sala, donde con una pausada cortesía le saludó una dama que á él le parecía señora muy principal, hasta que parándose á leer la tarjeta de porcelana que ostentaba en el brazo derecho, vió que decía: *Portera de cámara.*

Contestó Venancio con una ligera inclinación de cabeza y sin decir una sola palabra ni dar un paso, mientras la portera, que le miraba con asombro, le repitió la cortesía y aun le hizo tres seguidas con mayor pausa y ceremonia, hasta que por fin le dijo:

—Si no tenéis la bondad de decirme qué saludo os corresponde, no acabaremos nunca.

—Ninguno—contestó Venancio;—yo soy un simple particular que viene á ver á la señora.

—¿Pues por qué no pasáis adelante?—replicó la portera de cámara un tanto enfada y sentándose con marcada grosería, como si quisiera borrar las cuatro cortesías que le hizo cuando le creyó un sujeto de lo más principal de la corte.

—Quisiera saber si está visible—dijo Venancio.

—¡Visible!—exclamó la portera;—si no sois ciego, visible estará. ¡Vaya una pregunta!

—¿Pero recibe?

—Todo lo que le traigan—contestó la portera sonriendo.

—Pues haced el favor de anunciarme, decid que está aquí.....

—Caballero—dijo la portera un tanto incomodada,—aquí no puede estar nadie. Si no pasáis inmediatamente adelante, idos al punto. Esta es la antecámara de los saludos y podría llenárseme de gente si me detuviera á contestaros. Por otra parte, si yo entrara y saliera á llevar recados abandonaría mi puesto de honor y los que vinieran tendrían que esperar ó pasar sin que nadie les saludara.

—Perdonad, señora portera de honor—dijo Venancio con amabilidad respetuosísima, inspirada por la pasión que sentía hacia el ídolo de su amor;—yo soy forastero y no conozco las costumbres de la casa.

—Si sois forastero—repuso la portera con dulzura,—la hospitalidad me impone el deber de trataros con consideración. Ya me parecía á mí que no os había visto nunca, porque me precio de ser fisonomista, y aunque el álbum de la casa tiene muchos tomos me le sé de memoria.

—¿Qué álbum?—preguntó Venancio.

—El de las visitas de la señora. Como sois forastero no sabréis, aunque

esta costumbre es ya muy general, que aquí tenemos el retrato de todas las personas que entran en casa.

—Pero como yo no he venido nunca hasta ahora ni tengo el honor de ser amigo de la casa.....

—No importa; si hubieseis pasado otra vez por aquí, ya estaríais retratado, como lo estáis ahora.

—¡Que lo estoy ahora! ¿Pues quién ha traído mi retrato?

—Vos mismo—dijo la portera.

Y abriendo una chapa de metal, que á guisa de alfiler tenía en el pecho, sacó un papelito en el que estaba perfectamente reproducida la imagen de Venancio, y añadió:

—Mirad; aquí le tenéis. Y no es mala prueba ciertamente.

—¡Pero no me explico!....—exclamó Venancio.

—Pues no hay nada más fácil. En la primera cortesía que os hice os saqué clavado.

—Tenéis una gran habilidad—dijo Venancio con cierto aire de distracción que revelaba el aturdimiento que le producía aquel suceso.

—Mucha práctica—contestó esponjada de orgullo artístico la portera. —Todo consiste en saber lo que se ha de bajar ó se ha de subir el cuerpo, para que el objetivo del pecho recoja bien la imagen.

—¿Y qué interés tiene la señora en hacer retratar á todas las personas que vienen á su casa? Yo comprendo que lo hiciera con sus amigos.

—Al contrario, esos no sirven para nada; al paso que el retrato de un desconocido puede ser de una utilidad grandísima.

—¡No comprendo!....

—Supongamos—dijo la portera,—y no os ofendáis de la suposición, que vos mismo sois un malvado, que os propasáis á hacer algún daño á la señora y que ella grita y salís corriendo. Si yo, que no puedo abandonar esta habitación, no logro deteneros en ella, y á la portera, que tampoco puede faltar de su puesto, le sucede lo mismo, se da parte á la policía, entregando una copia de vuestro retrato, del cual se tiran un millón de ejemplares para todas las porteras y demás agentes de policía, y estáis cogido al momento, so pena de hacer lo que un tuno que quiso robarnos días pasados, el cual hace una semana que anda errante, de globo en globo y de trapecio en trapecio por los tejados. Pero ya caerá en poder de la policía.

—Y decidme—repuso Venancio, aguijoneado por el amor,—puesto que os debo tantas atenciones, ¿podríais darme algunas noticias de la hija de la señora? Porque yo quisiera antes de hablar á su madre....

—De la señorita no puedo deciros una sola palabra. Somos servidumbres separadas y ni siquiera nos conocemos la una y la otra.

—¡Pues no vive en esta misma casa!

—Sí tal; es decir, en el pabellón del otro lado del jardín.

—¡Y no está soltera!

—Sí que lo está, y á lo que parece, le corre alguna prisa el casarse.

—¿Sabéis si tiene algún novio?—dijo Venancio temiendo oir una respuesta afirmativa.

—¡Tendrá tantos!

—¿Qué decís?—gritó Venancio sin poderse contener.

—Señor forastero—dijo la portera,—pasad adelante y no comprometáis mi posición con vuestras voces.

Venancio volvió á sentir en su cuerpo unas cuantas notas de cabeza y un impulso secreto que le llevaba hacia la calle, pero el amor le dió un *do* de pecho, y atropellando por todo, penetró en una y otra sala, hasta llegar al gabinete en que estaba la madre de Safo, sentada sobre una otomana, con las manos metidas en una pequeña caja de metal que había sobre el velador inmediato.

—Señora—dijo Venancio, inclinándose respetuosamente y sin atreverse á pasar el umbral de la puerta.

—Adelante—repuso la señora,—y perdonad que no os dé la mano: me estoy cortando las uñas, y aunque la máquina es buena anda muy pesada.

—Perdonad, señora, yo ignoraba que estuvieseis ocupada.

—¡Qué disparate! ¡Vaya una ocupación! Decid lo que queráis, mientras yo sigo haciendo mi *toilette*.

—Me retiraré y volveré cuando no estorbe—dijo Venancio, temiendo malograr por intempestivo el éxito de su empresa.

—A mí no me estorba nadie, caballero, porque yo, aunque por mi edad podría tener las rarezas de algunas señoras mayores, no me escondo para ninguna de las operaciones del tocador, que no son ciertamente un delito, y si lo fueran no las haría.

—Perdonad, señora, yo no quise decir.....

—¡Si no sois el único que tiene esos miramientos, y á mí menos que á nadie pueden extrañar esas tonterías, porque tuve una madre que se ocultaba hasta de sus hijas para teñirse el pelo y pintarse las cejas! Conque decid lo que queráis, mientras acabo de vestirme.

—Yo, señora, no sé cómo empezar á hablaros, y os pido que me perdonéis si lo que voy á deciros os desagrada; pero ante todo os aseguro que soy un caballero, hijo de muy buena familia, y aunque mi atrevimiento sea grande, vengo con buenos fines á pediros que me permitáis.....

—¿Qué os he de permitir?—dijo la señora, pasándose un pincel por la ceja y viendo que Venancio no acertaba á concluir la frase.

—Yo he luchado mucho tiempo antes de decidirme á dar este paso, porque conozco mis pocos merecimientos para alcanzar tanta felicidad;

pero el amor que me devora, la pasión que arde en mi pecho no me permiten continuar más tiempo en esta incertidumbre. Necesito un *sí* ó un *no*.

—Pues bien, no—dijo la madre de Safo, soltando los pinceles, pero sin alterarse.—Yo soy una mujer casada y no sé por qué no habéis tomado vuestros informes antes de venir aquí.

—Señora—dijo Venancio alzándose de su asiento y con voz respetuosa,—siento haberme expresado mal y os pido mil perdones; yo no me hubiera atrevido nunca á enamorarme de una señora, que, aunque muy hermosa, pertenece á otro hombre.

—Tampoco eso es verdad; yo no soy pertenencia de nadie, yo me pertenezco á mí misma.

—He querido decir que estáis casada.

—Eso es otra cosa; pero en suma, ¿podré saber á qué habéis venido?

—¿No lo habéis adivinado?—dijo con vergonzosa timidez Venancio.

—No tal; ya veis cómo me han engañado vuestras palabras.

—Pues, señora—replicó el joven, haciendo un esfuerzo supremo y cerrando los ojos para de una vez errar ó quitar el blanco,—yo vengo á pediros la mano de vuestra hija.

—¡La mano de mi hija!—exclamó la señora.—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¡Pues no sois su madre!

—Sí que lo soy; pero nada más que su madre.

—¿Y no es á vos á quien debo dirigirme?

—Claro está que no.

—¿A su padre tal vez?

—Lo mismo que á mí. ¿Qué tiene él que ver con la mano de mi hija? Ella, en uso de un derecho indisputable, se la dará á quien quiera.

—Comprendo bien, señora, lo que decís, y os honra mucho esa consideración que guardáis á la voluntad de vuestra hija; pero yo quisiera que me oyeseis y me permitierais.....

—Ni una palabra más, caballero; voy á llamar para que os conduzcan al cuarto de Safo, y á ella podéis decirle cuanto gustéis.

—¿Pero podré contar con vuestra benevolencia?

—Os he dicho que no quiero hablar más de este asunto; mi hija es libre, y como tal, puede hacer lo que quiera. Si necesita consultarme alguna cosa ya lo hará; pero mientras tanto yo no me mezclaré en sus asuntos.

—Según eso—dijo Venancio,—¿no sois vos la que abrió mi carta?

—¿Qué carta?

—La que dirigí á vuestra hija.

—Caballero—dijo la señora, alzándose de su asiento,—me extraña mucho vuestra insolencia, pero me extraña más aún vuestra ignorancia. ¿En

qué siglo creéis que vivimos para presumir que así se pueda violar el secreto de la correspondencia, que es el más santo de los derechos del hombre y el más sagrado de todos los secretos?

—Yo creo que una madre.....

—Una madre debe dar ejemplo en todo á su hija.

—En ese caso—exclamó Venancio sin poder contener el grito de su corazón,—¡es ella la que ha hecho publicar mi carta! ¡Es ella la pérfida!

—Caballero—dijo la madre de Safo señalando á una joven que acababa de entrar,—seguid á esa doncella y ella os llevará al cuarto de mi hija.

—Y tú—añadió volviéndose á la joven—haz que digan á la señorita que este sujeto ha venido aquí por equivocación: ¿lo entiendes?, por equivocación.

—Señora—dijo la joven,—si este caballero viene por el anuncio del periódico, creo que ya ha pasado la hora.

—¿Tú qué sabes de lo que pasa en el cuarto de mi hija? Haz lo que te digo, y calla.

Venancio sentía abrasársele la cabeza con lo que estaba pasando, y sin acertar á despedirse de la señora, siguió á la joven *doncella honoraria número* 3 (que así decía la etiqueta de porcelana que llevaba al brazo sobre su jubón negro), y atravesando tres grandes salones y el jardín, después de haber bajado y subido dos veces por la mecánica, se encontró á la puerta del cuarto en que moraba el ídolo de su amor.

La doncella honoraria le indicó la entrada con una profunda cortesía, á tiempo que otra joven, muy joven, vestida de blanco y con una tarjeta que decía *doncella interina número* 2, le hacía iguales saludos que la portera de cámara. No estaba la cabeza de Venancio para reparar en que aquella joven tenía otra cámara obscura ó aparato pictográfico en el pecho, ni ya le importaba nada más que ver á Safo, aunque como iba presumiendo, saliese de esta entrevista más para entrar en una casa de locos que para volver á la suya propia.





CUADRO XI

UNA HIJA QUE SE BASTA Á SÍ PROPIA

Donde se prueba que á un enamorado no le convence nadie, y á un abogado le da cien vueltas cualquiera.

Hasta qué punto se engañan los que dicen que el que puede lo más puede lo menos, lo veo yo claramente en este momento.

Estoy en posesión de lo raro, de lo extravagante, de lo difícil, de lo que tú, lectora, tendrías tal vez por imposible y aun por absurdo si no lo estuvieras viendo por tus propios ojos, y no puedo alcanzar lo fácil, lo natural y lo que para ti es en extremo sencillísimo.

Evoco los espíritus que han de ser, arranco los pueblos del limbo del porvenir, levanto las poblaciones que están por edificar y meto mi vista dentro de esas grandes nieblas que tú llamas el infinito del horizonte, cuando no son otra cosa que el finito de la humanidad, y sin embargo soy impotente para acercarme á la generación actual y escuchar sus conversaciones y penetrar en lo íntimo de sus pensamientos.

Daría con gusto una mitad de la ciencia que me sobra por adquirir una pequeña parte de la experiencia que me falta. Y créeme, lectora, que no haría de ella otro uso que el de averiguar si los cuatro cuadros que

acabo de presentar á tu vista te han empalagado, cosa que temo mucho, ó si, por el contrario, te has enamorado, como yo lo estoy cada vez más, del joven jurisconsulto extremeño Venancio Almendruco. Porque no hay cosa más triste, y he aquí la ventaja que el orador lleva al escritor, que estar discurriendo sobre un asunto cualquiera sin ver la cara de satisfacción ó de fastidio que pone el auditorio.

Pero ya hemos andado la mayor parte del camino y no quiero saltar este cuadro dejando en blanco al pobre joven, precisamente en el momento en que su corazón va á latir, no ya en la misma población ni en la misma calle ni pared por medio siquiera, sino en el mismo aposento, acaso en el mismo sofá que el de su amada. Por otra parte, yo me figuro que tú, como yo y como el joven extremeño, has de ser toda corazón y toda amores; y aunque nos desprecien y nos miren de reojo algunas gentes descreídas y materializadas, del espíritu hemos de hablar los que del espíritu vivimos.

No era verdad que el pobre mancebo temiera volverse loco con lo que le estaba pasando, que si de veras lo hubiese creído en sazón se hubiera curado.

La conversación que tuvo con la portera, el tiro alevoso que á boca de jarro le encajó el *Boletín de antigüedades* y lo que le acaba de ocurrir con la madre de Safo son para él otros tantos aguijones con que el amor le punza para que siga adelante en su empresa.

Si cuando vió por primera vez á la niña se le hinchó el corazón, y cuando la siguió se le puso como un pan, ahora que casi tiene evidencia de que ella es la que recibió su carta y la que, en son de burla, la vendió á un periódico para que la publicara, la pasión le ha invadido el pecho, le anda hormigueando por todo el cuerpo y está á punto de cogerle la cabeza.

La voz que ha creído escuchar advirtiéndole que anda cerca de volverse loco no es la voz del desengaño, es la voz de la pasión.

No ha de volverse loco quien está ya loco de amor.

De amor que no va á desengañarse sino á ser engañado.

Él cree que corre á lo primero, pero marcha ciego á lo segundo cuando entra en la habitación de Safo.

Dijo en su carta que le mataba la incertidumbre, y lo que le está dando la muerte es el amor.

Se contentaba con que le permitiesen amar sin ser correspondido, y sabe que no puede vivir sin que correspondan con usura á su amor.

Sabe que con la esperanza se puede vivir un siglo y que el desengaño da la muerte en el acto, y aún se atreve á decir que quiere que le desengañen.

Y por último, se apresura á que le den un *sí* ó un *no*, como si le fuera indiferente lo uno y lo otro y sólo buscara el quedar desocupado y en libertad de consagrarse á otro amor.

Lo que es para él un negocio del alma, quiere hacerlo pasar por menos que un negocio de Bolsa.

Convengamos en que Venancio es hipócrita consigo mismo.

Pero no le abandonemos ni tú ni yo, lectora, en el trance terrible en que se halla, ya que nosotros comprendemos su situación mejor que nadie, puesto que la comprendemos mejor que el mismo interesado.

Safo no es una mujer hermosa; es la divinidad de la hermosura. Si la primera vez que yo la vi hubiera tenido ojos humanos que mandar en busca de los suyos, habría echado de menos las pasiones mundanas que dejé en la tierra al volar en forma de espíritu para convertirme de genio tutelar del pobre Venancio en su más encarnizado rival. ¡Y quién sabe si él hubiera preferido habérselas conmigo y sufrir los celos que yo le hubiese inspirado, á pelear, como pelea ahora, con fantasmas que le crea su fantasía y á padecer los celos que le finge la fiebre del amor que devora su pecho!

Pero yo no puedo amarla y me limito á verla, haciendo votos sinceros para que corresponda como pueda al amor que le profesa Venancio.

La situación de este desdichado amante es muy angustiosa desde que se halla al lado de una de las doncellas de su amada, esperando á que otra de estas felices criaturas salga á darle la vida ó la muerte con el *sí* ó el *no* que pronuncien sus labios.

Y en este punto, preciso es confesar que Venancio ha entrado con buen pie en aquel departamento. La *doncella interina número* 5, vestida como sus compañeras toda de percal blanco, con pantalón bombacho, tonelete de manga ajustada, cinta blanca sujetando los cabellos en forma de diadema y una gran faja de algodón color de verde esperanza, sale á decirle que pase adelante.

Hácelo así el joven jurisconsulto, no sin dar primero dos pasos atrás, tan involuntarios como naturales, atendida su situación, y atravesando dos grandes salas, una llena de aparatos gimnásticos y otra de libros y de armas, llegó al aposento en que se hallaba el objeto de su amor.

Era esta estancia un pequeño gabinete ochavado, cuyas paredes estucadas de blanco carecían de todo adorno, y en el centro, de pie y ligeramente recostada en un alto atril ó facistol de mármol blanco, estaba Safo.

Pareciól á Venancio que aquella mujer de cabellos propiamente de oro, sueltos sobre la desnuda espalda, de labios de coral, de mejillas de rosa, de ojos de cielo y de cutis de nácar, no era la misma mujer de quien

estaba enamorado, sino una copia de ella, poetizada por el mismo Apolo y retocada por las nueve hermanas, y quedó absorto al verla.

Una larga y elegante túnica de tul blanco descubría los bellos contornos de su hermoso cuerpo, sin que fuera fácil señalar dónde empezaba ni dónde concluía el traje, porque no era el cutis menos blanco que la ropa; y vista la blancura de las manos era imposible saber si un pie que asomaba, de no poco tamaño por cierto (y esto te probará, lectora, mi imparcialidad), estaba calzado ó desnudo.

En las cuatro ochavas del gabinete había otros cuatro atriles ó facistoles, en los cuales se reclinaban también de pie y también vestidas de blanco cuatro jóvenes que escribían á la voz lo que les dictaba Safo; la cual hizo señas á Venancio, no para que se sentara, que no había donde hacerlo, sino para que la permitiera concluir lo que tenía comenzado, y dictó lo siguiente:

De cómo la pasión de los celos se conservó en los corazones algún tiempo después de haberse suprimido las celosías de los edificios y los celadores de barrio.

Ojos pardos, cabellos negros, peinado de erizo, patilla corrida, frac de manga de jamón, cuello de bombé alto, pantalón corto con trabillas largas, chaleco y guantes amarillos. (Véase el retrato de un procurador á Cortes en 1836.)

Dos capítulos de mirada retrospectiva. El primero relleno de consideraciones economistas y cálculos estadísticos, y el segundo de reflexiones de alta filosofía alemana.

Basquiña de estameña muy estrecha y negra, manga muy justa. El diálogo que tiene con el fraile en el confesonario ha de suponerse que no lo oye nadie.

Aunque á Venancio le parecían pocos todos sus sentidos y los consagró enteros á la contemplación extática de la divinidad que tenía delante de sí, todavía le permitió el oído hacerse cargo de algunas de las palabras, que con pasmosa rapidez dictó Safo á las cuatro jóvenes escribientes ó secretarias, y á no ser porque todo en ella le parecía bien hecho, hubiera creído que su juicio no estaba muy en su lugar.

Pero ya te he dicho, lectora, y si no te lo he dicho es porque habré pensado que lo sabrías por ti propia, que los verdaderos enamorados no tratan de poner el ídolo de su amor á su imagen y semejanza, sino que le aman tal cual es, hasta que logran ser con él una misma cosa. Por eso D. Quijote se rió de que Sancho le dijera que Dulcinea del Toboso estaba ahechando trigo descalza de pie y pierna, y Venancio cree que su oído no sabe lo que se pesca cuando le repite la ensalada de palabras que acabo de copiar, á las cuales añadió Safo las siguientes:

La clásica, doscientas líneas en un solo párrafo; la romántica, ciento cincuenta y ochenta de puntos suspensivos; la socialista, cuatrocientos párrafos de dos líneas cada uno; la católica, trescientas líneas en períodos largos.

Y dicho esto se dirigió con la mayor amabilidad á Venancio, preguntándole qué se le ofrecía.

—Quisiera—contestó el joven haciendo un esfuerzo supremo para hablar y otro mayor para tragarse lo que verdaderamente se le ofrecía,—quisiera tener el honor de hablaros un momento, pero si estáis ocupada..... volveré otro día.

—Siempre me hallaréis lo mismo que ahora—dijo Safo;—conque ya podéis hablar.

—Es que desearía—balbuceó Venancio, acercándose con timidez—que estuvieseis.....

—¿Sola?—preguntó Safo adivinando lo que su amante no se atrevía á decir.

—¡Si no tenéis inconveniente!

—¿Qué he de tener? Hablad; ya estamos solos.

Y así era la verdad, porque con no poca sorpresa de Venancio, en el momento en que la joven adivinó lo que él quería, giraron los cuatro atriles con las jóvenes que estaban apoyadas en ellos, y el gabinete quedó cerrado por todas partes, apareciendo en la pared de cada uno de los cuatro ángulos los siguientes rótulos:

NOVELA CLÁSICA.—NOVELA ROMÁNTICA.—NOVELA SOCIALISTA.—NOVELA CATÓLICA.

Semejante transformación se hizo con tanta rapidez que Venancio quedó maravillado y sin poder articular una sola palabra, hasta que, instado nuevamente por Safo para que hablara, cayó de rodillas á sus pies, diciendo casi entre dientes:

—Yo os amo.

Safo, un tanto sorprendida, pero sin dar un solo paso ni gritar ni poner de muestra la sorpresa en las mejillas, que encendidas estaban y encendidas siguieron, tendió ambas manos, que Venancio se apresuró á estrechar llevándolas á los labios, y alzándole en pie como quien levanta una pluma, le dijo con una frialdad que habría helado á cualquier otro hombre menos abrasado de amor que el joven extremeño:

—¿Os sentís malo?

—Estoy enamorado ciegamente de vos, señorita.

—Ya. ¿Pero qué os ha dado, que os habéis caído de rodillas?

—El amor que me inspiráis no me permite estar de otro modo en vuestra presencia—dijo Venancio arrodillándose de nuevo,—y así estaré

hasta que me deis la vida ó la muerte con vuestras palabras. Yo hubiera querido que vuestra madre se hubiera enterado de la nobleza de mi pasión, de los fines honrados con que vengo á pedir vuestra mano y de que mi familia se considerará dichosa si vos la honráis entrando en su seno, donde no seréis un individuo más, sino el dios de todos mis parientes.

Venancio, entusiasmado, loco de amor desde que sus labios sintieron el dulce calor de las manos de Safo y deslumbrado por la hermosura de sus facciones, no advirtió que la joven estaba escribiendo rápidamente sobre su facistol mientras él hablaba, y siguió ensartando otra porción de palabras amorosas, hasta que alzando la vista, no para desengañarse sino para buscar un nuevo engaño, exclamó:

—¡Ah! ¿Será posible que me permitáis amaros; que correspondáis tal vez á mi amor? ¡Oh! No me engañéis si más tarde habéis de darme la muerte con vuestra indiferencia. Pero no hay duda, me amáis; harto me lo dice la vergüenza con que volvéis la vista, aparentando no escuchar mis palabras.

Venancio calló breves momentos contemplando con religioso silencio á su amada, y ésta, impaciente, pero con aire distraído, le dijo:

—Continuad.

—Pero vos me amáis, ¿no es cierto? ¡Haced que yo oiga de vuestros labios esa palabra que encierra toda mi dicha! Decidme que me amáis y dadme después la muerte si queréis.

—¡Magnífico!—exclamó Safo alzando la pluma y repasando lo que acababa de escribir.—¡Magnífico! Esto no se adivina—añadió como si hablara consigo misma,—es preciso oirlo de viva voz. Este hombre es un tesoro.

Y volviéndose á Venancio que, loco de amor y próximo á perder el juicio, por otro lado mal seguro con lo que estaba oyendo, continuaba de rodillas, le dijo:

—Alzad, y pedidme lo que queráis.

—¡Qué más he de pediros que vuestro amor!

—¡Mi amor!—exclamó Safo.—¿Y para qué queréis mi amor?

—Para ser feliz.

—Pues bien: yo os amo. ¡Dichoso vos que podéis ser feliz á tan poca costa! Pero el que yo os ame no tiene nada que ver con que me digáis cuánto he de daros por lo que acabáis de decirme; que si os he de hablar con franqueza, es de lo mejor que he oído en mi vida. Y no quiero engañaros, tres tomos en octavo sacará de vuestras palabras la sección romántica.

Esta vez no fué bastante todo el amor de Venancio, para trastornar

el sentido recto de las palabras que acababan de resonar en su corazón. La voz de cabeza le dió unas cuantas notas, y el jurisconsulto entró en cuentas con el enamorado.

—Señorita—acertó á decir después que le hubo pasado el primer aturdimiento,—no entiendo nada de lo que estáis diciendo. Yo me llamo Venancio Almendruco, y vengo.....

—¡Venancio Almendruco!—repitió Safo con alegría.

—¡Me conocéis!—exclamó Venancio sintiendo volvérsele el alma al cuerpo.

—¡Pues no! ¡Y yo torpe de mí, que debí haberlo conocido al momento! ¡Pues si es el mismo estilo que el de la carta!

—¡La carta!—gritó Venancio, á quien el alma se le volvía á salir del cuerpo—¿Conque vos recibisteis mi carta?

—Claro está que la recibí; y además de haberla aprovechado en una novela en treinta tomos que estamos escribiendo, y que gracias á vuestro escrito alcanza un buen éxito, se la vendí al *Boletín de antigüedades*.

Grande era el trastorno que sentía el pobre Venancio, desde que comprendió que aquellas manos que acababa de besar le habían sido concedidas con más indiferencia que se le entregan al guantero para que las cubra con la cabritilla, y á punto estuvo de caer redondo en el suelo, herido más por el amor propio que por el desengaño; pero la cabeza, aunque ofendida de que para entrar allí y para doblar la rodilla se hubiera contado sólo con el corazón, no pudo olvidar que éste era su hermano y acudió en su auxilio.

El letrado triunfó un momento del amante, la razón hizo señas al amor para que callara y le permitiera decir dos palabras.

Y al enseñorearse la cabeza de sí misma, tomó Venancio una actitud majestuosa y digna.

Una actitud tan distinta de la que tenía al entrar allí, que la portera de cámara de la madre de Safo le hubiese vuelto á retratar como á un desconocido, si de nuevo hubiera pasado por allí.

Sus facciones, animadas por la luz de la inteligencia, que volvía á salir de los antros en que la encerró el amor; su voz, libre del enfadoso compás que le hacía guardar el rubor y el miedo, y sus maneras, desembarazadas de los grillos de la pasión, todo le daba un aire resuelto y franco, digno del hombre que tenía en su cartera el título de licenciado en Derecho y casi en el bolsillo el acta de diputado á Cortes por el distrito del Agua de Colonia.

—Empiezo, señorita—dijo con tono irónico,—por agradeceros el aprecio que habéis hecho de mi humilde escrito, estirándole hasta que diera de sí nada menos que para treinta tomos de novela, que ciertamente será

preciosa; pero no sé con qué derecho la habéis vendido al *Boletín de antigüedades*, y quisiera.....

—¿Que os diese su importe?—interrumpió Safo sin dar la menor importancia al tono irónico ni á la arrogancia con que la hablaba Venancio.—Nada más justo—añadió;—yo recibí la carta por el correo, y como nadie se ha presentado á cobrar su importe..... Pero os daré no sólo lo que ha pagado la redacción del *Boletín*, sino lo que yo acostumbro á abonar con arreglo á la tarifa establecida para estos casos.

—¿Para qué casos?—preguntó Venancio, con cierta exaltación que hacía sospechar que la cabeza no estaba muy segura, ó que el corazón oía todo lo que allí se hablaba.

—Caballero—dijo Safo,—yo no sé qué pensar de vos ni de las extrañas preguntas que me hacéis. Tenéis una figura muy simpática, parecéis un joven ilustrado, venís además á verme después de haber leído los anuncios que he puesto en los periódicos, y sin embargo no os entiendo.

—Señorita—dijo Venancio,—¿de qué anuncios habláis y qué periódicos son esos á que os referís? Porque yo no sé nada, ni he leído nada, y os pido por lo que más améis en el mundo que me deis una explicación de todo.

—Sea como gustéis—repuso Safo;—pero no entiendo.....

—Yo tampoco, y es preciso que nos entendamos; hablad, yo os lo suplico.

—Pues señor, ya sabéis que yo soy literata y que me dedico á la confección de novelas para el folletín diario de los doce periódicos más importantes que se publican actualmente en Madrid; y como por una parte es imposible inventar cada día doce ideas nuevas para dar trabajo á las secciones de fabricación menuda que están á mi cargo, y por otra conviene dar anécdotas de actualidad para que no se aburran los lectores, me decidí hace algunos días á anunciar en los periódicos que las personas que quisieran venir á este gabinete á referirme sus aventuras ó las de otros sujetos, ó á hacerme alguna relación de cualquier anécdota, escándalo ó cosa semejante por el correo, podrían venir los sábados á cobrar sus trabajos con arreglo al arancel ó tarifa que insertaba á continuación.....

—Conque según eso que me decís—exclamó Venancio, sospechando que el alma podía sin deshonra volvérsele al cuerpo,—¿creisteis que mi carta era un material de publicidad que su dueño vendría á cobrar el sábado?

—Justamente.

—Y la declaración que ahora acabo de haceros de rodillas, la habéis tomado.....

—Por un retazo de novela que traíais á la fábrica y que estoy dispuesta á pagaros como queráis porque es precioso.

Y mientras Safo pasaba de nuevo la vista por el papel en que había copiado las palabras de Venancio, éste volvió á sentir su pecho en voz, y pareciéndole que lucía para su amor un rayo de esperanza, dijo, no ya con la cabeza en su lugar, sino con el corazón en la mano:

—Señorita, yo no sé si deciros que me pesa ó que me alegro de que hayáis tomado mi carta y mis palabras por unos retazos de novela, pero la verdad es que ambas cosas me suceden. Lo que me habría hecho mucho mal es que os hubierais mofado de mí.

—¡Mofarme de vos! ¡Qué disparate! Y ahora que sé, porque ya no puedo dudarlo, que sois el verdadero autor de aquel precioso documento que todos han tomado por un autógrafo del siglo XVII, os quiero pedir un favor.

—¡Un favor! ¡Pedirme un favor!—exclamó Venancio fuera de sí de alegría.

—Cuento con que me le haréis, ¿no es verdad?—dijo Safo.

Y la dulzura con que pronunció estas palabras, la mirada que al decirlas arrojó á la cara de Venancio y sobre todo el deseo que éste tenía de hallar pretextos para no llevarse de allí su amor, le hicieron creer que se abría á su pasión, no ya un agujerito pequeño como una lenteja, sino uno más grande que una puerta cochera.

Nada había sido suficiente para desengañar al amante, y una palabra bastó para engañar al abogado.

En cuanto á mí, lectora, basta que sea una dama la que pida un favor para que se le conceda, si tú me otorgas la merced de continuar este cuadro en el siguiente.





CUADRO XII

DE CÓMO HABLANDO NO SE ENTIENDE LA GENTE

Donde se prueba que aunque el hombre sea fuego, si la mujer no es estopa, es inútil que sople el diablo.

Supongo, lectora, que allá en tus adentros me has otorgado la licencia que te he pedido, y puesta la mano sobre el entendimiento, que es como juramos los espíritus, te ofrezco á fuer de agradecido no abusar otra vez de tu bondad ni pedirte un nuevo favor, y allá te va el que Safo le pidió á Venancio.

Y es el caso que así como éste sentía por un lado hallarse en un mundo donde sus sentimientos y sus palabras eran extranjeros, y se alegraba por otro de que su pasión no habiendo sido entendida no hubiese sido despreciada, así á Safo no le pesaba encontrarse con un joven que, ignorando todo el valor de la ciencia que poseía, podría dársela á poco precio y hacerla feliz. Por esta razón, acercándose más de lo que lo estaba á Venannancio, que fué lo mismo que llevarse un hombre y poner otro en su lugar, le dijo:

—El favor que quiero que me hagáis tiene dos partes: la primera, que

si os conviene, me digáis la verdad á lo que os pregunte, y la segunda, que aceptéis las proposiciones que pienso haceros.

—En el mismo caso me hallo yo con vos, señorita—dijo Venancio (tan ciego de amor, que ya se creía en el caso de poner condiciones, si no de vencedor á vencido, al menos de potencia á potencia);—conque favor por favor.

—Aceptado—contestó Safo, tendiéndole la mano, que fué lo mismo que tenderle muerto á sus pies.

Y sin retirarla de las de Venancio ni reparar que éste se la había puesto demasiado cerca de los labios, añadió:

—¿De dónde habéis copiado la carta que me escribisteis?

—¿Que de dónde la he copiado?—preguntó Venancio un tanto aturdido. —De aquí—añadió llevando su mano derecha al corazón.

—No sois franco—repuso Safo un tanto picada;—pero estáis en vuestro derecho; no insisto más. Ahora decidme si tendréis inconveniente en proporcionarme algunas otras por el estilo y en ajustaros conmigo para no ser colaborador de ninguna otra fábrica de novelas más que de la mía.

—Señorita—dijo Venancio con desaliento y no sabiendo cómo compaginar aquellas palabras con aquellos ojos y aquella boca y aquella mano que acababa de tener entre las suyas.—Señorita, yo haré todo lo que queráis; pero permitidme que os diga quién soy y lo que me ha traído á esta casa; que es lo mismo que me tendrá en ella hasta que salga con la vida que estoy bebiendo en vuestros ojos ó con la muerte que temo me han de dar vuestros labios.

—¡Magnífico!—exclamó Safo sin poderse contener.—¡Magnífico! Este hombre es un tesoro—añadió entre dientes.

—Yo me llamo y soy el mismo Venancio Almendruco que firma la carta, cuyo contenido no está tomado de otro libro que de este corazón que os pertenece y que no podrá ser de nadie sino vuestro. Dignaos aceptarle, dignaos decirme, no que me amáis, sino que creéis posible amarme algún día, que llegaré á ser vuestro esposo. ¿Me entendéis ahora?

—¡Acabáramos!—gritó Safo riendo.—¡Conque en resumidas cuentas, lo que sacamos en limpio es que habéis pensado casaros conmigo! ¡Y era eso lo que queríais decirme en aquella carta! Pues me alegro mucho que os hayáis explicado, porque jamás lo hubiese comprendido. Y no se diga que ha sido torpeza mía, porque el tal escrito se leyó más de una vez delante de todas mis colaboradoras, que pasan de cincuenta, y ninguna sospechó que aquello fuese una proposición matrimonial. ¡Ni cómo habíamos de creer semejante cosa, si pensábamos que el autor era un personaje del otro mundo!

—Pero, señorita—dijo Venancio, haciendo con la cabeza un esfuerzo

sobre el corazón,—dejando á un lado el amor que os tengo y que por mi mal no habéis comprendido, ¿queréis decirme en qué se fundaban vuestras cincuenta colaboradoras y los redactores del *Boletín* para creer que mi carta era un documento de *ultratumba*? ¿Qué hay en ella que no sea el *abecé* de toda declaración de amor? ¿El lenguaje del corazón no ha sido el mismo en todos los siglos? Cuando un hombre ve una mujer cuyas miradas de fuego le abrasan el alma, y después de luchar un día y otro con la fascinación que aquella hermosura le ocasiona, siente perturbados sus sentidos, embargada su lengua y oprimido de angustia el corazón, ¿qué hace? ¡No es natural que antes de resignarse á morir de amor, viviendo en una incertidumbre mil veces peor que la muerte, mande sus miradas en busca de las de la mujer que adora, y escriba en un papel todo lo que siente, pidiendo un *sí* que le dé la vida, ó un *no* que al acabar con todas sus esperanzas ponga fin á sus tormentos!

Safo no cogió esta vez la pluma, bien á su pesar, porque este párrafo de amor le pareció mejor que los anteriores; pero escuchó á Venancio con tal asombro, que al joven extremeño le fué bien fácil comprender que no le comprendían, y así, cambiando de tono, dijo:

—Vuestro silencio me indica que mis palabras están corriendo la misma suerte que mi carta, y voy á permitirme dirigiros una pregunta más concreta. Decidme: aquí en Madrid, porque en mi pueblo ya sé lo que pasa, ¿cómo se las gobierna un hombre cuando se quiere casar?

—¿De veras no lo sabéis?

—No, señora, no lo sé.

—Pues no hay nada más fácil, y seguramente seréis el único hombre que á vuestra edad no esté enterado de eso, porque todos los días vienen los periódicos llenos de anuncios de jóvenes solteras que desean casarse, y hay además agencias públicas y sociedades de seguros matrimoniales, donde se hacen diariamente muchas operaciones al contado y á plazo. Precisamente hoy mismo publica *El Angel custodio de las familias* un largo artículo aconsejando á esas sociedades que den más extensión á sus operaciones, y hasta indica la conveniencia de que se coticen en la Bolsa los matrimonios de mayor cuantía, como medio de asegurar mejor su resultado por la mayor publicidad que allí tienen todas las transacciones.

—Ya; pero todos esos anuncios de los periódicos, que ciertamente me hacen reir mucho—exclamó Venancio,—son bromas de los periodistas.

—¿Bromas?—repuso Safo—¡No son malas bromas! ¡Preguntádselo á la mayor parte de nuestras mujeres casadas! Mañana, sin ir más lejos, se casa Norma, una de mis mejores operarias por cierto en la novela socialista, con el célebre folletinista de *El Eco de las Soledades* que se publica en Laponia; y este matrimonio, que todas consideramos ventajosísimo para

ella, lo debe á los anuncios de los periódicos y á estar inscrita en el *Hogar Cosmopolita*, que es la sociedad de seguros matrimoniales á prima fija que más operaciones ha hecho en estos últimos años. Lo cual se explica perfectamente sabiendo que tiene domicilio y consejo de administración en todas las capitales del mundo.

—¿Y cómo se han hecho esos amores?—preguntó Venancio.—¿Ha estado en Madrid el caballero lapón?

—Creo que no.

—¿De manera que se han enomorado por retratos y se casarán por poderes?

—¡Por poderes!—dijo Safo.—No os entiendo. Aquí no ha habido otra cosa sino que el folletinista se enamoró de Norma, presentó una proposición á la sociedad por conducto del consejo de administración de Laponia, y después de algunas modificaciones que hizo mi amiga y que aceptó el novio, quedó arreglado el negocio y señalado el día de mañana para celebrar la boda.

—¿Y dónde se casan?

—En Copenhague, como término medio de ambos domicilios.

—¿Están allí ya los novios?

—Llegarán á la misma hora mañana. La cita es á las dos y cuarenta y cinco de la tarde. Yo pienso acompañar á Norma á Dinamarca, y si no se detienen mucho tiempo después de la ceremonia, es posible que vaya hasta el mismo cabo Norte, que es donde van á fijar su domicilio por ahora.

—¿Y tardaréis mucho en volver á Madrid?

—Bastante, porque además de que quisiera visitar despacio la Laponia, país que no conozco, aunque os parezca extraño, es posible que regrese por Berlín, para tomar una taza de te con mi buena amiga y compañera de colegio Sofía Kenpmn. Hasta dentro de tres días es probable que no esté de vuelta.

A pesar de que Venancio procuraba apretarse el corazón para que no le hiciera cometer algún desatino, temió prolongar aquella entrevista, y haciendo un esfuerzo verdaderamente heroico, para lo cual metió los ojos del alma en el tranquilo hogar de su familia, se despidió de Safo.

Pero ésta, que había cobrado cierta afición artística al joven extremeño, le rogó que no se marchara tan pronto, ni lo hiciera sin decirla de dónde le había nacido el pensamiento de casarse con ella. Idea tanto más rara cuanto que además de no estar inscrita en ninguna sociedad matrimonial ni anunciada su persona en los periódicos, á nadie había dicho que tuviera propósito de casarse.

—¿Qué razones—dijo—habéis tenido para venir á buscar á ciegas mi

mano, cuando hay tantas otras de las cuales podéis saber hasta las más pequeñas noticias?

—¡A ciegas!—exclamó Venancio, volviendo á retirar los ojos del hogar de su familia.—¡A ciegas! Pues qué, ¿no hace un mes que os sigo á todas partes, descubriendo en vuestra peregrina hermosura cada día una nueva gracia, un nuevo encanto y un nuevo prodigio?

—Ignoraba esa afición, que os agradezco mucho, porque ciertamente es de apreciar—dijo Safo, sin asomos del rubor que Venancio buscaba en sus mejillas;—pero las perfecciones que encontréis en mi cuerpo no tienen nada que ver con las noticias que os hacen falta para tratar de casaros conmigo. ¿Sabéis por ventura cuál es mi situación ni mis compromisos?

El joven extremeño, á quien sin duda le pareció poca desgracia estar enamorado, quiso agravarla poniéndose celoso, y de repente, con un arrebato injustificable, exclamó:

—¡Es decir, que no sois libre! ¡Que tengo un rival!

—¡Un rival!—repitió Safo, encogiéndose de hombros.—Vaya, está visto que cada vez entiendo menos lo que me decís.

—Yo, en cambio—repuso Venancio con mal reprimido despecho,—os entiendo demasiado.

—Pues hacedme el favor de explicarme lo que entendéis, porque en verdad que lo necesito. Os he dicho que me alegraba mucho de seros simpática, porque las simpatías no le estorban á nadie, y menos á las personas que como yo viven del favor del público; pero digo y repito que me extraña que penséis en casaros conmigo y que os hayáis enamorado de unas rentas que no sabéis si tengo, de una posición que ignoráis cuál sea y de unas prendas de carácter que tampoco debéis conocer. Nada de esto consta en ninguna *Agenda Matrimonial*, y hasta creo que en el *Diccionario de las Doncellas* que anualmente publica el ministerio de Estadística no está mi nombre este año, porque el tomo 115, que se repartió ayer, no alcanza más que á la letra P, y yo, si acaso, estaré en la S; pero con mi nombre y apellido y la edad, sin más detalles, porque no he querido darlos. De manera que vuestra proposición matrimonial, ya que tenéis la humorada de que yo llame así á vuestra carta, es la primera que he recibido. Sois el único licitador.

—¡Será posible!—exclamó Venancio, pasando por alto lo de la licitación.

—¡Pues no ha de serlo! ¿Quién queríais que sin saber si yo quiero casarme, que es lo primero que hace falta saber, y si tengo rentas, y cuántas y cuáles son éstas, se enamorase de mí? Es posible que alguno esté esperando á que yo haga fortuna con mis publicaciones y á que anuncie mi pliego de condiciones para.....

—¡Ahora no será mientras yo viva!—gritó Venancio con aire conquistador y con una energía que dejó asombrada á Safo.—Yo no necesito que hagáis vuestra fortuna ni que publiquéis vuestras condiciones. Las acepto todas sin conocerlas, y no me importa que no traigáis nada más que vuestra persona. ¿Por ventura no es ella bastante para labrar mi felicidad?

El semblante de Safo se animó al oir estas palabras, y sobre todo al observar el fuego con que las pronunciaba Venancio; y éste, perdiendo de todo punto los estribos, continuó:

—Yo no quiero más oro que el de vuestros cabellos, ni más brillantes que la luz de vuestros ojos, ni otras perlas que las que esconde el carmín de esos labios de fuego, ni otra felicidad ni otra ventura que la que pueden dar esas manos de marfil, que abren al corazón palacios encantados y jardines de eterna primavera.

Safo se pasó una mano por los ojos y tendió maquinalmente la otra á Venancio, que se apresuró á besarla, y como si volviera en sí de una pesadilla, dijo sin poder apartar la vista del joven extremeño:

—Seguramente que hay muy pocas personas que os aventajen en el conocimiento de los poetas románticos, y aun en los clásicos del siglo XVII; me habéis dejado encantada con ese trozo que acabáis de decir, y si quisierais repetírmelo para que le copiara.....

—Haré más que eso—dijo Venancio fascinado por la mirada de Safo; —os enseñaré á sentirlo.

—¿A mí?

—A vos, si no tenéis inconveniente en que sea vuestro maestro.

—Al contrario, yo quiero aprender de todo; pero mientras vos me dais algunas lecciones de las costumbres de antaño, yo os explicaré otras de las presentes, que con asombro veo que ignoráis. Si yo les contara á mis colaboradoras que hay un hombre de vuestra edad, que aunque joven ya deberíais conocer el mundo, que ignora lo que ha de hacerse para casarse y que cree que no importa que la mujer sea rica ó pobre, se reirían á carcajada. No me querrían creer. Sobre todo en la sección donde ahora precisamente se está publicando la novela clásica titulada *Contigo pan y cebolla.*

—Pues este título—exclamó Venancio con alegría—es una verdad práctica en mi país.

—¡En vuestro país! Pues qué, ¿no sois europeo?

—Y algo más; soy español.

—¿Y hay un punto en España donde pasa lo que decís? Vaya, tenéis gana de divertiros.

—No lo creáis, no me divierto; antes al contrario, me aflige bastante ver la sinceridad con que dudáis de lo que digo.

—Dudo porque sería una extravagancia pensar que eso es posible. Yo bien sé que hace algunos años ciertas provincias marchaban algo más atrasadas que otras; pero nunca tanto. Y sobre todo, desde que los telégrafos y los electroimanes y los globos han cruzado el mundo, ya no hay un rincón que no esté civilizado. De un extremo á otro de las naciones corre hoy la ilustración.

—Y como va con demasiada rapidez—dijo Venancio—no se para en los puntos intermedios, y éstos tienen la dicha de estar en algunas cosas como en el siglo pasado.

—¡Bah! ¡Eso no es posible!—dijo Safo.—Vuestras exageraciones me recuerdan un artículo que apareció días pasados en un periódico pretendiendo probar que el espíritu de asociación, las ideas centralizadoras y la rapidez de la locomoción establecían una diferencia de cultura de más de cien años entre unos pueblos y otros de una misma nación.

—Pues ese periodista es un sabio; y si queréis verlo por vos misma, idos á los puntos que os indicaré de España, no en globo ni por el alambre eléctrico, sino en elementos de menos velocidad, y allí veréis, entre otras cosas, que las mujeres se casan sin anunciarse en los periódicos y sin que intervenga en los matrimonios ningún corredor de número, como al parecer sucede en Madrid.

—¿Y quién garantiza esos contratos?—preguntó Safo.—¿Quién responde de que los contrayentes tienen la renta que dicen y el genio y las demás prendas de que se enamoraron mutuamente?

—Señorita, si no sois vos la que os estáis divirtiendo conmigo, si de veras creéis lo que estáis diciendo, callad por piedad, yo os lo suplico, y no me quitéis la ilusión con que he venido aquí ciegamente enamorado.

—Sea como queráis, ya callo; pero permitidme que os haga notar vuestras mismas contradicciones. Si confesáis que estáis enamorado de una ilusión, ¿cómo queréis que yo tenga confianza en vuestro amor? Desengañaos, amigo mío, y os doy con sinceridad este título: el mundo de las ilusiones no ha existido jamás sino en la mente de los poetas.

—Pues qué, ¿creéis que el amor no es la fuente de toda poesía?

—Una cosa es el amor y otra es el matrimonio. Yo amo al prójimo como á mí misma, y en este punto creo que no tendréis nada que enseñarme; pero si para unirse á un hombre no se consultara nada más que el amor, ¡bueno andaría el mundo!

Venancio estaba tan trastornado con lo que oía, que por más empujones que le daba el corazón para que entrase por todas, quiso oir un momento á su cabeza, deseoso de que le aconsejara en razón lo que debía hacer, cuando vió que Safo, bajando la vista y metiendo la voz debajo del facistol en que estaba reclinada, dijo:

– Ya voy, espérate un momento.

No comprendió Venancio lo que aquello significaba; pero sospechando que su presencia podría ser importuna, dijo:

—Con vuestro permiso me retiro, porque veo que alguien os espera.

—No tal, no tengo prisa; sino que cuando entrasteis aquí, estaba hablando con Felipe II para que me aclarase algunos puntos obscuros de su historia, á propósito de un discurso que debo pronunciar esta noche en la *Academia de la Historia*, y como ese señor tiene un genio tan vivo se cansa de esperar. Pero continuad. Decíais.....

¡Facilito era que el pobre Venancio articulase una sola palabra, después que supo que su amada estaba entretenida mano á mano con el poderoso monarca de la Inquisición!

Un amante de carne y hueso le habría inspirado celos; pero un espíritu le dió terror, y trató de huir de allí al momento.

Safo le detuvo, y estrechándole la mano, que fué lo mismo que estrecharle el sentido común, le dijo:

—Cuento con que nos veremos á menudo. ¿Queréis venir mañana conmigo á Laponia?

—Sí—dijo Venancio sin saber lo que se decía, pero diciendo lo que el amor le puso en la boca.

Y salió de allí sin acertar á explicarse nada de lo que le había ocurrido; y lo que es más grave aún, sin saber si había ganado ó había perdido terreno en sus proyectos amorosos.

Como abogado, salía aturdido; como enamorado, iba más ciego que nunca.





CUADRO XIII

EL GRAN HOTEL DE LA UNIDAD TRANSATLÁNTICA

Si á este establecimiento le pidieran su genealogía nobiliaria, se vería obligado á declarar que descendía de aquellas antiquísimas *pupileras*, viudas honradas que si tenían dos hijas solteras ya no ponían buena cara ni daban buena mesa al tercer pupilo que se presentaba en la casa, y saltando desde la pupilera á la patrona de huéspedes y de ésta al fondista, completaría el árbol de sus ascendientes. Pero desde la casa de pupilos hasta el Hotel Transatlántico hay un verdadero Océano de distancia.

Mientras todas las antiguas familias han venido á menos, la de los huéspedes ha ido á más.

He aquí, lector, lo que es, lo que ha sido y lo que será el mundo. Las casas de la nobleza, que antes lo eran todo, ya no son nada; las casas de pupilos, que antes no eran nada, lo están siendo todo.

La libertad, que no pudo sufrir que los frailes fuesen libres para vivir como quisieran en sus conventos, se tiene que aguantar al ver que los huéspedes viven como les da la gana en las fondas.

Ella, que prohibió las comunidades religiosas, se ve obligada á tolerar las comunidades culinarias.

Exclaustró los frailes y ha inclaustrado los forasteros.

Dió suelta á las familias pequeñas, para atarlas más tarde todas juntas en una gran familia nacional.

Por eso á la pupilera de dos hijas y dos pupilos ha sucedido el Gran Hotel de cuatro mil criados y dos mil huéspedes.

¡Qué extraño es, por lo tanto, que mientras aquella amorosa hostelera iba á la plaza por media libra de vaca, magrita y sin hueso, para hacer un estofado á los pupilos, el Gran Hotel tenga rebaños y ganadería propia, para matar por sí las reses que hagan falta al consumo de los seis mil estómagos que corren á su cargo!

No puedes figurarte, lector, la gracia que á nosotros los espíritus nos hacen estas mudanzas del mundo; y francamente te digo que si no fuera porque sospecho que has de tener algún apego á la vida corporal, desearía que cuanto antes dejases esa tierra de duelos y quebrantos, donde para cada cuesta abajo hay tres cuestas arriba, y vinieses á este espacio infinito, donde nadie nos tropieza ni nos incomoda, y vagamos tan á nuestro placer y á nuestro gusto, que gollería fuera pedir mayores comodidades.

Cierto es que andamos errantes sin hallar reposo en parte alguna; pero como no sentimos el cansancio, no echamos de menos ni las casas de pupilos ni los grandes hoteles.

Aquéllas las vimos sin envidia y éstos los vemos con lástima. Tú, lector, es posible que los veas con asombro y hasta que pongas en duda mi veracidad, creyéndome por lo menos exagerado, pero suceda lo que quiera, yo no puedo dejar de hablarte del Gran Hotel Transatlántico, so pena de dar al olvido la mitad de Madrid y la mitad de su población.

Si España está orgullosa desde que en su capital se ha establecido ese Gran Hotel, su orgullo es muy fundado. En todo el mundo no hay más que tres naciones que puedan hacer otro tanto. Gracias á ese hotel, España está considerada como potencia de primer orden, y esto es algo y aun algos. Es tanto, que Italia tiene celos y no flojos, porque ella, que aun cuando estaba fraccionada y dividida, marchó siempre á la cabeza de todos los pueblos del mundo en materias culinarias, no puede hoy hacer alarde de un hotel como el de la Unidad Transatlántica.

Figúrate, lector, lo que será esta gran fonda, que aun diciéndote que sus vastas dependencias ocupan una área de dos millones setecientos ochenta mil cuatrocientos ochenta pies y que hay dentro del edificio cuatro jardines, doce patios y una huerta, me parece, y es la verdad, que no te he dado idea de su verdadera grandeza.

Y si te añado que hay dos teatros, un circo, una plaza de toros y una gran rotonda de cristal para la exposición permanente de objetos de la industria, tampoco quedo satisfecho.

Todavía me parece que no he acertado á explicarte la grandiosidad de este edificio, que ha venido á arrinconar todas las antiguas maravillas

del mundo, incluso el monasterio del Escorial, que aún está en pie, y que al lado del Hotel Transatlántico parece un edificio grande sí, pero no extraordinario.

Para que puedas formarte una idea, aproximada al menos, de lo que es esta gran casa de huéspedes, me parece preferible extractar las principales páginas de la *Guía del forastero en el Gran Hotel de la Unidad Transatlántica,* libro curioso de ochenta páginas en octavo mayor, ilustrado con cincuenta láminas y diez y ocho planos, que se vende á los alrededores del hotel.

Pasaré de largo las noticias históricas acerca del origen y fundación de la casa, en las cuales se explican las razones de fraternidad internacional que movieron á los primeros capitalistas franceses á establecer esos grandes hoteles en varios puntos de Europa, y sólo diré que la *pupilera* de esa gran casa de huéspedes es una gran Compañía anónima, que representa un capital efectivo de dos mil millones de francos, que tiene accionistas en todos los pueblos del globo, que cotiza sus acciones en todas las grandes Bolsas del mundo, y por último, que tiene en todas las capitales de Europa, de Asia y de América y en algunos pueblos del centro de Africa representantes de la Compañía, que llevan el título de *encargados de negocios* ó el de *agentes industriales,* según la importancia de la población en que residen.

Estos empleados, que no tienen sueldo fijo, sino que llevan un interés en la empresa ó perciben un tanto por ciento sobre el valor de los negocios que por su conducto realiza la casa, forman un verdadero cuerpo diplomático, que escribe notas, que da banquetes, que entabla negociaciones, que alza empréstitos y celebra tratados de comercio.

Las obligaciones de estos altos funcionarios, que antiguamente se habrían llamado corresponsales de la Compañía, son de muy difícil desempeño, no tanto en la parte consular, que consiste en proveer al Gran Hotel de todos los vinos, quesos, carnes y demás productos indígenas del país cerca del cual están acreditados, sino en la diplomática, que exige mayores y más difíciles trabajos.

El representante del *Gran Hotel de la Unidad Transatlántica* debe mantener relaciones con todos los mayordomos y criadros mayores de las casas, inclusos los del jefe del Estado en que viven, para saber con la anticipación conveniente los viajes que se proyectan y la clase de las personas que tratan de visitar la capital de España. A fin de adquirir estas noticias recomienda la Compañía á sus *encargados de negocios* los banquetes, las recepciones y aun los regalos; y para trasladarlas á la junta directiva del hotel, las notas diplomáticas ó los despachos *urgentes.*

De manera, lector, que por esto que te digo comprenderás la diferen-

cia que hay entre este personaje, que vive casi en un palacio, con la bandera nacional sobre la puerta y el rótulo que dice: *Delegación del Gran Hotel de la Unidad Transatlántica, Madrid*, y el antiguo mozo de cuerda, que al cargar el baúl del viajero se atrevía á decirle, si se lo preguntaba, que la mejor casa de pupilos era la de la *Navarra* ó la *Vizcaína*. Pues tan lejos como han ido en este sistema de buscar parroquianos, han llegado en el de recibirlos y agasajarlos.

Si un príncipe extranjero ú otra persona que no lo sea y quiera pagar como tal, avisa con tiempo su llegada, se halla con que en el carruaje que sale á recibirlo, en las cortinas de su habitación, en los muebles, en la vajilla y en la librea de los criados están los colores y las armas de su casa. Si es chino, su servidumbre le habla el idioma del Celeste Imperio; si es árabe, también halla quien le entienda, y en suma, no echa nada de menos, porque, como dice la *Guía*, se hablan en el hotel ochenta y dos idiomas vivos y en la cocina se guisa de otras tantas maneras. Y claro está que si el *encargado de negocios* ha dicho en su nota reservada que el huésped tiene tal ó cual afición, por extravagante que sea, al momento la ve satisfecha.

Esto en cuanto á los huéspedes de alto bordo, que viven dentro de ese gran edificio con más independencia que pudieran hacerlo en sus propios palacios; los demás alojados, los que forman la verdadera mayoría del hotel y para quienes principalmente está hecha la *Guía*, éstos ya viven de otra manera.

Para ellos son las dos mil celdas de 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª ó 6.ª clase, según el número de piezas que pidan y el piso en que éstas se hallen; para ellos es el gran comedor de primera clase donde caben quinientas personas, ó el de segunda donde pueden estar otras quinientas, ó el de tercera que tiene plaza para mil. Con ellos se contaba al establecer los cincuenta y ocho salones públicos que además de los teatros y de la sala de conciertos hay en la fonda y de los cuales da una minuciosa relación la *Guía*.

Los principales son los siguientes, y es la *Guía* la que habla:

«*Salón de descanso intelectual*, en el cual se encuentran toda clase de aparatos gimnásticos de agilidad y de fuerza, para que los huéspedes puedan sudar la gota gorda, restableciendo el equilibrio entre el espíritu y la materia.

»*Salón de descanso corporal*. En esta dependencia, que es una de las que más justamente honran al establecimiento, sucede todo lo contrario que en la anterior. Mientras el cuerpo está tan muellemente arrullado que puede quedar materialmente dormido en cinco minutos, una porción de visiones terroríficas que se van representando en las paredes, gritos

inarticulados que se oyen por todas partes y otros varios sucesos que hablan á los sentidos excitan de tal modo el cerebro que no le permiten el menor descanso.

»*Salón de duelos y quebrantos.* No sólo para los huéspedes del hotel, que pueden de repente perder algún individuo de sus familias, sino para los demás vecinos de la ciudad que por falta de local se ven privados de llorar como es debido la pérdida de sus parientes ó cualquier otro suceso igualmente triste, como el resultado de una quiebra, etc., etc., la *Unidad Transatlántica* tiene un gran salón, que es sin disputa, no ya el mejor, sino el único de su clase en todos los hoteles del mundo ilustrado. Se alquila con servidumbre dolorida, garantizando que ésta no hará un solo ademán ni un gesto impropio de la situación, por semanas, días, horas ó como se pida. Tiene entrada directa desde la calle por un pequeño parque plantado de cipreses. Se colocan todos los adornos, alegorías y demás que se pida; aunque lo que está probado que hace el dolor más serio es la poca luz y el absoluto silencio. Esto último también se garantiza; si lo piden los interesados no se oye nada más que los sollozos que remedan los muelles de los divanes cada vez que las gentes del duelo se mueven sobre sus asientos.

»*Salón de bodas, festines y toda clase de enhorabuenas.* Esta dependencia no deja nada que desear bajo ningún concepto. El padre de familia que viviendo en una modesta medianía quiere, sin embargo, á su hija tanto como el banquero á la suya, puede el día de su boda reirse de las injustas desigualdades de la fortuna. Sacrificando una pequeña cantidad logra dar un baile ó una comida en salones de tanto lujo y tal magnificencia, que nadie, á no ser un príncipe, podría competir con él.

»Tanto para estas solemnidades como para las de los duelos, el establecimiento se encarga de imprimir las esquelas de convite y de anunciarlo, si se desea, en todos los trescientos noventa y ocho periódicos que se publican en Madrid.»

Además de estos salones generales, entre los cuales están los de baile, música, lectura y el de *transacciones*, que se alquila también al público, como campo neutral, para tratar en él negocios de Bolsa ó de familia, hay una infinidad de saloncitos que corresponden á los cuartos de alto precio.

Pero tanto en éstos como en los otros hay una independencia absoluta y una tranquilidad completa.

Mientras el huésped paga su cuarto ó el forastero usa el salón alquilado, ambos son dueños de hacer en ellos cuanto les acomode, en la seguridad de que nadie ha de interrumpirlos. Y no se diga que es por falta de puntualidad en el servicio, porque las calles del interior del hotel, esto es,

los claustros en que están las celdas, se hallan tan vigiladas como los barrios de la población, no sólo de día, sino de noche, por las rondas del establecimiento.

Dos veces al día se publica dentro del hotel un periódico que se titula *Eco matutino* ó *Eco vespertino de la Unidad Transatlántica*, en cuyo artículo de fondo se inserta la lista, comentada, de los platos y vinos que se han de servir en las mesas redondas al almuerzo ó á la comida; en los sueltos se anuncian las novedades gastronómicas ó *confortables* introducidas en el servicio; en el folletín se cuentan las anécdotas, chascarrillos y demás crónicas escandalosas de los huéspedes, previo el permiso de éstos, y en el boletín de espectáculos se anuncian los de la casa y los nombres de los recién llegados, si ellos lo desean.

Este periódico tiene dos mil suscriptores fijos, porque no sólo es obligatorio para todos los huéspedes, sino que cuando hay algún aposento desocupado corre la suscripción á cargo del primero que viene á ocuparle; el cual recibe al llegar todos los números atrasados, porque se reparten por medio de una ingeniosa rueda mecánica: ésta los deja en las habitaciones, sin meterse á averiguar si están llenas ó vacías. Por supuesto que la clase de papel en que va tirado cada ejemplar marca la categoría del huésped, y esto mismo se hace con las cuentas y demás documentos que pasa el establecimiento; preceptos de la etiqueta que no sólo es justo observar por consideración á los huéspedes, sino porque simplifican el servicio y facilitan la contabilidad: de cuyo artificio voy á decirte, lector, dos palabras, aunque para ello me salga del texto de la *Guía*, que es muy parco en este punto.

Voy á enseñarte el corazón de ese megaterio de las casas de huéspedes, leviatán de las pupileras y monstruo de la industria hospitalaria, para que viendo el aparato circulatorio de la sangre que anima sus arterias, comprendas el mecanismo de todos sus movimientos y admires la simplificación de su contabilidad.

En el centro del edificio hay una gran rotonda subterránea, donde se halla establecido el escritorio ú oficinas de la casa, servido por doce damas jóvenes y una señora de alguna más edad, que ocupa lo que en otros tiempos se habría llamado presidencia y ahora se conoce con el nombre de *condensación universal.*

Las doce grandes puertas anteriores del hotel y los doce distritos en que se halla dividido están en comunicación con cada una de las doce mesas ó escritorios, y las jóvenes no tienen otra cosa que hacer sino consignar en el libro que llevan al efecto todas las vicisitudes de su demarcación, bien sea en entrada ó salida de viajeros ó de bultos, peso de unos y de otros, consumo de los primeros en toda clase de cosas, como por ejemplo,

en comida, bebida, recreos, vanidades, etc.; abriendo á cada huésped y á cada bulto una cuenta corriente, y haciendo lo propio con los dependientes de la casa y con los objetos muebles é inmuebles que están á su cargo.

La mesa condensadora, la que por su situación parece mesa presidencial, no hace otra cosa que recibir y anotar en el gran libro que ha de presentarse al consejo de administración y al congreso general de los accionistas los datos definitivos de cada departamento.

Pero en este escritorio no se habla ni una sola palabra, sino que todo se transmite telegráficamente; de manera que, unidas las vibraciones de la comunicación de las mesas entre sí á la que producen los alambres que vienen del exterior, se siente allí una atmósfera nerviosa que difícilmente puede resistirse más de ocho horas seguidas. Por eso se relevan de vez en cuando las encargadas de la contabilidad y el servicio se hace sin interrupción de día y de noche; siendo de lamentar que aun á pesar de estas y otras precauciones que con una sabiduría y una caridad dignas de elogio ha tomado el consejo de administración, raro es el año que los padrones de la Estadística no registran doscientas cincuenta ó trescientas jóvenes atacadas del baile de San Vito en el subterráneo del hotel. Pero la exactitud y la precisión de la contabilidad son verdaderamente maravillosas y la moralidad de los dependientes del establecimiento inmejorable. En este último punto están previstos todos los fraudes que pueden imaginarse.

No sirve que el jefe de la cocina diga que ha consumido mil ó dos mil metros cúbicos de calórico, sino que, entre otras confrontaciones que pueden hacerse de la veracidad de su aserto, está el *pirómetro* que marca por minutos la temperatura que ha habido en cada fogón y en cada hornilla y que la participa al escritorio por la dilatación de un hilo metálico. De nada les valdría á los proveedores del establecimiento decir que traían tantos ó cuantos kilogramos de carne ó de verdura, porque todo el que entra y sale por cualquiera de las puertas del establecimiento acusa su peso en el acto de pisar el dintel, se sabe en el subterráneo con toda exactitud lo que pesaba el mozo al ir á la compra y lo que pesa cuando vuelve con ella; y la diferencia es..... Ya tú me entiendes, lector. Imposible la sisa.

De este registro de puertas que, como he dicho, se aplica á todo lo que entra y sale en el hotel, se han hecho algunas aplicaciones curiosas para la estadística; y en el *Anuario* del año último, porque el de éste aún no se ha repartido, se lee lo siguiente:

Peso medio de los huéspedes del Gran Hotel de la Unidad Transatlántica al llegar al establecimiento.

Idem al salir, permaneciendo por lo menos un mes con el buen régimen de alimentación de la casa.....

Esa intervención mecánica, ese espionaje mudo que garantiza á la Compañía la moralidad, la buena fe y la conciencia de todos sus dependientes, se aplica también á los huéspedes, sobre todo á los que piden servicio mecánico y podrían, sin esa intervención, abusar de los elementos que sin testigos de ninguna clase se ponen á su disposición.

Con este sistema, que permite decir á esta generación, no que las paredes oyen, como se decía en 1800, sino que las paredes hablan, y gracias á esa musculatura sensiblemente nerviosa que se oculta en las paredes y en los pisos del Gran Hotel, el escritorio del subterráneo es un cronómetro infalible que marca todo el movimiento de la casa, llevando al minuto, al maravedí y al pelo cuentas corrientes á la máquina, al viajero y á las mercancías.

Con este sistema no hay golosina posible. Nadie come una chuleta ni bebe una copa de vino sin que lo sepan al momento las inquisidoras doncellas de la *Unidad Transatlántica.*

¡Ay, bienaventuradas bodas de Camacho el rico!, me parece que oigo exclamar á alguno de los lectores, donde no contento el cocinero con darle á Sancho Panza por vía de espuma tres gallinas y dos gansos, aún le dijo que se guardara el caldero con que las hubo sacado.

Aquí no sólo es difícil espumar sin que lo sepa el dueño anónimo de la espuma, sino que ni siquiera las sobras de los refectorios se dan por amor de Dios, como se daba la bazofia á la puerta de los conventos.

Aquí todo se da con su cuenta y razón, porque la cuenta y razón es *la razón social* de estas gentes de MAÑANA, como irás viendo, lector, en el curso de esta obra.





CUADRO XIV

PERDIDO POR MIL, PERDIDO POR MIL Y QUINIENTAS

Créeme, lector, que si no hubiera tenido precisión absoluta de escribir este cuadro, te habría ahorrado la pena de leer el anterior.

Y como tú no estabas enterado de esto, Dios sabe lo que habrás pensado y los malos juicios que de mí habrás hecho, riéndote cuando menos al verme con la servilleta al hombro para enterarte al pormenor de los secretos de un hotel. Pero harto mejor es que te hayas burlado de mí por el cuadro anterior, que no que dejaras de entender el presente.

Á fe que si de buenas á primeras, y sin explicarte lo que es el *Gran Hotel de la Unidad Transatlántica*, te hubiera dicho que Venancio, después de llevar veinticinco días hospedado en el establecimiento, no había sabido encontrar su cuarto al regresar de casa de Safo, te habrías reído de él y de mí, creyéndonos tan torpe al uno por perderse como tonto al otro por disculpar su pérdida. Ahora ya serás más indulgente con él y conmigo, y hasta darás crédito á mis palabras, que Dios sabe si de otro modo te habrías burlado de ellas; lo cual sería una injusticia, porque yo no hago nada más que contar las cosas que pasan, y la pérdida de Venancio pasó del modo siguiente:

Como el amor, que al ir á casa de Safo no le cabía en el pecho, en vez de haber menguado había crecido, tuvo precisión de alojar en la cabeza la parte que se le salía del pecho, y entre las cosas que tuvo que arrojar del cerebro por las ventanas del olvido, se hallaba el número del cuarto

que ocupaba en el hotel; lo cual era mucho peor que perder la partida de bautismo y casi tan grave como hallarse en tierra extranjera sin conocer el idioma. En el Hotel de la Unidad Transatlántica no hay más nombres ni más apellidos para las personas que colores y números. En cuatro clases de los primeros y cuatro órdenes de los segundos se comprenden todos los bultos animados ó inanimados del establecimiento. Para el viajero hay una numeración desde el uno al dos mil, que en la ropa que lleva puesta, si lo desea, en los bultos de su equipaje, sobre la puerta de su aposento, en la cama y en todos los muebles de su uso se le graba con tinta amarilla, la cual se convierte en oro para los huéspedes de las dos primeras categorías. Los criados de ambos sexos llevan en su ropa y en una chapa al brazo un número encarnado; para las máquinas y utensilios de cocina, repostería, mueblaje de salones, teatros, etc., hay una numeración negra, y por último, los animales domésticos inviolables y los que diariamente dan su sangre para engruesar la de los huéspedes, tienen un número verde. Así en el subterráneo de que hemos hablado en el capítulo anterior no se oye jamás un nombre propio de cosa ni de persona, y si el pensamiento eléctrico no fuera tan silencioso como invisible, lo que allí se escucharía sería lo que aparece estampado en los libros:

Dos chuletas al 30 D. (dorado).—*Se ha roto una pata el* 5.500 N. (negro).—*Quedan degollados el* 81, *el* 24 *y el* 101 *al* 200 V. (verdes).—*Despedidos el* 329 *y el* 2.040 E. (encarnados).—*La cuenta al* 1.820 A. (amarillo). —*Guantes al* 13 A.—*Baja por enfermo el* 18 V.—*Muerto el* 63 A.—*Un bozal al* 38 V.—*Dos raciones de vista al* 897 A., etc., etc.

Este método de contabilidad, sumamente sencillo para la administración del hotel, tiene graves inconvenientes para los huéspedes que, como Venancio, consideran indecoroso el dejarse marcar la ropa con el número del cuarto y hasta llevar en el bolsillo ó colgada al cuello la medalla de plata, de bronce ó de plomo, según la categoría que les dan al entrar allí. Pero los que no tienen semejante escrúpulo, por muy desmemoriados que sean sacan su medalla y pronto se acuerdan del número que tienen.

No pudo hacerlo así Venancio, cuando al llegar al hotel pensó en que se le había olvidado el número de su aposento, y como entró en el establecimiento por una puerta distinta á la que constantemente le había servido de entrada y salida desde que vivía allí, empezó á dar vueltas y más vueltas por aquellas inmensas galerías sin acertar á hallar lo que buscaba. Y cuando rendido de andar se sentó en uno de los jardines para refrescar su memoria, se le acercó el cobrador de las sillas pidiendo que le pagara la que ocupaba.

—Soy de la casa—contestó Venancio.

—¿Cómo os *numeráis?*—dijo el cobrador sacando su lápiz y cartera.

—No me acuerdo—repuso Venancio.

—¿Que no os acordáis?—exclamó el cobrador sorprendido.—¿Y no tenéis ninguna prenda marcada?

—No tengo ninguna.

—Pues en ese caso no puedo abonaros el asiento en cuenta corriente. Pagadme ó seguid andando. ¿Pero ni siquiera os acordáis del número de vuestro criado ó del de vuestra máquina si os servís por la mecánica?

—No me acuerdo de nada—dijo Venancio con acento de mal humor.

—¿Pero bien sabréis cómo os llamáis?—replicó el cobrador.

—Ya se ve que lo sé. Me llamo Venancio Almendruco.

—¡Pues tenéis más que llegar á una de las puertas y preguntando en el registro por vos mismo os dirán el número que tenéis y la calle del hotel en que vivís!

Este consejo del cobrador de sillas avergonzó de tal manera á Venancio, que renegando del amor que á tal extremo le había embrutecido que no le permitía buscarse á sí mismo, se levantó de la silla, y sin detenerse á dar gracias á su arcángel Rafael, tomó el camino de una de las puertas que no le costó poco trabajo hallar, y allí averiguó que se llamaba ó se *numeraba*, como decía el cobrador, el 1.684 y que su cuarto estaba en la calle H, al piso 4.° del distrito 9. Tomó una cerilla eléctrica que la portera le cargó en cuenta, y como precisamente su cuarto estaba al extremo opuesto de la puerta en que había adquirido las noticias, tuvo que atravesar todo el establecimiento para llegar á su habitación. Indudablemente que el estado de su espíritu disculpaba el trastorno que acababa de sufrir, y no ya su corazón, sino su cabeza, era presa del amor que sentía hacia Safo. Amor que, á decir verdad, si había tenido razón de ser, no la tenía para seguir siendo después de todo lo ocurrido; pero que á semejanza de los incendios reconcentrados y ocultos, que cuando buscan el aire ya no hay agua que apague la combustión, ardía con todo vigor sin hallar una mano amiga que lo templara.

Venancio tenía algunos intervalos de juicio y echaba de menos en ellos el cariño de una pupilera que, impaciente por su tardanza, hubiese estado al balcón para verle venir y preguntarle qué tenía, que le parecía un poco ojeroso y arrebatado, y aun para decirle que tuviera resignación, que antes que todo era su tranquilidad; pero en vez de echarle de menos, se había hallado de más en la fonda, y el criado de su departamento ni siquiera le dió las buenas noches al verle entrar allí. Cuando no llamaba era señal de que no tenía necesidad de nada, y lo único que hizo fué dar luz al cuarto, tirando del botón de la chispa eléctrica al abrir la puerta.

El joven extremeño se tendió en una butaca para arrullar más cómodamente su amor, repasando en su imaginación todas los sucesos del día,

desde los cuarenta reales de la bofetada y la falsificación de su retrato y manera con que entendía los deberes de la maternidad la madre de Safo, hasta las relaciones platónicas y espiritistas de ésta con Felipe II; y en honor á la verdad tuvo momentos de excelente buen juicio, en que, discurriendo casi á solas con la cabeza, estuvo á punto de levantar el campo; pero los ojos de Safo le salían al encuentro por todas partes y la pasión ardía como una yesca. Una madre, un amigo, una patrona de huéspedes, si otra cosa mejor no podía ser, era lo único que podía sacarle de la angustiosa situación en que se encontraba, y así lo pensaba Venancio; lo cual era un indicio seguro de que su mal no era incurable, porque la desesperación no busca remedios, cuando abrieron la puerta de su cuarto y entró allí un hombre diciendo:

—¿Vamos?

—¿Adónde?—preguntó Venancio, reconociendo en el recién venido al fabricante de agua de Colonia.

—Al club. ¿Os habéis olvidado de que quedamos en ir juntos?

—Es verdad—repuso Venancio con distracción.

Y recordando que yendo á esa sociedad podría iniciarse en los misterios de la ciencia de que parecía profesora Safo, añadió:

—Cuando gustéis.

—Aquí os traigo la patente—repuso el fabricante.

Y le entregó una tarjeta en la que se leía lo siguiente:

Intuición.—Audición.—Visión.—Club de los espiritistas medianímicos.—Patente de espíritus forasteros, á favor del número 1.684 *del Gran Hotel de la Unidad Transatlántica, presentado por el socio* 930, *médium* 45 *de tercera fuerza.*

—Mucho me hubiera alegrado—dijo Venancio pasando la vista por la tarjeta—de haber tenido esta patente un momento antes.

—¿Por qué?—le preguntó el fabricante.

—Porque he estado á punto de dormir en la calle.

—¿Pues cómo?

—Por una cosa muy sencilla; porque se me había olvidado el número de mi cuarto, y estaba tan aturdido que á no ser por un dependiente del hotel que me lo ha aconsejado, no me hubiese ocurrido preguntar en el registro de las puertas de entrada. Y vos ¿cómo os habéis arreglado para saber mi número? ¡Me parece que no os lo dije!

El fabricante se sonrió con cierto aire de orgullo y dijo:

—A ningún espiritista le preguntéis cómo sabe las cosas.

—Pues qué, ¿me haréis creer que lo habéis adivinado?

—Yo no os haré creer nada—repuso el fabricante;—pero me extraña mucho que siendo medianímico dudéis de la doble vista.

Tuvo Venancio impulsos de confesar con franqueza al fabricante la absoluta ignorancia en que estaba de toda la jerga medianímica; pero pensó en su amor, y temiendo que no le iniciaran en los secretos de una ciencia que podría darle las llaves del corazón de Safo, se limitó á decir:

—Yo no dudo de la doble vista; pero como soy espiritista de lugar y en el mío están tan atrasados en esta materia, ignoro muchas cosas que confío y deseo aprender á vuestro lado.

—Con mucho gusto, y puedo aseguraros que seréis muy bien recibido en el club, porque una de nuestras primeras obligaciones es la de difundir esta gran doctrina, para que una vez espiritualizada la humanidad se acaben los funestos errores del grosero materialismo.

—¿Y creéis que el espiritismo disipará esos errores, haciendo que el corazón recobre el imperio que le ha usurpado la cabeza?

—¿Qué decís?—preguntó con asombro el fabricante.—¿De qué corazón habláis? ¿De esa entraña que tenemos en el pecho destinada únicamente al ejercicio material de circular la sangre? El espiritismo no tiene nada que hacer con el cuerpo; el espiritismo vive en la cabeza.

Venancio sintió que se le iba la suya, y haciendo un nuevo esfuerzo, superior á todos los que había hecho hasta entonces, dijo:

—Pues señor, veo que estoy muy atrasado y espero seáis indulgente conmigo, pues os repito que lo que he aprendido en el lugar no vale nada.

—¿Pues no me dijisteis que había sesiones espiritistas?

—Sí que las hay, pero muy mal hechas.

—¿No hay allí ningún *médium* intuitivo?

—Allí no hay nada de eso.

—Serán parlantes; eso vale poco.

—¡Si os digo que estamos muy atrasados!

—Pues señor, parece imposible—replicó el fabricante;—pero me alegro oiros y es preciso que deis cuenta en el club de todo lo que allí pasa, para que el círculo encargado de la propaganda en provincias vea de poner remedio. Siempre he tenido yo sospechas de que este punto estaba muy abandonado.

—Yo quisiera—dijo Venancio asustado con la idea de tener que hablar en el club de lo que no entendía nada—que si no tenéis inconveniente en ello, me dispenséis por esta noche el dar explicaciones de lo que pasa en mi pueblo.

—Como gustéis; pero eso me prueba que estáis más atrasado de lo que decís. Apostaría á que aún andáis con los veladores parlantes á vueltas.

—Casi, casi—dijo Venancio sonriendo.

—¡Qué atraso, Dios mío, qué atraso!—exclamó el fabricante.—Pues temo mucho que apenas entenderéis nada de lo que vais á ver esta noche.

—Es muy posible.

—¡Si lo estoy diciendo y no quieren creerme! El otro día vino un joven de una de las ciudades de Galicia, ¿y de qué creéis que nos habló como si fuera una gran novedad? Del magnetismo animal; pero no del magnetismo sonámbulo, sino simplemente del magnetismo; esto es, de la acumulación del fluido á fuerza de friegas groseras para hacer dormir á una persona.

—Pues haced cuenta—dijo Venancio—que poco más ó menos está en mi lugar.

—¡Qué atrocidad!—exclamó el fabricante.—Vaya, vaya, es preciso ilustraros sin perder tiempo. Vamos al club.

Y cuando Venancio se disponía á salir de su cuarto, entró en él una carta que lanzada como una flecha vino á caer sobre una bandeja que había en la mesa de escribir.

El joven extremeño la recogió, y reparando en la letra del sobre, dijo:

—Es de mi madre; si me permitís un momento.....

—Con mucho gusto—repuso el fabricante.

Y sacando del bolsillo un librito que se titulaba *Conferencias nocturnas del cementerio israelita de Nueva York*, se puso á leer la *sesión* 99, que trataba *de los intereses acumulados al interés fijo y compuesto de los capitales empleados en la contrata de suministros á los ejércitos católicos de Europa; revelaciones directas de un banquero*, mientras Venancio leía en voz baja lo siguiente:

«Hijo de mi corazón: si los trabajos que traes entre manos para alcanzar la diputación te han de quitar el tiempo para escribirme, renuncia á todo y vuélvete á mi lado. Dios que me da fuerzas para resistir el dolor de tu ausencia, no me permite soportar la falta de tus cartas. Creo que estás bueno, porque me lo dice el telégrafo, pero no veo tu letra y esto me desespera. La última vez que me escribiste, hoy hace ocho días, lo hiciste tan á la ligera, que no me decías nada de lo que tanto me importa saber. ¿Será que los encantos y los atractivos de esa ciudad que tan minuciosamente me explicabas en tus primeras cartas te hagan olvidar el humilde hogar de la familia y el amoroso cariño de tu madre?

»No quiero pensarlo así, por más que este señor beneficiado que conoció en sus mocedades la corte se sonreía de una manera que me hace estremecer.

»No olvides, hijo de mi alma, los consejos que te dí al separarte de mí y los que basados en una dolorosa experiencia te dió nuestro buen amigo el anciano general Talavera. Las mujeres te fingirán grandes pasiones, te dirán que te aman con todo su corazón y estarán calculando con la cabeza si les conviene engañarte. Los hombres te buscarán con mil engaños para ser tus amigos y te meterán en su corazón con el firme

propósito de perderte. Esto no es decir, hijo mío, que no haya algunas mujeres buenas y algunos amigos leales, pero es muy difícil hallar las unas y saber distinguir los otros. Trata con todos y no intimes con nadie. No frecuentes los cafés ni los casinos, que como lugares de ociosidad son semilleros de vicios, y sobre todo huye de las sociedades secretas y de los clubs, donde, según aquí se dice, se reunen los hombres que tienen pacto con el diablo. En fin, hijo mío, no olvides la educación cristiana que has recibido; vive en el santo temor de Dios, y piensa siempre en tu madre, que te ama con todo su corazón y toda su alma.—RUPERTA»

«¡Pobre madre mía!—dijo para sí Venancio, arrasados en lágrimas los ojos.—¡Siempre tan cariñosa y tan buena! Pero no sabe la infeliz cuánto daría yo porque las mujeres de ahora fueran tan malas como las que conoció el general en sus alojamientos. Le asusta que yo viva entre unas gentes que tienen el corazón viciado. ¡Qué diría si supiera que no tienen corazón, ni se acuerdan dónde lo tenían sus padres! Es posible que si esta carta se perdiera, la insertara el *Boletín de antigüedades* como un documento curioso de sabe Dios qué siglo.»

Con esto quedó pensativo el joven extremeño hasta que el fabricante le dijo:

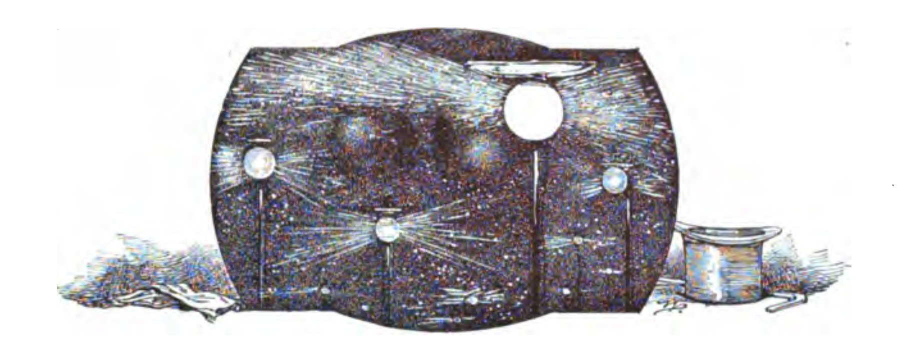
—Si habéis acabado, estoy á vuestra disposición.

—Vamos—contestó Venancio.

Y aunque en el acto de salir recordó los consejos de su madre, pareciéndole que era un aviso providencial la prohibición que le hacía de asistir á los clubs, no tuvo valor para excusarse con el fabricante, y por otra parte creía que la verdadera manera de huir los peligros era conocerlos á fondo. También el amor le impulsaba á correr al club, donde iba á aprender alguna cosa que pudiera servirle para ganar el afecto de Safo, y ya que por ella se había perdido en los claustros del hotel, por ella se perdería gustoso en los callejones y encrucijadas del espiritismo.

Perdido por mil, perdido por mil y quinientas.





CUADRO XV

EL CLUB DE LOS ESPIRITISTAS MEDIANÍMICOS

Ahora sí que te digo, lector, que tanto me da que fijes tu atención en este cuadro, como que le veas de prisa y corriendo ó le pases en blanco; porque si no tienes fe en lo que voy á decirte y vienes cargado de incredulidad á discutir lo que aquí pasa, es tiempo perdido.

Para que este cuadro aproveche, es preciso creerlo todo sin preguntar el porqué de nada.

Por muy ilustrado que seas, y quiero creer que lo eres muchísimo, espero que no tendrás la pretensión de quererlo ser más que el fabricante de agua de Colonia y sus mil quinientos sesenta consocios espiritistas, los cuales creen á ojos cerrados en todo lo que aquí pasa.

Y no son ellos los únicos creyentes, sino que la inmensa mayoría de los habitantes de Madrid creen del mismo modo en todos los milagros y prodigios del espiritismo. Si no fuera así no podrían sostenerse *La Gaceta de los espíritus*, *El Boletín espiritista*, *Los anales del espiritismo* y los demás periódicos que se publican en Madrid, en número de doce diarios, dando cuatro de ellos tres ediciones al día y seis semanales. ¡Ni quién había de costear las veintitrés ediciones que en cinco semanas se han agotado del *Gran Diccionario de las revelaciones espiritistas*, que forma dos volúmenes en folio de 1.500 páginas cada uno, si no hubiera casi tantos creyentes como vecinos!

¿Te acuerdas, lector, de lo que decía el fabricante de agua de Colonia

al enseñar á Venancio la rotonda aromatizadora de su fábrica? Pues tan necesario como era al rico industrial pasar su cuerpo á través del perfume del agua de Colonia para no ir á su casa impregnado del carbón de piedra que respiraba todo el día en su fábrica, le es atravesar su alma por la atmósfera espiritista para descargarla un tanto del materialismo de los negocios.

Y no creas que porque yo soy un espíritu te hablo de este modo, sino que todas las gentes de esta época te hablarán lo mismo, y acaso con más entusiasmo que yo, como verás en el cuadro presente.

El edificio en que está situado el club es un verdadero palacio, fabricado, no por los espíritus impalpables, que no se ocupan de cosas tan materiales y groseras, sino por gente de carne y hueso, pagadas á buen precio por los grandes creyentes de la doctrina espiritista. Tampoco el lujo y la riqueza y la comodidad que se advierte en todas las partes interiores y exteriores de ese alcázar, ni menos la mesa redonda y la gran cocina y la no menos grande bodega que la sirven con profuso sibaritismo, han sido obra de los espíritus, que, exentos de vanidad y de necesidades, ni lucimos ni nos sentamos ni comemos, sino que todo ha sido dispuesto por los hombres, que para acordarse de nosotros y para creer en nuestra existencia han necesitado estar bien comidos, bien bebidos y bien descansados.

Nosotros, que entramos y salimos á través de un muro de piedra sillería, no necesitamos puertas de palo santo ni criados con librea que nos alcen el tapiz de brocado; como no sentamos el pie en el suelo nos sobran las alfombras mullidas; y para tendernos en la atmósfera, formando con ella un todo homogéneo, tampoco necesitamos divanes *confortables* ni almohadones de viento.

Todas esas riquezas y esas comodidades quedan al uso del que las ha de menester, y por eso las tienen para sí el fabricante del agua de Colonia y sus consocios de club, que son también industriales y gentes de negocios, que maltratan de día su cuerpo y el de sus dependientes, para dar mal de comer á éstos á todas horas y regalarse ellos de noche con placeres sibaritas en palacios dignos del tiempo de Sardanápalo.

Para llegar á este templo babilónico subieron Venancio y el fabricante en un pequeño carruaje, propiedad de este último, que flotaba en el espacio sobre la puerta del hotel; el cual carruaje consistía en una especie de balancín con dos grandes globos en los extremos; es decir, una de esas agujas que llevan hoy en el peinado las señoras, pero de un tamaño proporcionado al peso que habían de llevar por los aires.

Venancio se estremeció, y aun me parece, no quisiera engañarme, que á espaldas del fabricante se santiguó, cuando un criado del hotel le en-

tregó una maroma de seda, por la cual se encaramó hasta subir al coche y quedar sentado á horcajadas en el balancín. Hizo lo propio el fabricante por otra maroma, y en el momento que el peso de ambos gravitó sobre el palo, empezaron á girar con una rapidez tan fabulosa los dos globos, que vista de lejos aquella rotación, el vehículo semejaba el juego delantero de un carro, girando con la velocidad de las aspas de un molino en día de gran viento.

Á pesar de ser de noche no llevaban farol, porque á la verdad, y sea esto dicho en honor de estas gentes de MAÑANA, era excusado. Es tal la luz que cuatro focos eléctricos arrojan á través de otros tantos discos de cristal desde unas altísimas agujas de hierro, que la población se inunda de luz hasta el punto de haber hecho inútiles los faroles de las calles y los reverberos de las tiendas. Ciertamente que no es la luz del día, pero le falta tan poco para serlo, que son disculpables los que pretenden probar que aún le lleva ventajas.

Cuando Venancio se sintió pasar cerca de uno de esos focos de luz se creyó deslumbrado, y Dios sabe si cual otro Ícaro habría caído al suelo sin la precaución del fabricante, que como hombre experimentado le aconsejó que *echara la clavija* desde que empezaron á volar. Y con efecto, con la clavija, que consiste en un tornillo que sujeta el muslo al balancín, no había peligro de dar la voltereta.

Sin percance alguno é inundados de luz que, como decía el fabricante, era un excelente augurio para la tensión espiritista, llegaron al club, y arrojando las maromas ó cables para que los recogieran los porteros del establecimiento, descendieron al punto.

El uso de las *alas del amor* había servido mucho á Venancio para poder resistir este viaje aéreo, yéndose casi á la luna á hacer de vigilante nocturno; pero no tuvo aliento para contestar á nada de lo que le decía el fabricante, y cada vez que sentía á su lado el viento frío que producía otro carruaje que pasaba volando, se santiguaba con un temor tan atrasado como el que sienten los que al oir el trueno se acuerdan de que ya ha caído el rayo.

Pero todo es disculpable, porque un viaje por los aires y sobre todo hecho tan á la ligera debe de ser un susto continuo para los seres que, sujetos á las flaquezas de la carne, viven de emociones y sobresaltos. Nosotros, por el contrario, vivimos en el aire mejor que el pez en el agua, porque el aire no sólo es nuestro elemento, sino que es una parte de nosotros mismos.

Luminosa teoría espiritista; nuevo y único artículo de fe de esas gentes de MAÑANA, que pienso explicarte en algún otro cuadro. Ahora te enseñaré el club, ó mejor aún, lo que en él está pasando.

Lo primero que pasa es el tiempo; que es también lo primero, lo único muchas veces, que pasa en las asambleas.

Estoy en esto, acaso nada más que en esto, conforme con el autor de las dos primeras partes de esta obra.

Pasa el tiempo y no vuelve; lo que vuelve es el hombre.

. . . .

Pero pasemos de largo por esos pasatiempos que me volverían á hacer pasar por la gran teoría espiritista, y quiero por ahora pasarla en blanco. Voy á decirte lo que hacen los socios del club.

Sobre la entrada del gran salón se ve un magnífico frontón de pórfido, sostenido por cuatro esqueletos de mármol blanco, y en él, grabado con caracteres dorados, se lee lo siguiente:

A LAS SOMBRAS ILUSTRES DE SUS ANTEPASADOS

LOS SOCIOS DEL CLUB ESPIRITISTA

Gratitud y fraternidad

Á ambos lados de la portada, dos estatuas con traje de sacerdotisas druidas tienen escrito en el paño delantero de sus largas vestas las siguientes seguidillas:

LA DE LA DERECHA

Son las nubes del cielo
los pedestales
de las almas que vienen
á visitarte.
Cuando te mojan
es que los pedestales
se desmoronan.

LA DE LA IZQUIERDA

El rugir de las olas
es el quejido
de las almas que gimen
en el olvido.
Si el ruido cesa,
es que las pobres almas
duermen la siesta.

Estos versos son una traducción parafrástica, así al menos se lo dijo á Venancio su acompañante, de dos grandes pensamientos, comunicados en 1861 por la escritura medianímica en el salón del Monte Tabor en

París, sirviendo de *médium* la señorita Huet, hecha por un fabricante de aleluyas, nieto de un famoso poeta de cajas de fósforos, socio del club.

Venancio tembló de pies á cabeza al ver aquella portada, y tembló más aún al atravesar el dintel y asomar su vista al gran salón.

Acordóse de repente de su madre, de su familia y muy principalmente de su tío el canónigo y de lo que éste le había dicho contra los clubs y los francmasones, y dió dos pasos atrás y aun volvió medio cuerpo para dar por entero la vuelta al hotel y de allí á su lugar. Pero el fabricante cogiéndole del brazo le detuvo y le dijo:

—¿Qué hacéis? Entrad; no os dé vergüenza.

Á Venancio no le daba vergüenza; le daba miedo. No era el rubor lo que asomaba á sus mejillas, sino que su frente sudaba sangre y sentía frío glacial en todo su cuerpo.

Pero era tarde para retroceder. El fabricante le empujó suavemente hacia adelante, y un solo paso bastó para que se hallara dentro de aquel abismo adonde tanto temía poner su planta después de haber puesto á medias su vista.

Encomendóse con toda su alma á Dios, pensó en su madre, rezó entre dientes algunas oraciones, y ya se sintió con fuerzas para desafiar los peligros que él creía que le aguardaban allí.

Justificada estaba su admiración, y no se le podía acusar de cobarde por haberse querido retirar de allí, porque no ya ignorando, como él ignoraba, lo que eran los clubs y los salones espiritistas, pero aun conociendo á fondo unos y otros cualquiera se hubiese asustado más que él al asomarse por primera vez allí.

Figúrate, lector, que el gran salón de que te hablo es esférico, completamente esférico, y de grandes dimensiones, y que entrar allí hace el mismo efecto que ver una ardilla dentro de esas jaulas redondas en las cuales el pobre animal no puede dar un paso sin que su casa dé una vuelta.

Tal creyó Venancio que le iba á suceder cuando asomó su vista á aquel *mundo por dentro*, y le pareció ver que las gentes que allí estaban daban vueltas, andando tan pronto de pies como de cabeza; pero no tardó en convencerse de que había sido víctima de una ilusión óptica. Hallábase, en verdad, dentro de un gran globo de luz vivísima, en el cual bullían las personas y las ideas, sin que se pudiera adivinar al primer golpe de vista dónde se apoyaban las unas y de dónde nacían las otras; pero todo era una ilusión.

Aquel espacio inmenso, al cual he dado el nombre de salón por llamarle de algún modo, era ni más ni menos que el vacío: sin pavimento, sin techo y sin paredes; los muebles en el aire, las gentes lo mismo y los

pensamientos bullendo de un lado para otro y brillando en medio de aquella masa de luz de un modo tal que á Venancio debió parecerle un sueño fantástico de Hoffman.

Desde que estaba en Madrid no había podido alcanzar billetes para la gran sala acústica de los conciertos vocales, y por eso le era más difícil comprender lo que era aquel nuevo mundo que tenía delante de sus ojos.

Permíteme, lector, materializar un poco este aparato poético con que los socios del club han querido dar forma tangible al mundo de los espíritus, y si aún no logro que me entiendas, pon de tu parte lo que puedas para entenderme, que no te pesará hacerlo así.

Es esta gran sala una inmensa bóveda de fábrica, revestida de espejos, en cuyo pavimento de acero bruñido se refleja tan vivamente la parte superior, que no parece sino una bola completa, en la cual no sabe el mortal que por primera vez la habita si anda por el aire ó si cuando va á echar un pie hunde su planta en un abismo infinito.

Multitud de máximas espiritistas, de relevaciones sonámbulas y de consejos de ultratumba están grabados en los espejos y reflejados de unos en otros aparecen á la vista cien veces repetidos y trastornados, tan pronto patas arriba como patas abajo. Del mismo modo se ven las gentes que allí dentro se hallan, y pronto empieza á dar vueltas el entendimiento trastornándose los sentidos.

El del pobre Venancio resistió mucho tiempo, gracias á que el joven extremeño cerraba de vez en cuando los ojos para ahuyentar el vértigo que aquella visión le producía, y después que hubo reflexionado un rato y acercándose con timidez á reconocer las paredes de aquel extraño aposento, que cada vez con más razón le parecía una caverna encantada, quiso darse cuenta de cómo y por dónde entraba aquella luz sin sombras que lo inundaba todo como si estuviera dentro de una llama de fuego, y no pudo.

Hizo ademán de querer hablar al fabricante, y éste le puso la mano en la boca para que tal cosa no hiciera, y acercándose al oído le dijo muy en voz baja:

—Aquí no se habla. Evocad el espíritu que gustéis y entreteneos con él. Yo estoy hablando con Ferreti, uno de los primeros destiladores alcohólicos del siglo XVI. No me interrumpáis.

—Quisiera salir de aquí—dijo Venancio,—porque se me va la cabeza.

—No hagáis caso; eso sucede á todos el primer día que vienen aquí; pero echad el tornillo al trípode, no sea que os caigáis y hagáis ruido; y callad, que pronto iremos á un *gabinete de expansión.*

Venancio advirtió lo que no había visto hasta en entonces, y era que estaba sentado en un banquillo de tres pies, sin respaldo, en el cual había

un tornillo de seguridad que cuidó de apretar fiando poco en su cabeza que ya se le iba marchando, hasta el punto de no permitirle leer por completo ninguna de las inscripciones que por todas partes le salían al encuentro.

Tentado estuvo, pero pensó en su madre y en su tío el canónigo y esto le quitó al punto la tentación; tentado estuvo, digo, por evocar algún espíritu aunque ignoraba la manera de hacerlo, y así sudando, con el cabello erizado, el corazón comprimido y la cabeza enteramente á pájaros, aguardó á que el fabricante se levantara de su trípode y le dijera muy en voz baja:

—¿Tenéis algún diálogo pendiente?

—No, señor—se apresuró á decir Venancio.

—Pues venid—repuso el fabricante.

Y cogiéndole del brazo, cruzó con él la inmensa bóveda, en la que había más de cien socios extáticos, sentados sobre otros tantos trípodes, sacándole por fin de allí, que fué poco menos que volverle á la vida.

Tal había estado mientras estuvo dentro, que ni siquiera había pensado una sola vez en Safo, que era su único pensamiento y acaso el motivo principal de haber ido allí.

Cuando se vió fuera de la rotonda respiró con libertad, y como todo el que se ha salvado de un gran peligro, quiso volver la cabeza para contemplar el lugar de la catástrofe, y nuevo Lot de la curiosidad no quedó convertido en estatua de sal, pero leyó lo siguiente, que debió dejarle hecho carámbano de hielo, grabado sobre la puerta de salida:

Sombras ilustres, que os dignáis venir á esta humilde morada, haced que la nueva filosofía espiritista llevada por los vientos del cielo á traves de los huracanes del mundo, no pase inadvertida para los que dudan y anhelan é inquieren y viven sin fe, sin esperanza y sin amor, porque no se atreven á profundizar los misterios del sepulcro.

—¿Qué os ha parecido el *antro central?*—preguntó el fabricante á Venancio, cuando éste acabó de leer la inscripción.

—Bien, muy bien—respondió el joven, á pesar de haberle parecido todo muy mal.

—Ese es el lugar especialmente consagrado á la evocación, y por eso está construído de manera que representa el mundo de los espíritus con la aproximación material que es posible en estas cosas invisibles; pero las evocaciones se pueden hacer en todas partes. Aquí hay muchos socios que no van nunca al antro, porque dicen que les distrae la mucha luz y hasta se les figura que oyen el eco de aquellos pensamientos tan repetidos. Pero es una aprensión.

—Pues yo estaba mareado.

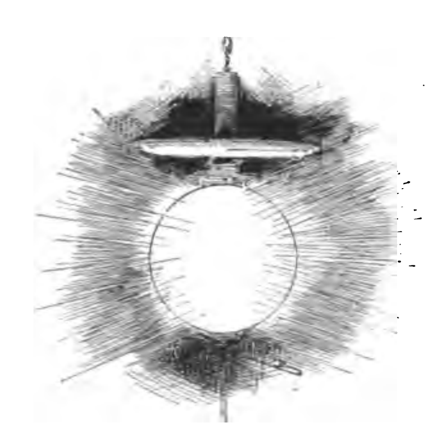
—Es natural, siendo la primera vez que veis estas cosas. Pero ahora vamos á un gabinete donde estaremos con mucha comodidad y podréis charlar cuanto gustéis y aun evocar algún espíritu.

—Muchas gracias—se apresuró á decir Venancio,—lo dejaremos para otro día. Hoy prefiero, ya que sois tan amable, haceros algunas preguntas.

—Os contestaré á todas lo mejor que pueda. Serán las dudas de todos. Estoy muy acostumbrado á desvanecerlas, y es mi fuerte la predicación. ¡Ya se ve, como soy fabricante de agua de Colonia, y por más que se diga, hallo tanta analogía entre la teoría de los espíritus y la destilación y el refinamiento de los espíritus alcohólicos, por eso me gusta predicar y convertir!

Y esto diciendo, entraron ambos en un pequeño gabinete sobre cuya puerta se leía el siguiente rótulo:

LUGAR DE RETIRO Y DE EXPANSIÓN.





CUADRO XVI

UN DIÁLOGO LLENO DE VERDADES QUE PARECEN UNA SARTA DE MENTIRAS

—*Rien n' est brutalement concluant comme un fait*, digo yo con Broussais, cuando alguien tiene dudas acerca de la verdad del espiritismo—dijo el fabricante de agua de Colonia, al entrar con Venancio en el gabinete *expansivo*.

Y dando á su compañero una palmadita en el hombro, añadió con aire risueño:

—Sí, amigo mío, Broussais tenía razón: obras son amores y no buenas razones; permítaseme esta traducción un tanto libre de las notables palabras de aquel grande hombre. El espiritismo no necesita que vengan á defender su causa los grandes oradores del Parlamento. Los incrédulos que quieran ver para creer, que abran los ojos y miren; la verdad de nuestra doctrina se patentiza con hechos más que con palabras. Conque así, amigo, ya podéis preguntarme cuanto gustéis, que á fe que no pienso economizar las respuestas ni evadirlas con sutilezas ni argucias, sino que para cada duda os presentaré una demostración matemática. Aquí todo se reduce á que tres y dos no pueden ser seis, sino que forzosamente han de ser cinco.

Venancio, que mientras oyó en su pueblo y más aún en Sevilla hablar de la aparición de los espíritus y de sus revelaciones había creído que todo ello no era otra cosa que una resurrección que los supersticiosos hacían

de los antiguos duendes, dándoles nueva y más brillante forma, como hace la moda con todas las ideas y trapos viejos que pone de nuevo en circulación, estaba aturdido con lo que acababa de ver y le sorprendía no poco el aplomo y la seguridad con que hablaba el fabricante. Pero ni aquel gran edificio, construído al parecer sin otro objeto que el de consagrarle al culto de la nueva doctrina espiritista, lo cual suponía el concurso de un gran número de creyentes, ni la demostración matemática que el fabricante prometía hacerle de la verdad de los hechos espiritistas, nada hizo vacilar su fe, que la tenía ciega en creer que si el magnetismo, el sonambulismo, el mesmerismo y el espiritismo no eran otra cosa que *satanismo*, como había dicho el reverendo padre Ventura de Raulica en su célebre carta al autor de *La Magia en el siglo XIX*, eran también *puro charlanatismo*. Así fué que, firme en sus creencias y persuadido de que no sólo no arriesgaba perderlas, sino que acaso podría desengañar al fabricante, le dijo después de haber tomado asiento á su lado en un *cofortable* diván:

—Ante todo, permitidme que os dé gracias por el favor que me habéis hecho presentándome en este club y enseñándome un mundo de que francamente no tenía la menor idea.

—¿Pues no me dijisteis—interrumpió el fabricante—que en vuestro pueblo había sesiones de espiritismo?

—Sí que os lo dije, y es la verdad, no que las hay, sino que las hubo unas cuantas noches en el teatro.

—¡En el teatro!—exclamó con cierto aire de indignación el fabricante. —He ahí lo que nos pierde y lo que aleja de nuestra doctrina á muchas gentes. El charlatanismo y la especulación. Afortunadamente eso cesará en cuanto se lleve á cabo la medida adoptada en la última sesión del *Congreso internacional de espiritismo.*

Venancio, que no tenía la menor noticia de semejante congreso, miró asombrado al fabricante y le preguntó en qué parte del mundo celebraba sus sesiones ese gran conclave de espíritus.

—En todas partes—contestó el fabricante.—¿Para qué nos habíamos de molestar en hacer un viaje, ni cómo era posible que hubiera un salón donde cupieran todos los espiritistas del mundo? ¡Sabéis que el último *Anuario Estadístico* da sólo en España seis millones cuatrocientos mil y pico de espiritistas! Medianímicos, se entiende, que de los sonámbulos, videntes y más ó menos iniciados en la doctrina pasan de diez millones.

—¿Y todos asisten á las sesiones?—preguntó Venancio.

—Todos—respondió el fabricante.

—¡Qué buena ocasión para hacer una leva!—dijo Venancio entre dientes.

Y alzando la voz añadió:

—¿Pero cómo se celebra ese congreso?

—De una manera muy sencilla. Cada uno de los miembros que toman parte en las deliberaciones se está quieto en su casa, con cierto recogimiento, á la hora de antemano convenida para empezar la sesión, y todos se comunican y hablan entre sí por medio de la inteligencia, como las demás gentes lo hacen por el telégrafo.

Habíase propuesto Venancio no volver á asombrarse de nada de lo que oyera, y continuando la conversación comenzada, dijo con toda naturalidad:

—¿Y se oyen bien unos á otros á tan largas distancias los miembros del congreso?

—Con la intervención de los espíritus, perfectamente—respondió con tranquilidad el fabricante,—porque ellos son los que llevan y traen las palabras y los acuerdos de los unos á los otros.

—¿Y cuando se trata de alguna votación?

—No hay nada más sencillo. El espíritu que evocan los secretarios sabe cómo piensan todos los miembros y cada uno de por sí, y se hace la votación de más de veinte millones de personas en menos de quince minutos. Pero yo no sé por qué os extrañáis de este sistema, que es poco más ó menos el mismo que se usa en los congresos internacionales que no son espiritistas y en las academias científicas y en las asambleas industriales.

—¿Qué estáis diciendo?—exclamó Venancio.—¡Eso sí que no lo sabía! ¿Conque también se queda cada uno en su casa cuando se dice que se reune un congreso de soberanos ó de sabios ó de economistas?

—Pues claro es que sí.

—¿Y cómo se entienden? ¿Cómo se hablan?

—Por medio del telégrafo.

—¿Y si ocurre que todos hablan á un tiempo?

—Primeramente por este sistema no importaría nada que tal cosa sucediese, porque no se turbaría el orden, como acontece en las asambleas de viva voz, y como los discursos resultan escritos, á todos se les entenderían aun cuando todos telegrafiasen á la vez. Pero no ocurre semejante cosa, porque el presidente impone silencio por medio de la campanilla eléctrica, que suena á la vez en todas las partes en que reside algún miembro del congreso, y del mismo modo concede la palabra, ó la retira si el orador se sale de la cuestión.

—Serán curiosas las discusiones de un congreso telegráfico—dijo Venancio sonriendo.

—Yo no he sido individuo de ninguno de ellos—repuso el fabicante;—pero conozco que ofrecen muchas ventajas. En primer lugar, son inútiles

la mayor parte de las conveniencias parlamentarias, empezando por el traje y las demás formas de educación y de cortesía, porque como cada uno habla desde su casa puede estar como mejor le convenga. En segundo, y esto es importantísimo, cuando era preciso asistir en persona á un congreso europeo, por más instrucciones que se diesen al representante, la nación quedaba entregada á la capacidad ó al capricho de un hombre, y ahora como no se sabe cuántos asisten, esto es, cuántos hablan, el soberano ó el sabio pueden tener á su lado un numeroso cuerpo consultivo que les ilumine sobre lo que han de decir. Y sobre todo, las pasiones no se exaltan como cuando se habla de viva voz, ni por muchas inconveniencias que se digan unos á otros hay el peligro de que vengan á las manos, como sucede en las asambleas ordinarias.

—Y cuando un orador ó un telegrafiador—dijo Venancio, haciendo ya verdadera burla de lo que oía—no hace caso de la campanilla eléctrica y sigue telegrafiando, ¿qué hace el presidente?

—Le amonesta dos veces para que deje de funcionar, y á la tercera le corta el alambre.

—Lo que no sé cómo se harán con este sistema las votaciones secretas.

—¿Las qué?—preguntó el fabricante.

—Las votaciones secretas—repitió Venancio;—esos actos tan comunes en todas las asambleas, en que, como dice el refrán, se dice el pecado y se calla el nombre del pecador.

—Eso no ocurre nunca, á Dios gracias—dijo el fabricante,—porque tanto en esos congresos cuanto en los de viva voz las votaciones son públicas. Se acabó por fortuna el tiempo de los hechos anónimos. Hoy día todos tienen el valor de sus opiniones, y si alguno se abstiene de votar no lo hace por miedo de que se sepa cómo piensa, sino simplemente porque no quiere hacer uso de ese derecho.

Como Venancio, que por eso me he enamorado yo tanto de él, es hombre de buena fe y de muy recto juicio, hizo justicia en esta parte á las asambleas modernas y así se lo manifestó al fabricante; pero deseando que la conversación volviese al punto de donde había partido, le dijo:

—En verdad os digo que reconozco las ventajas de ese nuevo sistema parlamentario, y aunque advierto en él una gran falta, quisiera.....

—¡Una falta!—interrumpió el fabricante.—¿Qué falta? Decid.

—La publicidad de las discusiones.

—¡La publicidad! Pues si de algo pecan esas sesiones es de ser demasiado públicas!

—¿Qué decís? ¿Y cómo se hace ese milagro? ¿Dónde están ni como es posible que estén la tribuna para el público ni la de los periodistas?

—¿Que dónde están? En todas partes. Pues qué, ¿os figuráis que el telégrafo eléctrico está hoy como en el mal llamado siglo de las luces, en que le monopolizaba el gobierno y se le tenía tan misterioso como los secretos del confesonario? ¡Qué disparate! Ahora la chispa que trae una palabra al despacho del telegrafista la transmite á la vez á un millón de puntos distintos, y el que quiera saber lo que pasa en un congreso ó en una academia toma un alambre eléctrico y en su casa tiene la tribuna pública.

—También eso me parece bien—dijo Venancio.

Y avergonzado de verse cogido por el fabricante, quiso á su vez cogerle en alguna, y volviéndose á la cuestión espiritista añadió:

—Pero lo que no se puede explicar tan fácilmente como las comunicaciones telegráficas son las espiritistas. Empezando porque yo, os digo la verdad, no sé lo que es espiritismo. Y lo que me pasa á mí les sucede á las cuatro quintas partes de las gentes. Si os salís á la calle y os ponéis á hablar como lo habéis hecho conmigo no os entiende nadie.

—En vuestro pueblo—dijo el fabricante un tanto picado—me voy convenciendo de que me sucedería lo que decís; pero en Madrid, por el contrario, de cada diez personas, nueve saben más que yo en esta materia. ¡Y cómo no ha de ser así, cuando hace cincuenta años que las prensas de los Estados Unidos, las de Inglaterra, Alemania, Francia y hasta las de Rusia no hacen otra cosa que arrojar libros, en los cuales se trata á fondo y se explica perfectamente esa doctrina!

—¿Y creéis que las gentes entienden lo que leen?

—Claro es que lo entienden, como vos lo entenderéis cuando queráis estudiarlo; porque ya os he dicho que el espiritismo son las matemáticas de la filosofía. Por eso cuando empecé á hablaros os dije con Broussais que no hay nada más concluyente que un hecho.

—¿Pero dónde están los hechos del espiritismo?

—En todas partes. Dondequiera que os dé la gana de evocar el espíritu de un difunto y hacerle una pregunta, oís al punto su respuesta.

—¿Por medio de un velador que da pataditas en el suelo ó que marca las letras en un alfabeto?—dijo Venancio sonriendo.

—Por esos medios ó por otros más perfectos—contestó el fabricante. —¡Á que no habéis oído en el *antro* ni pataditas ni ruido alguno, y sin embargo, allí había más de cien personas hablando con otros tantos espíritus!

—¿Que estaban allí presentes?—repuso Venancio.

—Sí, señor, que estaban allí, como están aquí y en todas partes. ¿Pues de qué creéis que está poblada la atmósfera en que vivís? ¿Qué se os figura que son las emanaciones que respiráis y el aire que os sustenta?

—Panteísmo puro—murmuró Venancio.—Está visto que la humanidad progresa como el cangrejo.

—Yo no sé si somos eso que decís, ó lo que somos; lo que yo puedo deciros es que el hombre no puede vivir sin creencias. Harto tiempo hemos estado siendo materialistas.

—Y al dejar de serlo—exclamó Venancio—os habéis dado á creer el primer absurdo que os ha salido al paso.

—¡Qué es eso de absurdo!—gritó el comerciante —El absurdo es el vuestro, que os atrevéis á negar lo que ninguna persona de talento pone ya en duda. Id á la Academia de la Historia, y allí veréis cuántos errores se han rectificado por medio de los mismos personajes históricos, sabiamente evocados por los académicos, para que dijeran lo que supiesen del tiempo en que andaban por el mundo, y deshicieran los groseros errores que propalaban los novelistas, los autores dramáticos y los mismos historiadores. Dirigíos al Museo de Antigüedades y á la Armería, y os sorprenderá ver que apenas ha quedado cosa con cosa de como antes estaba, y que tal género de arquitectura, que se atribuía á los árabes, fué invención de los visigodos, ó que tal otro objeto que se creía instrumento de guerra en tiempo de los romanos, era el símbolo de la paz de los cartagineses.

—Todo eso será una gran verdad—dijo Venancio admirando la erudición del fabricante, aunque compadeciendo los que él juzgaba extravíos de su imaginación;—¿pero quién ha servido de intérprete para esas revelaciones?

—Un *médium* cualquiera; un espiritista que ha servido de *medio* de comunicación entre el espíritu del muerto y la humanidad viviente.

—¿Y los espíritus vienen siempre que se los llama?

—Si se los llama con fe, vienen siempre.

—¿Conque es precisa la fe?

—¡Quién lo duda! Sin la fe no se hace nada en el mundo.

—¿Pues y las matemáticas de que me hablasteis al empezar nuestra conversación? ¿Cómo me probaréis que tres y dos son cinco si yo no tengo fe?

—De suerte que si os empeñáis en no escuchar la voz de los espíritus, como ellos no tienen interés en que los oigáis ni en que creáis en su existencia, será imposible convenceros.

—Pues una vez que los espíritus no se han de enojar porque yo no crea que son unos zascandiles que andan de un lado para otro á devoción de todo el mundo, me quedaré en mi ignorancia. Dejemos esta conversación y acabadme de enseñar el club.

—Sea como gustéis—dijo el fabricante;—pero me parece que os batís en

retirada. Sois como el presidente del *Tribunal de la sangre*, que viéndose cogido por un acusado que para probar su inocencia quería evocar el espíritu del muerto, le impuso silencio, diciéndole que el gobierno no había aceptado aún esa doctrina y que por lo tanto no era obligatoria para el tribunal.

—Y á propósito—dijo Venancio,—¿cómo permite el gobierno que esté abierto este club y que en él se trate del espiritismo?

—¿Y qué tiene que ver el gobierno con lo que nosotros hacemos dentro de nuestra casa?

—¿Y si vuestras doctrinas pervirtieran á los socios y éstos trastornasen algún día el orden público?

—Entonces los castigarían con arreglo á la *ley de los hechos consumados;* pero mientras semejante cosa no suceda, el gobierno se guardará de atropellar los fueros de la vida privada.

—¡Vida privada llamáis á publicar diez y seis ó veinte periódicos y á propagar por otros cien medios públicos vuestras doctrinas!

—Propagar no es imponer; os habéis preguntado y os habéis respondido. Pues qué, ¿querríais que la vida privada en estos tiempos de publicidad fuese lo que era en la época del obscurantismo? ¡Ya se ve que tenemos periódicos y cátedras y oposiciones públicas á las plazas de *médiums!* ¡Pues no faltaba otra cosa sino que nos escondiéramos para estos ejercicios! ¿Qué más le da al gobierno que hablemos unos con otros ó que lo hagamos todos con los difuntos?

El pobre Venancio, que por culpa de la mala explicación del destilador de espíritu de vino cada vez entendía menos la sencilla teoría de los espíritus humanos, que tú, lector, estás entendiendo á las mil maravillas, sin más que ver cómo es un hecho que yo, espíritu de catorce siglos de antigüedad, estoy escribiendo este libro, volvió á instar al comerciante para que le acabara de enseñar las dependencias del club.

Y apenas se alzaron ambos de sus respectivos asientos y hubieron puesto el pie en una gran galería al aire libre, llamada *evaporatorio del fluido magnético,* y que según dijo el cicerone servía para que los socios refrescaran la cabeza por exceso de concentración, cuando oyeron grandes voces en la calle, y asomándose á la terraza vieron muchos grupos de gentes con banderas, que venían gritando: *¡No más puertas, ni más papel sellado! ¡Mueran los abogados! ¡Mueran los cerrajeros!*

—¡Qué manifestación popular será esta!—dijo con la mayor sangre fría el fabricante.—No tengo noticia de que hubiera nada dispuesto para esta noche.

Y cogiendo del brazo á Venancio, que estaba un tanto conmovido al ver que se repetían las voces de *mueran los abogados,* le dijo:

—Vamos á ver qué es esto.

—¿Adónde?

—Á la calle; pero antes averiguaremos la causa de la manifestación en el *pasquín* del club.

—¿Se sabrá ya allí?

—En el momento de estallar la habrá transmitido el *Telégrafo de noticias frescas.*





CUADRO XVII

EL TELÉGRAFO DE NOTICIAS FRESCAS

He aquí uno de los servicios mejor organizados que tiene esta sociedad de MAÑANA, y que si bien es cierto que su fundación no vino á resolver ningún problema difícil ni á revelar secreto alguno, puesto que la electricidad es la base de todo su mecanismo, está éste tan bien combinado que sus aplicaciones son de una utilidad incalculable.

La antigua *Gaceta extraordinaria* y el ciego que á grito seco la pregonaba por las calles; el ordenanza de caballería, que reventaba el caballo y rompía el empedrado por llevar los partes de un punto á otro de la población; las campanas de las parroquias, que atronaban el aire pidiendo agua para apagar el fuego; el antiguo tambor de la Milicia, que salía por las calles tocando *generala*, y otros varios heraldos y pregoneros de los tiempos de antaño, todo ha desaparecido desde que se ha creado el *Telégrafo de noticias frescas.*

Desde el presidente del Consejo de ministros hasta el último bombero de incendios, todos los habitantes de la corte pueden echarse á dormir á pierna suelta, en la seguridad de que apenas haya el menor asomo de incendio político ó de incendio urbano el telégrafo les pondrá sobre la almohada la noticia, sacudiéndoles un campanillazo á la oreja; advirtiendo, y esto es muy de advertir porque hace gran honor á la empresa, que el telégrafo no avisa á las gentes á tontas y á locas, como lo hacían las campanas y

el tambor de la Milicia, sino que sólo llama en cada suceso á los precisos operarios, dejando que las demás gentes sigan durmiendo á pierna suelta.

Sobre que las oficinas de esa gran empresa están muy bien montadas, *errando errando deponitur error;* y como les ha costado mucho dinero las indemnizaciones de daños y perjuicios por haber despertado á unas gentes por otras, tienen hoy gran cuidado y rara vez se equivocan. Han dividido y subdividido hasta lo infinito los diversos ramos que abraza el abastecimiento de noticias frescas, y á no ser porque alguna vez ocurre que por estar demasiado espésos los alambres eléctricos salta la electricidad de unos á otros y sucede lo que con las teclas de los pianos, aun en manos del mejor pianista, nadie tiene motivo para quejarse.

Las suscripciones para tener derecho á saber las noticias frescas se llaman *pasquines*, y seguramente se les ha dado este nombre, no por la esencia, sino por la forma en que se transmite la noticia. Así en las casas de los ministros, que están todos suscritos, como en las de los altos funcionarios de policía, operarios de incendios ó particulares que tienen gusto de saber lo que pasa en la corte, la empresa coloca de su cuenta un timbre eléctrico y un cuadro de porcelana, en el cual aparecen las noticias en caracteres claros y correctos con una tinta azul cuyo secreto no se ha podido averiguar aún. Siendo lo más raro y lo que sólo viéndolo puede creerse, que apenas da tiempo para que se lea, porque ello solo se borra y desaparece por completo.

Por esta circunstancia parece que el gobierno ha hecho proposiciones á la empresa para que se encargue de copiar y publicar con esa clase de tinta y por un sistema análogo al de los *pasquines* los programas ministeriales.

El club de los espiritistas medianímicos, como casi todos los demás clubs, casinos y sociedades de la corte, está suscrito al *Telégrafo de noticias frescas* y tiene un *pasquín* en el gabinete de lectura, que es donde el fabricante se dirigió con Venancio para averiguar la causa de la manifestación popular.

Pero la porcelana estaba inmaculada, y cuando el fabricante se volvió para preguntar á un consocio de club si el *pasquín* había hablado ya, se encontró con un criado que le presentaba una bandeja, en la que había multitud de impresos que decían lo siguiente:

REPRODUCCIÓN INSTANTÁNEA DEL PASQUÍN

DE LAS NUEVE CUARENTA Y CINCO MINUTOS Y CUATRO SEGUNDOS DE LA NOCHE

Se está cuajando una gran manifestación popular.

Por ella se pide la supresión del ejército, de la policía, del papel sellado, de los tribunales y de los cerrajeros.

La presidenta de la FILOSOFÍA SOCIALISTA *ha estado elocuentísima. Se ha votado por unanimidad el dictamen de la comisión, declarando que el pueblo está moralizado y educado de sobra y que todas esas trabas son ofensivas á la dignidad y á la buena fe de la especie humana.*

Diez céntimos era el precio de cada impreso, y el fabricante dijo al criado del club que le cargara en su cuenta el que tomó para sí y el que dió á Venancio; el cual asombrado, no tanto de lo que estaba viendo cuanto de la tranquilidad con que lo veían los demás, se dirigió al fabricante y le dijo:

—Siento mucho abusar de vuestra bondad, pero ya os he dicho que soy forastero, y me perdonaréis si os sigo molestando con preguntas que os parecerán impertinentes.

—A mí no me molestáis—repuso el fabricante,—y antes al contrario—añadió con cierto aire de orgullo,—tengo mucho gusto en ilustraros; pero ahora me parece que debemos ir á la calle á ver la manifestación, porque tiene trazas de ser de las más importantes.

—¡A la calle!—exclamó Venancio asustado.—¡Y si nos pegan un tiro ó nos hacen trabajar en una barricada ó nos prende la policía! Yo tengo oído decir que en las grandes capitales son temibles las revoluciones y que lo mejor en una bullanga es meterse en casa, porque siempre pagan el pato los curiosos.

—¿Quién os ha dicho semejantes disparates?—exclamó el fabricante.—Suponiendo que se tratara de una revolución y no de un simple pronunciamento ó manifestación popular, como sucede ahora, siempre resultaría que si no erais revolucionario, nadie os daría un tiro, ni os harían construir barricadas, ni menos os prenderían. ¡Pues no faltaba más sino que no se pudiera andar por las calles con toda libertad el día en que á unos cuantos se les antojara armar una revolución! Eso sucedía, según cuentan, allá en los tiempos de Mari-Castaña, en que no se conocía ni siquiera de vista la seguridad individual y la libertad de hacer cada uno lo que quería, pero no ahora. ¡Tendría que ver que vos y yo saliésemos por gusto á ver cómo se batían la tropa y los insurgentes, y los unos nos prendieran y los otros nos obligaran á hacer fosos y á levantar parapetos!

—¿Y si los primeros nos tomaban por revolucionarios y á los segundos les hacía falta nuestra ayuda?—dijo Venancio.

—¡Cómo había de suceder lo uno ni lo otro! Para lo primero era preciso, no que nos viesen con armas en la mano, que podríamos llevarlas por capricho ó para otro uso, sino que nos cogieran en el acto de batirnos; y á tomar parte con los sublevados nadie nos obligaría, porque si los actos revolucionarios fueran obligatorios perderían todo el mérito, y una sola

protesta que hubiera de coacción, por más indirecta que fuese, anularía el triunfo de una causa por sagrada que hubiese sido.

—Suponiendo que todo eso que decís, que en teoría me parece delicioso, fuera posible en la práctica, no me negaréis que de una bala perdida no nos libraría nadie.

—Indudablemente; pero también eso es difícil, porque las balas se perdían cuando se disparaba á tontas y á locas sin responsabilidad de los tiradores.

—¿Y qué responsabilidad queréis exigir al que se bate tumultuariamente y en defensa propia?

—¡Friolera! En primer lugar, después que acaba una refriega se sabe el número de balas perdidas, porque contando las que tenía cada individuo y las que han consumido los muertos y los heridos, la diferencia son balas perdidas y se hace cargo de ellas á cada parcialidad por medio de la Estadística; y en segundo, y esto es lo que ha perfeccionado mucho la puntería en las calles, como las personas están hoy valoradas y cada individuo pertenece á una sociedad de seguros, que por su propio interés busca el responsable de las muertes, todos se miran mucho antes de disparar un fusil y matar un transeunte pacífico, que va ó viene de sus negocios sin tomar parte en la bullanga.

—Y decidme—preguntó Venancio sonriendo,—esas sociedades de seguros sobre la vida, que por lo que veo lo que aseguran es la muerte, ¿también exigen la responsabilidad á los médicos?

—Cuando se prueba que han errado la cura ó que no han conocido la enfermedad, ¿quién lo duda?

—Eso me parece casi más difícil de averiguar que lo de saber de qué fusil salió la bala perdida que mató al transeunte.

—Ciertamente que es difícil, pero no imposible; y no hace muchos días que á un boticario le costó dos mil duros y los gastos de entierro de un cadáver el haber equivocado un medicamento.

—Eso es más fácil de probar.

—Verdad es; pero también cuando una sociedad de seguros sabe que la familia de un difunto se ha dejado decir en los primeros momentos del dolor que el médico es un asesino porque no entendió el mal al enfermo, da parte al tribunal, busca testigos, que si anda de prisa los halla en los mismos interesados, y si no todo el valor de *el seguro*, siempre saca alguna cosa y eso menos tiene que sacar de los fondos mutuos.

Venancio no hacía más que abrir los ojos para convencerse de que no se había quedado dormido sobre un cuento de Hoffman ó un nuevo viaje de Gúlliver á países desconocidos, y persuadido de que era real y verdadero cuanto veía y cuanto escuchaba, se repitió el propósito que otras

cien veces se había hecho de no maravillarse de nada y de verlo y aprenderlo todo, tanto para que le sirviera de norte y de guía en la vida política á que pensaba lanzarse por el camino del Parlamento, cuanto para que le estimulara la inclinación que empezaba á sentir de dar vuelta á su pueblo, y por último quería aprenderlo, porque el saber no ocupa lugar.

Y así, decidido á andar cuanto antes el mal camino, le dijo al fabricante que estaba dispuesto á salir á la calle cuando quisiera; pero que antes le rogaba que le explicara con claridad qué diferencia había entre una revolución y un pronunciamiento y qué se entendía por manifestación popular.

—Manifestación popular—repuso el fabricante,—bien claramente lo dice su nombre: es un acto pacífico por el cual el pueblo manifiesta lo que quiere sobre una cuestión cualquiera. Es lo que si viniera de arriba á abajo se llamaría programa ministerial, y yendo á la inversa se llama programa popular. Ni más ni menos. Y entre estos actos ó los pronunciamientos, que vienen á ser una misma cosa, y las revoluciones, hay una diferencia grandísima, como ambas voces lo indican. El derecho de manifestar, que no es otra cosa que el derecho de pedir, está consignado en todos los códigos y se puede usar en todas las formas imaginables.

—¿Inclusas las revolucionarias de salir á la calle gritando y concitando las pasiones contra ciertas clases y ciertas instituciones?—preguntó Venancio.

—Si á eso llamáis revolución, tenéis razón.

—Al acto de gritar, precisamente no; pero como lo uno es consecuencia forzosa de lo otro.....

—¡Qué disparate! La manifestación popular no se extralimita nunca. Y si otra cosa hicieran los manifestadores, en el pecado llevarían la penitencia. Para que el derecho de petición pueda ser útil á los pueblos es preciso que éstos le ejerzan con dignidad y con cordura. En fin, para que os convenzáis por vos mismo de que es verdad lo que digo, vamos á la calle y allí veréis lo que es una manifestación popular.

Cuando los dos amigos, que no creo que hago mal en darles ya este nombre, se disponían á salir del gabinete de lectura, sonó la campanilla eléctrica y en la porcelana del *pasquín* se dibujaron rápidamente estas palabras:

La manifestación pasa ya de treinta mil personas.

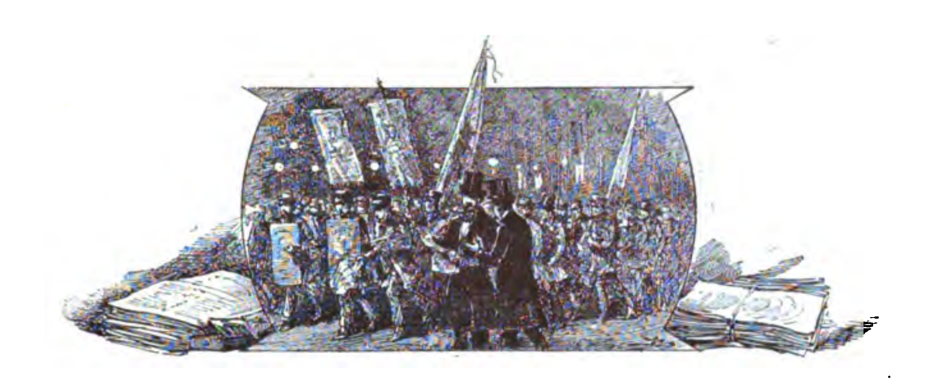
Al pasar por el club de los espiritistas han arrojado una corona al retrato y se han incorporado más de mil socios.

Las adhesiones son numerosas.

Venancio, que no sabía apartar los ojos de la porcelana, creyó que se le desvanecía la vista cuando desaparecieron los caracteres azules que como por encanto se acababan de trazar allí, y su sorpresa rayó en lo maravilloso cuando apenas hubo atravesado los dos ó tres salones que le separaban del portal, vió en éste un criado con una bandeja llena de papeles en los que estaba impreso el *pasquín* que acababa de leer.

El último despacho del *Telégrafo de noticias frescas.*





CUADRO XVIII

UNA MANIFESTACIÓN POPULAR

Era Venancio, como buen letrado, tan poco dispuesto á creer en el entendimiento y en la erudición de los industriales, que se le antojó un prodigio de inteligencia y un pozo de ciencia el pobre fabricante de agua de Colonia; y no sólo se alegró de que se le proporcionara la ocasión de intimar con él, sino que hasta le pasó por la imaginación la idea de que andando el tiempo podría servirle de confidente y aun de consejero en sus amores.

Idea muy natural y muy justificada tratándose de una pasión que, como el lector ha visto, era demasiado grande para poderla olvidar en ninguna ocasión de la vida. Aunque es preciso confesar que á la vista del *antro central* del club de los espiritistas, durante la extraña conversación sostenida en el *gabinete expansivo*, y sobre todo al oir las voces de *mueran los abogados*, la memoria del joven jurisconsulto había hecho alguna infidelidad á su amante.

Verdad es que pensaba en Safo, pero pensaba en alguna otra cosa á la vez, y así fué que discurriendo sobre la utilísima y maravillosa invención del *Telégrafo de noticias frescas*, dijo al fabricante:

—Os digo la verdad, que he necesitado verlo para creerlo.

—¿El qué?—preguntó con indiferencia el fabricante.

—El mecanismo de este telégrafo y el de la imprenta del club. Parece cosa de magia y de brujería que el uno nos cuente á nosotros lo que ha

pasado en este local, y la otra tenga ya impreso á centenares el *pasquín* que aún no hace cuatro minutos apareció en la porcelana.

—Pues aún se harían con más rapidez estas operaciones si se hicieran por medio del espiritismo.

—¡Ya volvemos á las andadas!—exclamó Venancio.—Hacedme el favor de guardar vuestros espíritus para otro día, porque demasiado tengo con lo que estoy viendo y harto haré con creer que es verdad lo que el telégrafo cuenta del club, á pesar de que nosotros estábamos aquí y no lo hemos visto.

—Sin embargo, observad que cuando entramos estaba lleno de gente y ya apenas hay nadie, lo cual prueba que se han ido todos con la manifestación. Pero yo no sé por qué extrañáis que el telégrafo sepa más que nosotros de lo que ha pasado aquí, cuando en este edificio, como en todos los establecimientos de alguna importancia, tiene un corresponsal permanente.

—Aunque así sea—repuso Venancio:—como apenas han transcurrido diez minutos desde que vimos pasar por aquí la manifestación, no se comprende que ya haya ido la noticia al telégrafo y que no sólo esté de vuelta telegrafiada, sino que ande impresa. ¡Si apenas hay tiempo para que el corresponsal haya visto arrojar la corona y pensado en la manera de redactar la noticia!

—Me hace gracia oiros. ¿Pues no conocéis que si hay tiempo para una cosa hay tiempo para otra? ¿Se piensa acaso con los ojos? ¿No se puede á la vez estar viendo, pensando y transmitiendo lo que se ve y lo que se piensa? Pues ahí tenéis lo que ha hecho el corresponsal del telégrafo, que no vayáis á pensar que es ningún doctor de la Universidad, sino el portero del establecimiento. En cuanto recibió el campanillazo de atención cogió el manubrio del aparato eléctrico, y de seguro que no llegaría antes al suelo la corona que sus palabras al gabinete central del telégrafo. Y en las oficinas de éste empezarían á transmitir la noticia á todos los *pasquines* antes de que la manifestación hubiese salido de esta calle. Si no se hiciera así eran perdidas las ventajas de este sistema de comunicación. Si nuestro portero hubiera estado con las manos en el bolsillo viendo pasar la manifestación, y hasta que la hubiera perdido de vista no hubiese entrado á pensar que tenía que contar lo que había visto, sería inútil que lo hiciera. Desengañaos, amigo, el mejor invento de los siglos es saber aprovechar el tiempo. El pueblo más ilustrado es el que vive más aprisa; y no es más rico el hombre que ahorra más millones de reales, sino el que economiza más centenares de minutos. Muchos se han reído de la *Sociedad económica de Amigos del Tiempo* porque está estudiando la manera de crear *cajas de ahorros* para ese capital, que hoy no tiene forma impo-

nible; pero los que de buena fe creemos que no hay nada imposible, no podemos menos de aplaudir que se piense en una cosa que si se lleva á cabo será de una grande utilidad. Las *cajas de ahorros de tiempo,* donde á cada imponente se le lleve una *libreta* en que conste por horas y por segundos todo el tiempo que ha ahorrado á la semana, es decir, todo lo que ha invertido con ventaja para el trabajo, servirá de un estímulo equivalente con el tiempo al descubrimiento de una fuerza motriz superior en potencia á la del vapor y en velocidad á la chispa eléctrica.

Venancio, cada vez más maravillado de oir al fabricante, que ya no le parecía un simple industrial medianamente instruído, sino un elocuentísimo filósofo, no dió su opinión sobre las proyectadas cajas de ahorros; pero en cambio suspiró pensando en su pueblo, donde el tiempo y el sol se daba á los ricos y á los pobres sin tasa ni medida, y aceptando el brazo que le ofreció su nuevo amigo, ambos marcharon en seguimiento de la manifestación popular, cuyo rumor sonaba cercano.

Costábales no poco trabajo desasirse de los vendedores ambulantes que les ofrecían *el programa de la manifestación, el discurso de la presidenta, el retrato de las señoras de la comisión, la lista de las adhesiones,* y por último, lo que con razón dejó maravillado á Venancio, *la medalla conmemorativa* del suceso que en aquel mismo momento estaba sucediendo.

Quiso el joven extremeño detenerse á tomar un ejemplar de cada una de aquellas cosas que le metían por los ojos, y el fabricante le dijo que no hiciera tal, porque les acometerían de manera que no podrían dar un paso; y aun añadió que se iba poniendo Madrid tan insoportable en este punto, que por eso él siempre que podía andaba por el aire, ya en el globo ó en la maroma y los trapecios.

Pero á pesar de este sano consejo, Venancio no pudo resistir á la tentación de comprar el *discurso de la presidenta de la* FILOSOFÍA SOCIALISTA *en la célebre sesión de esta noche,* y la *medalla instantánea, conmemorativa del gran suceso de la filosofía socialista.*

Preguntáronle si esta última la quería al oro, á la plata ó al bronce, y si en estuche de terciopelo, de cuero ó de papel, y hallándose sin saber cómo con una de cada clase en la mano, las pagó todas y le dijo al fabricante:

—¡Sabéis que yo creía que todo esto era una farsa y que la medalla sería de sabe Dios cuándo, y veo que no es así, sino que en el anverso está grabada la procesión popular tal cual nosotros la hemos visto al pasar por el club!

—Pues claro está que sí.

—¿Y cómo se hace esto, que si yo fuera otro hombre diría que era una verdadera brujería?

—No hay más brujería que lo que os he dicho antes del aprovechamiento del tiempo. El fabricante de las medallas será también suscriptor al *Telégrafo de noticias frescas*, como si lo viera, y en el momento que oyó la campanilla de la atención, preparó su máquina de *fotoacuñografía* para irse con ella al incendio ó á la sublevación ó dondequiera que fuese el suceso, y en el acto de pasar la manifestación la copió y empezó á tirar ejemplares. Todo eso se hace más rápidamente que se dice.

—¡Pero si apenas hay tiempo, no ya para el cuño, que está muy bien hecho por cierto, sino para meter las medallas en los estuches!

—Todo sale hecho de la máquina con un solo golpe. La cuestión vuelvo á deciros que se reduce á saber economizar el tiempo. Si el fabricante de las medallas no hubiera tenido todo á punto cuando recibió el *pasquín*, ó se hubiese esperado á leerle por completo, antes de coger la máquina, habría perdido un tiempo precioso.

Venancio guardó maquinalmente en el bolsillo los estuches de las medallas, al mismo tiempo que no le cabía en la cabeza que fuese verdad lo que estaba viendo, y leyó el papelito nuevo que acababa de comprar, el cual dice lo siguiente:

ACADEMIA DE LA FILOSOFÍA SOCIALISTA

CONCLUSIÓN DEL DISCURSO QUE ESTÁ PRONUNCIANDO EN ESTOS MOMENTOS LA PRESIDENTA

«He abusado tal vez demasiado de vuestra atención (*voces á la derecha:* Sí, sí; *otras á la izquierda:* No, NO); pero después de unos debates tan luminosos y tan largos como los que ha merecido esta importantísima cuestión, deber mío era resumir cuanto se había dicho en las últimas treinta sesiones, para que robustecida mi palabra con los indestructibles argumentos que aquí se han aducido por los elocuentísimos oradores de ambos sexos que han tomado parte en la discusión, recayera un acuerdo solemne sobre las siguientes proposiciones:

»La academia se ha preguntado á sí misma: *Si se moralizara y se educara al pueblo, ¿de que servirían el ejército, la policía, la curia, el papel sellado y los cerrajeros?*—DE NADA—respondisteis todos á una voz, vosotras y vosotros, miembros todos igualmente ilustres de esta corporación.

»¿El pueblo está ya moralizado y educado?, os preguntó entonces la mesa. Sí, dijisteis los unos; No, repetisteis los otros; DISTINGO, replicasteis algunos.

»Y he aquí el origen de las largas discusiones que hemos celebrado hasta este momento en que la mesa os pregunta:

—»¿Está el asunto suficientemente discutido?

—»Sí, sí (*voces á la izquierda*: DEMASIADO).

—»¿Declaráis que el pueblo está moralizado y educado?

—»Sí, sí (*voces á la izquierda*: DEMASIADO).

—»En este caso, ¿declaráis que el ejército, la policía, la curia, el papel sellado y los cerrajeros no sirven para nada?

—»Sí, sí, lo declaramos (*voces á la izquierda*: PARA NADA).

—»Se levanta la sesión—dijo la presidenta.

»Y el inmenso público que asistía á las deliberaciones prorrumpió en vivas á los socios de la academia, y colocando el retrato de la presidenta en un palo, salió en tropel á la calle gritando:

—»¡Mueran los abogados! ¡Mueran los cerrajeros! ¡Mueran los escribanos! ¡No más centinelas ni más papel sellado!»

Cuando Venancio hubo acabado de leer el impreso, no pudo menos de sonreirse, y se propuso buscar los demás trozos del discurso, puesto que ya veía que el afán de ganar tiempo hacía que se publicara por tomas homeopáticas, y dirigiéndose al fabricante le dijo:

—Tendría curiosidad de leer toda la discusión de esta extravagante doctrina para saber qué tienen que ver el ejército, los abogados y sobre todo los cerrajeros con que el pueblo esté mejor ó peor educado. Si dijeran no más curas párrocos ni más maestros de escuela, ya se comprendería; aunque siempre sería un absurdo despedirlos por creer que el pueblo estaba *demasiado educado y moralizado*, como dice la extrema izquierda de esa famosa asamblea socialista, *común de dos* y dividida en tres.

—Yo—dijo el fabricante—no he podido seguir todo el curso de esos debates, á pesar de que tengo en casa *El Eco Oratorio* que los publica íntegros; pero por lo que he leído, veo que no comprendéis el sentido de esa proposición. La academia dice que un pueblo que tiene la conciencia de sus deberes no necesita extender sus compromisos en papel sellado ni ante escribano, ni menos tribunales que le obliguen á cumplir la palabra dada, ni abogados que defiendan su inocencia cuando nadie se ha de atrever á ponerla en duda, y les parece que los cerrojos y las llaves son una ofensa á la moralidad y á la educación del pueblo. Y esto, aunque á primera vista parece un poco extravagante, y yo soy el primero á deciros que no admito una letra sin timbre, ni dejaré de echar en mi gaveta no una sino cien llaves, os aseguro que en el fondo encierra una gran verdad.

—Ciertamente—repuso Venancio sonriendo—que si la tierra estuviera poblada de ángeles sobrarían todas las precauciones que hemos tomado contra los demonios.

—¿Y no creéis que esto sucederá con el tiempo?—repuso el fabricante.

—Pues yo abrigo la esperanza de que llegue un día en que, teniendo los hombres verdadera conciencia de sus derechos, la buena fe presida á todas las acciones de la humanidad.

—¿Y os parece que estamos en camino de esa felicidad?—preguntó Venancio sonriendo.

—¡Quién lo duda! La civilización es la regeneradora de la humanidad, y ella purgará al hombre de todos sus vicios.

—Mientras tanto me parece bien que exijáis el timbre en las letras, el escribano en los contratos y la llave en las puertas, y que guardéis el más riguroso secreto sobre vuestra fórmula para la fabricación del agua legítima de Colonia.

—Eso por supuesto—exclamó el fabricante;—ya os dije que ese secreto era impenetrable.

—Hasta que llegue el día, próximo según vuestra opinión, de que el hombre regenerado no necesite cerrojos para respetar la ajena propiedad metálica, ni secretos para no invadir el privilegio de la propiedad industrial; porque cuando eso suceda no tendréis inconveniente en publicar á gritos la fórmula de vuestra fabricación.

—No tal; eso no lo haré nunca; porque una cosa es el dinero y otra un secreto industrial.

—Cuando el hombre tenga conciencia de sus deberes, ambas cosas serán lo mismo.

—Entonces hablaremos—dijo el fabricante.

—Eso digo yo—repuso Venancio.

Y entretenidos en esta conversación no habían reparado que estaban dentro de los grupos de gente que formaban la retaguardia de la manifestación popular. Siendo tanta la extrañeza que causó á Venancio ver grandes pelotones de soldados sin armas, mezclados entre el pueblo, y algunos de ellos hasta con bandera en las manos, que acercándose al oído del fabricante le dijo:

—¿Queréis decirme cómo se explica que siendo uno de los objetos de esta manifestación popular la supresión del ejército hay tantos soldados entre los manifestantes?

—De una manera muy sencilla. El ejército es una parte del pueblo armado, encargada de ejecutar ó de proteger las leyes; pero los soldados sin armas son una parte del pueblo deliberante como cada hijo de vecino. ¿Queréis quitarle al soldado el derecho de petición que tenía cuando era paisano?

—Pues señor—dijo Venancio exaltado,—tengo la desgracia de no entender una sola palabra de lo que estáis diciendo. ¿No os parece una contradicción que el ejército asista, no ya de mero espectador, sino hasta

de actor, allí donde se grita muera el ejército? Aquí me tenéis á mí, que no me conoce nadie y que estoy seguro que vos solo sabéis que soy abogado, y estoy avergonzado de estar entre estas gentes.

—¡Verdad es que sois abogado!—repuso el fabricante, á tiempo que en la calle resonaban de nuevo los gritos de ¡«Mueran los abogados y los cerrajeros!»

No tenía el joven extremeño ni la más remota idea de lo que son las manifestaciones populares, que si la hubiese tenido ni habría extrañado ver á los soldados formando parte de ellas, ni menos tenido reparo en hallarse él mismo allí donde estaban riéndose al ver pasar la procesión una multitud de abogados, de escribanos y de cerrajeros. Si hubiera marchado á la vanguardia del tumulto habría visto que una de las coronas la arrojó un cerrajero al pasar por su casa el retrato, y que esta prueba de respeto al voto popular le valió grandes aplausos y al día siguiente gran venta de llaves y cerraduras, gracias á la celebridad que le dió este lance referido por los periódicos.

Pero ya se ve, el pobre Venancio, que se había empeñado en que todo había de ser llamar al pan pan y al vino vino, creyó que tras las voces de *mueran* iban á venir las muertes; y no sabía que á las pasiones populares les ha sucedido lo que á las amorosas, que alojadas en la cabeza y no en el corazón, están reglamentadas y dirigidas de manera que rara vez se desbordan; y si alguna vez lo hacen es con su cuenta y su razón, por aquello de que la cuenta y razón es *la razón social* de esta gran compañía anónima de MAÑANA.

Una manifestación popular es simplemente un memorial, que en vez de escribirse sobre un pliego de papel sellado se escribe sobre el pavimento de las calles; sin arrancarle, por supuesto, como se hacía cuando se alzaban barricadas, se perforaban edificios y se salía á caza de transeuntes pacíficos por si llevaban ó dejaban de llevar bigote. Una manifestación popular es el derecho de petición puesto en escena, con música ó sin ella; y francamente, se necesita ser un pobre hombre, como es el bueno de Venancio, para no comprender que sería mucho peor prohibir la mendicidad de los derechos que la mendicidad de los ochavos. Al cabo y al fin en estos gobiernos de los sufragios, en que la mitad más uno decide de la suerte de las dos mitades, no hay necesidad de andar á tiros ni de pasar las noches en vela dando el quién vive y no permitiendo que nadie viva en paz, como si lo que se alcanzara á la fuerza, por fuerza había de ser duradero, sino que por el contrario, lo que hacen falta son los números para saber quién tiene razón, y decir aquello de que «á quien Dios se la da San Pedro se la bendice.»

Mucho le queda que ver aún al pobre Venancio para aprender á vivir

en este mundo nuevo, del cual ni siquiera tenía noticia en su lugar. Ya se ve, aquellos pocos de sus paisanos que han venido á Madrid lo han hecho por pocos días, y éstos los han pasado corriendo como novillos embolados de la fonda á los museos, de éstos á los teatros y de los teatros á los paseos, y todo en coche y se han vuelto sin ver nada.

Venancio, que lo está viendo todo, es el que tendrá razón para asombrarse. Y se asombrará si quiere Dios que pueda curarse del asombro que le causa lo que pasa á su vista en este momento.

Andando, andando ha llegado con el fabricante á la cabeza de la manifestación popular, y al fijar su vista en el retrato de la dama que en son de triunfo pasean por las calles, ha lanzado un grito de terror y ha estado á punto de caer desvanecido en el suelo.

El fabricante le recoge en sus brazos, preguntándole con amoroso cariño qué le pasa, y él á su vez le pregunta con exaltación:

—¿Quién es esa mujer?

—La presidenta de la Filosofía Socialista, supongo yo que será—responde con indiferencia el fabricante.

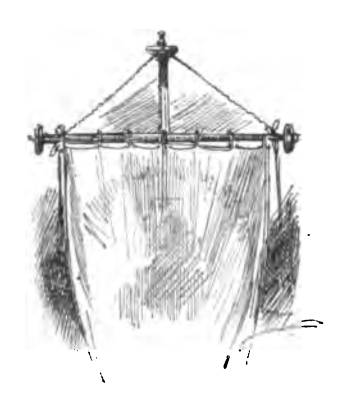
—¡Es ella, es ella!—dice con amargura Venancio.

Y siguió con la vista el estandarte en que estaba pintado el retrato de la presidenta, el cual iba ya cubierto de coronas de laurel, mientras á su lado pasaban unos hombres con muchos libros en la mano y unos carteles en la espalda y en el pecho, en los que se leían estas palabras:

Biografía de la presidenta de la FILOSOFÍA SOCIALISTA, *con los últimos discursos pronunciados en la academia.*

Tirada de veinte mil ejemplares.

Se vende á 10 *reales.*





CUADRO XIX

UNA MADRUGADA EN 1899

Desde que el siglo de las luces, inventando la luz eléctrica ha permido que la noche se eche el alma á la espalda, trocando sus negras tocas de viuda modesta y recogida por el esplendente ropaje de doncella alegre y enamorada, no hay medio de sorprender al alba en paños menores dentro de las grandes capitales.

Para ver cómo la luz del nuevo día se alza del negro lecho de la noche y viene rasgando sábanas y abrasando crespones á iluminar la tierra, es preciso que ésta se halle tal y como Dios la crió y no como la han puesto los hombres. Acostumbrados estos seres imitativos á remedar todo lo criado, falsificándole á la naturaleza cada día un nuevo producto, pusieron sus ojos en la luz del sol, y después de haber querido retratarla y sustituirla con los hachones de viento, los faroles de reverbero, la lámpara solar y el gas, inventaron ó descubrieron la chispa eléctrica. Y con ésta y los ingeniosos aparatos de cristales refractarios en que la encierran han hecho unos focos de luz tan intensa y tan viva que la luna parece avergonzarse al mirarla y el sol padece celos al verla.

No soy yo, lector, uno de esos espíritus calaveras á quienes toda novedad place y todo nuevo invento trastorna los sentidos, parecidos á esos viejos verdes que fingen retoños de imaginación para seguir pasando por

jóvenes toda su vida; pero tampoco se me puede acusar de ser un ente estrafalario y descontentadizo, enemigo de toda innovación y envidioso de todo adelanto moderno, semejante á esos ancianos gruñones, encarnación viva del retroceso de las ideas, los cuales en vez de llevarse las manos á la cabeza lamentando que los años les hayan secado el corazón, se tapan los ojos para renegar de los adelantos y de las mejoras que no pueden gozar porque su alma no las sabe sentir.

Soy por el contrario tan imparcial y tan justo, aunque tú digas que si me está bien el serlo me estaría mejor el no decirlo, que aplaudo con entusiasmo lo bueno dondequiera que lo hallo y censuro sin acrimonia lo malo dondequiera que lo encuentro. Así cuando veo en esta nueva generación algún adelanto que la cabeza me dice que es bueno, por más que mi corazón amomiado me grite para que lo censure, acuérdome de que cuento mil cuatrocientos años de edad y digo con él célebre Moratín, en su famosa comedia *El viejo y la niña:*

«La edad, la edad: ahí está,
en la edad está el misterio.»

Pues qué, si yo fuera un joven de carne y hueso, en vez de ser como soy un espíritu apolillado y viejo, ¿no habría tomado la trompa épica para cantar las grandes maravillas de esta edad, justamente llamada, no la *edad media*, como algunas gentes, cortando por lo sano y á su antojo la vida del mundo, llaman á cierto período de la historia, ni la *edad de oro*, que tampoco me parece propio este alarde de bisutería, sino la MAYOR EDAD DEL MUNDO? ¡Qué cosas no te diría, lector, un joven de veinticinco años, si como yo estuviera viendo ésta sociedad de MAÑANA! ¡Con cuánto entusiasmo y cuánta poesía no te habría cantado las maravillas y las excelencias de un viaje por los aires, y qué poema épico no te largaría ahora para ponderarte la diafanidad, la transparencia y la brillantez de este sol eléctrico, nuevo astro industrial de la noche, que ha venido á hacer imposibles las sombras, imperceptibles los crepúsculos y casi perpetuo el día!

Pero soy yo el único que puede hablarte de estas cosas, y como vivo en el aire no me ha hecho efecto viajar en los globos, y como entro y salgo cuando quiero en las más puras regiones de la luz divina no me ha parecido digna de un poema épico la nueva luz que han inventado los hombres. Si hubiera de juzgarla desde mi altura y con la indiferencia glacial que me inspiran todas las cosas de la tierra, apenas la hallaría digna de bajar á encender en ella un cigarro. Esto mismo ha debido parecerle al sol, y sigue inalterable su curso, sin haber economizado un solo metro cúbico de luz desde que se ha inventado la luz eléctrica.

De todos modos, lector amigo, aunque al sol y á mí nos parezca un remedo indigno de la luz del día ese astro nocturno que ha creado la electricidad, en mi calidad de historiador verídico no puedo dejar de decirte que para los habitantes de Madrid ha desaparecido la noche, y que no era un pensamiento muy descabellado el que días atras anunció un sabio economista cuando propuso que los relojes tuvieran veinticuatro números correlativos, sin distinción de mañana, de tarde ni de noche, y que puesto que los antiguos decían que el día se había hecho para el trabajo y la noche para el descanso, no se descansara á ninguna hora.

Aún no se ha tomado resolución alguna sobre este proyecto; pero la verdad es que, como los aparatos eléctricos empiezan á funcionar antes de que se ponga el sol y no se apagan hasta que el astro del día está en posesión de la tierra, es sumamente difícil averiguar por la luz las horas de los crepúsculos.

Por eso las madrugadas en 1899 cada cual las empieza cuando le da la gana. Y hasta los pájaros, esos canoros mensajeros del alba, que beben en el primer rayo de luz la inspiración de sus armonías matutinas, andan trastornados desde que la chispa eléctrica, sin respetos á la luna, pretende pasar plaza de sol.

No hay, pues, que esperar ni el canto del gallo ni el trino del jilguero para saber que ha amanecido, y lo más seguro es mirar el reloj para ver qué hora señala; porque así como hemos dicho que la luz es constante y que sólo una vista muy experimentada puede conocer el momento en que empieza la legítima y acaba la falsa, así decimos del movimiento de la población.

Como nadie le dice al industrial que se dé prisa á acabar su obra antes que anochezca, ni que se levante al amanecer para continuarla, porque para trabajar tiene luz á todas horas, no se le ve salir de su casa con estrellas, ni atravesar la población con paso ligero, confundido con otras gentes de su clase y los criados de servir y los barrenderos de la villa y los demás madrugadores, que antaño anunciaban la venida del alba trinando de rabia muchas veces por haber dejado el lecho, mientras los pájaros trinaban de gozo por haber soltado el nido.

Cuando todas las gentes se acostaban á la misma hora, y temprano por cierto, dando las *buenas noches*, era natural que al volverse á ver de madrugada se diesen los *buenos días;* pero ahora que no sucede lo primero sobra lo segundo. Como nadie sabe, ni le importa saberlo, á qué hora se acuesta ó se levanta el vecino, ni si por haber hecho lo uno se ahorra de hacer lo otro, es inútil salir á la calle al rayar el alba con la siguiente salutación cristiana colgada de los labios: *Santos y buenos días nos dé Dios.*

Han pasado muchos años desde que esto se decían unos á otros, los que al asomar la aurora en el horizonte asomaban las narices á la puerta de la calle y se santiguaban y hacían todo aquello que les ha visto hacer el lector al rayar un día del año de 1800 en el AYER de esta historia; tampoco se santiguan la cara con una cuchillada, como lo hacen los trasnochadores de HOY, cuando no madrugan para dormir después de haber pasado la noche en vela para conspirar; y en suma, esto y lo otro y lo de más allá, cosas son añejas y desusadas para las gentes de 1899, á las cuales ni se les puede aconsejar que madruguen diciéndoles que «al que madruga Dios le ayuda,» ni se les ha de pedir que se acuesten asegurándoles que «no por mucho madrugar amanece más temprano.»

Verdad es que aún suena el bronce cristiano con que la cariñosa madre Iglesia llama á los fieles á la oración de la mañana; pero suena mucho más fuerte el bronce industrial con que las fábricas avisan á los operarios que pasaron la noche trabajando para que se retiren á dormir, y llama á los que estuvieron durmiendo para que acudan á cubrir las bajas de los talleres.

Y he ahí, lector, la oración de la mañana de estas nuevas feligresías, el toque de diana de este campamento y los ruiseñores que cantan la alborada en este gran albor de la industria.

Las máquinas fueron las que se echaron á dormir en 1800, dando no pocas cabezadas en 1850, y ellas son las que han despertado en 1899.

El espíritu duerme ó vela ó hace lo que se le antoja, que ya sabe él que no tiene que dar cuenta á nadie, y la materia es la que no toma aliento ni descanso, estando siempre tan ágil y tan despierta, que á todas las horas del día y de la noche parece que empieza su madrugada.

Las calderas de vapor no recibieron ni á las diez ni á las doce de la noche un recado del alcalde de casa y corte para que apagaran el fuego y se retiraran á dormir; ni hubo un municipal que se llegara á domar, de orden del alcalde, los soberbios humos de las chimeneas; ni el ferrocarril halló cerradas las puertas de la población á las nueve en invierno y á las diez en verano; ni por último, en nombre de la libertad de los que desean dormir de noche, se les ha quitado á los otros la libertad de vivir á esas horas y la de alborotar la vecindad y el barrio.

Por eso vuelvo á decirte y cien veces te repetiría lo mismo, querido lector, que en Madrid no anochece ni amanece, y que como el sol no se pone nunca en los dominios de la industria, el ruido de la población es permanente desde que las mejoras materiales, cansadas de haber pasado durmiendo una noche muy larga, madrugaron para no volverse á acostar.

Así yo, para cumplir el compromiso en que me hallo de escribir este cuadro y falto de práctica para adivinar las horas del crepúsculo, saco

el reloj, y con más razón que Cervantes digo después de mirar la hora: *La del alba sería* cuando Venancio, apartándose bruscamente del fabricante de agua de Colonia y perdiendo de vista la manifestación popular y el retrato que iba á la cabeza de ella y que á tal punto trastornó la suya, se dió á vagar por las calles sin rumbo ni dirección fija, viéndose á cada instante cercado de vendedores ambulantes que le ofrecían toda clase de objetos, no de madrugada, como los antiguos buñuelos y el café caliente y las verduras ó cualquier otro de aquellos comestibles y bebestibles cuyo ronco pregón era en el suelo lo que el trinar de los pájaros en el aire.

Ofrecíanle, por el contrario, *cicerones metálicos* para que acertara á encontrar su casa, *alas de Morfeo* para que se fuera volando á la cama, y le entregaban á centenares los prospectos de otras tantas *alcobas higiénicas y económicas;* viéndose cada vez que pasaba por una de estas inmensas camas redondas en grave compromiso para no caer en la tentación de echar su cuerpo á dormir.

Ya se ve, andaba tan despacio y con un aire tal de distraído, que todos le adivinaban su cualidad de forastero y á todo trance querían hacerle su parroquiano.

Si alzaba la vista al cielo se veía cercado por diez ó doce personas de ambos sexos, que á porfía querían ponerle un par de alas debajo de los brazos; si bajaba los ojos acudían otras tantas á enseñarle la estación de un electrocarril subterráneo; si volvía la cabeza hacia la izquierda le ponían en la mano veinte billetes para otros tantos salones de baile, y si angustiado de tanta solicitud corría hacia la derecha, le seguían una multitud de gentes para ofrecerle, el uno, asiento en el GRAN FAETÓN DE LA AURORA, *desde donde se ven cómodamente todos los misterios de la madrugada;* el otro, el último billete que le quedaba para asistir al GLOBO DE LOS ASTRÓNOMOS *y presenciar la retirada de las estrellas*, y más de uno le dijo si quería que le sacara *vistas albográficas* de todos los secretos de la aurora.

Afortunadamente Venancio, que iba demasiado en sí mismo para pensar en los demás, no oía la mitad de aquellos gritos ni escuchaba la mayor parte de tan extravagantes ofrecimientos, y seguía marchando sin saber adónde iba ni ocuparse de averiguar en dónde se encontraba; hasta que sin que él pudiera darse razón de lo que le ocurría, se halló en un aposento elegantísimo, frente á una lámpara de luz melancólica, sentado en una cómoda butaca y al pie de una cama colgada con un lujo exquisito.

Y fué que cansado de dar vueltas y viendo á la puerta de un gran edificio de planta baja un parque lindísimo con sillas de varias clases,

cayó maquinalmente en una de las más cómodas, la cual, desapareciendo del parque por su propia autonomía en cuanto sintió el peso del fatigado caminante, le transportó al aposento referido; haciendo el mueble esta evolución con tal rapidez y tal movilidad, que cuando expiró en los labios de Venancio el grito que involuntariamente le salió del pecho al sentirse girar, ya se halló con su propio sombrero colgado enfrente de su cabeza y sin botas.

Verdad es que si hubiera puesto cuidado aún habría alcanzado á ver cómo éstas marchaban á colocarse fuera de la puerta de la alcoba para la revista de policía de los criados del establecimiento.

Alzóse en pie, asustado, cuando ya sentía que el gabán se le iba camino de la percha, y tirando de uno de los infinitos botones que había á la cabecera empezó á ver desplegarse sobre la almohada un rollo de papel larguísimo, encabezado con estas palabras: *Servicio de cenas.*

No quiso seguir leyendo, é impaciente por salir de allí, se dirigió á la puerta por donde él creía haber entrado, y al tirar del picaporte se ofreció á su vista un magnífico baño de mármol lleno de agua cristalina, que Venancio sintió al pronto que no fuera suficiente para ahogarse en ella; aunque arrepentido al instante de este mal pensamiento, se santiguó y hasta me parece que buscó, sin hallarla, la pililla del agua bendita.

Creyó inútil seguir pulsando aquellas teclas, temiendo tropezar con todas menos con la que le hacía falta para salir de allí, y se detuvo un rato á pensar sobre lo que mejor le convenía hacer, paseando su vista, nada más que su vista, por el aposento, hasta que tropezó con un cuadro en el que estaban escritas las condiciones ó estatutos del establecimiento, y con las manos á la espalda, por miedo de una imprudencia, leyó lo siguiente:

«AL DIOS MORFEO

»*Gran dormitorio público mecánico, superior en lujo, en comodidad y en silencio á todos los conocidos hasta el día, incluso el tan afamado de* LOS SIETE DURMIENTES.

»Los huéspedes de esta casa pueden roncar, soñar á voces y gritar cuanto quieran, en la seguridad de que á nadie incomodan ni por nadie serán molestados.

»La fábrica de este establecimiento tiene la inapreciable ventaja de no ser acústica, hasta el punto de que un tiro disparado en una alcoba, no sólo no se oye en la inmediata, sino que apenas percibe la detonación el mismo que dispára el arma.

»El parroquiano que se retira del club, soñoliento y sin fuerzas ni aun para desnudarse y meterse en la cama, no tiene más que hacer que saberse colocar en la *camarera* y ella sola le desnuda y le acuesta.

»Si la demasiada excitación del cerebro ó por el contrario el cansancio del cuerpo no le permiten dormir tan pronto como desea, le bastará abrir la boca del *Morfeo* que hay á la cabecera de cada lecho, y un suave é imperceptible aroma opiado le dará un instantáneo sueño dulcísimo.

»A esa misma cabeza de Morfeo se le puede pedir cuanto se necesita sin más que hablar en voz baja al oído derecho y escuchar la contestación por el izquierdo.»

Venancio respetó el secreto de las demás condiciones, y sin leer una sola línea más buscó la cabeza, que con efecto estaba en el sitio en que las antiguas camas tenían dos ángeles ó una imagen de la Virgen, y acercándose al oído derecho dijo:

—Quiero salir de aquí al momento.

—¿Adónde queréis ir?—oyó que le preguntaba una voz que salía por la oreja izquierda de la cabeza de Morfeo.

—A la calle—repuso al punto Venancio.

—Sentaos en la camarera—le dijeron.

Y apenas lo hubo hecho, cuando se encontró el sombrero en la mano y las botas en los pies, y un segundo más tarde se halló en el parque frente á un hombre que con una bandeja en la mano le cerraba el paso.

—¿Qué queréis?—le preguntó Venancio.

—Que me paguéis la estancia.

—¿Cuánto os debo?

Y echando mano al bolsillo añadió:

—Aunque bien mirado, vos sois el que me deberíais pagar á mí el atropello con que me habéis tratado.

—Caballero—repuso el cobrador del dios Morfeo,—aquí no se hace violencia á nadie, y precisamente lo que distingue este establecimiento de los demás dormitorios públicos es: que ni tiene *buscones* en la calle para engatusar durmientes, ni ómnibus á la puerta de los clubs llamando á nadie á la cama, ni siquiera reparte prospectos en las academias ponderando las ventajas del sueño á los que están escuchando discursos casi siempre soporíferos. Bien seguro podéis estar de que todo el que entra en estas alcobas lo hace por su propia voluntad. Y no se diga que hay pocos aposentos, ni que no están todos llenos, porque tenemos 1.500 sólo de primera clase, y si acertáis á sentaros una hora más tarde, habríais tenido que estar esperando alcoba más de diez minutos.

—¿Cuánto os debo?—volvió á decir Venancio, convencido de que él se tenía la culpa de lo que le había pasado.

El cobrador le presentó una cuenta que, encabezada con el membrete del establecimiento, decía lo siguiente:

	Rs. Cénts.
Entrada en el dormitorio.	0,50
Camarera á la entrada.	4,95
Idem á la salida.	4,95
Por ver la lista de las cenas.	2,50
Un baño.	8,85
Pregunta á Morfeo.	3,70
Respuesta de éste.	3,70
Una cama fuera de servicio.	8,90
	38,05

Pagó el joven extremeño y siguió andando ya con rumbo fijo á su hotel, donde pensaba pasar un rato á solas consigo mismo para acertar á salir del laberinto de encontradas ideas en que batallaba desde que el amor le había puesto el entendimiento al revés.

Y caminaba de prisa, sin pararse á ver cómo la luz del nuevo día, que ya se vertía esplendorosa y galana por los antiguos dominios de la luz eléctrica, se tragaba los pálidos resplandores de ésta, sin permitirla que osara comparecer á su lado.

Harto tenía en que pensar el enamorado mancebo para acordarse de las alboradas de su pueblo, donde la noche es un verdadero simulacro de la muerte y la madrugada un remedo de la creación.

Iba tan distraído, que ni siquiera paró su atención en una máquina madrugadora, invención modernísima, con que merced á la filantrópica intervención de la *Sociedad protectora de los Animales* han podido los expendedores de leche de burras conservar uno de los gritos más gráficos del alba de 1800.

Entre las campanillas matutinas que se han suprimido se halla el cencerro de las nobilísimas burras de leche que corrían con amoroso afán á amamantar á los tísicos, yendo y viniendo de un punto á otro de la población. Pero se ha suprimido la campanilla, entiéndelo bien, lector, la campanilla, no la burra que la llevaba. Y se ha suprimido con su cuenta y razón y no por un mero capricho. Se ha suprimido porque la sociedad que protege á los animales, como no huelga ni descansa en su filantrópica tarea, pensó que las burras de leche, corriendo atropelladamente á hora tan peligrosa para la salud y parándose sudadas á la puerta de las casas, podrían acatarrarse y adquirir la misma enfermedad que con tanta abnegación saben curar; y como al pensar en el bienestar de esas pobres bestias creyó que debía conciliar sus intereses con los del hombre, dispuso, no que se suprimiera la leche de burras, sino que éstas fueran á las

casas con todo descanso, y no por su propio pie, sino en coche; y al efecto ha construído un gran faetón, cuyo interior es un establo espacioso, cómodo y hasta de lujo, el cual, movido por el vapor ó la electricidad, lleva á los animalitos descansados y hace que los enfermos no beban la leche alterada, como sucedía antiguamente; precaución esta última que desde muy antiguo tomaban las mujeres al dar de mamar á sus hijos: lo cual prueba una vez más que es difícil encontrar nada nuevo y que la moda es una gran colección de antifaces que alternativamente se van poniendo los siglos para coquetear con la humanidad.

Ya ves, lector, cómo aquí no hay más madrugada que la de la industria ni otros madrugadores que los pensamientos industriales.





CUADRO XX

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Donde se prueba que tres venturas pueden ser una gran desgracia.

Cuando Venancio se vió á la puerta del Hotel de la Unidad Transatlántica pidió una carretilla eléctrica, y á pesar de las infinitas vueltas, revueltas, encrucijadas, parques, galerías, vestíbulos y corredores que separaban la entrada del hotel de la puerta de su habitación, pronto se halló dentro de ésta. Porque has de saber, lector, que estas carretillas son verdaderas exhalaciones, con las cuales se pueden llevar y se llevan los cuerpos dos pasos delante de sus propios pensamientos. Y es tanta la rapidez de esta nueva locomoción, que el hombre que se deja arrebatar por uno de esos trineos velocíferos siente dentro de los oídos un hormigueo desagradable y se estremecen sus nervios como si encima de ellos rasgaran tafetanes, y es que su cabeza va cortando el aire como con un cuchillo.

Inventáronse estas carretillas por el ingeniero mecánico de una casa de locos como medio el más eficaz y seguro para despejar el cerebro, y el de Venancio habría llegado limpio y sereno como si se le hubieran vuelto

del revés, á no haber sido tan violentas las impresiones que acababa de recibir y todas ellas en tan corto espacio de tiempo.

Entró en su cuarto con la cabeza pesada como si fuera de plomo, dura como de piedra y ardiendo como un volcán; cerró maquinalmente la puerta, y también sin darse cuenta de lo que hacía dió vuelta á la llave, y sentado en un sillón, con los codos apoyados sobre la mesa de escribir, se dió á pensar en sí mismo, cosa que no le había ocurrido hacer desde que estaba en la corte.

Y á poco rato de estar en esa postura contemplativa arrojando por los ojos torrentes de luz magnética capaces de descubrirle, no ya el pasado, sino el porvenir de la humanidad, si él hubiese sido ó querido ser sonámbulo vidente, empezó á mover pausadamente los labios sin articular una sola palabra, ó sin que yo, á pesar de tener ceñida su cabeza con la masa elástica de mi ser invisible, pudiera entender lo que decía. Pero poco á poco el ejercicio de los labios fué creciendo, entreabríasele la boca cada vez más y empezaban á sonar en el aire algunos monosílabos; hasta que por último, bien fuese porque él alzaba la voz ó porque la atmósfera había aprendido á traducir aquellas gesticulaciones, es lo cierto que se oyeron clara y distintamente las siguientes palabras, de las cuales con poquísimo esfuerzo se podría hacer, ya que no un gran discurso académico, un mediano boceto parlamentario.

«Serénate—dijo,—serénate, Venancio, y entra en cuentas contigo mismo. Discurre con método, y no olvides los preceptos de la lógica y de la dialéctica que te enseñaron tus maestros. En primer lugar, pregúntate á ti mismo quién eres, de dónde has venido y dónde te hallas. Esto último sobre todo es lo que más te importa averiguar. ¿Será ésta la corte de España? ¿No me habrá llevado esa máquina infernal que me sacó de mi pueblo y que no se detuvo en ninguna parte á Inglaterra, á Francia, ó mejor aún á alguna de las repúblicas de América? Porque bien mirado, ¿qué hay aquí que no me sea extranjero á excepción del idioma? Y aun el idioma, ¿cómo le hablan? ¿No me quedo sin entender á la mayor parte de las gentes? Y éstas ¿no se quedan en ayunas cuando yo les hablo? Malditas sean las doctrinas que aprendí en las aulas, que no me enseñaron todo lo que ignoraba y me hicieron olvidar las sabias lecciones de mi tío el canónigo. ¡Qué razón tenía el buen señor cuando me decía que las aldeas eran el limbo, los pueblos el paraíso, las capitales de provincia el purgatorio y la corte el infierno!

»¡Ah! Si yo pudiera tener la fe de aquel santo varón, bien pronto liaría el petate y daría la vuelta á mi lugar, renunciando, aunque mi madre se apesadumbrara, no ya á ser más, pero ni siquiera tanto como el hijo de doña Tomasa, el cual ya veo yo que no murió de muerte natural, sino

que acabaría sus días en una casa de locos, como me sucederá á mí si Dios no me da el valor que me falta para huir de aquí.

»Porque después de todo—añadió tras de una breve pausa,—¿qué papel voy á hacer yo en el Parlamento, suponiendo que salga elegido diputado? ¿Qué tiene que ver el derecho que yo he aprendido con el que estas gentes practican? ¿Me he de estar con los brazos cruzados y la lengua pegada al paladar mientras gritan en las calles ¡mueran los abogados! y proclaman la libertad absoluta de todo y para todos? Esto es imposible; decididamente me vuelvo á mi casa.»

Y al pronunciar estas últimas palabras, con las cuales sintió un gran alivio en la cabeza, porque ya le parecía que acariciaban su abrasada frente las puras auras de la campiña, se escuchó en el aposento un campanillazo eléctrico. Alzó el joven extremeño la vista hacia el reloj telegráfico, y vió que alguien preguntaba en una de las doce porterías del hotel si estaba en casa. Respondió que sí, moviendo á su vez otro hilo eléctrico, y sostuvo el siguiente animado diálogo telegráfico:

—El gobernador civil del barrio 580 os avisa que habéis sido elegido diputado por once votos contra diez. ¿A qué hora y en qué salón queréis la comida?

—A ninguna; hoy no como en el hotel.

—No se os pregunta por vuestra comida, sino por la del cuerpo electoral.

—A la hora de todos los días, en mi cuarto.

—En vuestro cuarto no caben más que doce cubiertos, y se necesita una mesa lo menos de cuarenta.

—¿Cómo tantos, sino son más que once los electores?

—Los que os han votado son once; los que han tomado parte en la votación veintiuno, y además hay que poner también cubierto para los agentes electorales y para dos improvisadores, cuando menos, que se necesitan á la hora de los brindis. El taquígrafo y el fotógrafo comerán en segunda mesa. Si se ponen cuarenta cubiertos no sobrará ningún asiento, porque estos actos son muy concurridos y se dice que vuestro triunfo ha excitado gran entusiasmo.

«Si bien caballero me iba, buenos azotes me daban,» dijo Venancio, hablando consigo mismo.

Y cortó la conversación que tenía con el portero por medio del telegrafo, diciendo:

—Que se haga todo con decoro y como sea costumbre.

—Quedaréis perfectamente servido. El negociado de la etiqueta hará ahora mismo un programa, que os presentará á la aprobación el maestro de ceremonias.

Una sonrisa amarga, porque ya tú sabes, lector, que hay sonrisas que destilan hiel y corroen la boca, se dibujó en los labios de Venancio al oir lo del maestro de ceremonias y quererlo casar en su memoria con la manifestación popular que acababa de ver, á tiempo que asomaban por tres distintos buzones abiertos en el muro y como movidos por una mano invisible tres distintos papeles.

Era el uno *El Eco Matutino*, periódico del hotel, cuya *última hora*, escrita con grandes caracteres, llamó bien pronto la atención de Venancio, y decía de esta manera:

«Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros suscriptores que uno de ellos mismos, nuestro apreciable huésped el número 1.684, ha sido elegido diputado por el distrito 580.

»Un sentimiento de modestia, que creemos ha de ser bien interpretado por el público del hotel, nos sella los labios. Otros aplaudirán como se merece esta acertadísima elección. El país y el hotel están de enhorabuena.

»¡Vivan los electores del distrito 580!

»¡Viva el nuevo diputado!»

El otro papel era un billete concebido en estos términos:

Os espero á las doce. El viaje durará veinticuatro horas más de lo que yo había calculado.—SAFO.

Era también una carta el tercer documento; pero una carta de provincias, que decía así:

«Hijo de mi alma y de mi vida: Entre morirme aquí de tristeza por no tenerte á mi lado y exponerme á perecer en un descarrilamiento camino de la corte, donde si Dios me permite llegar con vida tendré el consuelo de abrazarte, prefiero esto último. No sé lo que pensarás de mi resolución, pero todos los parientes y los amigos la han aprobado, porque todos ellos saben lo que sufro ausente de ti y con unas cartas tan cortas como las que me escribes de pocos días á esta parte.

»Pensé deshacer la casa, vendiendo aquí los muebles, pero no he tenido valor para tanto. Lloraba como una niña cuando veía á estos compañeros de mi infancia, mudos testigos de todas las penas y las alegrías de mis abuelos, próximos á pasar á manos extrañas, vendidos por un puñado de oro, y he resuelto llevarlos conmigo. Ayer se cargaron todos, perfectamente empaquetados, en los carros del tío Donato, que los llevarán hasta la estación del ferrocarril. Cuida de salir á recogerlos para que no se rompa ninguno.

»Yo salgo mañana, y cuento por minutos los que me faltan para verte. ¡Dios quiera que nos abracemos con buena salud!

»Mientras tanto, recibe la bendición de tu madre, que te ama mucho, mucho.—*Ruperta.*»

Esta vez no se llevó Venancio las manos ni á la cabeza ni al corazón, sino que abrió los brazos, dejando que el corazón se le saliera del pecho y la cabeza le estallara, para acabar de una vez con la vida, que le era ya una carga harto pesada.

Y al alzar los brazos al cielo lo hizo teniendo en una mano la carta de Safo y en otra la de su madre, exclamando:

—¡Dios mío! Si es que me estoy volviendo loco, quitadme de una vez el poco juicio que me resta, porque ya no puedo más. ¡No puedo más! —añadió con acento de verdadera amargura.

Y cayó sin aliento sobre la butaca.

. . . .

Hasta qué punto estaba justificado el desaliento de Venancio, tú lo sabes, lector. Aún daba muestras de muy cuerdo, puesto que pensaba en que iba volviéndose loco.

Con menos cosas de las que á él le habían sucedido habría perdido el juicio cualquier otro.

El club de los espiritistas, el telégrafo de noticias frescas, la manifestación popular, la degeneración del pueblo, tan frío en amor como en amistad, como en política, todo lo había visto en una sola noche; y á la madrugada, cuando el astro del día debía iluminar sus sentidos para decirle si estaba soñando ó despierto, se encontraba con nuevos y extraños sucesos. Sucesos que si no eran mayores que los que había visto durante la noche, le tocaban mucho más de cerca, le interesaban más vivamente.

¡En qué momentos veía por primera vez la firma de Safo! Compréndelo bien, lector, con observar que la vió sin besarla.

¡Cuando se le proporcionaba la ocasión de hacer con ella un viaje! ¡En los momentos en que estaba entrando en Madrid el ajuar histórico de su familia, regado con las lágrimas de su madre, y cuando esta señora debía llegar á la corte y él debía salir á recibirla!

¿Era posible dudar entre su madre que tanto le amaba y la mujer que ni siquiera comprendía su amor?

Antes de que le ocurriera pensar en lo que debía hacer para cumplir con ambos deberes, que si para ti, lector, no son iguales, para él eran ambos imperiosos, llamaron á la puerta y dijeron:

—El maestro de ceremonias pide permiso al número 1.684 pora someter á su aprobación el programa de la comida electoral.

—«*¡Matadme, cielos, matadme!*»—dijo Venancio, viniéndole á los labios este verso de *García del Castañar,* cuya comedia había representado en su pueblo.

Y mientras esto ocurría en su aposento, las gentes se paraban en cada una de las doce puertas del hotel, en las que se veía un gran cuadro con lazos de color, como los que antiguamente ponían los loteros para anunciar el premio grande y en el que se leían estas palabras:

La elección del distrito. 580
ha recaído en el número. 1.684
de este establecimiento.





CUADRO XXI

EL MAESTRO DE CEREMONIAS

Aunque la *Sociedad económica de Amigos del Tiempo* no había fundado aún las *cajas de ahorros* de ese capital, que con gran éxito están funcionando hace muchos años en Inglaterra, país clásico de la esclavitud en materia de minutos, habían adquirido los individuos de ella tal práctica en economizar instantes, que eran unos verdaderos avaros del tiempo. Cierto es que pudiendo imponer esos ahorros en los establecimientos de crédito, que por causa del sol y de otros padres de la vagancia aún no existían en España, se limitaban á contar y recontar á solas los minutos economizados, como el avaro apilaba en 1800 las onzas de oro que en 1850 desapilaron las leyes desamortizadoras, las sociedades anónimas y las empresas industriales.

Y estos hábitos de economía y de templanza en el uso del tiempo, de tal modo habían desarrollado la afición á vivir de prisa, que cada socio de la Económica parecía una locomotora, y sus pensamientos y sus brazos andaban más de prisa que noticia eléctrica en alambre telegráfico. Así como el avaro de AYER malgastaba el tiempo, que es el gran capital, en pensar y discurrir el modo de ahorrar cada día un ochavo á costa de su propio alimento, el economista de MAÑANA ahorra desde luego tiempo pensando á escape la manera de no dejar un minuto sin hacer en él alguna cosa de provecho

Esto hacen los individuos de la *Sociedad económica del Tiempo;* pero como Venancio no pertenece á esa sociedad, sino que, por el contrario, ha nacido y está criado en un país donde ese capital se malgasta y se derrocha con verdadero despilfarro, es lo que se llama un hijo pródigo del tiempo, al cual se le pasan los minutos y las horas pensando hacer mucho y sin hacer nada, como se le habrían pasado los años y los siglos si los hubiera tenido á su disposición.

Créeme, lector, que si el sol hubiese estado obligado á pedir permiso al joven extremeño para venir á alumbrar la tierra ó ésta para pasar por delante del sol, se habrían pasado muchos días sin que amaneciese.

No es así, por fortuna de la humanidad que está tocando á las puertas del siglo XX; y por eso, mientras él había perdido el tiempo en alzar los brazos al cielo, como si en el aire hubiera de atrapar el consejo que debía buscar dentro de sí propio, el maestro de ceremonias del hotel había redactado el programa del banquete electoral y se presentaba á solicitar la aprobación de su obra en el aposento 1.684.

Es el maestro de ceremonias un hombre que, lejos de poder excusar con su obesidad la omisión de algunas cortesías y genuflexiones, se halla tan enjuto de carnes y tan apergaminado que puede doblar el espinazo hasta meter la cabeza entre los talones sin perder tierra, y sabe hacer tales quiebros y tales contorsiones con todo su cuerpo, que causa envidia á los demás funcionarios de su clase, y en los tiempos de la antigua etiqueta cortesana habría sido requerido por muchos soberanos para confiarle el espinoso cargo de introductor de embajadores.

Tan enjuto como es de cuerpo lo es de rostro, y sus facciones tienen la misma movilidad que su espinazo.

Frunce el ceño hasta dejar la frente una pulgada á retaguardia de las cejas; arquea éstas hasta hacer unas veces la línea horizontal y otras el arco agudo de la ojiva; pliega y despliega los labios con una coquetería inimitable; saca y mete la barba como un salmonete; tiñe y destiñe las mejillas con rapidez increíble, y por último eriza el cabello cuando viene al caso como si le pasaran por la cabeza una corriente eléctrica.

La cortesía que hace al ver á Venancio no es de las de primer grado ni tampoco de las últimas; pero como el hidalgo extremeño no ha visto nunca un espinazo tan flexible, dobla á su vez el suyo cuanto puede para corresponder dignamente á aquella atención; á cuya inusitada devolución de etiqueta cierra los ojos el maestro de ceremonias, tuerce la cabeza hasta echar la barba sobre el hombro izquierdo y lleva las manos al pecho, como diciendo: *Domine, non sum dignus ut remitas salutationem meam.*

Y no lo es en efecto, porque lo mismo en el Hotel Transatlántico que

en los demás establecimientos públicos en que se conoce esta clase de funcionarios de la etiqueta, están acostumbrados á recibirlos sultánicamente, y la verdadera cortesía que ellos se meten en el alma es la que saca del bolsillo el cumplimentado para gratificarles cuando se han acabado las ceremonias.

Pero Venancio, aunque sabe de sobra que todos aquellos cumplidos se los pondrán en cuenta muy cumplidamente, no puede permanecer sentado mientras aquel personaje le hace reverencias, y lleva su franqueza extrema hasta rogarle que se siente. Exceso de cortesanía que lejos de ser agradable al maestro de ceremonias nubla un tanto su semblante, porque teme que allí donde son tan pródigos en cumplidos anden escasas las monedas, y con cierto aire de severidad que casi tiene asomos de reconvención dice que no puede sentarse porque se lo prohiben las ordenanzas de su profesión.

Y sacando de entre el ropón de terciopelo morado en que viene envuelto un álbum ricamente encuadernado, le extiende sobre la mesa, no sin poner primero un paño de terciopelo carmesí galoneado de oro.

—Aquí tenéis—dice—los modelos del decorado de las salas de comer, de beber y de fumar, con los servicios de mesa y demás adornos que se usan en estas solemnidades electorales. Tened la bondad de decirme el que os parezca mejor para cada uno de esos tres tiempos del banquete.

—Ya he dicho—replica Venancio asombrado, y digámoslo de una vez, apestado de aquellas ceremonias,—que se haga todo con decoro y como sea costumbre.

—Perdonad, caballero—dice haciendo una nueva cortesía el maestro de ceremonias;—pero el decoro no tiene límites ni precio marcado en la cartilla de la etiqueta, y en cuanto á la costumbre tampoco hay reglas fijas para establecerla.

—¿Ha habido algún otro huésped en este hotel que haya sido elegido diputado?—pregunta Venancio.

—Muchísimos. ¡Pues si esta casa puede llamarse la antesala del Parlamento! Yo no sé en qué consiste, pero candidato que toma habitación en este hotel tiene segura la elección.

—¿Y qué han hecho los que se han visto en el caso que yo?

—Cada uno ha obrado como le ha parecido, con arreglo á su posición social, á sus aspiraciones parlamentarias, á los gastos hechos de antemano en la elección ó á las más ó menos esperanzas de hacer una fortuna en el Parlamento.

—Yo no me hallo en ninguna de esas condiciones—dice Venancio, hojeando con indiferencia el álbum,—y casi estoy tentado por renunciar el cargo de diputado.

El maestro de ceremonias se encoge de hombros como si dijera: «¿ y á mí qué me cuenta usted?,» y el joven extremeño añade:

—¿Qué tal os parece la idea de la renuncia?

—A mí no me parece ni bien ni mal; pero si habláis con formalidad y queréis consultar lo que os conviene hacer en ese asunto, me retiraré y diré al *Mentor* del hotel que venga á enterarse y á aconsejaros.

Muchas cosas se le habían indigestado á Venancio desde que estaba en la corte; pero lo de saber que en el hotel había, no sólo maestros de ceremonias, sino mentores que se alquilaban para pedirles un consejo, como se alquila un caballo para dar un paseo, se le atragantó de tal modo, que para arrojarlo tuvo que soltar una fuerte carcajada, y mirando á su interlocutor con aire de lástima, dijo:

—¿Y hay también *tutores* en el establecimiento?

—Sí, señor, que los hay y prestan muy buenos servicios; porque como los tenemos de ambos sexos, tan pronto es un niño á quien le hace falta un padre para una solemnidad universitaria, como una doncella que necesita una madre en representación de la suya propia ó cualquier otro individuo á quien le conviene el tutor para su uso privado ó para una presentación pública. Sólo así—añadió con cierto aire de orgullo el maestro de ceremonias—se pueden sostener estos grandes hoteles que tan combatidos fueron al principio por los que creían que iban á relajar los lazos de la familia. Indudablemente que si se hubiesen montado como las fondas ordinarias, no habrían alcanzado el crédito que hoy justamente tienen. Tan perfecta como es esta casa en la parte material del servicio mecánico, lo es en la moral, digámoslo así, en la que afecta á la representación y al decoro de los huéspedes. Sin temor de ser desmentidos pueden decir los del Hotel Transalántico que aquí no se echa de menos nada de cuanto pueda ser necesario en la vida moral y en la material.

—Sí, ya veo—replicó Venancio sonriendo amargamente—que se venden consejos, se prestan tutores y se alquilan madres.

—Exactamente; todo eso se hace, por más que lo digáis con cierto aire de burla. Ayer mismo el número 565 me avisó para que presidiera en su nombre un duelo, porque él estaba obligado á asistir á otro negocio de mayor interés, y lo hice con tal gravedad y tal sentimentalismo, que *El Eco de las tumbas* y *El Condensador de las lágrimas* declaran en sus números de anoche que jamás han asistido á una ceremonia más conmovedora ni han visto despedir un duelo con más dignidad ni más extremos de dolor. Y claro está—añadió el maestro de ceremonias—que si no se hiciera así sería imposible que los hombres de negocios pudieran multiplicarse atendiendo por sí ó por procurador á varias cosas á un tiempo.

Venancio parecía estar distraído mientras su interlocutor seguía pon-

derando las ventajas y excelencias de las delegaciones personales, y ni asomó á sus labios la risa al oir los títulos de los periódicos funerarios, ni interrumpió con pregunta alguna la impertinente charla de aquel hombre, que continuó citando diferentes casos en que él había representado dignamente á sus comitentes, suplantando padres, remedando hermanos y fingiendo amigos. Pero la distracción del joven extremeño era aparente, porque no sólo oía cuanto decía el maestro de ceremonias, sino que su semblante se fué animando á medida que iba comprendiendo que el hombre podía multiplicarse para atender á muchas cosas á un tiempo; y fijando su vista á la vez en la carta de Safo, que le citaba, como sabe el lector, para las doce de aquella mañana, y en el reloj, que marcaba las diez y media, exclamó con aire de verdadera exaltación:

—¡Conque es decir, que yo puedo asistir á la comida electoral y salir cuatro horas antes para la Laponia y estar á la vez en Madrid para recibir á mi madre!

El maestro de ceremonias no comprendió que aquella exclamación era una consulta que á quemarropa le hacía Venancio, y le miró con cierto aire de extrañeza y aun con algo de lástima, como si la sospecha que había concebido de que aquel huésped no estaba muy en su juicio recibiera una completa confirmación. Pero el joven extremeño repitió la pregunta exigiendo una respuesta, y el diplomático, tomando un aire de seriedad verdaderamente ridícula, dijo:

—Caballero, me honráis demasiado con vuestra confianza; pero ya os he dicho que el hotel tiene mentores para esta clase de consultas, y yo no sé si debo.....

—Yo quiero que seáis mi mentor en este asunto—dijo Venancio.

—Mil gracias, caballero, pero os advierto que cuando se extienda la cuenta de la consulta no extrañéis que se haga constar que á instancia vuestra he funcionado como tal mentor. Y no lo digo porque me falte capacidad para desempeñar este cargo, sino porque aquí nos respetamos mucho los unos á los otros y no quisiera sentar plaza de entremetido ni quitar á nadie sus honorarios.

—Sea como gustéis—repuso Venancio cada vez con mayor exaltación, como si la carta de Safo, que no soltaba de la mano, le trastornase los sentidos;—pero no perdamos el tiempo y decidme qué debo yo hacer en este caso.

—¿En qué caso?—preguntó el maestro de ceremonias.—Hablad; que por lo que he podido comprender, se trata de que tenéis tres cosas que hacer casi á la misma hora.

—Justo y cabal—dijo Venancio con alegría y pareciéndole un verdadero oráculo el maestro.—¿Cómo se hace para no faltar á ninguna?

—¿Cuál es la que más os interesa?

—Las dos.

—Es decir, ¿que ya hemos descartado una de ellas? Será la del viaje. Me parece bien que no vayáis á Laponia en esta estación.

—¡Al contrario!—gritó Venancio con exaltación.—Ese viaje me es indispensable. A lo que renuncio es á la comida electoral. Suspendedla para cuando yo vuelva.

—No seré yo quien os aconseje semejante cosa—replicó el maestro de ceremonias,—porque sería muy mal visto un aplazamiento tratándose de un banquete electoral. Si no podéis asistir nombráis una persona que os represente.

—Vos podéis hacerme este favor.

—Es obligación mía. Lo haré de manera que quedaréis mejor que si asistieseis en persona. Si queréis darme instrucciones acerca de vuestros principios económicos y políticos, no me apartaré un ápice de ellos en el discurso, y si no me decís nada y lo dejáis á mi cargo, haré un brindis que parezca encerrarlo todo y que no comprometa á nada.

—Haced esto último—repuso Venancio, preocupado con la cuestión magna que aún le faltaba resolver.

Y era tal el trastorno en que estaba su razón, á medida que se acercaba la hora de acudir á la cita de Safo, que juzgando posible que el maestro de ceremonias le inspirase la manera de irse por esos mundos de Dios con la prenda de su corazón y quedarse á la vez en Madrid para recibir á la prenda querida de su alma, tuvo la candidez de decirle:

—¿Y cómo hago para ir al viaje y estar aquí cuando venga mi madre?

—¿Cuántos días pensáis faltar de Madrid?

—Cuatro ó cinco.

—¿Cuándo debe llegar vuestra madre?

—De un momento á otro.

—En ese caso debemos echar una cuenta.

—¡Una cuenta!—dijo Venancio con infantil alborozo, como si el echar la cuenta fuese echar del otro lado la dificultad.

—Sí, una cuenta; la de averiguar cuál de las dos cosas os tiene más cuenta.

—Las dos.

—Eso no es posible, nunca hay dos negocios iguales. Miradlo bien, que alguno de ellos os tendrá más cuenta que el otro. ¿Podéis aplazar el viaje?

—De ningún modo.

—¿Podéis enviar alguna persona en vuestro lugar?

—Imposible.

—Pues en ese caso marchad.

—¿Y mi madre?

—Aquí la encontraréis cuando volváis. Si queréis que se aloje en el hotel se la saldrá á recibir con el tren que digáis y se le hará presente vuestra ausencia. Yo os aseguro que se la tratara de manera que no echará de menos nada.

—Lo echará de menos todo si no puede echarse en los brazos de su hijo.

—Cuando sepa que estáis ocupado en un negocio de verdadero interés, se alegrará mucho de no veros, porque lo que quieren todas las buenas madres es que prosperen los negocios de sus hijos.

Venancio se dispuso á replicar al maestro de ceremonias imponiéndole silencio; pero la vergüenza que le causó haber profanado la memoria de su madre, poniendo su amor filial á discusión con un ente mercenario, fué el rayo de luz que alumbró su razón, deplorablemente ofuscada hasta entonces, y cortando aquella entrevista dijo con aire de verdadera dignidad:

—Pensaré lo que debo hacer, y mientras tanto, si no estoy en el hotel á la hora del banquete presididle en mi nombre, excusando mi falta de asistencia por un asunto de familia; pero es posible que yo os ahorre esa molestia.

—De todos modos—replicó el maestro de ceremonias,—puesto que no tenéis seguridad de poder venir quedo comprometido y no tomaré ninguna otra comisión para esa hora.

—Sí, sí—repuso Venancio, alzándose en pie é indicando á aquel hombre que podía tomar la puerta.

En vano quiso éste que el diputado electo designara en el álbum la clase de mesa, servicio de ésta y el número de platos y de vinos que habían de presentarse en el banquete. Venancio se negó á escucharle y le despidió diciéndole que le autorizaba para disponerlo todo como mejor le pareciese; á cuyo voto de confianza respondió el maestro de ceremonias arqueando las cejas, poniendo los ojos en blanco y quebrando de tal modo el cuerpo que el orador más experimentado no hubiese expresado mejor su gratitud en un discurso de hora y media.

Cuando el joven extremeño se vió solo en su cuarto, dió tres patadas en el suelo, se mesó los cabellos y dijo en voz alta con acento de verdadera desesperación:

—Yo me tengo la culpa de todo lo que me pasa. ¡Maldita sea la diputación y el hijo de doña Tomasa y el fabricante de agua de Colonia y....

Tal vez iba á pronunciar el nombre de Safo, enredado entre aquella maldición, porque cerró la boca y los ojos haciendo un gesto repulsivo como el que hacen los cantantes cuando la garganta les anuncia un gallo,

y mirando al reloj, que marcaba las once y cuarto, cogió el sombrero y salió precipitadamente de su aposento.

Y aún no había dado diez pasos en la galería, cuando se encontró con los músicos de la secretaría del Parlamento, que venían á saludarle con *el himno de los escogidos;* la murga del distrito, que le tocó *la marcha de los vencedores,* y más de cincuenta enviados de otros tantos gremios, artes, industrias y fábricas, que se apresuraban á entregarle sus tarjetas para ganarse su voluntad y su voto en las cuestiones que tenían pendientes ante la representación nacional.

—¡Vuelvo, vuelvo!—gritó con verdadero terror el joven extremeño, defendiéndose casi á puñadas de aquella turbamulta. Y salió á la calle desencajado y pálido como un difunto.

Indudablemente, lector, que en esta sociedad de MAÑANA hay razón para eso y para mucho más, porque á medida que las máquinas van jubilando brazos, éstos, que ya no saben ni pueden estar ociosos, se dedican á una porción de industrias nuevas que marean y aturden á los incautos forasteros.

El maestro de ceremonias es un tipo que se halla en todas partes, bajo multitud de formas, en diverso traje y para todas las necesidades de la vida.

Por eso el habitante de la corte, verdadero conocedor de la Babilonia que anda por el suelo, viaja por los trapecios, por la maroma y en los globos, bajando á la tierra lo menos posible, ó bajando demasiado, hasta vivir debajo de ella, en el Madrid subterráneo.





CUADRO XXII

LA SEÑORITA SAFO Y LA SEÑORITA NORMA

Cuando Venancio se vió en la calle, libre de la enfadosa presencia del maestro de ceremonias y sin que atronaran sus oídos las murgas parlamentarias, alzó los brazos al cielo, sin soltar de la mano ni la carta de su madre ni el billete de Safo, y echó á correr en dirección de la casa de su amada, que por fortuna estaba á pocos pasos del hotel.

Involuntariamente fijó la vista en el cuadro que anunciaba al público el resultado de su elección, y se sonrió amargamente, mientras le cerraban el paso y le acometían una porción de vendedores ambulantes gritando:

LA LISTA GRANDE *con los nombres, apellidos, oficios y opiniones políticas de los nuevos diputados.*

EL CROQUIS DEL PARLAMENTO *en relieve y colores, donde se marcan las zonas políticas de cada fracción parlamentaria, indicando con medias tintas los bancos en que se sientan los pancistas.*

LIBRITO *para escribir y notar discursos de todas clases, programas, acusaciones, proyectos de ley y ardides parlamentarios, al uso moderno. Tiene la explicación este librito.*

NUEVO MANUAL DEL DIPUTADO, *en que se ofrecen toda clase de reglas y preceptos para huir de las inconveniencias parlamentarias; décimasexta edición, corregida y aumentada con una tabla cabalística para las votaciones nominales.*

Sin detenerse á comprar ninguna de esas obras ni fijar su atención en los títulos de otras análogas que pregonaban por todas partes, llegó Venancio á casa de Safo cuando aún faltaban quince minutos para la hora de la cita.

No tuvo necesidad de sacar el reloj del bolsillo, porque el corazón saltándole dentro del pecho le anunció que aún estaba en casa la señora de sus pensamientos, y sin saludar á la portera, que como de costumbre trabajaba en el gran padrón de la estadística vecinal, llegó á la presencia de Safo; la cual, si en la primera visita se le apareció de una manera extravagante y romántica, en esta ocasión le dejó completamente aturdido y maravillado.

Después que el joven extremeño hubo entrado en la antesala y recibido en ella el saludo de una *doncella honoraria*, atravesó la sala de armas, y al cruzar con paso resuelto el salón gimnástico, donde no vió persona alguna, oyó detrás de sí una voz dulcísima que le dijo:

—Así me gustan á mí los hombres.

Volvió la cabeza y no vió á nadie; pero el corazón le hizo alzar los ojos al cielo, y allí, suspendida en el aire, en actitud verdaderamente angélica, vió lo único que le faltaba ver para cegar por completo.

Apoyada la mano izquierda en una argolla y sujeto el pie derecho en otra, ambas pendientes del techo, la presidenta de la Filosofía Socialista, la mujer que doce horas antes había producido una manifestación popular de las más trascendentales, parecía un ángel cayendo por primera vez desde el cielo á la tierra. Y lo parecía con tanta más razón cuanto que, gracias á las licencias poéticas que Horacio reconoció en los pintores y en los poetas, han logrado los ángeles andar menos á la ligera de lo que anduvieron por el paraíso, y como los escultores destajistas de los siglos XVIII y principios del XIX los vistieron de caballeros particulares con botas de montar y espolines, ni siquiera este último requisito faltaba á nuestra celebérrima poetisa. Menos las alas, y aún podía suponerse que las tenía porque estaba pegada al techo, gracias á las argollas y al trapecio, toda la figura de Safo recordaba la del Arcángel San Rafael acabada de salir de las manos de uno de aquellos infatigables tallistas que, sin otra recompensa que el vestido y la comida, hacían santos á jornal en el claustro de un convento.

Venancio quedó como petrificado ante aquella hermosísima visión, y sin darse cuenta de lo que hacía, alzó los brazos al techo para recibir en ellos el cuerpo de su amada, á tiempo que ésta se descolgó por una cuerda con una agilidad digna del más experimentado grumete.

En su mano, un tanto amoratada y más de un tanto crecida por el violento ejercicio que acababa de hacer, recibió un ósculo de amor del

enamorado galán, el cual no repitió la dosis porque creyó oir pasos en la pieza inmediata, y al punto retiró los labios y aun tuvo conatos de pasar por ellos su mano como hacen los niños golosos cuando son sorprendidos á la entrada de una despensa.

Ignoraba el pobre hidalgo extremeño que lo que acababa de hacer no tenía importancia alguna y que, no ya en la mano y á hurtadillas, sino en el rostro y públicamente, podía besar cuando se le antojara á Safo y á cuantas mujeres le saludaran con el dictado de amigo.

Verdad es que si lo hubiera sabido, el beso le habría amargado ó no le hubiera pasado de los labios, llegándole como le llegó al corazón, ni más ni menos que á su abuelo le llegaba el contacto de una mano femenina cuando, encendido como un pavo, la buscaba en secreto por debajo del verde tapete de aquella célebre camilla de AYER, y á su padre el primer beso de mujer que halló detrás de una puerta ó entre los pliegues de un dominó en 1850, cuando ya el estrechar una mano se hacía por encima del tapete y sin teñirse de rubor el que apretaba ni la que recibía el apretón.

Y esto es tan cierto, que si Safo hubiera comprendido que aún se quedaba con ganas de besar, le habría dicho «siga usted besando,» sin importarle nada, no ya de los pasos que allí cerca se oían y ella sabía bien quién los daba, sino de que la sala hubiera estado llena de gente.

Era Norma, su amiga y colaboradora literaria, la que se acercaba y la que entró en el salón gimnástico, cuando aún Venancio paladeaba el beso y se apartaba de Safo para mejor disimular lo que no tenía más delación que el disimulo.

Norma, la futura esposa del célebre lapón, folletinista del *Eco de las Soledades*, no nació hermosa, pero nació mujer; y como decían los antiguos, aunque no era bonita se paseaba entre ellas y hasta puede añadirse que parecía mejor que todas. Alguien dijo y muchos hemos repetido aquello de que el poeta nace y el orador se hace, y sin embargo esto puede aplicarse mejor á la mujer, diciendo que la buena moza nace y la mujer graciosa se hace.

En todos tiempos y todas edades, desde que el mundo se anunció á sí mismo por medio de Eva, el Apolo del bello sexo, han nacido, nacen y es de creer que nacerán mujeres hermosas, tipos acabados y perfectos de belleza absoluta, para los cuales el peluquero, el joyero y la modista son tres enemigos capitales, como lo es la restauración de las verdaderas obras maestras del arte. Si Venus hubiera salido de las espumas del mar con el cabello recogido, el pecho encerrado en un corsé, el cuerpo embutido en un miriñaque y los brazos enfundados en seda como un paraguas ó un manojo de bastones, y por remate de esa restauración artística se hubiera pintado los labios, teñido las cejas, sombreado los ojos y espolvoreado el

cutis del rostro y de las manos, habría parecido mejor ó peor á los gentiles, pero no hubiese pasado á la posteridad con el indisputable renombre de buena moza. Y otro tanto decimos de Eva, que monda y lironda se anduvo paseando por el paraíso, sin presumir que para agradar al hombre tuvieran las mujeres necesidad de la química, de la orfebrería y de las fábricas de tejidos de seda. Ella era el poeta de la hermosura, y con sólo venir al mundo tenía acabada la carrera de sus encantos.

Pero la descendencia de Adán ha sufrido infinitas degeneraciones, y he ahí el origen de los oradores de la hermosura. La mujer que no ha logrado nacer hermosa se hace graciosa. Carece de los encantos naturales con que la mujer como el poeta se impone al mundo por encima de todos los preceptos y todas las reglas del arte, y acude á la elocuencia de los afeites, de las telas y de la pedrería, para entrar á fuerza de gracias en competencia con la verdadera hermosura.

Y lo que hace con los adornos materiales lo hace también con los morales, llamando en su auxilio á la discreción, á la travesura y á la amabilidad, para hacer en derredor de su individuo una atmósfera de gracia y de belleza que no deje ver la ausencia de la hermosura. La insinuante oratoria de sus ojos, la brillante elocuencia de sus labios, los incontestables argumentos de sus cabellos y las dotes parlamentarias que respiran todos sus adornos, todos sus gestos y todos sus ademanes, hacen exclamar á primera vista: «¡Qué mujer tan hermosa!,» y un poco después: «Es fea, pero tiene un *no sé qué.....*»

Pues bien, lector, *el no sé qué* es la gracia, es la oratoria de la belleza, es la falsificación de la hermosura, es un aderezo de vidrio tan bien tallado y tan bien hecho que unas veces por ignorancia y otras á ciencia y conciencia de su falsedad prefiere el mundo al aderezo de brillantes.

Y esto sí que no es cosa de AYER ni de HOY ni de MAÑANA, sino de siempre, de todos los tiempos y de todos los pueblos. ¡Bueno andaría el mundo si á las mujeres se les exigiera la talla como á la tropa y se les midieran las facciones con un compás, desechando las que no se ajustaran al original de Eva ó de la diosa Venus!

Un siglo y algo más ha pasado desde que cierto mozo de ingenio, requebrando en público á su novia, le cantó la siguiente copla:

«Con la sal que derrama
mi *feotona*
se mantienen un año
las buenas mozas.»

¡Si el que no se consuela es porque no quiere!

Pero Norma, lejos de estar desconsolada, se consideraba muy feliz siendo como era.

Y era de poca estatura, de no muchas carnes y no bien repartidas, sin que por esto se crea que el reparto era tan desigual que jorobase ninguna parte del cuerpo, sino que por el contrario, en gracia propia y del sastre, tenía un talle delgado y esbelto que no había más que pedir. El desequilibrio carnoso no pasaba de la cara, en lo que estaba á la vista, y consistía en que los labios habían salido mejor librados que la nariz, que era pequeña aunque remangada, y todo lo que la frente tenía de deprimida los carrillos recogieron por abultados, circunstancia esta última que hacía parecer los ojos más pequeños de lo que eran en realidad. Por lo demás, aunque la boca era muy rasgada, como la dentadura era grande quedaba toda llena, y en esto no había desigualdad. El cabello y los ojos eran muy negros y el cutis no lo era tanto aunque resultaba bastante obscuro.

Á pesar de esto, ó precisamente por esto, Norma tiene fama de mujer bonita, hasta el punto de que algunas gentes, para quienes el progreso en todo y para todo es una ley obligatoria, empezaron por decir que tenía alguna gracia, avanzaron á llamarla graciosa, luego la tuvieron por bonita y ya hoy les parece hermosa. Y aunque esto va en gusto, no creas, lector, que el de estas gentes de MAÑANA se ha pervertido hasta el punto de tomar lo blanco por negro, sino que como la industria se ha apoderado de la naturaleza, en este ramo de la mujer con más perfección que en ningún otro la hermosura se falsifica como se quiere, y ya ni los ojos más ó menos grandes ni más ó menos negros ni el cutis blanco ni el labio de fuego ni la mejilla de rosa seducen á nadie. Toda la sociedad está en el secreto, y las caras no se toman como son, sino como serían si no hubiesen dejado de ser lo que eran; es decir, restando. Por eso Norma, que tiene el buen talento de no falsificar su tipo cubriéndole con una belleza exótica, sino que por el contrario le ha buscado adornos y gracias *indígenas*, esto es, homogéneas á sus facciones, parece graciosa, y tiene derecho á que cuantos la ven la encuentren el *no sé qué* que en todos tiempos hizo á no sé cuántas mujeres reinas del buen tono, llevando atadas á su carro triunfal centenares de buenas mozas.

Safo es de estas últimas. Perdóname, lector, si de una manera tan absoluta no te lo he dicho hasta este momento. Quiero que entre tú y yo no haya secreto alguno, porque necesito que todos mis personajes te sean simpáticos, y que á cualquiera de ellos que cometa un disparate le des la razón y digas, sin que otra cosa te quede en el cuerpo: «Ha hecho bien, ¡canario!, yo en su lugar hubiera hecho otro tanto.»

Y ya puedes empezar á decirlo ahora mismo, porque te advierto que Venancio, á pesar de haber ido á casa de Safo sin otro pensamiento que el de verla y el de decirla que no puede acompañarla en el viaje, se va con ella, sin cuidarse del ajuar histórico de su familia, sin salir á recibir

á su madre, y lo que es más aún, sin escribirla diciéndole que retrase su viaje, como discretamente le aconsejó que lo hiciera el maestro de ceremonias del hotel.

Yo no te quise decir, lector, el propósito del joven jurisconsulto, porque sabía que te ibas á sonreir maliciosamente, comparando á mi hombre con el jugador arrepentido que para empezar nueva vida cree preciso volver á la casa de juego á despedirse, por mera cortesía, de sus compañeros. Todas las comparaciones son odiosas y esta sería además injusta.

Venancio, de cuyo cariño filial no te permito dudar un instante, salió del hotel firmemente resuelto á decir á Safo que le dispensara y hasta que le compadeciera por no poder aceptar la honra de acompañarla en su viaje; pero que la repentina y próxima llegada de su señora madre, el ser ésta completamente forastera en la corte y el no haberla podido buscar alojamiento á propósito le obligaban á no salir de Madrid. Tanto amaba el joven extremeño á la que le dió el ser, que cuando iba desde el hotel á casa de su amada y hasta en presencia de ésta contaba con fuerzas suficientes para negarse á hacer el viaje. Lo único que le faltó, y esto no por culpa de su corazón, sino de su lengua, que se le pegó al paladar, fué el valor para pronunciar la arenga que llevaba perfectamente estudiada.

Dos veces quiso hablar y no pudo; y cuando ya, cerrando los ojos y haciendo un esfuerzo supremo, abrió la boca, despegó la lengua, y como si estuviera informando en estrados ante el Supremo de Justicia, dijo «Señorita.....,» se encontró cortado por la presencia de Norma, que tendiéndole la mano le dirigió este saludo:

—Los amigos de mi amiga Safo no son mis amigos, son mis hermanos. Tratadme desde hoy como si toda la vida hubiéramos estado juntos.

—Mil gracias, señorita—respondió Venancio, encendido como una amapola;—también yo.....—añadió.

Y no pudo continuar, porque entró en el salón una joven vestida también de arcángel, con tonelete y bota de montar, una mochila á la espalda y tres báculos en la mano, de los cuales dió uno á Safo y otro á Norma, guardando para sí el tercero.

—Vamos—dijo Safo.

Y viendo que Venancio no se movía, añadió con aire de impaciencia:

—Vamos, ya es la hora.

—El caso es—repuso el joven extremeño—que yo tenía que deciros una cosa.

—Decídmela andando—replicó sin volver la cabeza ni dejar de andar la hermosísima presidenta de la Filosofía Socialista.

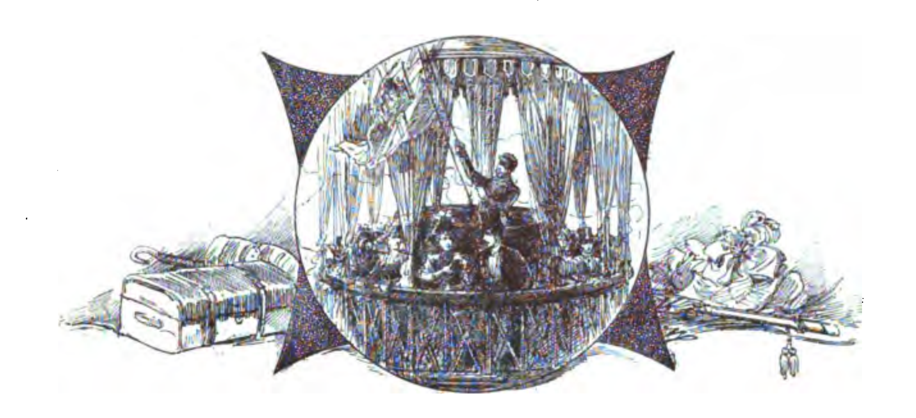
Y Venancio la siguió maquinalmente, no ya enamorado de la gentile-

za de su talle y de la gallardía de sus movimientos, sino arrastrado por una fascinación secreta, como va el inocente pájaro en busca del reptil que le corta el aire con su aliento.

Más de una vez quiso hablar y no pudo, y hasta pensó despedirse bruscamente echando á correr hacia el hotel; pero creyó que sería mejor llegar al embarcadero del electrocarril, y allí, mientras se hacían los preparativos de marcha, dar cuenta de lo que le ocurría.

Este pensamiento le tranquilizó algún tanto, y tuvo fuerzas para bajar á una estación subterránea y tomar un trineo eléctrico, que le llevó con sus amigas y la joven de la mochila al embarcadero central, donde pensaba atropellar por todo y aunque se le destrozara el pecho no abandonar la corte.





CUADRO XXIII

DE LA CAPITAL DE ESPAÑA Á LA CAPITAL DE DINAMARCA

VIAJE DE PLACER EN DOS HORAS Y CUARENTA MINUTOS

Ahora sí, lector, ahora sí que es verdad que el que no parece perece; y no sólo vale más llegar á tiempo que rondar un año, sino que el que tarde viene y no con hora, no recauda ni luego ni agora; porque aquello de dar tiempo al tiempo sólo podía pasar cuando se decía que el tiempo y la hora no se ataban con soga, y sin embargo, todo se dejaba para aquel *mañana* famoso que no llegaba nunca.

Antiguamente, en que todo se pensaba hacerlo *á ratos perdidos* ó en un *rato desocupado*, se perdían tantos ratos que no parecía sino que la única ocupación de las gentes de AYER era hacer ratos de tiempo ó ratos de lugar. Esperando un *ratito* á que se reunieran las gentes convocadas para una junta, se empezaba ésta dos horas después de la señalada; haciendo un rato de lugar para que se reunieran todos los viajeros, emprendía la galera su marcha medio día más tarde de lo que había pensado el carretero; y por último, todos los días parecían cortos para empezar los negocios, que siempre se aplazaban para *mañana*.

¡Ay, bienaventurados socios de la *Económica de Amigos del Tiempo*, que no hacéis ratitos de lugar ni dais *horas de cortesía* á los descorteses que os hacen aguardar horas y horas la de empezar una sesión de Cortes

ó asuntos de otra importancia! Vosotros sí que habéis entendido la aguja de marear, viviendo por segundos y no por días ni aun por años, y en vez de creer que no por mucho madrugar amanece más temprano, decís, y decís bien, que el que ha de ir adelante no ha de perder instante, y que si al que madruga Dios le ayuda, al que no se acuesta el tiempo le presta, y que segundo á segundo se da la vuelta al mundo.

Por eso cuando os reunís para dar principio á alguna empresa no os ocurre volver la vista atrás para ver si falta alguno, y hacéis bien y obráis como cuerdos en no preguntaros los unos á los otros *¿estamos todos?* Pregunta que forzosamente os llevaría á esperar á los que no estuviesen, resultando que ninguno estaría á tiempo.

El que no parezca que perezca; pues sólo dejándosela debajo de la mesa al fraile que no acudía al refectorio al toque de campana, lograron las antiguas comunidades religiosas tomar en sazón la comida.

Pero vosotros, queridos mortales de 1899, todo lo tomáis en sazón, no porque siempre estéis madrugando, sino porque nunca estáis durmiendo. Vuestra sociedad es el verdadero símbolo del movimiento continuo, porque, como la tierra sobre que vivís, no interrumpe su rotación por nada ni por nadie. Sois una noria cuya inmensa rueda no hace alto nunca para que los arcaduces cojan más ó menos agua, sino que lleva buenamente la que llega á tiempo, y la que no está á punto va más tarde ó no va nunca; esa es cuenta suya y no vuestra.

Y he ahí por qué el pobre hidalgo extremeño, que no sabía hasta qué punto los hombres libres de MAÑANA son esclavos del tiempo, llegaba siempre tarde á todas partes, y todo lo dejaba para luego, sin hacerse cargo de que luego es sinónimo de nunca, y de que si el que da primero da dos veces, el que en sazón barbecha es el que hace mejor cosecha.

Y no se diga que hacía las cosas mal por no pensarlas bien, sino por pensarlas demasiado.

Pero ahora, lector, no es ocasión de que veamos si hace bien ó mal en lo que hace, sino de que tú y yo le compadezcamos por la situación en que se encuentra.

De nada sirve ya que digamos que lo que debió haber hecho al recibir la carta de su madre y la de Safo era escribir á esta última disculpándose por no poderla acompañar al viaje; con lo cual habría quedado en disposición de asistir al banquete electoral, de salir á recibir el mueblaje de su casa y de buscar una de éstas á propósito para hospedar á su madre.

Todo esto debió haber hecho y no lo hizo, teniendo firmísimo propósito de hacerlo. Compadezcámosle mucho y no le abandonemos en su peregrinación.

La mejor prueba que podemos tener de que ni un instante pasó por su mente la idea de abandonar la corte en los momentos en que su madre debía llegar en su busca, es la de que fué á casa de Safo vestido como lo estaba la noche anterior cuando se dirigió con el fabricante de agua de Colonia al club de los espiritistas. En el caso de que el hombre, que para venir desde su pueblo á Madrid había traído tres baúles de ropa y un traje de camino y dos sacos de noche, no hubiese llevado otro tanto siquiera para ir nada menos que al cabo Norte de Europa, se habría mudado de ropa ó tomado alguna de abrigo. Nada de esto hizo, y aun dudo mucho que llevara cantidad de consideración en el bolsillo. Iba de todo punto desabrigado.

Con una rapidez fabulosa, increíble, con la velocidad del pensamiento, que tanto tarda en recorrer una legua como en saltar un millón de ellas, salieron de la población las dos amigas, Venancio y la joven de la mochila, y en menos tiempo que se dice, se adhirió el trineo eléctrico en que venían á un inmenso tren del electrocarril que casi estaba en marcha; y cuando el pobre extremeño advirtió que aquella era la estación central y pensó despedirse de Safo, vió con verdadero asombro aparecer en el techo del coche un rótulo que iba diciendo lo siguiente en seis idiomas á la vez:

Valladolid, primer pueblo de alguna importancia que se ve al salir de Madrid; tiene 5.000 *máquinas de diversas industrias,* 320 *chimeneas de vapor,* 120 *saltos electro-magnéticos. Su censo locomotivo es de* 200.000 *caballos. En la antigüedad tuvo parada de postas y grandes paradores de diligencias. Aún se conserva la casa en que estaba el primero de estos establecimientos.*

Y así sucesivamente fué apareciendo la breve historia estadístico-industrial de Burgos, Vitoria y San Sebastián, mientras el tren eléctrico cruzaba por delante de estas poblaciones sin detenerse en ninguna de ellas con una rapidez vertiginosa y verdaderamente satánica.

El carruaje que ocupaban nuestros héroes, como los demás que formaban el tren, estaba inundado de luz, y sin embargo no recibía la del sol por ninguna parte. Un aparato de ventilación colocado en el techo era el único punto de contacto que tenía con la atmósfera exterior, porque una ventanilla, por pequeña que fuese, por donde el aire entrara directamente en los coches, cortaría la respiración de los viajeros. Y esta circunstancia se observa en todos los carruajes, hasta en el de la máquina, después que han perecido multitud de ingenieros que con todo género de precauciones y aparatos quisieron ir al aire libre gobernando el tren; porque es tal la velocidad de los electrocarriles, que deja atrás, muy atrás,

todos los medios de locomoción inventados hasta el día, incluso el imperfecto, aunque ya muy importante, de los globos; velocidad de que sólo puede formarse idea sabiendo que hasta el día han sido inútiles todos los medios puestos en práctica para ver cruzar los trenes.

Algunas gentes, teniendo de antemano fija la vista en un punto dado, suponen ver una sombra casi imperceptible; pero hay motivos fundados para creer que es una ilusión óptica, ó mejor dicho, un alucinamiento de los sentidos.

Pero esta velocidad ocasiona menos accidentes y desgracias que las de los antiguos ferrocarriles; porque si bien es cierto que el maquinista no ve con los ojos materiales la vía que recorre, ni podría advertir las señales que le hicieran los guardas del camino, no ya del paso de otro tren, que esto sería inútil porque cada uno tiene su vía diferente, sino de los entorpecimientos que pueda haber al paso, ve con los ojos de la ciencia estos accidentes que esa misma ciencia corrige por sí propia. Los puentes, los viaductos, las obras todas de fábrica están dispuestas de tal modo que no puede obstruirse ninguna de ellas sin que, en el acto de ocurrir el accidente, salga por sí propio un cuerpo *aislante* que detenga la marcha del tren.

Y como estas paradas *en seco* son un poco fuertes, atendida la gran velocidad de los trenes, todos los carruajes son de goma elástica; de manera que aunque el beso que reciban los coches unos con otros sea algo violento, los viajeros no reciben lesión alguna, porque una masa elástica los envuelve y los libra de todo mal. Y aun en el caso de que el choque sea tan fuerte que disloque el tren y cada coche vaya por su lado fuera de la vía, como todos tienen una forma esférica ruedan perfectamente por el suelo, y aun van rebotando de peña en peña sin gran detrimento de los viajeros, que á precaución están en sus asientos sujetos con unas fajas elásticas.

Pero aun estos accidentes son rarísimos, no sólo en España, donde apenas hace un año que se inauguró la línea del Norte, única que hay en explotación, sino en las demás naciones de Europa, que hace ya mucho tiempo que usan los electrocarriles. Únicamente en Rusia es donde ha habido mayor número de desgracias; pero hay que advertir que allí fué donde se descubrió esta nueva locomoción; porque los rusos, que fueron los últimos á tomar parte en el festín de la civilización, han hecho tales adelantos, que hoy se encuentran á la cabeza de todos los pueblos de Europa, hasta el punto de que su lengua está siendo, con grandes celos de la francesa, la lengua universal.

El tren que llevaba á Venancio y á las dos amigas, no ya corriendo sino volando, en dirección de Copenhague, donde debía celebrarse el ma-

trimonio de Norma, era directo desde Madrid á la capital de Dinamarca; pero verdaderamente directo, sin escala en ningún punto, ni detención alguna para tomar agua y hacer carbón y mudar la máquina, ni ninguna de esas trabas que hoy hacen, indirectamente, que no sea directa ninguna expedición de ferrocarril.

Ni tomaba ni dejaba viajeros, ni se paraba en las aduanas, ni cambiaba de vía, ni engañaba á nadie enseñándole comidas que sólo había de tener tiempo para pagar, ni hacía otra cosa que devorar distancias con una velocidad tan regular y tan constante que los mismos viajeros que se movían apenas sentían el movimiento. Y sin embargo, á pesar de no moderar su velocidad al cruzar por delante de las estaciones atravesándolas al paso, como hacen hoy con ridícula solemnidad los trenes del ferrocarril, acusaba su peso bruto en todas ellas, marcaba el número de viajeros que llevaba, y hasta declaraba en las aduanas, no los géneros de ilícito comercio, que ya no hay comercio que no sea lícito, ni los de libre entrada, que ahora la libertad no tiene aranceles ni tarifas, sino los efectos todos de cualquier clase que fueran, como dato curioso para la estadística internacional.

Venancio, que sin ver cómo ni saber cuándo se encontró incrustado en aquella *confortable* masa elástica, teniendo á Safo á su izquierda y á Norma á su derecha, los tres solos en un departamento que, como todos los del tren, se hubiera estirado hasta contener veinticuatro personas si hubiese sido necesario, ó encogido hasta albergar una sola, no podía medir la distancia que iba recorriendo y miraba con espanto el reloj eléctrico que marcaba por cuartos de segundo los kilómetros, leyendo con verdadero terror los nombres de las poblaciones que iba cruzando.

Ó no se movían apenas y aquella verdadera linterna mágica era una ilusión fantástica, ó cabalgaban en alas del demonio con una rapidez increíble. Las almas de los condenados, que su abuela le decía haber visto volar atadas á las escobas en que cabalgaban las brujas, no iban tan de prisa como él, á ser verdad que se encontraba en aquellos lugares cuyos nombres iban apareciendo en el techo con una velocidad de que no había ejemplo. Y no olvides, lector, que Venancio no estaba entonces tan atrasado como tú lo estás ahora, porque tú mismo le has visto ir y venir por el patín eléctrico, y volar por los aires en el *balancín* y con las *alas del amor*, y aun andar á flor de tejado en los *ómnibus* de la gran compañía aerostática; pero ¿qué tiene que ver la velocidad de los globos con la de la electricidad?

La marcha de un electrocarril no se parece á nada. Desde una vía férrea á una vía eléctrica hay mil veces más distancia que desde una carreta serrana á un ferrocarril.

Figúrate, lector, lo que estaría pasando en el ánimo del joven extremeño en los primeros momentos del viaje, cuando tres veces quiso hablar y no pudo, y hasta se asustaba que su mirada se encontrase con la de Safo, porque á pesar del inmenso amor que sentía hacia ella, empezaba á tenerla miedo.

París, capital de Francia, antigua reina de la moda y del buen tono. Tiene de venta 100 *grandes hoteles,* 1.000 *fondas,* 10.000 *casas amuebladas,* 4.000 *restaurants,* 8.000 *cafés,* 50 *teatros,* 20 *circos gimnásticos y* 500 *jardines de baile. Se alquilan por mayor y menor* 10 *regimientos de criados de todas clases para esos establecimientos.*

Ese rótulo iba apareciendo en el techo con la rapidez fosfórica acostumbrada, cuando el hidalgo extremeño pudo romper á hablar diciendo:

—Estoy aturdido.

—¿No habéis viajado nunca en el carril eléctrico?—le preguntó Safo.

—Nunca—respondió Venancio;—pero no es eso lo que me tiene aturdido, sino que yo no pensaba tener el gusto de acompañaros en este viaje.

—Claro es que no lo podíais haber pensado, puesto que no nos conocimos hasta ayer.

—Tampoco lo digo por eso, sino porque hoy tenía quehaceres indispensables.

—¿Y los habéis dejado por mí?—replicó con viveza Safo.—Eso más tengo que agradeceros; y creo que no os aburriréis, porque, francamente, estos viajes de placer son preciosos, y de vez en cuando conviene dejar la vida de la corte.

—¿Se llaman *viajes de placer* estos transportes mecánicos?—preguntó con sorna Venancio.

—Y lo son—repuso Safo.—¿Dónde hay mayor placer que salir de Madrid á las doce y llegar á Copenhague á las dos y cuarenta minutos?

—¿Tan de prisa vamos?—preguntó Venancio.

—Mirad—dijo Norma tomando parte en la conversación y señalando hacia el techo, en el cual se leían estas palabras:

Bruselas, capital de Bélgica y del mundo civilizado. Tiene 180.000 *habitantes y* 50.000 *impresores. Se publican los libros extranjeros antes que en sus respectivos países. Se venden á la mitad de precio que en otras partes.*

—¿Pero de veras estamos en Bélgica?—preguntó con exaltación el hidalgo extremeño.

—Ahora sí—repuso Safo riendo;—pero si tardo en contestaros me expongo á decir una mentira.

—Pues, señor, no lo entiendo.

—Ni yo tampoco—dijo Norma;—pero á fe que ninguno de nosotros somos los autores de este invento, y la verdad es la verdad. Dentro de una hora—añadió sacando su reloj—estaremos al término de nuestro viaje.

—Pues yo—replicó Venancio—bendigo el siglo que tales prodigios inventa, pero no me conformo con que esto se llame viaje de placer.

—¿Por qué no?—preguntó Safo.—¿Pues qué placer hay comparable á este de ir tan de prisa como el pensamiento, viéndolo todo y sin polvo ni molestia de ninguna clase?

—¿Viéndolo todo?—preguntó Venancio, abriendo los ojos de par en par.—Dichosa vos que lo veis todo, yo no veo nada. Es decir—se apresuró á añadir corregido é inspirado por su galantería y su amor,—os veo á vos, que es para mí lo mismo que tener todo el mundo delante de mi vista.

—¿Ves? ¡Lo que yo te dije!—repuso Safo dirigiéndose á Norma.—Ya empieza.

—Indudablemente—dijo Norma—que esta raza de hombres ha desaparecido.

—Os doy gracias por vuestra galantería—dijo Safo,—pero yo no os hablaba de mí, sino de los pueblos por donde vamos pasando y de los monumentos notables que hay en ellos.

—¿Y por dónde ni cómo se han de ver esas cosas, si este carruaje no tiene ventanilla ni agujero alguno que comunique con el aire exterior?

—Sería inútil que la hubiera, porque la velocidad que llevamos no nos permitiría ver nada; pero ahí tenéis, sin más que volver la cara, un estereoscopio en el cual van apareciendo las vistas más notables del camino.

Venancio hizo lo que le decía su amada, y vió con efecto aparecer y desaparecer instantáneamente tres preciosas vistas, representando la primera una sinagoga, la segunda una gran fábrica de mondar patatas y la tercera un club de niños expósitos.

Y después de haber admirado y elogiado como se debía la previsión de los directores de la *Compañía electrocarril del Norte*, dijo:

—Me parece bien este detalle, pero me parecería mejor ver los originales que la copia.

—Ya; pero si os detuvierais en el camino perderíais mucho tiempo, y lo que veríais no os satisfaría tanto como lo que acabáis de ver, porque la realidad es menos bella en todas las cosas—dijo Norma.

Y volviéndose á Safo, añadió:

—¿No es verdad, querida mía, que la poesía embellece todas las cosas?

Antes de que Safo asintiera á las palabras de su amiga, se le puso á Venancio el corazón más grande que un pan de cuatro libras, pensando en que las almas poetas son los verdaderos novicios del claustro de los enamorados, pero se le arrugó hasta quedarle del tamaño de una lenteja cuando la oyó decir:

—No tal, y tú mejor que nadie sabes que yo no creo semejante disparate. La poesía es la mitología del entendimiento, que no conduce á otra cosa que á pervertirlo todo, haciendo vivir á las gentes en un sueño continuo.

—¿De veras pensáis así de la poesía?—dijo Venancio asustado.

—Así..... ni más ni menos, ¿y vos?

—Yo.....—balbuceó el interpelado.

—¿Sois por ventura poeta?

—No, señorita, en mi vida he podido hacer una redondilla.

—¿Y qué tienen que ver las redondillas con la poesía? Yo no os pregunto si hacéis versos, sino si sois poeta. La verdadera poesía es más libre de lo que quieren hacerla los que, permitiéndole toda clase de licencias científicas, históricas y hasta sociales, la hacen esclava de un número dado de sílabas, obligándola á morderse la boca ó á estirar la lengua cada vez que le ocurre un pensamiento que por su grandeza no cabe entre las cuatro paredes de la rima. La poesía no es la dama coqueta que se riza el pelo y se arregla el escote del traje, sino la matrona hermosa que lleva el cabello destrenzado, flotando al aire, sin cintas ni alfileres que lo aprisionen, y cubre sus carnes con una túnica desceñida y un manto en desorden.

—Pues esa es la poesía que á mí me gusta—exclamó Venancio alborozado.

—Y esa es la verdadera, la única poesía—dijo Norma;—pero habéis de saber que á Safo no le gusta ni esa ni la otra.

—¡Es posible!—gritó Venancio.—¡Parece mentira que una joven tan hermosa y con una mirada tan inteligente no ame la poesía!

—Ama las matemáticas y las ciencias exactas y es una gran filósofa—repuso Norma.

—Sí, ya sé—dijo Venancio—que es presidenta de la Filosofía Socialista.

—¿Habéis recibido mis obras?—preguntó Safo.

—¿Qué obras?

—Las que se publican bajo mi dirección. Ayer dije que os las enviaran todas.

—Señorita—interrumpió en seguida Venancio,—no sé cómo daros las gracias.....

—Al contrario, yo soy la que debo dároslas si os dignáis admitirlas; porque aunque lo natural es que los primeros suscriptores sean los amigos, hay algunos que no lo hacen así y devuelven los libros con la mayor frescura.

—Y gracias—exclamó Norma—que ya no se los piden gratis al autor, como dicen que sucedía antiguamente, ni hay la funesta costumbre de prestarlos. Hoy no tienen aún los libros el verdadero valor que tendrán con el tiempo, pero no se consideran de peor condición que las alhajas y los muebles y la ropa, que á nadie se le piden regalados, ni menos se prestan de un lado á otro.

Venancio, como no era autor, no dió gran importancia á lo que decía Norma sobre la mayor estimación de los libros, pero la dió muy grande á la de haber dado las gracias, por una cosa que para él tendría gran precio regalada por Safo y que perdía todo su valor costándole el dinero.

Pero esto no amenguó en nada el amor que la tenía, el cual iba creciendo á medida que iba pasando más tiempo á su lado.

¡Ay, si el remordimiento de lo que estaba haciendo con su madre no le viniera á amargar la alegría, qué locuras y qué extremos de amor no habría hecho dentro de aquella pelota de goma! La cual se ensanchó de repente, hasta tomar un volumen tres veces mayor del que había tenido durante el viaje; é instantáneamente, al aparecer en el techo un letrero que decía: *Kiel, villa del antiguo ducado de Holstein. ¡Al agua, viajeros!*, desaparecieron las ligaduras de goma que sujetaban á los viajeros, se retiraron los asientos y se abrió de par en par el carruaje. Safo, Norma y Venancio salieron de allí, al mismo tiempo que los demás viajeros lo hacían de sus respectivos carruajes, y la doncella de la mochila, que había ocupado un asiento en el coche de los *utensilios domésticos*, se acercó á tomar órdenes de su señorita.

Venancio alzó los ojos para contemplar el cielo dinamarqués, pareciéndole todavía un sueño lo que estaba viendo, y al volver la vista hacia Safo, que era su verdadero cielo, reparó en una mancha negra que tenía sobre el hombro izquierdo, y sacando el pañuelo le dijo:

—Permitidme, señorita.....

—¿Qué vais á hacer?

—A limpiaros una mancha.

—No hagáis tal, ó nos harán pagar tres veces el importe del viaje. La mancha es el número y la contraseña que á todos nos han puesto en señal de que hemos pagado la ida, la vuelta, la estancia, la comida, el aseo de la persona y todo lo que nos ocurra hasta volver á Madrid.

—¿Quién lo ha pagado?—preguntó Venancio colorado como un pavo al recordar que llevaba muy poco dinero consigo.

—Mi doncella—contestó Safo;—luego ajustaremos cuentas.

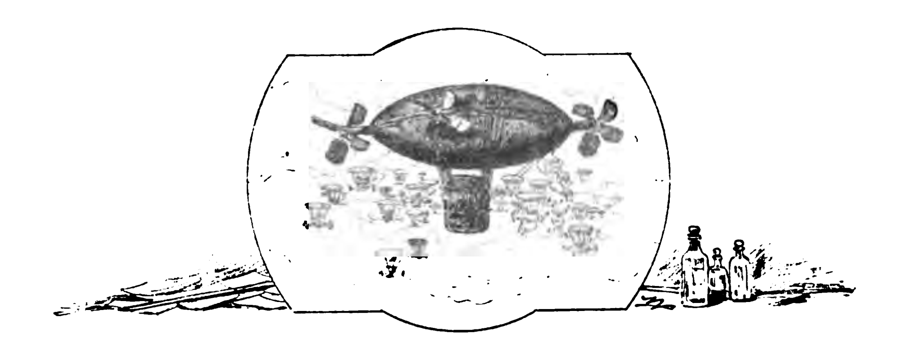
—Perdonad, señorita, que yo.....

—Dejadla que corra ella con todo—repuso Norma:—es muy matemática y nos tendrá cuenta.

—¡Copenhague!—gritó á ese tiempo un hombre enarbolando una bandera dinamarquesa.

Y agrupados instantáneamente á su alrededor nuestros viajeros y diez ó doce personas más, se alzó del suelo la plataforma en que se hallaban colocados todos, que no era otra cosa sino una elegante rotonda con divanes mullidos, la cual, remolcada por un globo, se elevó rápidamente á una gran altura.





CUADRO XXIV

UNA TRAVESÍA AÉREA, UN AMOR RÁPIDO Y UNAS CALABAZAS REDONDAS

Bueno fuera, lector amigo, que tú y yo nos viéramos de vez en cuando las caras, y que á medida que voy escribiendo pudiera ir averiguando el crédito que das á lo que te digo, el gesto que pones cuando algo te desagrada, y finalmente la opinión que formas y el aprecio que haces de esta sociedad de más allá y de estas gentes de más adelante. Pero no creas que aunque dejo de verte por fuera, ignoro lo que pasa en tus adentros y lo que piensas de mí y de las cosas que te voy contando, pues inútil me fuera ser espíritu y andar de la Ceca á la Meca espiritado, si tales cosas no viera y otras más difíciles no averiguara. Conozco una por una todas las cosas que desde el cuadro primero se te han atragantado, y sé muy bien que el último que he escrito no te pasa de los dientes adentro. Pero como no es culpa mía que los sucesos de MAÑANA sean de mucho bulto para un paladar tan delicado y un tragadero tan estrecho como el tuyo, como yo no hago fábulas, sino que escribo historia, sin cuidarme de los gestos que haces ni de la cara que pones, sigo adelante mi camino, y acompañando en el suyo á Venancio, á Safo y á Norma, digo:

Que así como el primero de esos tres personajes se vió remontado á las nubes, partiendo como una bomba desde Kiel para describir una curva que fué á terminar en Copenhague, sintió que la cabeza se le iba y el corazón se le calofriaba, y á no tener su cuerpo entre almohadones mullidos, los calambres que sufría en las piernas le habrían hecho medir con

el cuerpo el arco altísimo que la máquina infernal describía en el aire. Un frío intenso se apoderó de todos sus miembros, una palidez mortal cubría su semblante, y sólo sentía la vida en las sienes, que le golpeaban con pulsación febril y como si en ellas se hubiera reconcentrado toda la sangre que no se dejaba ver en ninguna otra parte del cuerpo.

El hidalgo extremeño no era un ser viviente, era una estatua. Cualquiera que le hubiese visto derecho en su asiento, con una rigidez metálica en todo su cuerpo, sin movimiento en sus facciones, con la boca entreabierta, los ojos parados y la cabeza erguida, le habría tomado por el maniquí de un pintor, colocado adrede para servir de modelo al cuadro de la estupidez ó del sonambulismo. Safo, que distraída lo había dirigido la palabra, fijó en él su vista y le cogió una mano, sin que aquellos ojos de fuego, que al decir de Venancio encendían yesca, ni el calor de aquellas manos que podían dar la vida á un muerto, hiciesen en él efecto alguno. Norma, que como los demás que iban en el globo reparó en aquel accidente, echó la mano á la mochila de la doncella; y al mismo tiempo que Safo, sin soltar la mano izquierda de las de Venancio, alargaba la derecha diciendo «dame,» le dijo «toma.» Y le entregó dos frascos de cristal que contenían dos sales, blanca como la nieve la una y un tanto amarillenta la otra. Cogió de ambas cantidades iguales la presidenta de la Filosofía Socialista, y mezclándolas en la palma de la mano izquierda hasta ponerlas delicuescentes, ó mejor dicho líquidas, se untó ambas palmas, y frotando con ellas las sienes y los pulsos de Venancio volvió á éste en menos de un segundo á su estado natural, haciéndole recobrar súbitamente la animación y la vida que parecía faltarle por completo.

—¡Que me abraso!, ¡que me abraso!—gritó el que pocos segundos antes ni fuerzas tuvo para decir que se moría de frío.

Y Safo, con una sonrisa encantadora en los labios y sin apartar los ojos del joven extremeño, agarró otro frasquito microscópico que le presentaba Norma, y haciendo abrir la boca al abrasado galán le echó dentro de ella hasta cinco gotas de un líquido verdoso, con las cuales equilibró las fuerzas vitales de aquel reaccionado individuo, dándole un bienestar tan dulce y tan agradable, que, según su propia confesión, en su vida se había sentido tan bueno.

Así fué que, sin importarle poco ni mucho de las demás personas que había en el globo y que ni siquiera habían dado señales de tomar el menor interés en aquel accidente, se inclinó respetuosamente hacia Safo, le besó la mano, y le dijo, aunque no á toda voz, sino con esa voz *di gola* que tan mal sienta en los cantantes como bien les está á los enamorados:

—Con mi amor os dí la vida que antes tenía; la que ahora acabáis de darme, vuestra es también, señora.

Y selló estas palabras con un beso de amor tan ardiente en aquellas manos que acababan de amasar la mezcla frigorífica, que Safo sintió el calor en las mejillas y bajó la vista, como AYER la bajaron y HOY la bajan y siempre la bajarán las mujeres ruborizadas.

Norma, que á pesar de tener la misma edad que Safo y estar educada en el mismo colegio y observar idénticas costumbres, sabía mejor que la otra dónde le apretaba el corazón, se sonrió maliciosamente, como si allá en sus adentros hubiera dicho «ya picó el pez;» y aparentando estar ocupada en guardar los botes en la mochila de la doncella, miró de reojo á los dos amantes, y vió..... lo que ve el que tiene la vista buena para el caso, en el punto en que se encuentran por primera vez las miradas de dos enamorados: una chispa eléctrica que dura menos que la claridad de un relámpago, y que como éste ni se sabe de dónde viene ni adónde se ha ido.

En cuanto á Venancio, como parte interesada, no hay para qué decir si advirtió aquel rubor y comprendió todo lo que significaba, porque no sólo respondió bajando la vista y tiñendo de carmín sus mejillas, sino que sus labios hicieron traición al pecho, diciendo en voz alta:

—¡Gracias á Dios!

—¿De qué?—preguntó Norma sonriendo.

—De nada—repuso Venancio;—de que he vuelto á la vida con vuestro auxilio.

—Y el de mi querida amiga—interrumpió Norma.—¿No es verdad?—añadió dirigiéndose á Safo.

—Sí—respondió ésta secamente.

Y volvió á quedar distraída, alzando los ojos de vez en cuando y siempre con disimulo para mirar á Venancio, del cual modestamente se había apartado un trecho.

Lo que pasaba en aquellos momentos en el corazón de la joven filósofa socialista es algo difícil de comprender, por más que parezca sencillo de explicar. La más lega de vosotras en materias de amor, lectoras queridísimas, habría advertido lo que advirtió Norma, y si una por una os preguntara á todas los síntomas de la enfermedad que padecía la literata, estaríais contestes y unánimes en decirme que el corazón andaba hecho un loco, dando saltos gimnásticos dentro del pecho; que la cabeza se le ardía mientras se le helaban las extremidades, y que cuanto más se abanicaba los ojos con las pestañas, con mayor fuerza prendía el fuego que acababa de encender en su mirada. Y si á eso se añade el temblor nervioso que creeríais sentir en la ropa que cubría sus carnes, me añadiríais una porción de detalles que sobrarían para hacer un completo diagnóstico de esa afección moral, que los maestros de la filosofía del corazón colocan á la cabeza de todas las pasiones. Pero á mí, que bien puedo decirlo sin lasti-

mar el amor propio de nadie, soy tan maestro en esta materia que fuera catedrático de amor si los seres con quienes vivo tuvieran aficiones amatorias; á mí, lectoras, no podéis enseñarme nada nuevo en el estudio anatómico del corazón. Por más que tengáis la risible arrogancia de deciros las unas á las otras que *sabéis más que Merlín* de tal ó cual cosa, tratándose de amor más que Merlín no sabe nadie.

Yo soy el gran doctor de esa ciencia, que todo el mundo conoce de vista y nadie es capaz de tratar á fondo. He visto una por una todas las telas y las entretelas del corazón humano, los pliegues y repliegues del alma, las sisas y los bebederos de las conciencias amatorias, y á golpe de vista distingo las llaves maestras y las llaves falsas del armario de las simpatías que cada cual lleva dentro del pecho. Si yo pudiera inocular mi ciencia y mi experiencia á los enamorados, estaría en blanco la estadística de las inconstancias y no se alquilaría un solo aposento en el manicomio de los celosos. Yo les daría á las madres un barómetro infalible, con el cual se ahorraran de preguntar á los hombres si van con buen fin á buscar á sus hijas, y éstas no andarían á ciegas por los laberintos del amor si supieran una millonésima parte de lo que yo sé en el asunto.

Por eso, lectoras mías, puedo hacer ahora lo que ninguna de vosotras sería capaz de hácer aunque quisiera. Todas ó casi todas habéis amado, y por eso comprendéis lo que siente Safo ahora que está amando; pero ninguna sabría responder si la preguntaran por qué ama ahora y no ha amado antes. ¡Cómo la mujer que consideró aquella apasionada epístola amatoria como un documento de ultratumba y recibió la sentida declaración que á boca de jarro la disparó Venancio sin inmutarse ni darse por entendida, se ha enamorado de repente ahora en que nada le han escrito y nada apenas le han dicho! ¿Tan distraída estaba entonces y tan atenta ahora, que así pueda explicarse semejante cambio? ¿Es que Venancio se olvidó de sellar con un beso su primer juramento de amor, y ahora que ha besado le han comprendido?

No es nada de eso, porque ya tú sabes que el joven extremeño no pecó de corto la primera vez que vió sus labios cerca de la mano de su adorado tormento, ni anduvo escaso en decirle de todos los modos y maneras posibles que la amaba y que quería ser correspondido. Tampoco consiste este cambio en que Safo haya consultado con su madre si debía ó no corresponder al amor del hidalgo extremeño, ni en que el beso que éste le ha plantado ahora haya sido más ó menos expresivo que los anteriores.

Aquí no ha habido otra cosa sino la oportunidad, lo que antiguamente, en que todo iba á paso de carreta, se llamaba el *cuarto de hora*, y ahora, que todo se hace á golpe de pistón, se llama el *minuto*.

Ambos amantes se habían visto mucho, pero sus miradas no se cono-

cían ni de vista siquiera. Los ojos del uno y los de la otra habían nacido para verse, pero no habían sabido mirarse. Eran los platillos de un mismo espejo ustorio, que no habían encendido lumbre porque colocados fuera de la recta habían echado sus rayos de fuego por los cerros de Úbeda.

Más claro aún y más á la moda, lectores: eran dos locomotoras que marchaban á encontrarse y cambiaban de vía antes de llegar al punto del choque. Por eso Norma, que advirtió el chispazo, dijo para sus adentros: «Ya pareció aquello.»

Y desde entonces ni una sola vez alzaron los ojos aquellos dos seres sin que dejaran de sorberse mutuamente las miradas. Siendo tantas y tan cargadas de amor las que en poco tiempo se cruzaron, que los corazones en que las metieron amaban á más no poder ardiendo como volcanes.

Circunstancia esta última muy digna de tenerse en cuenta, como prueba de que el magnetismo, que es el verdadero conductor del amor, no obedece á las mismas leyes físicas que el calórico; porque mientras Safo y Venancio tenían sus corazones á 30 sobre cero, el aire en que respiraban estaba 50 grados más bajo. Por eso, en tanto que ellos se abrasaban con sólo mirarse, tiritaban de frío las demás personas que iban en el *Aerolito ascendente*, que así se llamaba el vehículo que les transportaba en alas del viento, ni más ni menos que iban y venían los poetas antiguos cuando cabalgaban por los aires en alas de su fantasía.

Norma se frotó los pechos y las sienes con la mezcla frigorífica que sirvió para deshelar á Venancio, y los otros viajeros usaban específicos análogos, sin que á ninguno de ellos se le viera cerrarse á piedra y lodo los órganos respiratorios con una bufanda, ni cubrirse los hombros con una capa, ni meter las manos en un manguito de pieles. Todos llevaban trajes ligeros y desembarazados, y una señora inglesa que viajaba sola y aun se aislaba cuanto podía de los demás, ni siquiera usaba los frigoríficos alcalinos que los demás viajeros, sino que con un pincel que mojaba de vez en cuando en un botecito de cristal, se untaba tan pronto las sienes como los labios y principalmente la punta de la nariz, que la tenía extremadamente larga y debía estar por esta razón á uno ó dos grados menos de temperatura que la que marcaba el termómetro.

Nadie tuvo la curiosidad de preguntarle qué clase de específico era aquel que usaba, y en esto obraron como cuerdos y aun como experimentados, porque es seguro que siendo inglesa no se habría dignado sacarlos de la curiosidad, y en silencio como cartujos siguieron rasgando el aire hasta ponerse en gran altura perpendiculares á la gran ciudad de Copenhague. Lento, muy lento y con aire de verdadera majestad fué el descenso del *Aerolito ascendente*, no porque á la máquina le faltara fuerza para arrollar en un segundo la columna de aire que le cubría el centro de gra-

vedad, ni porque, gracias al paracaídas de rebotante caucho, hubiese habido inconveniente en dejarse caer de golpe y porrazo, sino por no atropellar al enjambre de globos que como la erupción de un volcán brotaba de la tierra debajo del *Aerolito*.

Subían todos apiñados como si formaran un solo cuerpo, y era espectáculo digno de verse el abigarrado conjunto que ofrecían por sus diversas formas y colores; pero cuando presentaron un cuadro bellísimo, para mí que lo refiero, no para el pobre Venancio á quien se le antojaron una verdadera legión de demonios, fué al rodear el *Aerolito*, cubriéndole por todos lados en verdadero y descomunal abordaje. Porque los tripulantes de aquellas pequeñas embarcaciones aéreas no eran ociosos que subían por mera curiosidad á ver las caras de los viajeros, ni amigos que abrían los brazos para recibirlos, sino industriales de diversas clases que se disputaban la honra de servirlos y el placer de limpiarles el bolsillo.

Componíase aquella turbamulta de los encargados de negocios de los principales hoteles, cuyos globos cubiertos con una gran red, como símbolo de la pesca que iba á hacer, estaban adornados con veinticinco ó treinta banderas de distintos países, según el número de idiomas que se hablaba en el establecimiento; de los corredores de fondas, restaurants, cafés y casas de bebidas, los cuales se balanceaban en el aire sobre pequeños aparatos de distintas formas: los unos sacando la cabeza en una enorme sopera, los otros acurrucados dentro de un *paté foie gras*, quien cabalgando en un salmón, y cual otro á la boca de una botella, como tapón empujado por gases comprimidos. Sastres cargados de telas, colgados como de un trapecio en las anillas de unas grandes tijeras; peluqueros remedando el balancín con una tenacilla y cambiando sin cesar el color de sus cabellos; y por último, y muy de los primeros, se veían en aquel enjambre de zánganos muchos hombres serios, vestidos de angelitos y cargados de libros revoloteando con sus propias alas mecánicas en derredor del *Aerolito*. Y eran estos tales, á quienes dejaban el paso libre los otros industriales, agentes de las sociedades bíblicas, ó mejor dicho, corredores de las diversas sectas religiosas, que allí, como en otras partes del mundo, se mantenían honestamente repartiendo evangelios, tan contradictorios entre sí y aun consigo mismo muchos de ellos, que hacían de la verdadera religión una torre de Babel. Allí andaban los luteranos de pura raza, los alemanes reformados, los presbiterianos corregidos, los metodistas expurgados, los unitarios divididos, los protestantes escamados y tantas y tantas sectas que era cosa de perder el juicio.

En poco más de tres minutos que duró el descenso del *Aerolito* recibió Venancio siete Biblias distintas, más de cincuenta tarjetas con las señas de otros tantos hoteles, cien listas de artículos de fonda, muchos figuri-

nes con muestras de telas, catálogos de artículos de perfumería, y por último, cosa que le sorprendió más que nada, el prospecto de una gran casa de huéspedes, en que no sólo se daba gratis comida, bebida y ropa limpia, sino un tanto diario para el bolsillo. Establecimiento montado, según decía el prospecto, á expensas de una nueva secta religiosa, que quería *hacer concurrencia* con todas las conocidas hasta el día. A Safo y á Norma no las acosaron los industriales, porque ellas tuvieron buen cuidado de enseñarles la marca que tenían en el hombro, para que vieran que venían comidas, bebidas y asistidas de todo por una empresa española. Y en cuanto á las Biblias, tampoco les dieron ninguna apenas las vieron extender sobre el pecho su mano derecha, alzando el brazo izquierdo para enseñar el puño cerrado. Que era lo mismo que decir: «Tengo mis creencias religiosas y andaré á trompis con quien pretenda arrancármelas.»

Lo único que hizo Norma apenas divisó el enjambre de los recibidores, fué llamar á uno que se balanceaba en un pequeño globo en forma de buzo, con una gran chapa que decía: *Buscón núm.* 550, *garantido*, y entregándole un retrato suyo y veinticinco de su futuro esposo, cambió con él algunas palabras, y el buscón se dejó caer al suelo.

No sé, lectora, si tú sabrás lo que esto significaba; pero aunque lo sepas, deber mío es recordarte que como Norma y el fotellinista lapón del *Eco de las Soledades* no se conocían sino por retratos y no se habían dado cita en un punto determinado de la ciudad de Copenhague, era preciso que veinte ó veinticinco buscones se echaran á identificar la persona del lapón y le condujesen á la presencia de Norma, para cuyo reconocimiento dió ésta su retrato. Pero tampoco el lapón se había dormido en las pajas, y apenas descendió el *Aerolito*, en el acto mismo de ponerse en pie la novia se acercó un hombre, y mirándola atentamente, después de consultar un retrato que traía en la mano, le entregó una carta y le dijo:

—Leed, é indicadme la persona con quien debo entenderme para arreglar la indemnización que se os ha de dar por esta quiebra.

Norma abrió y leyó precipitadamente el billete, el cual no decía ni más ni menos que lo siguiente:

«Acabo de arreglar otro enlace que me tiene más cuenta que el vuestro. El dador os indemnizará con arreglo al art. 1.260, tít. 100, de los estatutos reformados del *Hogar Cosmopolita.*»

Unas calabazas tan secas, cuando ni siquiera había tenido tiempo la pobre novia para quitarse el polvo del camino, como se decía cuando los caminos empolvaban, era lo que se llamaba un escopetazo, un tiro de trabuco naranjero y á boca de jarro.

Norma se miró á sí misma, miró alternativamente al mensajero del desaire, á Venancio y á Safo, y entregando á esta última el billete, le dijo:

—Toma, otro novio en quiebra como el de la pobre Semíramis. Hay que declarar la guerra al *Hogar Cosmopolita*, desacreditándole para que sus acciones no se admitan en ningún mercado extranjero.

—¿Y qué hacemos?—preguntó Safo sorprendida.

—¡Qué hemos de hacer!—replicó Norma, fingiendo una naturalidad que estaba reñida con la alteración de su semblante.—Pedir el máximum de la indemnización y volvernos á Madrid. Así como así, yo estoy de enhorabuena. Ya sabes que esta boda era una excentricidad de que me iba pesando. Lo único que siento es perder la apuesta que tengo hecha con Sara.

—Bien sabía ella lo que eran estos estúpidos lapones, enanos, mulatos desteñidos, supersticiosos y bárbaros.

—Por de pronto—interrumpió Venancio, enterado con espanto de lo que estaba viendo—metámonos en una fonda cualquiera, porque aquí vamos á ser víctimas de esta gente.

—El caso es—dijo Safo—que ya como nos hemos detenido con este suceso, se ha marchado el remolcador de la compañía con quien estábamos ajustados, y ahora.....

—Es igual—replicó Venancio,—iremos á cualquier otro hotel.

Y no dijo esto tan entre dientes ni tan en griego que no lo entendieran diez ó doce encargados de negocios de otras tantas fondas, los cuales se les abalanzaron como fieras hambrientas para disputarse la presa.

Sólo la presencia de ánimo que mostró Safo pudo contener la invasión, y todos, incluso el emisario lapón, entraron en un carruaje de viento, propio del *Hotel transitorio para viajeros indecisos.*





CUADRO XXV

QUIEBRAS MATRIMONIALES Ó LOS ESTATUTOS DEL HOGAR COSMOPOLITA

El hombre es fuego, la mujer estopa,
viene el diablo y sopla.

Si después de leído el cuadro anterior viene alguna marisabidilla enamorada á reconvenirme porque he dicho que el amor entra por los ojos y que la llama del himeneo de las voluntades no se declara hasta que chocan entre sí los vértices de dos conos luminosos, y con un *ergo cogite*, á guisa de fraile-teólogo, me pregunta cómo se enamoran los ciegos, yo me echaré á reir y no haré caso de semejante argumento. Si la doctora del amor no sabe lo que son los ojos del alma, peor para ella; y si ignora que los fluidos simpáticos atraviesan toda clase de tegumentos, siendo capaces de reblandecer los montes del Líbano, para pasar y repasar por ellos toda clase de afectos, menguado sería yo perdiendo el tiempo en disputar con gentes de tan poco alcance.

Las de MAÑANA calzan muchos más puntos en estas materias, y como han descubierto un fluido para cada afecto, tan distintos entre sí como afines en sí mismos, comprenden todas estas cosas, que antes como ahora pasaban, pero que el mundo pasaba de largo por ellas haciendo de cada una un fenómeno y un caso raro.

Ha concluído por fortuna el reinado de la ignorancia, que la carrera universitaria de la humanidad no había de ser eterna, y ya se sabe el porqué y el cuándo y el cómo de todas las cosas. Un suceso nuevo, que no hubiera sido previsto por los sabios, no se llamaría fenómeno, porque eso equivaldría á dejarle indefinido, sino que se examinaría escrupulosamente hasta poderle encajar en alguna de las reglas inmutables y fijas de la naturaleza.

Por eso yo, que no tengo otra cosa para ser sabio que andar entre tontos desde hace algunos siglos, me he atrevido á explicar, no con sublimidad científica, sino en términos que todos pudieran comprenderme, cómo había prendido tan rápidamente el fuego del amor en el frío corazón de Safo.

El amor, no lo digo yo por mi cuenta, sino por la de un médico de estos tiempos, celebérrimo especialista de las enfermedades del pulmón, es una inflamación del órgano de la *amatividad*, que no reside, como pensó el pobre Gall, en la cabeza, sino en el corazón, semejante en un todo á la inflamación del parenquima pulmonar que ocasiona las pulmonías.

Agudas y crónicas como éstas, las *corazonías* amorosas entran de repente ó por grados, y se anuncian con anticipación por un decaimiento marcado en el individuo, ó desde luego con la rubicundez de las mejillas y el pulso acelerado, etc., etc. No hay preservativos conocidos para las unas ni para las otras, porque los pocos que se conocen son falibles, y ya te he dicho, lector, que esta sociedad y estas gentes no quieren otra cosa sino la infalibilidad en todo y para todo.

Aguda y muy aguda era la *corazonía* amorosa de que se sintió acometida Safo, puesto que no se había advertido en ella ni un solo síntoma precursor de aquella inflamación; y sin embargo, en menos de un segundo ofreció completo el cuadro de todos ellos.

La propensión á dejar caer los párpados para esforzar la visión cada vez que abría los ojos, el vivo carmín que cubría sus mejillas y los demás síntomas exteriores de que he hablado en el cuadro anterior, todo permitía hacer un diagnóstico exacto de su enfermedad; pero si añado, porque yo siendo espíritu puedo añadir cuanto me dé la gana, que los síntomas interiores eran mucho más característicos que los otros; si digo, diciendo por supuesto la verdad, que su respiración y la de Venancio eran uniformes, sus pensamientos gemelos, sus ideas sinónimas y todos sus afectos idénticos, no quedará duda de que ya aquellas dos voluntades estaban tan barajadas en una sola, que ni el microscopio de los metafísicos habría sido capaz de descubrir en ellos el suyo y el tuyo.

Admitamos, lector, la existencia de los fluidos impalpables, que hacen

en el alma estas cotizaciones invisibles, y no sigamos ni tú ni yo pensando en cómo fué lo que está siendo.

Y obrando así, no haremos ni más ni menos que lo que hacían las gentes de AYER, que echándole la culpa al diablo de todo lo que no comprendían, dijeron al hablar de esas inflamaciones agudas del corazón:

«El hombre es fuego, la mujer estopa,
viene el diablo y sopla.»

Venancio había advertido que su posición era mejor que cuando salieron de Madrid y que su amor iba viento en popa; pero no supo medir toda la extensión del fuego que sus miradas habían encendido en el corazón de Safo, lo cual era una ventaja para que la llama fuese en aumento. Porque ya tú sabes, lectora, que si en los campos de batalla la impaciencia del más fuerte malogra muchas victorias, en los campos del amor el orgullo prematuro de los vencedores lastima la dignidad de los vencidos.

Ignorando ambos amantes el dominio que cada uno de ellos ejercía sobre el otro, seguirían haciendo merecimientos, y ese combustible más añadirían á la hoguera amorosa.

Por eso cuando Safo propuso con la vista entrar en el carruaje de viento, con la vista se apresuró á decir Venancio que semejante idea le parecía excelente, y Norma, que estaba harto preocupada para tener voluntad propia, y el emisario del lapón y la doncella de la mochila siguieron el movimiento, y en un santiamén se encontraron todos en el *Hotel transitorio.*

En Dinamarca, como en los demás pueblos de Europa, los carruajes toman el nombre genérico de la fuerza motriz que les da impulso, aunque para distinguirlos entre sí se les denomine con el específico de sus distintas formas, y por eso los de viento, que son arrastrados con una velocidad increíble, se llaman así porque la elasticidad del aire, desarrollada por una pequeña clavija en un aparato reducido, es su único motor. En Madrid ya se ve alguno de esos coches, pero desgraciadamente no se han generalizado aún, á pesar de que son conocidas las ventajas que tiene este sistema sobre los otros de locomoción callejera. Primeramente porque ocupan poco más trecho que ocuparían las personas marchando á pie, y luego porque ofrecen la ventaja de pararse en el acto de tocar la clavija á voluntad del conductor, que suele serlo, porque el mecanismo es muy sencillo, cualquiera de las personas que van en el coche.

Para Venancio era una verdadera novedad ese sistema de locomoción, pero ni siquiera reparó en él, porque sus sentidos iban todos ocupados en cosa de más importancia.

Así fué que, ni más ni menos que habría pagado una peseta ó dos por una carrera de los coches de HOY, echó mano al bolsillo, y enterado de la tarifa que le presentó el hipogrifo conductor del vehículo, abonó por milímetros cúbicos de aire el precio de la travesía y entró en el hotel.

Las habitaciones de este establecimiento se alquilaban al minuto, es decir, por horas, medias horas, cuartos, etc., y Safo, que era la más experimentada ó la más entendida en el asunto, pidió desde luego un gabinete de conversación y una plaza para la doncella en el *almacén de servicios domésticos.*

Y así como se vieron solos el hidalgo extremeño, la filósofa socialista, el conductor de las calabazas y la novia burlada, tomaron asiento todos en derredor de una mesa, sobre la cual extendió bien pronto el embajador lapón los estatutos reformados del *Hogar Cosmopolita,* y con un lapicero entre los dedos de la mano derecha, se dirigió á Norma y le dijo:

—Cuando gustéis.

—Podéis entenderos con el señor—repuso Norma señalando á Venancio.—Nadie mejor que este caballero—añadió—podrá fijar la indemnización que se me debe, porque sabe de sobra los grandes perjuicios que se me siguen, por las brillantes proporciones que he tenido para casarme después que me comprometí con el folletinista, vuestro poderdante.

—¡Yo!—exclamó Venancio sorprendido.

Norma y Safo le guiñaron el ojo á un mismo tiempo para que apoyara lo que la primera decía, y movido por el amor, nada más que por el amor, se apresuró á decir:

—Efectivamente que yo, sabiendo los grandes partidos á que esta señorita ha renunciado por ser fiel y constante en el amor que había jurado á ese caballero, estoy indignado de la infame conducta de éste. Pues qué—añadió con entonación jurídica, ni más ni menos que si estuviera informando en los estrados de un tribunal,—¿así falta un hombre de honor á su palabra y á sus juramentos? ¿Ha pesado bien la *parte contraria* las terribles consecuencias que puede tener el rompimiento que propone? ¿Por ventura hay nadie que pueda quebrantar un compromiso tan sagrado como el de que se trata por causas tan frívolas, tan livianas, tan pueriles, tan groseras, lo diré de una vez, señores, tan groseras como las de decir que ha encontrado otro enlace que le tiene más cuenta? ¡Más cuenta! ¡Ah, señores—exclamó tomando una entonación verdaderamente conmovedora y tierna,—cuando los afectos santos del corazón se arreglan por medio de la aritmética, no es difícil adivinar el resultado! Ese hombre es un monstruo. Yo le niego el derecho que cree tener para burlar la buena fe y la pasión de mi defendida. Yo en su nombre declaro.....

El emisario lapón estaba con la boca abierta, sin entender una sola

palabra de lo que oía; á Safo le pareció un oráculo su amante, y únicamente Norma se movía impaciente en su asiento desde que empezó el discurso, hasta que no pudiendo contenerse al oir el último párrafo, interrumpió diciendo:

—Eso no es verdad. En su derecho y muy en su derecho está negándose á casarse conmigo; yo no tengo nada que decir respecto á su resolución, y mucho más cuando la hace porque ha encontrado un partido más ventajoso que el mío.

—Justo y cabal—interrumpió el lapón.—Figuraos que se trata de una inglesa de veinte años, bonita como una barra de oro, que no tiene que heredar á nadie, sino que ya hoy posee una fortuna de seis millones de libras esterlinas de renta, la cual ha dado tres veces la vuelta al mundo buscando un hombre que fuera más rubio que ella y que sin embargo tuviera facciones de mulato, y como esta rarísima circunstancia se encuentra en mi amo, ha querido casarse con él.

—¡No te decía yo—exclamó Norma, suspirando y dirigiéndose á Safo—que si el retrato estaba exacto, no había otro hombre como él en el mundo!

Y volviéndose al emisario, le dijo con mal reprimido enojo:

—Pues lo que acabáis de decir es una razón más para que yo exija el máximum señalado en los estatutos. Y aún me parece poco.

Venancio no volvió á despegar sus labios, renunciando gustoso á la delegación que le habían confiado; pero avergonzado de lo que estaba oyendo, se acercó á Safo y le dijo en voz baja:

—Tiempo me faltaría, si estuviese yo en lugar de vuestra amiga, para mandar á paseo al emisario y á quien le envía, y hacer entender á esos salvajes y á todos los de Laponia lo que es la dignidad y el amor propio de una señorita española.

—¿Antes de recibir la indemnización?—preguntó Safo, obedeciendo á sus costumbres económicas, pero con miedo de desagradar á Venancio.

—¡Indemnización!—exclamó éste,—¡indemnización! ¿Por ventura es posible hallarla para esta infamia? Si vos estuvierais enamorada—añadió el pícaro extremeño aprovechando la coyuntura para avanzar en su indagatoria,—y os dijeran que cuánto dinero queríais por renunciar á vuestro amor, ¿qué diríais?

Safo contestó bajando los ojos, y á Venancio le pareció elocuentísima la respuesta.

Mientras tanto, Norma seguía regateando el precio de sus calabazas como si realmente estuviera vendiendo esta verdura en la plaza, y no alegaba á pesar de su claro talento razón alguna que no le fuera al punto contestada con hábil sutileza por el que parecía un rústico campesino. Y

no tanto por la fuerza de los argumentos aducidos, cuanto por el texto de la ley que estaba terminante, alcanzó el máximum de la indemnización.

Verdad es que para llegar á este resultado fué necesaria la intervención de Venancio, el cual, satisfecho con que Safo le amara, pensó, y no pensó mal, que ya le era indiferente que las demás mujeres vendiesen á más ó menos precio sus pasiones. Y así, volviendo á tomar la defensa de Norma, cuyas simpatías le importaba granjearse, y al ver que se trataba de interpetrar una ley escrita, pidió que le dejasen los estatutos reformados del *Hogar Cosmopolita* para ver cómo se había de presentar la demanda y en qué razón debía fundarse el escrito, y aun hubiese preguntado el tratamiento del tribunal ante el cual debía informarse, si Norma, que tenía toda la viveza de la época y casi más, no le hubiera interrumpido diciéndole, con el texto en la mano:

—No hay más que ver sino que el artículo 1.260, de que se habla en el billete, dice clara y terminantemente: «Cuando uno de los contratantes amorosos desista de cumplir lo pactado en el acto de empezar el desposorio ó cinco minutos antes de la hora señalada de antemano, y la parte desairada pueda probar que no tenía la menor noticia del desistimiento, la indemnización será del máximum, con arreglo á lo prescrito en el artículo 3.400, título 500, que trata *de los proyectos de contrato en quiebra.*»

—¿Y qué dice ese artículo?—preguntó Venancio, reprimiendo como mejor pudo la risa que le retozaba en el cuerpo.

Norma hojeó el libro de los estatutos y le dijo:

—Mirad; ahí lo tenéis. Tengo derecho no sólo al máximum, sino que si me apuran mucho, al uno y tres fracciones de céntimo al millar sobre el capital imponible por variación de clima.

Venancio tomó el libro y leyó lo siguiente:

«Art. 3.400. El máximum de indemnización consiste en un diez por ciento por descrédito personal si el indemnizado fuese mujer, y en cinco siendo varón; tres por ciento en el primer caso por razón de ajuar; y tanto si fuere varón como hembra, un medio y seis fracciones de céntimo si la boda se hubiese de celebrar en domicilio ajeno y equidistante de los de ambos prometidos.»

—Creo—interrumpió Norma—que no cabe mayor claridad. Estoy por todos lados dentro del artículo. Me corresponde el trece y medio y seis fracciones por ciento.

—No tiene duda—repuso Venancio.—¿Y ante qué tribunal se presenta la demanda?

—¿Qué demanda?

—La que se necesita para que os paguen esa suma.

—¡Si no hay necesidad de demanda! ¡Si el señor se allanará, por la cuenta que le tiene, á pagar desde luego lo que yo le diga!

Y á una señal afirmativa del lapón, sacó Norma un lapicero, y consultando rápidamente un papel que llevaba en la cartera, hizo tres ó cuatro ligerísimas operaciones y dijo:

—Me debéis 48.653 reales y 93 céntimos de real.

El lapón, que al mismo tiempo que Norma y consultando otro papel había echado también sus cuentas, sacó del bolsillo unos papeles de color y dando á Norma dos verdes, dos amarillos y uno azul, le dijo:

—Tomad; me debéis 346 reales y 7 céntimos.

Norma dió la vuelta en tres billetes y unas cuantas monedas españolas de plata y cobre, y el lapón se marchó sin despedirse de nadie.

Venancio no pudo resistir más. Lo que estaba viendo era tan extraordinario y le parecía tan inverosímil, sobre todo desde que más tranquilo su corazón le permitía sentir el ejercicio de la cabeza, que dirigiéndose á las dos amigas á la vez, les dijo con acento de verdadera súplica:

—¡Por piedad, hacedme el favor de explicarme todo esto que acaba de suceder aquí, porque yo me vuelvo loco y cada vez entiendo menos lo que, sin embargo, veo y palpo por mí mismo! A mí—añadió mientras las dos amigas le miraban y se sonreían como si fueran las magas de aquel infeliz hechizado,—á mí no me sorprende ninguno de los adelantos materiales que he visto desde que estoy en Madrid, ni por más que me parezca un sueño dejo de creer en la rapidez con que acabamos de viajar ni en nada de lo que hemos visto durante el camino. La industria es la diosa del siglo, y el hombre, que por espacio de tantos siglos ha estado exprimiendo su inteligencia sobre la materia, no debe admirarse de que ésta haya echado á volar al verse tan sutil y todo lo que es mecánico se haga como por arte de encantamiento. Difíciles son de concebir ciertas cosas; pero puesto que las tocamos y las vemos, son verdad porque lo son. Como decían en una zarzuela que vi representar en mi pueblo: *Son muy bravos* PORQUE SÍ. Pero porque el hombre, dándose aires de divinidad con la materia, le haya infundido su espíritu hasta ser esclavo de ella, ¡ha de ser necesario materializar los más santos afectos del alma llevando las pasiones, como si fueran seres inorgánicos, al mismo mercado en que se negocian y se venden las demás mercancías para trocarlas por un puñado de cobre, como un quintal de cok ó de hierro! Esto es lo que no entiendo y lo que pido á Dios no entender nunca, y hasta que me ilumine para hacer que vosotras, mis queridas amigas, lo entendáis al revés de como ahora sucede.

El acento de cariño con que el hidalgo extremeño pronunció estas

palabras hizo enmudecer á las dos jóvenes que cuando empezó á hablar se disputaban el contestarle, y él, aprovechándose del silencio que guardaban, añadió:

—Ahora mismo, ¿quién es capaz de calcular ese diez por ciento en que han tasado el descrédito que puede resultaros de no haberse verificado el matrimonio? ¿Sobre qué capital, imaginario seguramente, habéis ajustado la cuenta de lo que os debían?

—Sobre el asegurado—interrumpió con viveza Norma.—Aquí tenéis mi póliza. Yo me suscribí en el *Hogar Cosmopolita* por una cantidad dada, por la que forma mi dote; á razón de ese capital pago el uno al millar por gastos de inscripción, anuncios en los periódicos, etc., y sobre este capital se me paga el tanto por ciento del descrédito del hogar y del viaje, en caso de indemnización por quiebra voluntaria, como acaba de suceder.

—¿Hay también quiebras forzosas?—preguntó Venancio, sin poder resistir la tentación de reir.

—Figuraos que el lapón en vez de arrepentirse se hubiera muerto. Si no hubiese estado inscrito, como lo estaba, que buen cuidado tuve yo de averiguarlo, en una sociedad de seguros sobre la vida, yo me habría quedado sin indemnizar de esa quiebra forzosa. Pero estando asegurado, la compañía me habría pagado (menos, porque la quiebra no era voluntaria), rebajando lo que me diera de la cantidad que debía abonar á los poseedores del cadáver, que suelen ser los parientes ó la persona á cuyo favor pone el socio la póliza.

—Y decidme—preguntó Venancio cada vez más admirado de lo que oía,—el papel que os ha entregado ¿son billetes del banco de Laponia?

—No—dijo Norma, que había cuidado de examinarlos bien al recibirlos.—Y lo siento—añadió,—porque no he visto ninguno de por allá; los verdes, que son de 500 piastras, son turcos; los amarillos, de 1.000 zwanziger, austriacos, y el azul, de 250 liras, italiano.

—¿Y tienen circulación en Madrid?

—¡Pues no faltaba más sino que no la tuvieran! ¡Como la tiene nuestro papel en todas las partes del mundo!

—¡Ya lo creo!—interrumpió Safo.—¿Qué sería del crédito universal si hubiese esas distinciones en el valor de la moneda? El crédito es cosmopolita.

—Eso es verdad—dijo Venancio, mientras lo que creía en sus adentros que era cierto, era que el mundo estaba próximo á ser otra torre de Babel.

Y pensando de repente en que acaso su madre estaría llegando á Madrid, sin que él pudiese salir á recibirla, animado por la buena disposición de Safo y recordando que Norma había iniciado la idea de dar vuelta á la corte, dijo:

—Conque ya que nuestro viaje ha tenido un éxito poco lisonjero, podemos hacer que nos den algo de comer y emprenderemos el regreso á nuestra patria.

—¿Tanta prisa tenéis de que nos separemos?—replicó Safo con un acento tan dulce y con una expresión tan seductora, no por aire de coquetería, sino por señal de vergüenza, que á Venancio se le subió el corazón á la garganta, y atropelladamente dijo, acercándose á Safo:

—Al contrario, yo no quisiera separarme nunca de vuestro lado.

—Muchas gracias—repuso Norma con graciosa ironía.

—De vuestro lado he dicho—replicó Venancio con intención.

—Ya es algo tarde, amigo mío; pero lo que yo veo es.....

—¿Qué ves?—preguntó Safo con viveza.

—Nada—respondió en voz alta su amiga.

Y acercándosela al oído añadió:

—Veo que donde se ha deshecho una boda se ha empezado un amor.

Safo no contestó con la lengua, pero dijo que sí bajando los ojos, y Venancio, creyéndose obligado á disculpar sus anteriores palabras, dió cuenta en las menos posibles de la próxima llegada de su madre y del banquete electoral, cosas ambas á que había renunciado por no faltar al viaje.

Imagínate, lectora, cómo se le esponjaría el corazón á la amiga Safo al ver que Venancio había abandonado, no sólo á su madre, que esto también ella lo había hecho, al parecer sin sacrificio, sino el banquete, que estaba ligado con su posición social y política.

Y si no te lo imaginas, te diré que la hizo tal efecto, que sin detenerse á tomar alimento alguno, dispuso que la caravana diese vuelta á la corte en la primera expedición que saliese al efecto. Como salió á los cinco minutos de haberlo pensado.





CUADRO XXVI

DE BADAJOZ Á MADRID Y DE MADRID AL HOTEL

Si supieras, lector, quién es HOY la persona que en el MAÑANA que te estoy dando por adelantado ha de figurar en primer término del presente cuadro, es muy posible que sin aguardar á que los trenes del ferrocarril extremeño se pusieran en marcha tomases un carruaje de posta y corrieses la ídem camino de Badajoz. Si así lo hacías, movido por la disculpable pero hidrofóbica curiosidad que te distingue, cuatro leguas antes de llegar á la ciudad tomarías á la derecha por un camino torcido, y después de sufrir en un carro y por espacio de cinco horas el descoyuntamiento de todo tu cuerpo, cuando ya estuvieras asendereado, molido y á tu parecer hasta pulverizado, descubrirías un campanario y unas cuantas casas á su alrededor; llamándote muy luego la atención una tan grande como la mitad de todas las otras juntas, con cuatro torres enanas, un portalón llenando el tercio de la fachada, ésta enjalbegada de cal y salpicada sin orden ni concierto artístico por media docena de balcones, y éstos anchos, rechonchos y muy recargados de hierro.

Porque sé muy bien, lector, el vicio que te distingue, no me queda duda de que harías lo que estoy diciendo si supieras cuál es la residencia de doña Ruperta Gómez de Silva, viuda de Almendruco y madre del jurisconsulto Venancio. Pero como quiera que esta señora vive en 1899 como vivían en 1850 y poco más ó menos que como vivían sus padres en 1800,

te aconsejo que moderes tu curiosidad, y que viéndola cual yo te la enseñaré ahora, te figures estarla conociendo en tus tiempos.

Si como decía un refrán de los hombres de AYER, «por el hilo se saca el ovillo,» y como dicen los sentenciosos críticos de HOY, «el estilo es el hombre,» aplica esta máxima á las mujeres, y por el contenido de las cartas que la madre extremeña escribió á su hijo saca tú lo que es ella.

Imagínate una de aquellas señoras hacendosas de los primeros años del siglo, para quienes la religión consistía en creer en Dios *á puño cerrado;* la familia en obedecer *como esclavas* á sus maridos, y la política en decir *quien manda manda*, añadiendo como resumen de su fe religiosa y su fe política que no había de faltarles *ni rey que les mandara ni papa que les excomulgase*, y te irás acercando á conocer á mi señora doña Ruperta. Y si sabes restar de esos tipos la enseñanza que dieron las revoluciones á las madres de familia que vivían en la corte y en las grandes capitales de provincia, pensando en que mi extremeña si alguna vez oyó leer la *Gaceta* fué siempre con un mes de retraso y sin que dejara de repetir aquello de *mientes más que la Gaceta*, te habrás aproximado mucho más al retrato; teniéndole perfecto y acabado con sólo recordar lo que ya te he dicho en otra ocasión y te repito ahora, de que en los últimos años se enamoró algún tanto de las ideas modernas, á lo cual contribuyó en gran parte el amor de madre y el deseo natural y justo de que su hijo, pudiendo ser por su nacimiento mucho más, no estuviera siendo menos que el de doña Tomasa, su convecina.

Pero la envidia que tenía á doña Tomasa no fué la causa primordial de su amor hacia las ideas modernas, porque ya cuando el hijo de aquélla fué nombrado ministro y su madre se pavoneó por el lugar con la noticia, doña Ruperta se atrevía á disputar con el viejo general que estaba de cuartel en el pueblo y con el señor cura, defendiendo las mejoras materiales que, como ella decía, no estaban reñidas con la religión y con el amor al rey y las buenas costumbres.

No era muy joven el célebre Alonso Quijada cuando á fuerza de leer las hazañas de los caballeros andantes se lanzó al mundo decidido á resucitar la antigua caballería, y viejas, muy viejas, registra la historia que, entusiasmadas con la lectura de las novelas, se han figurado ser más hermosas y más jóvenes que las heroínas de aquellas fábulas y han creído ver en cada hombre un Malek-Adelk ó un Abelardo.

Pero doña Ruperta no iba tan allá en su amor á los adelantos del siglo que fuera capaz de hacer cosa que no estuviera en armonía con sus años, con sus sentimientos cristianos y con sus buenas costumbres, y si yo he citado esos ejemplos ha sido para probar que nada hubiese tenido de extraño que así como á D. Quijote le trastornaron los sesos la lectura

de los Amadises, Esplandianes, Olivantes y otros de su jaez, y á más de una dama encanecida en santas y buenas obras le pilló en los últimos días de su vida el diablo del romanticismo, á la madre del hidalgo extremeño podían haberle alborotado la mollera los vientos de la revolución.

No fué así por fortuna, y su amor hacia algunas de las ideas modernas era platónico y producido por unos cuantos requiebros inocentísimos que se había dejado echar del espíritu del siglo; personaje que, después de viuda y no antes porque el difunto mayorazgo Almendruco era muy celoso en esta materia, le mandó algunos billetés amatorios en letras de molde. Y á fuerza de leer doña Ruperta un día y otro aquellos párrafos laudatorios que el periodismo hacía de los adelantos del siglo, creyó que éste y no el que á ella le había gustado en su juventud era el buen mozo de la humanidad. Pero repito que no se enamoró tan ciegamente de ese galán, que ahorcando sus antiguos hábitos malvendiese su hacienda para imponer su dinero en acciones de ferrocarriles y de sociedades anónimas y dar *tes danzantes* y *matinés musicales*, llegando á ser una verdadera vieja verde.

Ni tan allá, ni mucho menos, fué mi señora doña Ruperta; y con una prudencia digna de elogio se limitó, como sabe el lector, á soltar la mariposa de sus entrañas para que viniera á revolotear en derredor de la antorcha de la civilización, encargándole de palabra y por escrito que cuidara mucho de no abrasarse en sus resplandores. Y aun el miedo de que la hermosura de la llama fuera más elocuente que sus consejos, que no el afán de aspirar ella también la viva luz de la ilustración y del progreso, fué lo que la decidió á venir á la corte.

Es posible que al salir de su aldea recordase algunos párrafos de *La Correspondencia de España*, y gozara al pensar que por fin iba á ver los encantos del buen mozo, pero no fué éste el verdadero móvil de su viaje; y la mejor prueba que podía dar de su buen juicio y de que no obraba por un arrebato amoroso, fué el cargar como el caracol con su casa á cuestas, á pesar de que sabía que en la corte había de todo y que no echaría de menos nada.

Al verla salir del pueblo hecha un mar de lágrimas hubo pocas personas que no la tuviesen envidia, pero también hubo algunas á quienes inspiró verdadera lástima. Era una de estas últimas el general retirado, el cual, si bien, como egoísta que era, sentía el viaje porque perdía uno de los mejores *pies* de su indispensable tresillo, todavía le dolía mucho más que su amiga fuese á sufrir en la corte lo que él, siendo militar y joven aún, no había podido resistir en 1850. Pero sus consejos fueron inútiles, porque el amor de madre atropellaba y salía al encuentro de toda clase de reflexiones, y doña Ruperta, despedida y acompañada largo trecho por

todo lo principal del pueblo (inclusa doña Tomasa, á quien un color se le iba y otro se le venía, mordiéndose los labios de ira), emprendió su marcha en un coche verdaderamente histórico hasta la estación del ferrocarril; que este es el medio más rápido de comunicación que para las personas existe hasta la fecha entre la corte de España y Portugal, por más que aún hoy se habla, y algunos parece que lo tocan con la mano, de la Únión Ibérica.

Á pesar de que los carros del tío Donato habían traído dos días antes muebles suficientes para llenar dos vagones, todavía trajo consigo doña Ruperta material para otro, gracias á los baúles de la ropa blanca, que no quiso apartar de su lado, y al coche histórico, que por ser de familia y de buen movimiento le pareció bien llevar á la corte.

El mismo número que pusieron á los bultos del equipaje le pegaron á doña Ruperta y á sus criados en la espalda, y este detalle que ella no recordaba haber leído nunca en las brillantes descripciones que hacían los periódicos de los viajes en vapor lastimó algún tanto su dignidad y aun debió de enceder su sangre azul, puesto que las mejillas se le pusieron amoratadas. Pero el silbido de la máquina, la rapidez con que el tren empezó á correr sobre la vía y el mareo que la producían los objetos que pasaban rápidamente por su vista no la dejaban pensar en nada, y así fué que aun el santiguarse, cosa que hacía siempre que emprendía un negocio arduo, lo hizo cuando ya había andado quince kilómetros.

Pasa ya doña Ruperta de los sesenta años, pero tiene la agilidad de los cuarenta y cinco, y sin embargo, en la parada de diez minutos, única que hizo el tren en todo el camino para que comieran los viajeros, no pudo bajarse á tiempo de probar bocado; porque mientras se alzó del asiento y se aseguró de que ya el tren no se movía, y quiso buscar quien le dijera cuánto tiempo daban de parada y si estarían seguros los efectos que dejase en el coche, y se bajó y entró en el comedor, sonó otra vez el silbato, y poco menos que á empujones la metieron en el tren.

Pero iba á ver á su hijo, y no la pesó de que la máquina secundara su impaciencia. Así, engañando su estómago con unos bizcochos y unas tortas, que partió religiosa y familiarmente con sus criados, y rezando con ellos un credo después de pasar un túnel y varias otras devociones en los demás del camino, dió término á éste, llegando á la gran estación central del Occidente de la corte, la cual no es como las que el lector conoce y usa, ni creo que se parezca en nada á las que se habrá imaginado desde que tomó en sus manos el presente libro.

El *dímelo andando* de estos tiempos, en que todo se hace corriendo, ha suprimido por el pronto los diez y á veces más minutos de parada que HOY se dan á la vista de la estación y casi dentro de ella, para que

los viajeros puedan decirse los unos á los otros: «Pues señor, ya hemos llegado,» ó «¡Gracias á Dios que estamos todos sanos y salvos!,» y los empleados recojan los billetes á su comodidad, y la máquina vaya de vanguardia á retaguardia, también para mayor comodidad de la empresa. Nada de esto se hace al llegar, porque todo viene hecho antes de haber llegado, y tampoco suspende el tren su marcha al entrar en la estación, sino que modera su velocidad al pasar por el andén para que los viajeros vayan saltando y los coches sigan á sus respectivos almacenes.

Los encargados del equipaje y de las mercancías tampoco han estado ociosos durante el viaje, y al término de éste los bultos de cada viajero salen reunidos, y así no se pasa un segundo desde que se llega hasta que, como decían los antiguos, cada mochuelo se va á su olivo.

Aprovechado el tiempo de una manera tan precisa, parece excusado decir que la estación central viene á ser una estación de tránsito, en cuyos andenes no se ve nunca una persona parada ni un bulto detenido ni nada que no esté en movimiento. Y todo esto se hace sin necesidad de agentes de policía, que estando ellos parados digan á las gentes que vayan *arriba* ó *abajo*, sino que como cada cual sabe su obligación y todos están persuadidos de que el tiempo es dinero y de que la ociosidad es madre de todos los vicios, ninguno quiere estar ocioso. El viajero que va, paga andando, y sin pararse le marcan su persona y los bultos de su equipaje, y el que viene, salta corriendo, recoge su equipaje volando, se deja desfacturar á la carrera y desaparece de allí como por encanto. Y como nunca hay que esperar se han suprimido las salas de *espera*, quedando reducida la estación á un gran túnel de entrada y salida, donde lo único parado son los coches, las máquinas y los bultos que no tienen voluntad propia, y en este caso, perdónenme la comparación, se encontraron doña Ruperta, sus doncellas y el criado.

Á pesar de lo muy advertidos que estaban por un convecino suyo de la diligencia con que era preciso andar en el ferrocarril para llegar á tiempo de comer y saber desembarcar, se quedaron, como ha visto el lector, sin probar bocado, y siguieron á los almacenes dentro de los coches; de cuyo percance apenas se habían enterado, á pesar de la obscuridad del cocherón en que estaban metidos, cuando oyeron un gran estrépito sobre sus cabezas que les hizo sospechar una gran catástrofe, y era el estruendo de unos cuantos martillazos que el despertador mecánico del cocherón daba sobre los carruajes para avisar á los viajeros que pudieran haberse quedado dormidos. Un silencio profundo siguió á ese momento de verdadero terror para doña Ruperta, y á no haber sido porque su criado se aventuró á salir del coche y á voces pidió auxilio, Dios sabe hasta cuándo habrían estado allí la señora extremeña y sus criadas.

Pero acudió el *inspector de extraviados* y los sacó á todos de allí, consultando el reloj por si debía hacerlos pagar almacenaje; lo cual no pudo ser porque no habían pasado los cinco minutos que marca el reglamento, y apenas se hubo enterado de que eran forasteros les preguntó si querían un *práctico.*

Doña Ruperta no supo qué contestar, y abriendo los ojos con maternal ansiedad miró á todas partes por si veía á su hijo, que debía estar allí esperándola, y echó á andar maquinalmente hacia un grupo de personas que con la mayor solicitud la saludaban, la requerían y la acosaban con tarjetas, prospectos y anuncios de todas clases, sin que la pobre señora acertara á comprender una sola palabra de aquella inmensa algarabía industrial.

El criado, aunque rudo y de todo punto extraño á aquel laberinto, se enteró más pronto que su ama de lo que aquellos hombres querían, y dirigiéndose á uno cualquiera, al que le pareció de más formalidad y más circunspección, le suplicó con la mayor cortesía posible que le dijera dónde y cómo les entregarían el equipaje y que si estaba muy lejos de allí la casa del señorito D. Venancio, porque aquella señora que estaba presente, y señaló á doña Ruperta, era su madre.

Aunque sin saber leer y escribir, como suele decirse, el rústico extremeño había tenido la dicha de tropezar con un *práctico* de los más acreditados, el cual apenas le hubo respondido que sabía todo lo que le preguntaba y mucho más y dirigido un ceremonioso saludo á doña Ruperta, hizo brotar del morrión que cubría su cabeza un banderín semejante al de los coches de plaza, en el cual sobre fondo verde se leía en caracteres amarillos lo siguiente: *Paso libre.*

El grupo de industriales se disolvió como por encanto, sin que ninguno osara disputar la presa al elegido de entre ellos, ni tratara de desacreditarle con aquella sonrisa burlona que antiguamente inspiraba la envidia en cosas tales, ni menos se quedara perdiendo el tiempo viéndole trabajar.

Los viajeros tenían ya un pabellón que les amparaba y ponía á cubierto de ulteriores asechanzas industriales, y nadie podía atreverse á ofrecerles servicio alguno, porque todo corría de cuenta y cargo del práctico elegido; el cual, ofreciendo cortésmente el brazo á doña Ruperta, después de haber examinado el número que tenía estampado en la espalda, la condujo al *desembarcadero de equipajes,* local espacioso y grande por la parte interior y que no es otra cosa á la vista del público que una larga fachada de madera, llena de agujeros pequeños como los cristales de los antiguos dioramas, sobre los cuales se lee lo siguiente:

1 *al* 100,—101 *al* 200,—201 *al* 300, etc.

Y entre cada uno de estos agujeros de escasos tres decímetros de diámetro hay un gran torno, en el que aparecen los equipajes en el momento en que se piden por la ventanilla correspondiente al número de la factura, sin que para ello haya que presentar más talón ni recibo que el número estampado en el traje del viajero, el cual se compone de dos guarismos, uno que marca el número del asiento y otro el de los bultos que son de su pertenencia.

Doña Ruperta, por ejemplo, si hubiese sido práctica en el asunto se habría acercado al ventanillo del 301 al 400, y apenas hubiese dicho «*el* 320 *con* 30,» habría visto aparecer en el torno de la derecha, si no de una vez, porque eran muchos y muy grandes, en tandas, todos los bultos de su equipaje.

El práctico, antes de acercarse al desembarcadero, le preguntó si había equivocación en el número, porque á pesar de su mucha experiencia en el servicio no recordaba haber visto un viajero con tantos cabos sueltos, y ella le dijo que no; que traía treinta bultos, aunque no todos eran baúles, y que además tenía un coche con factura separada; pero que no le corría tanta prisa sacar el equipaje como buscar á su hijo, que por fuerza debía estar allí esperándola.

Advirtióla el práctico que lo primero era recoger los bultos, porque de lo contrario habría que pagar almacenaje, y doña Ruperta, soltándose del brazo de aquel hombre, le dijo:

—Se pagará todo lo que sea menester, pero yo quiero ver á mi hijo. Tenga usted la bondad de decirme dónde están las gentes que salen á recibir á los viajeros.

—Allí, donde me habéis hecho el honor de aceptar mis servicios.

—Allí—replicó doña Ruperta—no había más que vendedores y mozos de servicio, y no es eso lo que yo pregunto. ¿Dónde está la demás gente?

—¿Qué gente?

—Los parientes, los amigos, los que salen á dar la bienvenida á los viajeros.

—En ninguna parte, señora. A la estación no vienen nada más que los industriales. ¿Vuestro hijo vive en Madrid?

—Sí tal, en el Hotel de la Unidad Transatlántica.

—No es mal hotel—repuso el práctico,—pero los hay mucho mejores. Si queréis estar perfectamente servida, yo os llevaré á la *Hospedería de Canaam*, que se ha abierto nueva, y veréis cómo en el mundo no hay otro hotel más grande ni más *confortable*.

—Mil gracias—contestó doña Ruperta deseando desasirse de aquel hombre;—yo quiero buscar á mi hijo, que de seguro habrá venido á la estación.

—¡Y si no ha recibido la carta!—dijo una de las doncellas.

—Pero como además le puse un parte telegráfico.....

—Verdad es—repuso la doncella.

—¿Quiere usted—dijo el criado—que vaya yo en una carrera á ver si está el señorito en su casa?

—¡Pero si tú no sabes dónde está el hotel!—repusa doña Ruperta.

—Quien lengua tiene á Roma va—dijo el criado,—y el señor me hará el favor de decirme hacia dónde está, poco más ó menos, el hotel.

—¿El de la Unidad Transatlántica?—replicó el práctico.—¡Pues es una friolera!.... El más lejos de esta estación. Siete kilómetros largos.

—¿Y qué hacemos?—dijo el criado.

—Yo no puedo creer que Venancio no haya salido á recibirme—contestó doña Ruperta.

Y mirando con ansiedad á todas partes, se dió por fin una palmada en la frente y dirigiéndose al práctico le dijo:

—Caballero, ¿usted me sabrá decir dónde me darán razón de unos muebles que he mandado hace dos días?

—¿Qué número tiene la factura?

—No me acuerdo. Pero se la envié á mi hijo en la misma carta en que le avisaba el día de mi llegada, y si han recogido los muebles es señal de que mi hijo está aquí.

La impaciencia de doña Ruperta desde que le ocurrió ese medio indirecto de buscar á su hijo era grande, y aunque el práctico le dijo que no se podía saber el paradero de los muebles ignorando el número de la factura, insistió en ver los almacenes; cosa que le fué en extremo fácil, pagando 15 céntimos por persona á la entrada de cada uno de ellos, y eran muchos.

Nada de lo que buscaban vieron en los cinco primeros que registraron, y apenas se asomaron al sexto, cuando los tres criados á la vez gritaron sin poder contener su alegría:

—¡Allí está el armario de nogal!

—¡Ya veo el salterio!

—¡Aquella es la urna del San José!

Á doña Ruperta, por el contrario, le entró un gran desaliento al ver aquellos muebles, y pensando que puesto que no habían sido retirados de allí por su hijo era señal infalible de que estaba enfermo, sin oir las reflexiones de los criados que insistían en que no habría recibido la carta á tiempo, se volvió al práctico y le dijo:

—¡Un coche, un coche y vamos corriendo al hotel!

—¿A la *Hospedería de Canaam?*—preguntó el práctico.

—¡No, no!—gritó doña Ruperta.—¡Al hotel de mi hijo!

—¿Y el equipaje?—dijo el práctico.

—Luego se sacará—contestó la afligida señora.

—En ese caso—repuso el práctico—hay que depositar los números en la oficina de *asuntos á ventilar*.

—Lo que queráis, pero vamos corriendo.

El práctico hizo desfacturar á los viajeros, llevándolos á un despacho donde les copiaron el número de la espalda, limpiándoles ésta, y salió con ellos de la estación; á cuya puerta había un gentío inmenso que acudía, llamado por el *telégrafo de noticias frescas* y un millón de anuncios arrojados por el *árbol de la publicidad*, á ver *un coche del siglo* XV, así decían los anuncios, *que acababa de llegar de Extremadura*.

Y fué que apenas se embarcó el carruaje en Badajoz, se avisó por telégrafo que se podría enseñar al público por espacio de media hora, que era el tiempo que, según calculaba la compañía, tardaría en recogerlo su dueño.





CUADRO XXVII

LAS GENTES DE 1850 ENTRE LAS DE 1899

Donde se prueba que no hay necesidad de perder el juicio para volverse loco.

Ni la madre del hidalgo extremeño reparó en los grandes carteles que anunciaban la exposición pública de su carruaje, ni aunque hubiese leído lo que decían habría comprendido lo que aquello significaba. Y no porque el suceso tuviese nada de extraordinario ni fuera cosa *del otro jueves*, como antes se decía, sino que á las gentes no acostumbradas á vivir en esas sociedades que cifran todo su bienestar y su manera de ser en *no perder ripio* ni desaprovechar ocasión de aprovecharlo todo, se les antoja *un arco de iglesia* cualquier acontecimiento que se sale un poco, siquiera sea en la forma, de lo que están viendo y palpando en la vida ordinaria. Pero en cambio de esa falta de comprensión que induce á lo maravilloso, carecen los ignorantes del sentimiento de la curiosidad, que mal que les pese á los que han sostenido lo contrario, no es un instinto salvaje, sino una pasión educada. No son los pueblos incultos sino las sociedades cultísimas las que sienten el vivo aguijón de la curiosidad, que por más que traten de ennoblecerle, suponiéndole inspirado por el amor á la ilustración y el deseo de aprender, es casi siempre un placer frívolo, sin ventajas para nadie ni para nada.

Es decir, lector, que según mi leal saber y entender, un corro de verdaderos bobalicones se halla más fácilmente en una gran capital que en una pequeña aldea. Y los curiosos, que sobran en todos los pueblos de la culta Europa, son muy difíciles de encontrar entre los incultos africanos.

Por eso la compañía de los ferrocarriles del Occidente de España se apresuró á excitar la curiosidad del público madrileño, anunciando que el coche de doña Ruperta estaría expuesto media hora ó algo más á la vista de los que quisieran pagar 50 céntimos.

Y fueron tantos los que acudieron al reclamo, que á las puertas de la estación había un verdadero tumulto, á pesar de que muchos no se apresuraron á ir á verlo, porque confiaban, y con razón, en que más de un fotógrafo cuidaría de copiar el carruaje y le podrían ver en su propia casa y aun conservar una copia por diez ó doce céntimos.

Pero así como te digo una cosa te digo otra, lector. No vayas á creer que la compañía del Occidente estaba muy en su derecho haciendo lo que hacía; que si doña Ruperta se hubiese enterado de lo que pasaba y hubiera querido negarse á la explotación de su propiedad, nadie habría visto el coche. Por de pronto una participación en el negocio no se la podían negar, y si no quería avenencia y resueltamente se oponía á la exposición del carruaje, la indemnización á los curiosos defraudados habría salido muy cara á la compañía.

La libertad de la industria no atropella nunca las demás libertades ni menoscaba ninguno de los derechos reconocidos por la ley. No está esta sociedad de MAÑANA tan atrasada como la vuestra, en que apenas se conoce más propiedad que la que se funda en terreno firme, como las casas y las tierras de pan llevar. Aquí se tiene entre otras muchas propiedades la de la fisonomía, y ningún fotógrafo puede vender un retrato sin que el retratado vaya á la parte en la venta, ni cuando un periodista dispone, por error ó por capricho, de la vida de un ciudadano, deja éste de pedir indemnización de daños y perjuicios por el tiempo que el público ha podido creerle muerto.

Pero doña Ruperta no supo lo que significaba aquel tumulto, ni aunque lo hubiese sabido habría hecho reclamación alguna, como no la hizo su hijo, siendo más letrado que ella, cuando vió vender su retrato y su carta en la redacción del *Boletín de antigüedades*; el cual periódico, y aquí lo digo porque viene á cuento, anunciaba en la última hora de este día la llegada del coche y tenía en la estación un artista para que por medio de la *grabografía* copiase el carruaje y se pudiese vender por suplemento al público.

Harto tenía que hacer la pobre señora con el pensamiento que llevaba en el alma de que su hijo estaba enfermo, y ni siquiera hacía caso de sus

criadas, que continuamente le llamaban la atención para que viera la grandiosidad de las plazas, la belleza de los edificios y una porción de objetos, de los cuales ni siquiera comprendían la aplicación ni el modo de usarlos.

El carruaje en que iban no marchaba con gran velocidad, porque era de vapor, y permitía verlo todo con algún detenimiento; de manera que los criados iban verdaderamente embobados, dando gritos por todo lo que veían, con gran extrañeza del práctico; el cual, aunque ya sabía que aquellas gentes venían por primera vez á la corte, no creía que estuviesen tan atrasadas de noticias que no conocieran ni el electrocarril ni los globos ni la maroma y los trapecios.

Así fué que no supo qué pensar cuando vió que el criado extremeño, alzando con ruda familiaridad la cabeza de su ama, empezó á gritar apenas entraron en la población:

—¡Un globo!, ¡un globo! ¡y otro!.... ¡y títeres! ¡Ay cuántos títeres!

Las criadas batían las palmas locas de alegría al ver las gentes que saltaban en los trapecios, como si estuvieran en su pueblo viendo una corrida de novillos ó una fiesta de pólvora, y sólo doña Ruperta, que vió con espanto el peligro de muerte en que estaban todas aquellas gentes que cruzaban las calles y las plazas sobre una maroma, cogió del brazo al práctico, y señalando hacia el cielo exclamó:

—¡Dios mio! Esas gentes se van á matar.

El práctico se sonrió y le dijo:

—No lo creáis, señora. Al principio se caían muchos y morían casi todos, pero ahora ya son muy pocos los que se matan.

—¿Pero para qué hacen esa barbaridad? ¡Jesús, pobres gentes, y qué caro les cuesta el ganar un pedazo de pan!

—Pues ¿quiénes creéis que son los que andan en la maroma y en los trapecios?—dijo el práctico.

—¡Quiénes han de ser!—repuso doña Ruperta.—Infelices titiriteros que exponen su vida para divertir al público.

—¡Sí, no son malos infelices—replicó el práctico;—ya quisiera yo tener la renta del más pobre de esos señores!

—Pues ¿quiénes son?

—Capitalistas, duques, propietarios, ingenieros, abogados.....

—¡Abogados!—gritó doña Ruperta pensando en que lo era su hijo.—¿Los abogados hacen esas cosas?

—¡Ya lo creo! Como que eso no es más que gimnástica, y la gimnástica está muy recomendada por los médicos para todo el que estudia mucho.

Horrorizada con lo que oía cerró doña Ruperta los ojos, pareciéndole siglos los minutos que tardaba en llegar al lado de su hijo, y aunque no

tan pronto como ella deseaba, se detuvo el carruaje dentro de uno de los doce grandes patios de entrada del Hotel de la Unidad Transatlántica.

—¿Qué número tiene vuestro hijo?—preguntó el práctico á doña Ruperta.

—¡Qué sé yo!—contestó ésta.—Se llama D. Venancio Almendruco. Pero no se moleste usted más, que ya buscaré yo su cuarto.

—¿Está en este distrito?—preguntó el práctico.

—Sí, aquí está—contestó la señora,—en este hotel.

—Bien; ¿pero en qué distrito?, porque aquí hay doce distritos.

—¡Qué sé yo! Las mozas de la casa nos lo dirán.

¡Pobre señora, que á pesar de haber contrariado la voluntad de su difunto esposo, leyendo periódicos y novelas modernas, aún creía que en la capital de España y no ya en pleno siglo XIX sino al empezar el XX hubiese *mozas de servicio*, esto es, Maritornes, como si aún anduviera por el mundo el ingenioso hidalgo manchego! ¡Qué idea tenía de lo que era el gran hotel en que se hallaba, ni de lo que ha hecho la industria al asomar las narices al servicio doméstico! Buscar fregatrices de estropajo en ristre allí donde no se limpian los platos uno á uno á fuerza de puño y arena y al compás de una seguidilla, sino que hay una máquina de vapor que en cinco minutos escasos pasa por lejía, enjuaga y seca dos toneladas de cacharros, era un disparate imperdonable, aun en aquella señora que venía de un lugar donde los mesones y las posadas están servidos poco más ó menos que lo estaban dos siglos atrás. Disculpa tendría si no supiera lo que son ni sospechara siquiera que existen esos servidores de hierro, que automáticamente remedan todas las ceremonias y quehaceres del servicio doméstico; pero que á la vista de aquel gran palacio en que bullían tantos camareros de frac y corbata blanca presumiese que había de encontrar mozas de servicio, alcarreñas ó asturianas, era verdaderamente imperdonable. La única explicación que esto tiene, un tanto favorable para doña Ruperta, es que esta buena señora, trastornada por el afán de encontrar á su hijo, no veía la grandeza y el lujo del sitio en que se hallaba, y aun si fijó su atención en los camareros, como ignoraba que en la corte el frac y la corbata blanca son ya prendas exclusivas del uniforme de los criados, los tomó por caballeros.

De todos modos, y esto explica cuán grande era el anacronismo que cometió la extremeña, el práctico no entendió lo de las mozas de servicio y la condujo á la oficina de entradas y salidas más inmediata al sitio en que se hallaban; y allí, dirigiéndose, no á una Maritornes, sino á una joven elegantemente vestida, le preguntó lo que deseaba averiguar; la cual pregunta fué inmediatamente satisfecha por la joven, que abriendo un gran libro dijo:

—Distrito 9.°, calle H, piso 4.°, número 1.684.

Y el práctico, que lo era mucho en estas materias, preguntó:

—¿Está en su habitación?

—¡Qué sabe esta señora si está ó no está!—interrumpió con viveza doña Ruperta.—Vamos corriendo á su cuarto.

Y mientras esto decía la buena señora, la joven preguntaba por telégrafo y le respondían que no estaba, y así se lo transmitió verbalmente á los interesados, sin que doña Ruperta comprendiese nada ni escuchara otra voz que la de su corazón que la mandaba correr al lado de su hijo.

Así fué que con acento de verdadera desesperación se volvió al práctico y le dijo:

—Buen hombre, ¿quiere usted decirme, si lo sabe, por dónde se va al cuarto de mi hijo?

—Tomaremos una carretilla y la mecánica—replicó el práctico,—porque está muy lejos.

—Tomemos lo que usted quiera con tal de que vayamos al momento; pero más pronto iremos á pie puesto que está en esta misma casa.

—Es que precisamente el distrito en que estamos es el 2.°, y desde aquí al 9.° hay mucho que andar.

—Pues vamos como gustéis.

Y en el acto, porque has de saber, lector, que en ese hotel como en todos los de su clase no puede haber un deseo que no se satisfaga al instante, y que como decían los antiguos enamorados, pajaritos volando que se pidan se tienen al momento; en el acto hallaron el carruaje, con el que atravesaron casi toda la planta baja del edificio, subiendo sin detenerse por la mecánica y llegando del mismo modo á la calle H.

Como peces fuera del agua, que no aciertan á cerrar la boca, así estuvieron los tres criados extremeños mientras duró el rápido culebreo de la carretilla eléctrica por los patios, galerías, parques y jardines del hotel, y cuando se sintieron ascender por el pozo de la mecánica lanzaron un grito que no duró más tiempo que la ascensión. Y mirando con espanto al práctico se acercaron temblorosos á su señora, que no los hizo caso, y antes que con los ojos leyó con el corazón el número 1.684, y como si toda su vida hubiera estado allí, puso su mano sobre el picaporte de la puerta, que estaba y permaneció cerrada.

Al ruido acudió el camarero, é informado por el práctico de que aquella señora era madre del huésped y aquéllos sus criados, abrió la puerta para que la primera entrase, oponiéndose á que lo hicieran los criados, los cuales ni siquiera debieron haber subido por la mecánica de los señores.

El práctico conoció la justicia con que hablaba el camarero, mientras

que doña Ruperta, que había recorrido en un segundo la habitación, volvía á la puerta diciendo con verdadera exaltación:

—No está, no está; volvámonos á la estación.

—Como gustéis, señora—repuso el práctico;—pero me parece sería mucho mejor que le esperaseis aquí, porque si el señor ha ido allá, viendo que no estáis se volverá al momento.

—¿Hace mucho tiempo que salió?—preguntó doña Ruperta, dirigiéndose con cierto embarazo al camarero.

—No lo sé, pero debe volver pronto, porque ya son las cinco y cincuenta y ocho, y á las seis y trece tiene pedido el banquete.

—¡El banquete!—replicó doña Ruperta.—¡Oh! Me esperaba con mesa puesta—añadió entre dientes y casi sollozando de alegría.

—Sí, señora—contestó el camarero,—porque como ha sido elegido diputado.....

—¡Diputado! ¡Conque ya es diputado mi hijo!

—¡Qué gusto, señora, que el señorito sea eso!—exclamó una de las criadas.

—Que rabie doña Tomasa—replicó la otra.

Y viendo el camarero que mientras hablaban iban pasando el dintel de la puerta, dijo:

—Señora, si esta gente son criados vuestros, se les llevará al departamento de la servidumbre forastera, y allí se les dará habitación y servicio de primera, segunda ó tercera clase, según el precio que queráis pagar por ellos, pero aquí no pueden estar.

—Mis criados no se apartan de mi lado—dijo doña Ruperta.

—En ese caso, tendréis que pagar por cada uno de ellos tanto como por vos misma.

—Bien: ya se arreglará cuando venga mi hijo—replicó doña Ruperta.

Y sintiéndose cansada, no tanto de cuerpo como de espíritu, se fué á sentar en un diván, que aunque no era de máquina la hizo dar un salto en el momento de llegarse á él. Y fué que desde allí descubrió sobre la mesa la carta y el parte telegráfico, cerrados ambos pliegos, y esto la sobresaltó sobre manera. Ya no tenía duda de que Venancio ignoraba su venida, y no sabía qué pensar de su ausencia, sobre todo en un día en que de un momento á otro debía estar esperando aviso de la hora de su llegada.

Inútiles fueron todas las reflexiones que para tranquilizarla le hicieron sus criados, y aun el práctico que, enterado de que el huésped era diputado, hizo una pintura elocuentísima de los grandes quehaceres de estos señores. Doña Ruperta no oía nada, y ya iba á llamar al camarero para tomar nuevos informes acerca del paradero de su hijo, cuando entró

allí un hombre de escasos cuarenta años, de fisonomía agradable y vestido á la moda, pero no con exageración. Quiero decir con esto que aunque traía calzón ceñido, alpargata de goma, chaqueta elástica y gorra de punto, todo con arreglo al último figurín ruso publicado en el *Monitor de la moda circasiana*, no era todo su traje hecho de una sola pieza, como los de otros hombres más jóvenes y más á la moda que él.

Las cinco medallas que pendían sobre su pecho daban bien claro á entender que era socio de número de otras tantas academias industriales, y el lazo de lienzo blanco que ostentaba en el brazo derecho no dejaba duda de que se hallaba de rigurosa etiqueta por causa de algún acto culinario. Es decir, lector, que no lucía la servilleta en el cuello, como hacéis vosotros ahora, sino en el brazo. Como lo que se iba á ensuciar era la garganta, no la vistió de pureza con la corbata blanca, sino que ató ésta al brazo derecho, aunque no para atarle corto, porque los brazos en materia de banquetes siguen pecando de largos como antiguamente.

No sé si tú, lector, que tienes obligación de saber en este asunto más que doña Ruperta, habrás conocido lo que ella no pudo adivinar, y es que ese hombre es uno de los pocos amigos, acaso el único, que tiene en Madrid Venancio. Ese hombre es el fabricante de agua de Colonia, que debiendo asistir como uno de tantos al banquete electoral, se había permitido subir al cuarto del diputado, no tanto por tener el gusto de darle la enhorabuena y abrazarle, cuanto por entrar con él en el comedor á vista de los demás electores.

—¿No está?—dijo dirigiéndose á doña Ruperta.

—¿Quién, mi hijo?

—¿Qué oigo, señora? ¡Conque vos sois la madre de mi amigo!

—Servidora de usted. Él no sabe aún que yo he venido; le estoy aguardando. ¿Sabe usted si vendrá pronto?

—Señora, yo no sé más sino que faltan tres minutos para la comida, y á esa hora debe estar fijo aquí. La ceremonia de hoy no admite excusa.

—¿Y la de salir á recibir á su madre?—dijo doña Ruperta con aire de resentida y sin poder reprimir una exclamación que pronto se avergonzó de haber pronunciado delante de un extraño.

—¿Sabía que veníais á Madrid?

—Lo sabe, pero no la hora á que llegaba.

—¿Y qué tal está ese camino de hierro de Extremadura? ¡Habréis tardado un siglo!

—No tal, hemos venido en ocho horas escasas.

—¡Ocho horas! ¡Qué horror!—exclamó el fabricante.—¡Ocho horas en poco más de 300 kilómetros! ¡Y luego hablamos con burla de los antiguos! Pues no tardaban mucho más las galeras.

—¿Qué está usted diciendo?—repuso doña Ruperta.—¿Sabe usted lo que tardó mi señor padre (Dios lo tenga en su santa gloria) en ese viaje, y no en galera sino en coche? Diez días. Y llamó la atención como muy ligero.

—Lo creo porque vos lo decís—replicó el fabricante;—pero en esc como en todo hay mucha exageración. Yo que, como sabe vuestro hijo, soy espiritista.....

—¿Espiri..... qué?—dijo doña Ruperta.

—Espiritista; de esos que, como dice el vulgo, evocan los espíritus de los muertos para hablar con los difuntos.

—¡Jesús, María y José!—gritó doña Ruperta horrorizada.

Y cuando el fabricante, sospechando la causa de aquella exclamación y firme en su propósito de propaganda espiritista, se disponía á tranquilizar á doña Ruperta, explicándola con algún hecho práctico las ventajas y excelencias de su doctrina, cátate, lector, que se presenta el maestro de ceremonias del hotel, vestido con tal etiqueta y tal aparato, que nada menos que cuatro pajes eran necesarios, y los llevaba consigo, para sostener las cuatro colas en que se partía la del magnífico manto de escarlata que le cubría los hombros; completando su traje calzón corto de seda y medias de lo mismo, zapatos con hebilla, trusa y ropilla de raso todo negro, ancha y rizada valona al cuello, birrete de terciopelo negro, y la varilla dorada, distintivo del ejercicio, en la mano derecha.

A la vista de aquella enjuta y apergaminada carta de la baraja, en que parecía estampado un rey de bastos, que tal semejaba el maestro de ceremonias, abrumado con el manto de escarlata, no sé si por respeto ó por miedo, se puso en pie doña Ruperta, extrañando no poco que el fabricante de agua de Colonia no se moviera de su asiento ni aun hiciera el más ligero saludo. Y cuenta que el recién venido le hizo tres tan reverentes y tan profundos al asomar allí, que los cuatro pajes tuvieron que alzar el brazo y aun ponerse sobre las puntas de los pies para que no se les escapara la cola de las manos; tanto fué lo que aquel hombre dobló el espinazo.

—¿No está el señor diputado?—dijo dirigiéndose al fabricante.

—No—contestó éste,—y me parece que no llega al banquete; son ya las seis y once minutos.

—¿Tengo el honor de hablar con alguno de los señores invitados?—preguntó el maestro de ceremonias.

—Justamente—repuso el fabricante—estáis hablando con el elector que ha dado el triunfo al candidato. Mi voto ha decidido la elección.

El maestro de ceremonias se inclinó de nuevo y dijo:

—¡Es decir, que la persona en cuya presencia tengo la honra de encon-

trarme en este momento es nada menos que uno de los príncipes de la patria perfumería, el distinguido fabricante de agua de Colonia y eminente espiritista Nicodemus Fernández!

—Así es la verdad; ¿pero quién os ha dado tales informes de mi persona? ¿Sois por ventura espiritista?

—No, señor, soy simplemente maestro de ceremonias de este hotel, y cuando hay un banquete me informo de los nombres, apellidos, títulos y demás circunstancias de los convidados para anunciarles en debida forma. Además, he sido elegido por el señor diputado para presidir y representar su persona en el banquete si no se hallaba aquí á la hora señalada, y como debo ocuparme en los brindis de todos y cada uno de los electores, he repasado un rato los anuarios estadísticos.

—Esta señora—dijo el fabricante, señalando á doña Ruperta—es la madre del nuevo diputado.

—Lo sospechaba—contestó el maestro de ceremonias;—su hijo me dijo que la esperaba, y por cierto que sentía mucho no poder salir á recibirla.

Doña Ruperta, que estaba asombrada con la presencia de aquel hombre y sin comprender una sola palabra de las que le había oído cambiar con el fabricante, se alzó de su asiento al oir hablar de su hijo y exclamó:

—¡Que no podía salir á recibirme! ¿Conque, según eso, sabía que yo llegaba?

—Sí, señora; pero tenía precisión de hacer un viaje, que según parece le traía mucha cuenta, y yo mismo le aconsejé, á instancia suya, se entiende, que no fuera á recibiros, aunque le indiqué que el establecimiento lo haría en su nombre.

—¡Es decir, que mi hijo no está en Madrid!

—Supongo que no, porque si estuviera habría venido á presidir el banquete.

—En ese caso no me queda duda de que ha ido á Extremadura á buscarme. ¡Pobre Venancio! Yo me tengo la culpa por no haberle avisado con más anticipación mi salida.

—Me parece que os engañáis—repuso el maestro de ceremonias;—el viaje de que vuestro hijo me habló era mucho más largo. Según me dijo, iba á Laponia.

—¿Adónde?—preguntó doña Ruperta con extrañeza.

—A Laponia; al cabo Norte de Europa.

—¡Caballero!—gritó la señora extremeña,—ó usted no conoce á mi hijo y habla de otro huésped, ó quiere burlarse de mí. Mi hijo no ha podido salir de Madrid sino á buscar á su madre. Y ahora mismo—añadió dirigiéndose á sus criados—nos volvemos á Badajoz.

—¡Qué disparate!—exclamó el fabricante.—Os cruzaréis en el camino

y será cuento de nunca acabar. ¡Cuánto mejor es que pongáis un despacho telegráfico preguntando si está allí!

—Teneis razón—dijo doña Ruperta.

—Y además—repuso el fabricante,—que no hay necesidad del telégrafo para saberlo. Yo os lo puedo decir aquí mismo.

—¿Usted sabe dónde está mi hijo?

—No lo sé, porque anoche, es decir, esta madrugada, nos vimos y no me dijo nada; pero ahora mismo magnetizaré á cualquiera de estas dos muchachas y ella nos lo dirá.

El fabricante miró con atención á las criadas de doña Ruperta, y dirigiéndose á la más joven añadió:

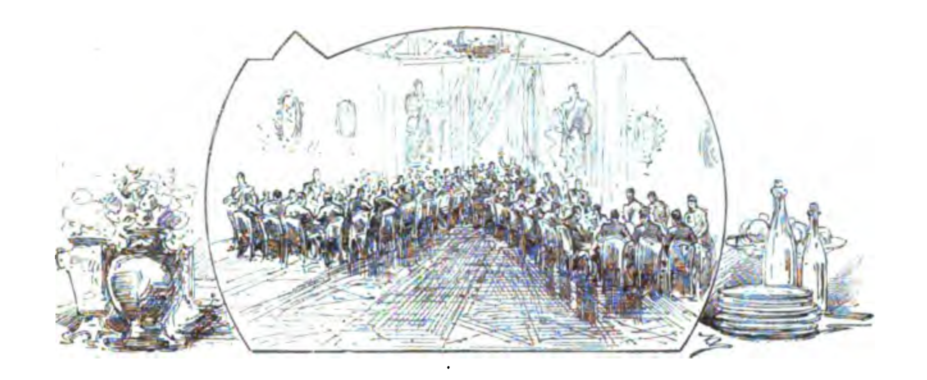
—Precisamente ésta tiene unos ojos muy cargados de fluido y dormirá al momento. Debe ser una gran sonámbula.

Las pobres lugareñas retrocedieron espantadas ante las miradas penetrantes de aquel hombre; doña Ruperta sintió que la cabeza se le iba; el criado tomó un gesto amenazador cuando el fabricante tocó en el hombro á la joven, que allá en el pueblo se decía si era ó no era su novia, y allí hubiera habido la de Dios es Cristo, sin la presencia de un camarero del hotel que se asomó á la puerta del aposento y dijo:

—El minuto.

Hizo al oir esta palabra, que llamaba á la mesa, tres profundas cortesías el maestro de ceremonias, y obligando al fabricante á pasar delante de él, desapareció seguido de los cuatro pajes, los cuales, aunque vestidos con dalmáticas iguales, todas amarillas y del corte de las que usaban los antiguos reyes de armas, llevaban bordados en ellas atributos distintos, representando el uno el *Brazo industrial*, el otro el *Brazo mercantil* y los dos últimos el *Brazo fabril* y el *Brazo popular*.





CUADRO XXVIII

UN BANQUETE ELECTORAL

Donde se prueba que no importa votar en distinto bando para comer en un mismo plato.

Aunque el lector haya creído que es cosa sencilla la de alcanzar un cubierto en una mesa política, y se figure que porque abundan los banquetes alcanza á todas las gentes la abundancia, le suplico que no caiga en el error de suponer que todos los españoles tienen derecho á probar estas comidas parlamentarias. Si así fuera, habrían dado más de un paso en favor del socialismo, cuya soñada igualdad anda ahora poco más ó menos tan por el aire como antaño, y no está menos agraz que cuando creían irla madurando los primeros socialistas del mundo, que ya sabe el lector quiénes fueron, porque bien claro se lo ha dicho el autor de las dos primeras partes de esta obra.

En cuanto á mí, de mi propia cuenta y riesgo añado que no sólo están por cocer las *sopas económicas* que han inventado los hombres de HOY, sino que aún hay estómagos tristes y muy desocupados, que por no estar ociosos y no pudiéndose ocupar en cosa mejor se ocupan en suspirar por la humillante, pero al cabo y al fin substanciosa bazofia que AYER se repartía á la puerta de los conventos.

¡Ay si resucitaran los antiguos hermanos de la célebre *ronda de pan y huevo*, de cuyo piadoso instituto las gentes de MAÑANA apenas conservan memoria! Si resucitaran y vieran algunos barrios, en que no sería suficiente la repetición del milagro de los panes y los peces para atender á todos los pobres que les saldrían al encuentro, ¿qué dirían?

Pero á bien que si algo decían no se quedarían sin ser contestados, porque si ahora faltan los conventos y las rondas de pan y huevo que había en 1800, no está prohibida la mendicidad como en 1850, y todo se reduce á que si los pobres han perdido la sopa han reivindicado el derecho de pedir limosna.

En esta materia, la sociedad de MAÑANA ha ido tan allá que es de todo punto imposible ir más adelante.

Desde el derecho de no hacer nada, que es casi imposible en la práctica, hasta el de hacer cuanto les dé la gana, que viene á ser también otra letra muerta, están estas gentes en posesión de todos los derechos imaginables y algunos más.

El derecho de reunirse y el de separarse, el de ignorar y el de aprender, el de pedir y el de no dar, el de preguntar y el de no responder, y tantos otros derechos cuantas son las inclinaciones, los deseos y los instintos de la humanidad, todos se ejercen con el más libre albedrío y sin otra cortapisa que la que se ponen los unos á los otros. Es decir, que cuando un derecho no tropieza con otro, va y viene libremente por donde le da la gana. Si sucede lo contrario y la prudencia de ambos no evita el choque, descarrila el más débil, ó descarrilan los dos si tienen fuerzas iguales.

Pero entre todos esos derechos, que casi me atrevo á llamar regalías sociales de escalera abajo, hay uno que es el más importante de todos, porque sirve de base, de núcleo y de embrión á todos los demás.

Me refiero, lector, al derecho electoral.

El hombre, sin el derecho de elegir entre el bien y el mal, la risa y el llanto, el placer y el dolor, el bullicio y la soledad, no alcanzaría ninguno de los otros derechos. La libertad de echar á cara ó cruz, esto es, á la mitad más uno, todas las cosas, es lo que constituye la verdadera libertad, que es la panoplia de todos los derechos.

Por eso esta sociedad, dando á todos sus individuos el derecho electoral, se ha ahorrado entre otras cosas el trabajo de hacer el censo de los votantes y las leyes electorales, que tantos disgustos ocasionan á los hombres de HOY.

Y por supuesto, que la ley de incompatibilidades parlamentarias también es inútil, porque se considera, y con razón, como un atentado á la libertad de la elección. Decirle al elector que tales ó cuales personas no

pueden ser elegidas, sería poner cortapisa á la libre elección, y ya te he dicho, lector, que aquí no hay más cortapisa que las que un derecho le pone á otro derecho.

Todos los varones desde la edad de doce años, que atendida la mayor ilustración de la humanidad se considera equivalente á la de veinticinco en los siglos pasados, hasta la de cuarenta, en que se supone que ya el egoísmo y el cálculo han pervertido la razón del hombre, tienen derecho para elegir diputados á Cortes.

En las elecciones municipales toman también parte las mujeres, siempre que se conserven solteras y no bajen de diez años ni pasen de los treinta, y aunque esta novedad electoral no es muy antigua, ya se conoce en el ornato de la población, en el empedrado y sobre todo en el riego de las calles y los paseos la influencia femenina; no porque ellas sean elegidas, que aún no se ha llegado á tanto, á pesar de que lo han pedido con insistencia, sino porque saben designar candidatos para plaza de regidores y comisarios de limpieza que no dejan nada que desear en punto á ornato y aseo, hasta el extremo de hacer con la capital de España lo que las electoras hacen en el tocador con sus propias personas.

Pero ya veo, lector, que allá en tus adentros estás murmurando de mí y de esta á tu parecer inútil charla con que voy llenando las primeras líneas de este cuadro, y que lo mejor que de mí piensas es que quiero, al hacerlo así, imitar el estilo de las dos primeras partes de la obra, para que toda ella parezca salida de una misma pluma y como vaciada en el mismo troquel.

Y si he de decirte la verdad, no andas en esto último muy fuera de razón, porque una de las cosas más estupendas que hacemos los espíritus, cuando nos soplamos y nos infundimos en el brazo de un prójimo cualquiera para que él sirva de *médium* entre nuestro propio pensamiento y el del público, es adaptarnos á sus maneras é identificarnos con su propio ser de tal modo que vengamos á formar una sola individualidad.

Así y sólo así se explica que cuando el bueno de Cicerón se viene con toda su alma latina, á charlar con la sociedad de París por la boca de una griseta sonámbula, lo haga en francés tan correcto y tan á la última moda, que causa maravilla el oirle. Y no de otro modo se comprende que cada espíritu, griego, escandinavo ó turco se trague su propio idioma y use el del *médium* que le sirve para comunicarse con el mundo presente; como lo estoy haciendo yo en este momento, que no sólo escribo castellano, á pesar de no haber sabido en mis tiempos nada más que irlandés, sino que lo hago con todos los galicismos y las incorrecciones de los tiempos modernos.

De manera, lector, que has acertado al suponer que trato de imitar en esta parte del libro el estilo con que el hombre que hoy me sirve de instrumento caligráfico escribió por sí propio el AYER y el HOY; pero te engañas si imaginas que la introducción que estoy haciendo en el cuadro presente no viene á cuento, y no sabes lo que te pescas si, como sospecho, juzgas que hay contradicción en mis palabras.

Te he dicho, y no sólo no me arrepiento de ello sino que te lo repito, que aunque son todos llamados á votar, son pocos los escogidos para comer, y que no es tan fácil como parece alcanzar un cubierto en los banquetes electorales.

El sufragio es universal, pero la elección no es directa, porque como la experiencia ha enseñado que en los distritos no se hacía otra cosa sino lo que querían los caciques, habiendo sido imposible destruir esta raza, los electores no eligen diputados, sino que votan influyentes; y éstos, que se sacan de los que han tenido más votos, son los electores.

De todos los ochocientos noventa distritos en que está dividida la España, el 580 es el que tiene mayor número de caciques, y por eso son veintiuno los electores que tomaron parte en la votación y que adquirieron al meter la mano en la urna parlamentaria el derecho á meter la cuchara en la sopera electoral.

Tú, lector, como no has votado al hidalgo extremeño no puedes sentarte á la mesa, pero verás á los que están sentados, y les acompañarás, con la vista, se entiende, á devorar los platos del festín, á vaciar las botellas y á largar los brindis.

Para esto y para otras muchas cosas más se inventó en tus tiempos la tribuna pública.

«La publicidad es el alma de la digestión,» ha dicho recientemente uno de los más doctos varones de la ciencia gastronómica en un libro de indisputable mérito, titulado *La sabiduría al alcance de todos los estómagos;* en el cual, después de probar que la cocina es la madre de todas las ciencias, se concluye demostrando que el *dime lo que comes y te diré lo que sabes* es mucho más exacto que aquella estúpida antigualla de *dime con quién andas, decirte he quién eres.*

Y con efecto, lector, el gastrónomo tiene razón. El hombre no es hijo de sus obras, sino de su cocina, y poco importa que ande en malos pasos si come buenos platos.

[illegible] no quiero detenerme á explicar toda la importancia que ha to[illegible]iencia culinaria en esta época, porque natural era que sucediese [illegible]do quedado este ramo del saber humano tan recomendado por [illegible]res políticos del HOY, á quienes se les pasaron las mejores horas [illegible]da poniendo la mesa y diciendo hipócritamente que tal ó cual

cuestión estaba *sobre el tapete*, cuando todas las metían *entre la servilleta.*

Hanse perfeccionado todos los conocimientos humanos, y el que da la vida á la humanidad ha merecido especial atención y cuidado.

Por eso al empezar este libro lo hice con un almuerzo, pensando en que las sinfonías de las buenas óperas deben formarse con los *motivos* más notables y *más salientes* (digámoslo claro aunque sea en mal castellano) de la obra.

La previsión con que procedí en aquellas páginas me ahorra de ocupar las presentes con la descripción de los platos que se sirvieron en la comida que Venancio dió á sus electores, y me limitaré á decirte, que fueron de los más escogidos y todos análogos en lo posible al objeto del banquete.

Pero en cambio te contaré, sin comentario alguno por mi parte, todo lo que se ve desde la tribuna ó balcón corrido que hay en lo alto del salón para que las gentes aficionadas á esta clase de espectáculos puedan asistir gratis á formar el público, indispensable en todas estas solemnidades.

El comedor, como puedes figurarte, no está hecho adrede para festines electorales, sino que es uno de tantos salones como tiene el hotel para alquilarlos á los huéspedes ó á los particulares con destino á comidas públicas; pero en cada uno de éstos varía el decorado de las paredes, el del techo y aun el del pavimento de una manera tan simbólica y tan adecuada á la solemnidad, que no parece sino que expresamente está construído *ad hoc.*

Y no creas, lector, que el decorado consiste en bastidores de lienzo, donde mal y de mala manera están pintados los atributos profesionales del anfitrión ó las empresas y hazañas de los convidados, sino que se trata de adornos de verdadero mérito artístico y de un valor real y efectivo.

No ha muchos días que en esa misma sala en que ahora comen los electores de Venancio dieron una cena los astrónomos del quinto distrito de España á los que habían venido de Inglaterra para observar el último eclipse de sol, y los unos y los otros quedaron sorprendidos al ver la riqueza de los aparatos meteorológicos que adornaban los ángulos del salón, la inteligencia con que en el techo estaba desenvuelto el sistema solar por medio de las mismas lámparas que alumbraban la estancia, y por último, apenas les dejó probar bocado la admiración que les produjo el tapizado de las paredes y la alfombra del pavimento. Estaban estampadas en las primeras las tablas de los ortos y ocasos de los principales planetas en el horizonte de Madrid, y la alfombra, que era un verdadero

prodigio del arte, tenía tejido, no creas que pintado, un cuadro sinóptico de todos los planetas asteroides conocidos hasta el día. Figúrate, lector, si cabe más lujo ni más propiedad.

El adorno que tiene el salón en estos momentos es menos rico y está mucho más visto, porque rara es la semana que no ocurre algun banquete electoral.

Viene á ser para los tapiceros del hotel lo que era para los antiguos sacristanes y sepultureros de las parroquias el túmulo que llamaban de *tumba y hacheros.*

Muchas banderas de colores en las cornisas, guirnaldas de rosas, coronas de laurel y otros atributos de las glorias populares; en los ángulos cuatro grandes estatuas representando los cuatro grandes dioses del siglo: el oro, el hierro, el carbón de piedra y el caucho. El vapor, el gas y la electricidad están simbolizados en el techo por otras tres figuras, que agrupadas sostienen la gran esfera que alumbra el comedor, representando la unidad del mundo. En varios medallones que hay en las paredes se leen los nombres de todos los grandes legisladores, desde Moisés hasta el autor de la última ley de vagos que dieron los hombres de mil ochocientos cincuenta y pico.

La alfombra, que examinada con detención no ofrece nada de particular, es sin embargo uno de los objetos más notables de la sala. Su mérito consiste en que el dibujo, que forma cuadros, está hecho de manera que á cada paso que se da, parece que falta terreno donde pisar por la hábil combinación de la luz y de la sombra en el clarobscuro de cada cuadro.

Este pavimento advierte al elegido del cuidado con que es preciso andar en el Parlamento para no tropezar con las conveniencias parlamentarias.

Ultimamente, en los dos testeros del salón, donde tus gentes, lector, habrían colocado dos grandes espejos, convirtiendo así el comedor en un salón de cortar y rizar el pelo, hay dos cuadros de porcelana en los que está repetida, para que la alcancen con la vista los comensales de una y otra banda, la lista de los platos y de los vinos que han de servirse en el banquete.

La mesa no es cuadrada ni redonda, sino que los tableros tienen la forma de una Y griega, en cuya base se sentó el maestro de ceremonias, como representante de Venancio, y en los extremos superiores los dos improvisadores alquilados para los brindis. Los demás convidados ocuparon sus respectivos asientos, marcados de antemano por el retrato de cada uno de ellos, estampado en la servilleta; la cual, según costumbre, antes ó después de hacer uso de ella se la llevaron todos en el bolsillo.

El maestro de ceremonias, como hombre muy práctico y muy entendido en estos asuntos, no se sentó hasta que lo hubieron hecho los convidados, y entonces dijo:

«Señores electores del distrito 580: La ausencia en esta solemnidad del hombre que acabáis de elevar con vuestros respetables sufragios *(aire de benevolencia en el auditorio)* á una de las más altas investiduras de la nación, es para vosotros un suceso fausto *(viva animación)* é infausto *(profunda sensación)* á la vez.

»Me explicaré *(atención)*. Es fausto porque esa ausencia reportará grandes, estupendos, incalculables beneficios á los intereses industriales del distrito *(señales de alegría en los convidados; todos se frotan las manos á la vez)*, é infausto porque estando ausente no podéis tenerle á vuestro lado *(aire general de tristeza; todos alzan los ojos á la vez)*. Y mientras él recorre el mundo, sí, señores electores, el mundo, para examinar los adelantos de la industria y muy especialmente en los ramos de perfumería, por ser los que más afectan al distrito *(bravos y aplausos)*, á mí me cabe el honor *(muestras de adhesión)* de daros de comer en su nombre *(señales de agradecimiento)*. Temo mucho, señores electores, atendida vuestra reconocida ilustración *(aire de modestia)*, no acertar á cumplir mi honroso cometido como vosotros mereceis *(todos:* Sí, sí).

»Réstame ahora, señores, suplicaros que procedáis á la elección de la persona que debe merecer la honra altísima de presidir el banquete.»

El maestro de ceremonias se retiró del lugar de la presidencia al pronunciar estas últimas palabras, y cuando por unanimidad fué proclamado presidente, volvió á su asiento y dijo:

«No esperéis, señores electores, que pronuncien mis labios palabra alguna de agradecimiento por la honra que acabáis de dispensar en mi persona á la del hombre eminente á quien me cabe la dicha de representar en esta solemnidad. La gratitud se siente, pero no se explica *(aplausos prolongados)*.

»Ahora permitidme que siguiendo una costumbre antiquísima os proponga un voto de gracias para la mesa interina.» (POR UNANIMIDAD, *dijo una voz.*—Sí, sí, *contestaron todos á la vez.)*

Y con esto y al compás de una música que oculta á los ojos de todos tocaba el *himno de los escogidos*, se sirvió una sopa verde, que en la lista de la comida tenía el nombre de *puré á la esperanza electoral;* y tras de este plato un entremés de *encurtidos electorales*, y luego un frito de *sufragios aprovechados*, y un *vol-au-vent de escrutinios limpios*, y un *embutido de influencias morales*, y un asado de *principios fijos*, y un pescado *á la escama gubernamental*, y unos helados de *himnos de indepen-*

dencia, y diferentes postres de *ardides legítimos*, de *trampas legales*, de *amaños permitidos*, de *renuncios sancionados*, de *suplantaciones consentidas*, y por último, el gran queso de la *conciencia electoral*, encerrado en una magnífica urna de cristal y girando sin cesar, como movido por los gusanos que atestiguaban su excelencia *quesífera*.

Los vinos tenían sus nombres grabados en las copas, y á los convidados les bastaba alzar en alto cualquiera de ellas para verla llena instantáneamente por el camarero que cada uno tenía tras de sí, el cual llevaba un aparador lleno de botellas en la cintura, parecido á las cananas ó cartucheras de los antiguos guerrilleros.

El fabricante de agua de Colonia, que estaba sentado á la derecha del maestro de ceremonias, fué el primero que se alzó en pie para brindar, no sin haber pedido y alcanzado la palabra del presidente; y levantando en alto una copa vacía, dijo:

«*Cicerón frapé.*»

Y en el acto saltaron los tapones de una porción de botellas, y todos los convidados, puestos en pie, con una copa negra en la mano izquierda alzaron el brazo derecho, saludando al orador, que empezó su discurso diciendo:

«Todos sabéis que mi voto ha decidido el éxito de la elección, y por eso mi palabra, que debe ser la primera que aquí se oiga, es también la de más peso.

»Vosotros habéis votado libremente un candidato cualquiera; yo he tenido necesidad de optar entre los dos que tenían iguales probabilidades de éxito. Figuraos si habré examinado bien las circunstancias del uno y del otro (*todos:* ES VERDAD). Pues bien, mis queridos consocios electorales: creed lo que os digo (*atención*): el derrotado no sirve ni aun para descalzar al elegido (*varias voces:* BIEN, BIEN; *diez de los convidados bajan el brazo derecho y gruñen sordamente*). Siento infinito que mis palabras hayan sido mal interpretadas por los señores que votaron en pro del candidato vencido; y puedo asegurarles, por si esto les basta, que lo mismo que he dicho á favor del uno, lo habría dicho á favor del otro si el resultado de la votación no le hubiera sido adverso (*los diez convidados vuelven á alzar los brazos y dicen:* BIEN, BIEN; ESTAMOS SATISFECHOS).

»Pues qué, señores—añadió el fabricante,—yo, que soy esclavo de las mayorías absolutas en todo y para todo, ¿habría de incurrir en una contradicción tan palmaria en este momento? Pero estamos en un banquete dado por el hombre á quien acabamos de elegir representante del distrito de Venus; permitidme, señores, que así llame al barrio en que todos los influyentes somos perfumistas (Sí, sí, EL DISTRTO DE VENUS). Se trata

de ese hombre, repito, y aquí no pueden pronunciarse otras palabras que las que redunden en honra suya *(bravos y aplausos prolongados)*. ¿Pensáis como yo, dignísimos consocios? (Sí, sí). Pues permitidme que os diga en breves palabras lo que es y lo que vale nuestro diputado *(profundo silencio y viva atención: el maestro de ceremonias inclina la cabeza con modestia como si él fuera la misma persona que está representando)*. Es un hombre nuevo, enteramente nuevo, de esos que en vano buscan los demás distritos, cansados como estamos todos de candidatos resabiados y empedernidos, para quienes toda reforma y todo adelanto es un mundo de dificultades y de tropiezos. Figuraos, señores, el partido que podemos sacar de un hombre tan extraño á todo lo que aquí pasa, tan desligado de compromisos y de cábalas de partido, que ayer mismo, señores, yo os lo digo y lo debéis creer, ayer á estas horas oía hablar por primera vez del *espiritismo (viva sensación en todos los convidados)*. Os sorprende y es muy natural y muy legítima vuestra sorpresa; pero también os digo que es tan brillante su talento y tan vasta su instrucción, que en una sola visita que hizo al club salió enterado, no me queda duda, perfectamente enterado de todo. En fin, señores, el viaje que hace en estos momentos por el cabo Norte de Europa sólo por el afán de instruirse acerca de los ramos que tanto afectan los intereses del distrito, os prueba lo mucho que se puede esperar de su presencia en el Parlamento. Porque todos vosotros sabéis que esa parte del mundo fué la que recorrió el célebre Carlos Linneo, el gran descubridor de las flores cuya esencia es la de nuestra vida, para escribir su célebre *Flora Lapónica*. ¡Quién sabe, señores, lo que está reservado á la botánica de la perfumería! *(profunda sensación)*. Esperémoslo todo del viaje de nuestro diputado. Propongo un brindis á su primer triunfo parlamentario en defensa de los derechos de la perfumería tan lastimados y tan desatendidos.» (Sí, sí, BRINDEMOS.)

Y el fabricante, entusiasmado con los aplausos recibidos, se volvió á alzar en pie y dijo:

«Señores, propongo otra cosa mejor. La madre de nuestro diputado acaba de llegar á este hotel; nombremos una comisión que pase á dedicarle un brindis.»

—¡Sí, sí!—gritaron muchos á la vez.

—Vayamos todos para que la ovación sea más unánime—dijo uno.

—¡Magnífico!—exclamaron todos.

Y aunque el maestro de ceremonias dijo que estaba conmovido con aquellas muestras de simpatías y que le permitieran pronunciar el discurso de agradecimiento que tenía pensado, no le hicieron caso, replicándole que luego cuando volvieran al comedor á oir los brindis de los improvisadores podría contestar lo que quisiera.

Con lo cual, guiados por el fabricante Nicodemus, se dirigieron todos al aposento 1.684; siendo un caso arduo para el maestro de ceremonias el de resolver si debería quedarse por modestia en el comedor ó ir á presenciar el homenaje de adhesión que se hacía á la madre de su representado.





CUADRO XXIX

LA PUBLICIDAD BIEN ENTENDIDA Y LA CURIOSIDAD BIEN PAGADA

Cuando los electores del distrito 580 llegaron al aposento 1.684 ya no estaban allí doña Ruperta ni sus criados ni el práctico, cosa que les fué indiferente á todos menos al bueno de Nicodemus, el cual, como siempre tenía fijo el pensamiento en la propaganda espiritista, había creído buena presa la de aquellos lugareños y se proponía explotar su ignorancia en beneficio de la flamante creencia.

Así fué que, apartándose de los demás convidados, se dirigió en busca del camarero de Venancio y le preguntó:

—¿Hace mucho que se ha marchado la madre del 1.684?

—No, señor; ahora mismo acaba de salir—respondió el camarero.

—¿Sabéis adónde ha ido?

—Dijeron que iban á dar una vuelta por las calles y que volverían pronto para ver si había alguna razón del hijo de la señora; pero yo creo que no vuelven, sino que el práctico les ha engatusado llevándolos á la *fonda de Canaam*, donde, como sabéis, estarán infamemente servidos y les costará más caro que aquí.

—De todos modos—dijo el fabricante—si vuelven antes de que yo venga por aquí, avisadme al momento. Estoy en el banquete electoral.

—¿En qué salón tenéis la comida?—preguntó el camarero sacando la cartera para apuntar la respuesta.

—No sé qué número tiene, pero es en este mismo distrito.

—Está bien, me informaré y os haré avisar si vienen. Aunque sospecho que no vendrán, porque ya os he dicho que el práctico que traen consigo es *gancho* de *Canaam*, y milagro será que no los haya llevado allí; con tanta más razón cuanto que la señora pidió una taza de salvia, y porque le dije que aquí no había esas cosas, pero que si quería haría un pedido á la enfermería, por si acaso allí sabían lo que era, se incomodó mucho y el práctico la hizo una seña, como diciendo: aquí no hay nada de lo que se pide.

—Os aseguro—añadió el camarero—que si me hubiera dejado llevar de mi genio, ya le habría dicho yo lo que venía al caso al tal práctico. Pero he apuntado el número que tiene y he dado parte al *veedor* del distrito para que eleve una queja á la junta de *Conservadores del Crédito Industrial*, á ver si está permitido á esos buscavidas venir á sonsacar las gentes dentro del establecimiento. En buen hora que engatusen á los viajeros en las estaciones y que se permitan desacreditar tal ó cual hotel en terreno neutral; pero lo que ha hecho ese hombre es inicuo.

—Ciertamente—repuso el fabricante de agua de Colonia.

É incorporándose á los suyos, entró de nuevo en el comedor para oir los brindis de los improvisadores de oficio y los de algunos aficionados, con más el brindis final, ó mejor dicho, el discurso de gracias con que levantó los manteles el maestro de ceremonias; discurso que no reproduzco, á pesar de que palabra por palabra le tomaron los taquígrafos y me sería de este modo facilísimo hacerlo, porque me corre prisa ir al alcance de doña Ruperta, la cual no se salió del Hotel Transatlántico engatusada por el práctico para ir al de Canaam, como pensaba el camarero, ni tampoco á dar una vuelta por las calles sin objeto determinado, sino que ansiosa por saber el paradero de su hijo y revolviendo en su imaginación los medios de averiguarlo, apenas tropezó con una idea feliz quiso ponerla en práctica.

—¿Conoce usted á los señores Agarra, Estruja y Compañía?—dijo con viveza doña Ruperta dirigiéndose al práctico.

—Sí, señora—respondió éste vacilando.

—Pues hágame usted el favor de llevarme á su casa.

—¿Dónde viven?—dijo el práctico.

—No lo sé—repuso doña Ruperta,—pero lo averiguaremos.

—¡Qué son esos señores—preguntó el práctico.

—¡Pues no dice usted que los conoce!

—Sí, señora, que los conozco, porque los prácticos debemos de conocer á todo el mundo.

—¡Ya! Pero con que deban ustedes conocerlos y no los conozcan.....

—Es que si me decís lo que son esos señores, al momento os diré dónde tienen su casa.

—Creo que son girantes de letras.

—Algo más serán, señora, porque girantes de letras puede decirse que lo somos todos. ¡Quién no ha girado alguna vez en su vida!

—Pues bien: yo no sé más sino que en casa de esos señores toma mi hijo todo el dinero que necesita.

—¿A préstamo?

—No, señor, sino que yo pago en Badajoz todo lo que él toma aquí.

—En ese caso son banqueros. ¿Cómo es la razón social?

—¿La qué?

—¿Cómo se llaman?

—Agarra, Estruja y Compañía.

El práctico bajó la cabeza, puso el pie derecho en la pared, y recorriendo la vista por la pierna, que tenía horizontal, dijo:

—Viven en la ronda 228, casa 8.434, extremo X del Sur. Tienen el escritorio en la plaza 23, casa 3.333, centro P del Norte.

El práctico volvió á bajar la pierna, dejando atónitos á los lugareños y espantada á doña Ruperta, la cual, no pudiendo adivinar lo que aquel hombre había hecho al pasar su vista por la pierna derecha, le dijo:

—Tiene usted una manera bien original de refrescar su memoria.

—Pues si no lo hiciéramos así sería imposible recordar los nombres y las señas de todos los industriales.

—¿Pero qué es lo que usted ha hecho para saber todos esos números, que maldito si ya me acuerdo de ninguno?

—Buscarlo en el *Indicador*.

—¿Dónde?—preguntó doña Ruperta

—Aquí, señora—repuso el práctico alzando la rodilla para que la extremeña viera dónde estaban grabadas las señas de los banqueros de Venancio.

Y enseñándola del mismo modo las mangas de la chaqueta, que estaban como el resto del traje, llenas de números y rótulos microscópicos por columnas y entre líneas de distintos colores, añadió:

—Antes nos era muy embarazoso el llevar debajo del brazo el *Indicador de domicilios industriales*, que es un libro pesado; pero ahora, con este sistema, vamos más desembarazados y más libres. En el pantalón están impresas más de quinientas páginas del *Indicador*, es decir, los nombres, domicilios y horas de escritorio de todas las sociedades de crédito y casas de banca, y en la chaqueta las señas de todos los hoteles, fondas, cafés, teatros, circos y otras casas por el estilo.

—¡Pues es verdad!—exclamó doña Ruperta acercando su vista al bra-

zo del práctico.—¡Jesús, qué cosa tan curiosa!—añadió leyendo con no poco trabajo alguno de los letreros.—El demonio tienen algunos hombres en el cuerpo. Si no lo viera no lo creería. Yo habría jurado que la tela del traje que tiene usted puesto era listada.

—Eso parece desde lejos Pero me extraña mucho que no hayáis reparado en esto antes de ahora; porque aunque el invento, es decir, la aplicación es nueva, se ha generalizado mucho. Como que puede decirse que apenas se encuentra en Madrid una tela para vestir que sea blanca, ni que tenga aquellos dibujos ni aquellos cuadros que antiguamente se hacían y que no servían para nada. Y lo mismo sucede con el papel de las habitaciones. Mirad—añadió señalando á los del aposento en que se hallaban.—Todos esos cuadros están llenos de letras y de números.

—Verdad es—dijo doña Ruperta.—¿También aquí están impresas las señas de los banqueros?

—No, señora, no; eso es otra cosa; porque como estos aposentos se supone que han de ser habitados por personas ricas que vienen á la corte á divertirse y á gastar el dinero, lo que hay estampado en estos papeles son las direcciones de las tiendas de lujo, los carruajes y sus tarifas y otra porción de datos por el estilo. Y lo mismo en la ropa blanca que pone el hotel á los huéspedes.

—¿También en la ropa blanca se estampan esas señas?

—Sí, señora; pero no se repiten las de las paredes, sino que cada prenda tiene las suyas diferentes y á propósito para el objeto á que se destinan. Por ejemplo, en las toallas y demás paños de tocador, no hay más que nombres de perfumistas y fabricantes de agua de olor, de cosméticos, jabones, cepillos, etc. En el embozo de las sábanas y en las fundas de las almohadas, señas de librerías, anuncios de obras de amena literatura, de pastas pectorales, de elixires opiados, etc.; en las servilletas, listas de vinos y licores, y así por este orden en todo lo demás.

—¿Qué está usted diciendo?—exclamó doña Ruperta.—¿Y habrá alguna tienda donde vendan todas esas cosas?

—A centenares—contestó el práctico.

—Pues he de comprar algunas toallas y servilletas para enviarlas al pueblo, porque allí no tienen idea de nada de eso.

—Si es para ese objeto, no necesitáis comprarlas, os las darán de balde.

—¡De balde! ¡Pues no faltaba más!

—Pero, señora, ¡si les hacéis un favor con pedírselas!

—¡Un favor! No lo entiendo.

—Pues claro está. ¡No veis que esas servilletas y esas toallas son prospectos, y que cuanta más publicidad tengan más venden las casas que allí anuncian sus géneros!

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? ¡Pobres gentes! Pues qué, ¿no les cuesta su dinero esa ropa por mala que sea?

—No, señora, que no es mala, sino que toda es muy fina, porque si fuera ordinaria nadie se fijaría en ella. Pero creedme á mí, que ellos van ganando con que les pidáis muchos prospectos.

—Será lo que usted dice, pero yo no lo entiendo así.

—Si queréis comprar vestidos, camisas ó cualquier otra prenda de estampación instructiva, eso ya es otra cosa—repuso el práctico;—porque como las hay de historia, de ciencias, de literatura, de matemáticas, de geografía, de mecánica y de otra porción de clases, se venden y no se regalan; pero las de anuncios ó señas de industriales, como que está en su interés el difundirlos, las dan al primero que las pide. ¿Creéis que este hotel ni los otros de su clase gastan un real ni en empapelar estas habitaciones ni en la ropa blanca, siempre que sea estampada? Pues no sólo no gastan, sino que á veces hasta les dan una prima para que prefieran tales ó cuales toallas y servilletas. Y francamente, no se necesita ser un Salomón para comprender que debe ser así, porque el interés de todo industrial está en que su casa y sus productos sean muy conocidos. Yo fuí un poco de tiempo dependiente de una gran fábrica de tapones de corcho, y el principal, que era muy rico, decía que el comerciante que no sabía gastar el noventa y cinco por ciento de sus productos en anuncios, no saldría nunca de pobre ni daría crédito á su establecimiento.

Doña Ruperta cortó la conversación pidiendo al práctico que la llevase á casa de los banqueros por si sabían algo de su hijo, cuya ausencia la tenía maravillada, aunque allá en sus adentros le creía en Badajoz y de ninguna manera en Laponia; y á pesar de que el práctico la propuso que se quedara en el hotel, que él iría en un momento á averiguarlo, el amor de madre la hizo rechazar la proposición. No podía resistir al deseo de hallar una persona menos mercenaria que las que le rodeaban y que pudiese darle noticias más directas y más positivas de Venancio.

Así fue que, cuando vió que no podía tomar la taza de salvia que creyó necesitar para el mal estado de sus nervios, se volvió al práctico y le dijo:

—Vamos, porque tal vez el aire de la calle me despejará un poco la cabeza.

—Según eso, queréis carruaje abierto, porque en globo no me atrevo á llevaros si no estáis acostumbrada.

—¡Qué globo ni qué calabaza! ¡Está usted loco! No quiero ni globo ni carruaje abierto ni cerrado, quiero ir á pie

—¡A pie!—exclamó el práctico.

—¿Está muy lejos?—preguntó doña Ruperta.

—El escritorio no, señora; la casa, más de diez kilómetros.

—Pues vamos al escritorio.

—Mala hora es para que estén allí; pero iremos si queréis.

—Sí, sí, vamos—dijo doña Ruperta.

Y volviéndose á la criada añadió:

—Venid también vosotros para que veáis los escaparates de las tiendas que, según dicen, es una de las cosas que más tiene que ver en Madrid, sobre todo de noche.

—Lo mismo que de día—repuso el práctico.

—No tal; siempre les dará otra vista la luz del gas y los reverberos, que dicen que los hay preciosos.

—Eso era antiguamente, ahora ya no se pone luz en los escaparates porque no la necesitan. El alumbrado eléctrico ilumina lo bastante para que se vean bien los artículos que hay de muestra, que por otra parte tienen poco que ver porque casi siempre son los mismos.

—A ustedes que los están viendo todos los días, no les llamarán la atención.

—No, señora; yo no los veo nunca. Como no sea un caso como éste en que acompañe á algunos forasteros, jamás me paro delante de los escaparates. ¡Buen tiempo tengo para esas cosas! ¡Ojalá pudiera, que eso más ganaría! Y á fe que ese oficio no es nuevo para mí, que ya le tuve dos años en París y uno en Londres.

—¿Ha estado usted tan lejos?—dijo doña Ruperta.

—Y mucho más. ¡Pues si eso está, como quien dice, á la puerta de la calle!

—¿Y qué oficio tenía usted en París?

—Varios, pero uno de ellos era ese que he dicho.

—¿Cuál?

—El mismo que tienen la mayor parte de las gentes que veréis ahora paradas delante de los escaparates, el de llamar la atención de los transeuntes.

—¿Y eso es oficio?

—Y muy bueno, sobre todo al principio. Yo tenía seis tiendas, que entre todas me vestían y me daban de comer, con más algunos realejos para el bolsillo. Ahora ya, como hay mucha gente ociosa, se paga menos el oficio de *reclamo*, que así llaman algunos á esa manera de vivir. Y no creáis que todos tienen habilidad para saberse parar delante de un escaparate ó á la puerta de un almacén de manera que los transeuntes caigan en la tentación de imitar su ejemplo y aun ir más allá comprando algo; no, señora; hay algunos reclamos que hacen más daño que provecho, porque al kilómetro se les conoce que su curiosidad es alquilada.

—¿Es usted andaluz?—dijo doña Ruperta corriendo.

—No, señora—respondió el práctico,—yo nací en Tetuán. Mis padres fueron allí á comerciar cuando la antigua guerra de España con el imperio de Marruecos, y se quedaron muchos años, hasta hacer una buena fortuna, con la cual pensaron volverse á su patria. Pero los moros dispusieron lo contrario, y se la robaron, echándolos de allí con una paliza y sin un cuarto. A mi padre le costó la vida ese contratiempo, y mi madre se casó pocos meses después en Málaga, donde mi padrastro me puso á servir en casa de un canónigo, que me quería mucho, pero que me hacía trabajar demasiado. Me escapé de su lado y de la ciudad en un barco belga antes de cumplir los trece años de edad, y desde entonces no he vuelto á Andalucía. No sé por qué habéis creído que soy andaluz.

—Por la manera que tiene usted de contar las cosas—dijo doña Ruperta.

—Las cuento tal como son; y si no, vos misma lo veréis cuando vayáis conociendo la corte.

—No digo yo que no sea verdad lo que usted dice, pero en lo de las servilletas que se dan gratis y en lo de esas gentes pagadas para que se paren en los escaparates hay algo de exageración andaluza. Se le conoce á usted la escuela malagueña.

—Pues no lo creáis si no queréis—repuso el prático;—pero yo os digo que es verdad. Y en cuanto á lo que decís de la exageración andaluza estáis muy equivocada, porque hoy día las cosas que pasan y que veréis por vuestros propios ojos exceden con mucho á las que antiguamente inventaban los andaluces. Todo lo que se cuenta de Manolito Gázquez no llega á lo que ahora está pasando real y verdaderamente á los ojos de todos.

Doña Ruperta no replicó nada, y atravesando en seguimiento del práctico y en compañía de sus criados las calles H, I, J y K del hotel, se colocaron todos en la plataforma mecánica y descendieron desde el piso cuarto al de la calle, en la cual se encontraron al momento sin más que atravesar un pequeño vestíbulo.

Eran poco más de las ocho de la noche, y los focos de electricidad que alumbraban la población estaban en todo su vigoroso esplendor. Los lugareños quedaron atónitos al ver los edificios bañados de una luz vivísima, que no ofendía la vista como los reflejos del sol, ni presentaba las duras sombras de la luna.

Abrieron los ojos, sin cerrar la boca; miraron al cielo y al suelo y á todas partes, y no pudiendo comprender de dónde salía aquella luz que lo alumbraba todo, se miraron los unos á los otros, miraron también al práctico y no acertaron á decir una sola palabra.

Doña Ruperta, que aunque lugareña tenía precisión por su jerarquía social de pasar por cortesana y nada asombradiza á los ojos de su servidumbre, se volvió al criado y le dijo con aparente sonrisa:

—Aquí no se necesita la linterna.

—¿Qué linterna?—preguntó el práctico.

—La que usamos en el pueblo las señoras principales—dijo doña Ruperta—cuando vamos á alguna visita de noche. Ahora ya hace muchos años que tenemos alumbrado de aceite en las calles, y se dice que le van á poner de gas muy pronto; pero como hay pocos faroles, están á obscuras las calles, y yo siempre que salía de casa por las noches llevaba un criado con una linterna.

—Antiguallas—dijo el práctico.—Aquí ya veis que no hace falta nada de eso; hay más luz que si fuera de día. Y de poco tiempo á esta parte se ha echado á perder mucho el alumbrado. Yo no sé si consiste en que va escaseando el cobre ó en la mala calidad del cinc, pero ello es que la luz no es tan limpia como al principio.

Doña Ruperta, atónita con lo que veía y sin comprender una sola palabra de las que dijo el práctico, no quiso preguntar nada por miedo de entrar en nuevas confusiones y siguió marchando por la calle maquinalmente, sin poderse dar razón de nada de lo que veía.

A los criados les pasaba otro tanto, pero gritaban cada vez que veían alguna cosa que les llamaba la atención, y doña Ruperta les imponía silencio y decía, mirando al práctico con aire risueño:

—Estos pobres, como no están acostumbrados á ver ciertas cosas no pueden callar.

—No importa que hablen ni que alboroten viniendo conmigo—repuso el práctico.

Y así era la verdad, porque aunque las calles estaban llenas de industriales y de vendedores, nadie se acercó á molestar á los lugareños; y á pesar de que á muchos de ellos se les iban los ojos tras de aquellas gentes como se le iba al pescador de antaño el anzuelo del deseo tras del pez que á flor de agua llevaba la boca abierta, ninguno fué osado á decirles nada al ver el banderín del práctico que decía: *Paso libre.*

Si hubieran ido solos les habría sido imposible dar un solo paso. Sin saber cómo, se hubieran visto los bolsillos llenos de libros, de periódicos y de otra porción de objetos; casi á empujones los habrían metido en las tiendas, y á poco que se hubieran descuidado, cada uno de ellos se habría ido por distinto camino en carruaje diverso.

Aun estando acogidos al pabellón del práctico y siendo por esta protección industrial inviolables, tuvieron sus trabajos para atravesar ciertos puntos de la población; conque figúrate, lector, lo que habría sido de ellos

si se hubieran presentado solos y con la boca abierta, como novillos embolados en fiesta de aldea.

A doña Ruperta, que apoyada en el brazo del práctico abría paso á la caravana extremeña, nadie se atrevió á decirle nada; pero á los criados que, cogidos por el dedo meñique, marchaban como cosidos á pespunte detrás de ella, les dirigieron algunos requiebros los vendedores ambulantes; y á no ser porque ellos no entendían una sola palabra de aquella algarabía y todo lo miraban con aire de desconfianza, es posible que algún industrial le hubiera jugado al práctico la tostada de seducirle sus parroquianos. Y algo debió recelar el guía, cuando al cruzar por una gran plaza circular, en la que había mayor animación que en las otras calles, propuso á doña Ruperta descansar un momento en cualquiera de los cafés que se veían por todas partes.

Aceptó gustosa la buena señora, no por dar descanso á su cuerpo, sino por tranquilizar su espíritu agitado por el torbellino industrial que la rodeaba; y recordando el práctico que en el hotel no había podido tomar doña Ruperta la taza de salvia que deseaba para calmar la excitación de sus nervios, no la llevó á un café cualquiera, sino que la entró en un gran edificio, sobre cuya magnífica portada se veía una muestra que en caracteres colosales, formados con hojas de malvas y amapolas, decía lo siguiente:

¡¡¡Á LAS 9999 INFUSIONES AROMÁTICAS!!!

Y más abajo, en letras más menudas, hábilmente trazadas con la flor de manzanilla y la simiente de zaragatona, decía:

Entrada general, 50 *céntimos.—Por tazas, á* 75 *céntimos una.—Á discreción,* 4 *reales la primera hora,* 3 *la segunda,* 2 *la tercera y* 90 *céntimos por cada una de las siguientes.*





CUADRO XXX

UNA TAZA DE FLORES CORDIALES Y OTROS SUCESOS DE MENOS CORDIALIDAD

El establecimiento de las *nueve mil novecientas noventa y nueve* infusiones aromáticas no figura en el catálogo de las maravillas del mundo, que antiguamente empezaba con las pirámides de Menfis y acababa con el monasterio del Escorial, por varias razones: entre otras, y con ella basta, la de que esta sociedad de MAÑANA va de maravilla en maravilla, haciendo una obra tan maravillosa que no permite á las gentes maravillarse de nada. La fama no se atreve á soltar su corona de laurel sobre ninguna obra nueva, porque siempre que trata de hacerlo ve empezar otra que va á eclipsar la gloria de aquélla. El juicio de París sería imposible ahora, aunque hubiese, no ya una manzana, sino un millar de ellas que repartir entre las obras más bellas y los inventos más prodigiosos. La opinión pública no puede pronunciar su fallo, y tiene que estar con la boca abierta esperando á que la industria diga su última palabra, como el loco aguardaba la última moda mientras marchaba desnudo con la pieza de paño sobre la cabeza.

Y es tal la abundancia de edificios monumentales, de obras artísticas y de maravillas industriales, que cuando un forastero quiere visitar *todo lo más notable* que encierra la corte, no se pueden satisfacer sus deseos

dándole, como se hacía antiguamente, una docena de permisos para visitar el Museo de pintura, el de Historia natural, la Casa de fieras, la Armería, etc., sino que es preciso que determine el ramo predilecto de sus investigaciones ó de su curiosidad, y aun así cuesta trabajo indicarle lo más notable de su especialidad.

Por eso el práctico pasó de largo por delante de los primeros cafés de la corte, no se detuvo en los grandes almacenes de novedades ni en ninguno de los varios establecimientos públicos que halló al paso, y condujo á sus forasteros, sin vacilar, á la casa de las infusiones aromáticas, para que doña Ruperta pudiera tomar la taza de salvia que no la habían podido servir en el hotel.

Si en vez de tener tan modesto apetito hubiera deseado regalar su estómago con una cena ó refrigerarse con una bebida de placer, habría entrado en establecimientos de mucho más lujo que el de las aguas cocidas; pero de todos modos preciso es confesar que éste es en su clase una obra maestra.

Tú mismo, lector, tú mismo, que has visto á la substancia de arroz y al cocimiento de zarzaparrilla perder la vergüenza y salir á la calle para vender públicamente sus virtudes en un tenducho de la Puerta del Sol, te asombrarías si vieras el establecimiento en que acaba de entrar la madre del hidalgo extremeño. Figúrate lo que le pasará á esa buena señora acostumbrada como está á que la flor de tila y la manzanilla no se dejen cocer fuera del hogar doméstico ni suelten sus aromas más allá del santo albergue de la familia. Ella, que por sí propia desecaba las flores de las malvas que crecían en su huerto y guardaba en vasija de barro vidriada las hojas de salvia que hacía coger en el monte en época determinada del año y en hora á propósito para que la planta no perdiera sus virtudes medicinales, ¡cómo había de imaginar que en un establecimiento público y por manos mercenarias se prepararan y sirvieran las aguas cocidas y las infusiones aromáticas, que ella creía ser el verdadero elixir y la triaca magna de la medicina casera!

Pero ni el práctico les dijo á los lugareños lo que se vendía en aquel establecimiento, ni aunque se lo hubiese dicho habrían sabido recordar la modesta taza de flor de saúco á la vista de aquella grandeza verdaderamente deslumbradora.

Maquinalmente entraron por una de las veinticinco puertas exteriores en un gran vestíbulo circular, formado por cincuenta columnas salomónicas todas de cristal, y que iluminadas por la chispa eléctrica que encerraban en su seno semejaban montañas de diamantes arrancados del Brasil. Las plantas que enredaban sus hojas y sus flores en aquellos olmos de vidrio les parecieron nada menos que esmeraldas, zafiros y granates,

y la estatua del célebre Cárlos Linneo, que se elevaba en medio de aquella mágica rotonda, se les antojó la imagen del santo en cuya honra se alzaba aquel gran templo.

No se arrodillaron porque el práctico no les dió tiempo á tanto, y fué preciso que tres veces le preguntara á doña Ruperta si quería la salvia fría ó caliente, para que la pobre señora comprendiera algo de lo que estaba viendo.

Y aún no hubieran sido bastantes las palabras del práctico para sacarla de su asombro, si no hubiese visto á derecha é izquierda y por todos los lados donde tendió la vista multitud de personas atracándose de aguas cocidas y de infusiones aromáticas.

Hízola reparar el cicerone en las diversas galerías de cristal que partían de la rotonda destinadas las unas á las aguas atemperantes, las otras á las sudoríficas, aquéllas á las antiestéricas, éstas á las antihidrópicas y las de más allá á las anodinas; y guiándola por un precioso emparrado artificial, del cual destilaba el agua de agraz y era la entrada de la galería de los zumos, la llevó al departamento de las aguas antiespasmódicas, á cuya mano derecha estaba el compartimiento de las salvias.

Formábanle, como el de las otras infusiones aromáticas, una porción de grandes vasos de porcelana en los que brotaba la planta salutífera, y encima de los grifos que había en la pared y de los cuales manaba fría ó caliente el agua de la salvia, se leía esta pregunta latina:

¿Quo modo moritur cui salvia crescit in horto?

Debajo de la cual se leía, escrito con lápiz por algún salvitiaco desengañado, lo siguiente:

Quia contra vim mortis non est medicamen in hortis.

Cuando doña Ruperta llegó á tomar asiento entre los aromas de la salvia, tenía ya necesidad de otro medicamento más fuerte para calmar el trastorno de sus sentidos, pero tomó la taza que un camarero diligente le puso en la mano, y llenándola por sí propia en el grifo de la infusión caliente, la paladeó y dijo, volviéndose á sus doncellas:

—Está riquísima; que os den otra á cada una de vosotras.

Las criadas, que no habían podido cerrar la boca y tenían seca la garganta desde que entraron en el establecimiento, callaron y se dejaron servir la taza de salvia mientras su ama repetía la dosis.

Y después que el práctico hubo pagado el gasto de la bebida, más el de una hoja que doña Ruperta arrancó de una de las plantas para llevar-

la en la boca, salieron á la calle atravesando una extensa galería de cristales, en la cual creyeron morir asfixiados los pobres lugareños.

Cuando hubieron abandonado aquel verdadero horno de vidrio, el práctico les dijo sonriendo:

—¿Qué tal? ¿Hacía calor ahí dentro?

—Yo creí que me ahogaba—repuso doña Ruperta;—eso es el infierno.

—No, señora; es la alcoba transpiratoria. Si hubierais estado en ella dos minutos, habríais roto á sudar hasta por los ojos. He querido pasaros por ella porque es uno de los departamentos más notables de este edificio. Ahora estaba poco concurrida porque casi todos los parroquianos están bebiendo, y otros no han salido aún de los teatros y de los clubs; pero un poco más tarde no se puede transitar por ella, y entonces es mucho más elevada la temperatura.

—Será cosa de ahogarse—dijo doña Ruperta.

—No tanto—repuso el práctico,—porque el calor es húmedo y al instante produce la transpiración. Me parece, no quisiera engañarme, que está calculado á taza de agua por minuto lo que se suda en esa alcoba. Así hay muchas personas constipadas que beben quince tazas de flor de malva, están un cuarto de hora en la alcoba y ya quedan en disposición de beber otras tantas. Esa dependencia y la *taza de flores cordiales*—añadió el práctico—son las verdaderas maravillas del establecimiento.

—¿Pues qué tiene de particular esa taza?—preguntó doña Ruperta.—¿No es de china como la que me han dado á mí para la salvia?

—No, señora—repuso el práctico riendo.—En la taza de que yo hablo caben al pie de quinientas personas, más bien más que menos.

—¿Dentro de la taza?

—Sí, señora, porque la taza es un gran salón ovalado, por cuyas paredes, lo mismo que por el pavimento y el techo, sale en menuda lluvia de polvo el agua de las flores cordiales, y sin querer la beben y la sudan á la vez los que la necesitan.

—¿Y salen á la calle las gentes después de tanto sudar?

—Algunos tienen miedo de hacerlo, lo cual es una verdadera aprensión, y por los tubos de conservación que están hábilmente dispuestos y comunican con los dormitorios higiénicos, van á ocupar una cama por dos horas ó tres ó toda la noche.

—Será digno de verse todo eso—dijo doña Ruperta.

—¿Queréis volver á entrar y lo veréis todo?

—No, señor, ahora no; pero cuando venga mi Venancio le he de decir que me traiga aquí despacio, porque á mí me gusta mucho enterarme bien de lo que veo. Y á propósito—añadió doña Ruperta alzando los ojos al cielo,—¿qué son esas luces de color que se ven allá arriba?

—Los faroles de los carruajes de punto en la estación del club de los reformistas.

—¡Si digo esos que están en el aire!

—Pues bien: esos son los carruajes del club.

—Pero si están en el aire no serán carruajes, serán globos.

—Es igual, todo lo que sirve para ir de un punto á otro se llama carruaje.

No quiso preguntar otra cosa la madre del hidalgo extremeño, y siguió marchando como un verdadero autómata por entre magníficos edificios, espléndidos bazares y escaparates verdaderamente deslumbradores. Sus criados la seguían cabizbajos y mustios, asombrándose cada vez menos de lo que veían, porque lo que hasta entonces habían visto les tenía mareados y aturdidos. Tan cierto es, lector, que la abundancia es el camino más corto para el descrédito y que no hay sino ver mucho para no maravillarse de nada.

Pero como la industria y el comercio han previsto el cansancio de los sentidos y están en guardia contra el hastío del lujo y de los placeres, inventan tales cosas y ponen en juego tantas novedades, que el forastero tiene que abrir los ojos á su pesar y detenerse para contemplar á cada paso un nuevo encanto industrial y una nueva coquetería mercantil.

Estas últimas son de tal género y están de tal modo organizadas, que no hay avaricia que logre hacerse superior á los halagos y á las zalamerías de los géneros que el comerciante saca al mercado.

Por muy escondido que esté el dinero en los bolsillos de los transeuntes, se oye llamar tantas veces *hermoso* por los objetos que coquetean en el escaparate, que al cabo y al fin cae en la tentación de pecar; y como no sirve salir á la calle sin un cuarto, porque el crédito es dinero y hoy el crédito está muy extendido, no hay defensa posible contra las coqueterías industriales. Se necesita estar muy acostumbrado á esos halagos para hacerse el empedernido á tanto ruego.

La misma doña Ruperta, que iba en alas del amor de madre á buscar noticias de su hijo, quería comprar cuanto veía, y sin la prudencia del práctico, que la disuadía de ciertos empeños, Dios sabe si habría tenido dinero bastante para satisfacer todos sus antojos. Verdad es que no todo era virtud en aquel hombre, sino que algunos géneros de los que quería comprar la buena señora procedían de tiendas con cuyos dueños no se entendía él tan bien como con otros de la corte, y á menudo le decía estas palabras:

—No os precipitéis á comprar, señora, porque más arriba los hay mejores y más baratos.

Y así lograba que doña Ruperta siguiera marchando en dirección de

los almacenes que vendían los géneros *mejores y más baratos*, satisfecho y contento del negocio que le había cabido en suerte con ser el mentor de gente tan ignorante y tan extranjera en la corte. El único temor que le asaltaba era el de que pareciese demasiado pronto el hijo de aquella señora y cesara ésta de necesitar sus servicios.

Pero como estaba en su mano el alejar este momento tomando el camino más largo para ir á casa de los banqueros de Venancio, así lo hizo; y con lo que él puso de su parte rodeando, y doña Ruperta de la suya distrayéndose del objeto de su caminata con la vista de los escaparates, tardaron mucho en llegar al domicilio mercantil de los señores Agarra, Estruja y Compañía; el cual no estaba cerrado, como creía el práctico, que en este punto andaba algo atrasado de noticias, sino que tenía todas sus dependencias en activo ejercicio á la media noche, como si fueran las tres de la tarde.

Ensanchósele á doña Ruperta el pecho por la misma razón que al práctico se le oprimía el estómago, y sin que pudieran detenerla penetró en la casa, preguntando á voces por el principal de ella.

Contestáronla desde adentro y á través de una doble verja de hierro como la que hoy sirve para guardar los animales dañinos en las casas de fieras que el principal no se hallaba en el escritorio, pero que dijera lo que quería y se pondría en conocimiento del gerente de guardia; y la pobre señora replicó, con una candidez digna de los tiempos primitivos del mundo, que deseaba saber dónde estaba su hijo Venancio.

Y antes de que el dependiente de la casa-banca contestara, con mal humor y peores modos, que aquella oficina no era *parador de extraviados* ni *agencia de hallazgos y pérdidas*, establecimientos que abundan y prestan grandes servicios en la corte, el práctico se apresuró á decir:

—El hijo de esta señora tiene sus fondos en esta casa, y deseamos saber si ha pedido crédito sobre alguna provincia de España ó del extranjero.

—No podemos decirlo, aunque lo sepamos, sin una orden del interesado.

—Es que yo soy su madre—repuso doña Ruperta—y yo quisiera saber dónde está mi hijo.

—Pues averiguadlo en otra parte, que oficinas hay de sobra donde estarán deseando decíroslo. Este no es establecimiento de policía ni empresa de buscones.

—¡Pero si el hijo de esta señora no se ha perdido como pensáis—repuso el práctico,—sino que sabemos que ha salido de Madrid y su madre quiere averiguar en qué punto se halla!

—Extraño mucho—dijo el dependiente de la casa de comercio—que

un hombre como vos, que debéis estar enterado de lo que es el secreto en estas casas de comercio, pretendáis que digamos al primero que llega lo que hacen con su dinero las personas que tienen aquí sus fondos.

—Ya os he dicho—repitió doña Ruperta algo incomodada—que yo no soy una persona cualquiera, sino que soy su madre.

—¡Y qué tiene que ver que seáis la madre para que os digamos lo que hace con su dinero vuestro hijo! Cuando él no ha dicho adónde se iba será porque no querrá que lo sepáis. Idos en buen hora y no sigáis haciendo preguntas impertinentes, porque no se os dirá nada más que lo que se os ha dicho.

—¡Pero, señor, es fuerte cosa—dijo doña Ruperta—que siendo yo la que he abierto el crédito en esta casa á favor de mi hijo, no pueda lograr que me digan dónde está si lo saben! Hágame usted el favor, por Dios, de que yo vea al principal.

—Es inútil, porque no os dirá ni más ni menos que yo; y os costará muy caro el verle, porque cuando se le obliga á venir al escritorio en horas extraordinarias se hace pagar mucho las consultas, con arreglo al *arancel de derechos en negocios desusados.*

El práctico comprendió la razón que tenía el comerciante para hablar como hablaba, y trató de convencer á doña Ruperta sacándola de allí, no sin gran trabajo, para que se volviera al hotel y descansara, en la seguridad de que pronto volvería su hijo ó recibiría noticias de su paradero.

Cedió la buena señora, más que á las reflexiones al cansancio, no tanto de cuerpo como de espíritu, y al salir á la calle, donde se habían quedado esperándola sus criados, vió á éstos disputando con un agente de la autoridad que quería sacarles dos multas: una por infracción del artículo 340, título 60 del reglamento urbano sobre libre circulación de las aceras, y otra por desacato de primer grado al decoro público.

Asustóse un tanto la ya con razón asustadiza doña Ruperta, y el práctico, con aire de ídem, se llegó al agente y le dijo:

—¿Qué han hecho estas gentes?

—¿Son vuestras?—preguntó el agente.

—Mías son; ¿qué pasa?

—Tomad—repuso el agente dándole tres sellos azules y tres blancos como los del antiguo franqueo de cartas.—Ahí tenéis el papel de multas por valor de diez y ocho reales.

—¿Pues qué han hecho?

—¡Una friolera! Primero, pararse en la acera obstruyendo la libre circulación, por lo cual deben, como sabéis, un real cada uno, y luego, lo que veo por segunda vez desde que soy *celador del libre tránsito,* sentarse en la calle como si estuvieran en su casa.

—¡Toma, como que estábamos cansados!—dijo una de las doncellas.

—¡Y no tenéis veinte pasos más arriba una *casilla de fatigados!*

—*¡Miá,* tú—repuso otra de las criadas,—qué pedazo de piedra hemos arrancado con sentarnos, ni qué daño hemos hecho á *naide* con buscar nuestra *convenencia!* Lo que es esto, es que el señor está á caza de socaliñas.

—¡Y luego dicen que hay libertad, y que todos *semos* iguales!—dijo el criado.—¡Si me valiera de mi genio....!

—Pues porque hay libertad—interrumpió el celador—se procura que esté el paso libre.

—Y si yo quiero sentarme, ¿no soy libre de hacer mi santa voluntad?

—No, porque perjudicáis á la libre voluntad de los otros.

—Y ellos *prejudican* á la mía queriendo pasar por donde yo estoy sentado.

—Es que no tenéis libertad para eso.

—Pues ya veis cómo no *semos* iguales.

El práctico se apresuró á pagar, temiendo que el celador del libre tránsito sacara otro papel de multas por morosidad en el pago de las primeras con arreglo al reglamento de *dimes y diretes,* y ofreciendo el brazo á doña Ruperta, que ya no acertaba á decir una sola palabra, porque estaba verdaderamente aturdida, tomó un carruaje de vapor y se dirigió con sus forasteros al Hotel Transatlántico.





CUADRO XXXI

LAS SUBASTAS, LAS CONTRATAS Y EL SEGURO MUTUO

**Donde se prueba que la goberna-
ción del Estado es más fácil que la
administración de una estafeta.**

El presente cuadro es casi un retazo del anterior, y hasta podríamos decir que es el fondo de todos ó la mayor parte de los que van escritos desde el principio de esta última parte.

Apasionado, tal vez con exceso, del joven jurisconsulto Venancio y compadecido al verle estar siendo un verdadero extranjero en su patria, le he seguido tan de cerca que apenas he llevado la vista á otros sucesos que á los que brotaban á su alrededor, ni hablado de otros usos y costumbres que de los que salían á mi encuentro mientras acompañaba á ese personaje y á sus allegados en su peregrinación por la corte. No estoy arrepentido de haber obrado así, y aun confieso hallarme dispuesto á seguir haciendo lo mismo en el resto de la obra; pero creo indispensable prescindir en este cuadro de Venancio y de su madre, de Safo y de Norma, del fabricante de agua de Colonia y del práctico, y hasta del maestro de ceremonias, para estar un rato á solas conmigo y echar una mirada atrás y adelante á fin de que si el lector se hace alguna pregunta sobre lo que ha visto ó sobre lo que ha de ver pueda darse á sí propio respuesta.

De manera que si los cuadros que van escritos son un piélago de confusiones y de dudas, el que ahora escribo tiene la pretensión de ser un arsenal de explicaciones y de confianzas.

La primer pregunta que se está haciendo el lector desde que ha empezado á ejercer su oficio en este libro, es la de si será posible que yo pueda anticiparme al porvenir viendo clara y distintamente lo que ha de ser. Á esto no puedo contestar cosa alguna, porque estas cosas se ven con los ojos de la fe, y el que duda harta desgracia tiene.

También se pregunta cómo es posible que en medio siglo haga la sociedad tales adelantos y cambie su manera de ser hasta el punto de no haber quedado en pie casi nada de lo existente hoy día. Á esto ya me es algo más fácil dar respuesta.

Puedo decir dos cosas: la primera, que no es verdad que la sociedad haya cambiado mucho, sino que el lector ve con ojos de aumento el cambio; y la segunda, que todo se ha hecho por sus pasos contados, multiplicando las cosas el primer año por ciento, el segundo por mil, el tercero por un millón y así sucesivamente hasta una escala que sube más alto que la de Jacob.

El progreso es el movimiento continuo de la humanidad; y si una gota de agua permanente puede abrir un agujero en el diamante, ¡qué no hará la antorcha de la inteligencia aplicada á quemar de continuo las sombras de la ignorancia!

Si el lector quiere no volver á dudar y creer todo lo que le digo, que haga como yo la proporción aritmética siguiente:

AYER *es á* HOY, *como* HOY *es á* MAÑANA.

Que vea en qué se parece su época á la de sus padres, y verá lo que se parecerá la de sus hijos á la suya. Sólo que él, que apenas sabe andar, ha corrido mucho, y no quiere que sus hijos, que nacen corriendo, se pierdan de vista.

Los primeros pasos son los difíciles, que lo demás del camino se anda por sí solo. Pues qué, si los grandes capitalistas trabajasen para adquirir los últimos millones tanto como trabajaron para hacer el primero, ¿no se necesitaría vivir más años que Matusalen para reunir una mediana fortuna?

Pero en fin, lector, allá te las hayas con tus dudas y tus desconfianzas, que yo no he de afanarme mucho por desvanecerte ni las unas ni las otras.

En tu mano tienes pedir á Dios que te conserve la vida hasta poder asomar las narices al siglo XX, y si entonces me coges en algún renuncio

ó ves que te he engañado, puedes ponerme en ridículo á los ojos de aquella generación que anticipadamente se está riendo de tu incredulidad.

Lo que yo vengo á decirte ahora no es para que des más ó menos crédito á lo que te llevo dicho ni á lo que más adelante te diré, sino para que entiendas lo uno y lo otro y no pidas á nadie explicaciones sobre cosas que tú mismo puedes explicarte.

Por ejemplo, y he aquí ya el asunto de este cuadro, me parece que cada vez que has visto asomar un funcionario público, como el *celador de desperfectos personales* ó el *del libre tránsito* ó cualquier otro de los que hemos tropezado en la calle, has creído que en esta sociedad de MAÑANA están las verdaderas ollas de Egipto de la empleomanía, y que creando un destino para cada prójimo, se ha resuelto la cuestión magna de tus tiempos. Eso has creído y eso seguirías creyendo si yo no te dijera que sucede todo lo contrario.

La empleomanía oficial ha desaparecido porque se han suprimido todos los empleados del gobierno.

Las subastas, las contratas y las grandes compañías de seguros mutuos han librado al país de la gran plaga de oficinistas del Estado. Los ministros, los embajadores, los capitanes generales, los directores y todos aquellos altos empleados que por la última ley de incompatibilidades parlamentarias podían tomar asiento en las Cortes, son los únicos puestos oficiales que se conocen en esta época futura; los demás cargos públicos son todos oficios arrendados.

El gobierno saca periódicamente á subasta todos los ramos de la administración, y el rematante es el jefe de la oficina subastada; estando, como es natural, en sus atribuciones el arrendar y autorizar el subarriendo de los negocios del modo y forma que mejor convenga á sus intereses. El presidente ó director del ramo subastado toma el nombre de jefe nato, y viene á ser en su oficina y en la gestión de los negocios una especie de rey constitucional; poco más ó menos que lo que hoy se llama delegado regio.

Este sistema de administración, que proporciona á los ministros una vida regalada y muy cómoda, parece á primera vista funesto para los empleados porque supone una gran instabilidad en los destinos; pero no es así por fortuna. Al contratista no se le obliga á conservar los empleados que tenía su antecesor, porque sería atarle de pies y manos, atentando al buen éxito de su especulación; pero si quiere cambiarlos y no prueba su incapacidad, está obligado á continuar satisfaciéndoles el sueldo que disfrutan.

Y como los empleados no tienen otro interés que el de servir bien sus destinos porque saben que esta es la única manera de conservarlos,

y no temen el capricho del contratista porque á él ha de costarle más caro que á ellos, cuando acaba un arriendo y empieza otro nuevo se encogen de hombros y dicen: el rey ha muerto, viva el rey.

Hay además otra garantía de inamovilidad para los empleados, y consiste en que el espíritu de asociación ha echado tales raíces entre los capitalistas, que están casi siempre de acuerdo en no hacerse la guerra en las subastas, y aunque se renuevan los arriendos, apenas cambian de mano. En vez de ir á la subasta de un ramo administrativo á hacer la competencia en pro del gobierno, se ponen de acuerdo todos los aspirantes, y cotizando sus deseos cobran sus primas y no acuden á la licitación, ó si van es para tener un simulacro.

Con esta gran reforma administrativa las rentas públicas vienen limpias de polvo y paja y los servicios se pagan los unos á los otros, siendo una verdad práctica la nivelación del presupuesto de gastos con el de ingresos. A los ministros les tiene sin cuidado que un cajero se alce con el santo y la limosna; no les importa que se pierda un buque, porque todos están asegurados, y duermen á pierna suelta en la seguridad de que las rentas contratadas han de ingresar completas, ya que no en las arcas del Tesoro público, porque tampoco existe esta oficina, en el Banco Nacional, donde el gobierno, como un particular cualquiera, tiene sus fondos.

No hay siniestro de ninguna clase que no esté previsto para que la riqueza nacional se mantenga en perfecto equilibrio, y las calamidades públicas, gracias á la institución benéfica del seguro mutuo, han hecho innecesarios aquellos créditos suplementarios y aquellas cuestaciones vergonzosas que antes se hacían para atender á los desastres ocasionados por el fuego ó por el agua ó por la sequía en esta ó en la otra comarca.

La propiedad pública, como la vida de las personas y de los animales, todo está asegurado, y no hay necesidad nunca de que el Tesoro nacional vierta una lágrima y ponga la mano para excitar la caridad pública de nadie.

Y es tal el desarrollo que el sistema de los seguros ha tenido en pocos años en todas las partes del mundo y tanto lo que se ha exagerado su aplicación, que me da vergüenza decirte hasta dónde han querido llevarle. Verdad es que la proposición fué desechada y que muchas gentes la recibieron con verdadera indignación; pero no es por eso menos cierto que hubo quien se atrevió á hacerla, que se admitió á discusión y que se habló de ella largamente en el Parlamento. No en el español, que esta justicia es preciso hacer á tu patria, querido lector, sino en el francés.

Allí hubo hace pocos años una gran compañía inglesa que propuso al gobierno el medio de hacer una gran economía en el presupuesto del

Estado, y era el de retirar todas las guarniciones de las plazas fuertes y asegurar éstas por una cantidad módica contra toda invasión extranjera, como se asegura el cargamento de un buque ú otra mercancía cualquiera.

No sé si ha habido alguna nación tan desdichada ó tan incauta que haya aceptado semejante proposición, asegurando las plazas del litoral y las colonias de una manera tan semejante á la venta; pero lo que sí puedo decirte es que Dios solo sabe lo que hubiera sucedido en Francia si la compañía no hubiese sido inglesa. La nacionalidad de los socios fué lo que la puso en guardia, y desechó la proposición de esa sociedad, que si ha llegado á constituirse se deberá titular: *Compañía de seguros mutuos sobre la integridad del territorio y el honor nacional.*

Aquí ya te digo, lector, que ni siquiera se habría tomado en consideración semejante disparate, por más que el seguro esté extendido á toda clase de propiedad, incluso el material de guerra, los archivos, las bibliotecas, los museos y todos los valores del Estado.

Por eso te he dicho que las subastas, las contratas y el seguro mutuo han simplificado la administración de la cosa pública de tal modo que la gobernación del Estado da menos que hacer y que pensar que el desempeño de una antigua estafeta subalterna de correos ó una administración de loterías ó un estanquillo.

Las arcas de tres llaves, las oficinas interventoras, el tribunal de cuentas y todos aquellos registros y contrarregistros morales que tanto complicaban el mecanismo administrativo han desaparecido. Cada contratista hace y deshace lo que se le antoja en el ramo que corre á su cargo, dentro de los límites que le imponen las condiciones del contrato, las leyes generales del país y los reglamentos especiales de cada servicio público, y todo marcha como una seda, sin sobresaltos para el gobierno ni amarguras para los gobernados. Las crisis ministeriales, esos calambres de la *cosa pública* que en tus tiempos, lector, hacían temblar la sociedad entera, produciendo el baile de San Vito en los empleados, cesantes y pretendientes, esto es, en todos los españoles, ahora se ven con la mayor indiferencia; porque ni el ministerio que cesa puede instituir heredero del patrimonio nacional á sus amigos, ni el que entra de nuevo tiene facultad para quitar el pan á una familia y darle pan y medio á otra.

Esto no quiere decir que las plazas de secretarios del despacho sean cargos concejiles, ni mucho menos que haya llegado el caso de no encontrar quien quiera ser ministro, sino que suben y bajan y entran y salen ministros sin que el país se conmueva y sin que las esposas y los hijos del empleado lean la *Gaceta* con las lágrimas en los ojos, ó pidan á Dios que detenga la salida del órgano oficial, como Josué pedía que se parara el curso del sol. Con semejantes reformas en las costumbres políticas

han desaparecido las antesalas de los ministerios, las groserías de los porteros y las horas de audiencia que daban á los funcionarios del Estado un aire de monumentos públicos ó de sibilas romanas.

Como no hay pretendientes que con la esperanza de alcanzar un destino pongan á rédito diez horas diarias de tiempo perdido por espacio de seis meses ó un año, sino personas que van á saber el estado de sus negocios, se las recibe á todas horas, no se les pone mala cara, ni se les pide carta de recomendación y se les entera de lo que desean saber, como se hacía en los antiguos despachos de diligencias con los que iban á preguntar el precio de los asientos ó la hora de llegada y salida de los coches.

No hay cesantías ni viudedades ni jubilaciones, porque el Estado no se entretiene en ir haciendo economías ni ahorros á nadie, sino que todos los destinos están capitalizados, y el empleado es como un industrial cualquiera que tiene la posición social del capital que representa su empleo. La indemnización que recibe cuando sin causa legítima es separado de su destino representa con creces la cesantía; y en cuanto á la jubilación ó la viudedad ó las orfandades, dependen de la sociedad de seguros sobre la vida en que se halle inscrito.

Si cuando llega á viejo se ha comido todo el capital, se muere de hambre, y su familia se la busca como puede, si él no había tenido la previsión de asegurarles el rancho en alguna de las sociedades indicadas.

Y hasta tal punto es cierto que el empleado se considera como los industriales y los capitalistas, que es tan dueño de enajenar su destino como el comerciante de traspasar su tienda ó el propietario de vender una finca. No hay más diferencia sino que en vez de acudir al registro de hipotecas para que tomen razón del traspaso, pasa un oficio al jefe de la dependencia, diciéndole, en papel de sello suficiente al efecto, que ha vendido su empleo á tal cual persona. Como, después de todo, si el comprador no es apto para el desempeño del destino, el contratista puede despedirle, lejos de perder ha ganado una vacante, y el Estado se ha utilizado del valor del sello en que se dió el aviso.

Lo mismo que hace el gobierno hace el municipio, y por eso las personas que se ven en las calles cuidando de la observancia de los reglamentos de policía urbana, del decoro público y de otras exigencias de la civilización no son agentes directos de la autoridad, sino dependientes de los contratistas que en pública subasta remataron esos servicios.

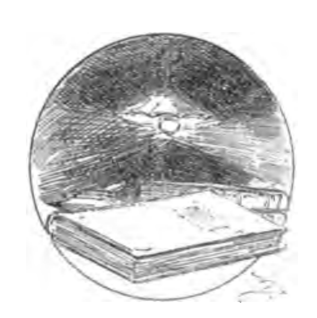
Así se ha acabado con la empleomanía, hasta el punto de que es mucho más frecuente ver en estos tiempos de MAÑANA anuncios diciendo que se necesitan oficiales de ministerio y de dirección, que lo es HOY á la puerta de los talleres el consabido cartelito que dice: *Se necesitan oficiales de ambos sexos que sepan el oficio.*

Verdad es que á la industria le sobran brazos desde que las máquinas han aprendido á suplantar al hombre en casi todas las necesidades de la vida, pero no es por esto menos cierto que sea más difícil hallar un empleado que un industrial.

Y esto sí que tendrá razón el lector para dudar que sea verdad.

Yo mismo lo veo y no lo creo.

Todos los que hayan leído este cuadro quedan en completa libertad para hacer lo mismo.





CUADRO XXXII

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES

Me arrepiento de haber autorizado al lector para que no dé crédito á lo que le he dicho en el cuadro anterior.

Es preciso que crea, como artículo de fe, que la administración del Estado se remata en subasta pública á favor del mejor postor, para que sepa que no es posible alcanzar del gobierno billetes para ver los museos, las bibliotecas, los hospitales y los demás establecimientos públicos. Si no lo cree así, no comprenderá que Venancio necesita otra cosa más que su investidura de diputado para enseñar á su madre todas las cosas notables que encierra la corte.

Y sin embargo es cierto, certísimo, que si el joven legislador no hubiese llevado dinero en el bolsillo, doña Ruperta no habría podido ver ni siquiera el exterior de los edificios públicos; porque como para esto es preciso pararse en la calle, los conservadores del libre tránsito les habrían hecho pagar la multa con arreglo á las ordenanzas de policía urbana.

Pero el oro se abre paso por todas partes, y con esa llave maestra se franquean todas las puertas, se abren de par en par las voluntades, se hacen públicas las cosas más secretas y se satisfacen todos los deseos. Y si, como dice el refrán, lo primero que hace falta para ir á Roma es tener lengua con que preguntar cuál es el camino, lo único que se necesita para ver las curiosidades que encierra la corte es tener dinero en el bolsillo.

Dinero que ya no se avergüenza de sí propio, dejándose dar á hurtadillas, con la cara vuelta y la mano oculta, temiendo ser desairado, sino que tiene orgullo en ser quien es y hace público alarde de su importancia y de su omnipotencia.

El visitador de los monumentos públicos, que no lleva en la mano ni el permiso especial ni el pasaporte, porque ambas cosas se han suprimido, no saca tampoco una moneda con disimulo para entregarla con cautela al conserje del establecimiento, el cual antiguamente la tomaba vuelto de espaldas al cartel en que se decía: *Está prohibido tomar propinas*, sino que da públicamente el dinero que le piden y sufre que le examinen las monedas por si son falsas; pagando una cantidad por ver los objetos á cierta distancia, otra por examinarlos más de cerca, otra por tocarlos y otra por comprarlos y llevárselos á su casa, si le conviene hacerlo así.

De manera, lector, que aunque Venancio presumió en un principio que su carácter de diputado le permitiría entrar y salir en todas partes, llevando á su madre á ver las cosas más notables sin trabas de ninguna especie, pronto se convenció de lo contrario, y tuvo que reconocer allá en sus adentros las ventajas de la igualdad aplicada á los sucesos más nimios de la vida, cuando supo que al presidente del consejo de ministros le pasaba lo mismo que á él cuando tenía que acompañar á algunos forasteros. Lo unico que hizo, por un sentimiento de legítimo orgullo parlamentario, fué visitar los establecimientos públicos en horas especiales y no en las de entrada general; gracia que fácilmente le alcanzó su propio dinero, puesto que tuvo que pagar doble y en algunas partes triple de lo que costaban los permisos en horas ordinarias.

Con el *Itinerario monumental* en la mano y siguiendo el orden de importancia marcado en el mismo, se dirigió el joven extremeño en compañía de su madre y de los criados de ésta al *Paraíso Zoológico*, establecido á doce kilómetros de la corte, entre el lugar que ocupaban los antiguos pueblos de Alcorcón y Móstoles, por la *Sociedad filantrópica protectora de los animales.*

Las vastas dependencias del *Paraíso* forman una superficie de más de cuatro hectáreas, cerrada toda ella por sencillos establos, graciosos pabellones, casas rústicas, frondosas alamedas, espesos matorrales, fosos y setos vivos, todo alternado con caprichoso y pintoresco desorden. Alrededor de ese heterogéneo valladar corren con silencioso pero rápido movimiento unos sencillos carruajes de vapor, llevando á los curiosos y á los dependientes del *Paraíso* de un punto á otro, sin que el ruido perturbe la tranquilidad de los pacíficos moradores de esa isla afortunada.

El murmullo de los arroyos, el salto de las cascadas, el silbido del viento y el trino de las aves son las únicas voces que responden al relin-

char de los caballos, al mugir de los bueyes, al rebuznar de los asnos y al aullar de los perros, habitantes felices de esa filantrópica comarca; especie de casa de inválidos, de hospicio de desvalidos y de hospital de incurables con que la filantropía animal, importada de Inglaterra, ha querido atender al bienestar de las pobres bestias inutilizadas ó envejecidas en el servicio del hombre.

Por cualquiera de los pabellones ó bosques que guardan la isla se puede entrar á visitar esa nueva Arcadia; pero es preferible hacerlo por la puerta principal y comprar en ella la *Guía del Paraíso* y el *Padrón de los animales* contenidos en el mismo, recorriendo por el orden marcado en esos libros las diversas dependencias del famoso establecimiento. Sólo haciendo así se puede tener una idea completa y exacta de la inteligencia con que han sido preparados todos los departamentos, del esmero con que se conservan en las más exquisitas condiciones higiénicas y del amoroso cariño con que los empleados del *Paraíso* tratan á los animales que están á su cargo.

¡Y cómo no han de hacerlo así, cuando los miembros de la sociedad han hecho grabar por todas partes máximas y preceptos encaminados á inculcar el amor á los animales como una de las primeras virtudes del hombre!

Entre el hombre que maltrata al prójimo y el que atormenta á un pájaro, no hay más diferencia que la víctima, dice en una de las puertas de entrada.

¡Matachines!, se lee en otro de los departamentos: *Vuestra infame profesión os obliga á hacer innumerables víctimas; no os gocéis en martirizarlas; abreviad sus sufrimientos.*

Los animales están organizados para el placer y para el dolor, ni más ni menos que el hombre.—Reñir ásperamente á los animales, jurar y denigrarlos, es ser más bestia que ellos.—La canción en los labios, el buen humor en el semblante y la alegría en el corazón del labrador hacen más llevadero á los bueyes el rudo trabajo del campo.—Ut per melodias, boves in suis laboribus quodam modo delectantur.

Estas y otras máximas repetidas por todas partes, sobre las paredes del establo, en la puerta de las caballerizas y hasta en los árboles de la pradera, entretienen el ánimo del forastero que visita la isla afortunada, infundiéndole, no sólo amor hacia los animales que pastan ó duermen tranquilamente allí, sino hasta respeto á la desgracia del uno, considera-

ción á los años y buenos servicios del otro é interés por todos y cada uno de los sucesos que forman la biografía de los acogidos en el establecimiento.

Porque has de saber, lector, si ya no lo has presumido, que en el *Padrón de los animales* consta el nombre, la patria y la edad de cada uno de ellos, sus vicisitudes, sus rasgos más notables de valor y de fidelidad y las acciones heroicas del hombre á quien han servido hasta que se han inutilizado.

La madre de Venancio, que pasaba en su pueblo por una de las personas más cariñosas y más buenas para con los animales, quedó maravillada al penetrar en el *Paraíso Zoológico*, y aunque al principio se volvía á sus criados para encarecerles las ventajas del establecimiento, y á la vista de los establos en que yacían las vacas enfermas, con un criado atento á satisfacer todas sus necesidades, suspiró pensando en las que ella había dejado en sus haciendas; cuando se hubo enterado de algunos pormenores, y visto el lujo y el regalo con que eran tratados los huéspedes de la casa, torció el gesto y dijo:

—Vámonos de aquí, porque me repugna ver ciertas cosas. Yo creo que no se debe atormentar á los animales y que los servicios que prestan al hombre merecen por parte de éste alguna consideración; pero de esto á tenerlos con enfermeros y con facultativos de guardia y con un lujo verdaderamente irritante, hay una gran diferencia. No sé quién ofende más á Dios, si el que maltrata á un animal ó el que le trata con más contemplación y más regalo que al hombre. Tengo ganas de ver los hospitales y las casas de beneficencia, porque no sé que los pobres puedan estar mejor que los caballos, los burros y los demás animales de esta casa.

—Pues aún no ha visto usted lo mejor—dijo Venancio.—No debíamos irnos de aquí sin asomarnos al departamento de la nostalgia.

—¿De la qué?—preguntó doña Ruperta.

—De la nostalgia—la respondió Venancio.—Es una enfermedad mortal para muchas gentes, que consiste en la tristeza que produce en país extranjero el recuerdo de la patria. Los socios de la protectora de los animales suponen que éstos, con especialidad el burro, la padecen en alto grado, y han hecho en el centro de esta isla una especie de jardín encantado, tan pintoresco y tan alegre, que dicen ser de curación segura para esa enfermedad. Vea usted en qué términos habla de él la *Guía* que hemos comprado.

Y abriendo el libro, leyó Venancio lo siguiente:

«No se da un paso en este importantísimo establecimiento sin hallar un nuevo motivo de aplauso para las personas que concibieron el feliz pensamiento de construir un lugar de retiro, de expansión y de justa re-

compensa para los pobres animales que, inutilizados en el servicio del hombre, eran en los tiempos bárbaros de nuestros padres inhumanamente degollados y expuestos á la insaciable codicia del trapero que les arrancaba la piel y arrojaba sus restos á la voracidad de las aves de rapiña cuando no podía venderlos á los fondistas de la corte.

»El forastero ha visto ya en los departamentos que lleva visitados con cuánta previsión é inteligencia han sido construídos los establos, las caballerizas, las chozas, las enfermerías y los demás edificios del establecimiento; habrá observado también que, así las condiciones higiénicas de esas estancias, como el esmero en el servicio y la amorosa solicitud con que son tratados los enfermos, no dejan nada que desear; y por último, le habrá llamado la atención en los prados, en las dehesas y en los bosques la limpieza de los arbustos, la frescura de la hierba y lo bien entendida que está la plantación para que la sombra de los árboles temple los ardores del sol, sin viciar el aire que da vida al campo y á las flores.

»Pero todas esas bellezas y esos detalles, altamente humanitarios, no tienen comparación con el esmero, el lujo y la inteligente coquetería que se advierte en el departamento de la nostalgia, construído á expensas de la señorita inglesa Sofía Pattersen, de quien hablamos extensamente en otro lugar de este libro, y bajo la sabia dirección del ilustrado filántropo Ricardo Homobono.

»Las alamedas, los prados, los arroyos, los saltos de agua, las grutas, los bosquetes y cuanto puede contribuir á formar una naturaleza privilegiada, y un paraíso tal como no ha vuelto á existir después del diluvio universal, todo se encuentra reunido en ese edén, que gracias á la filantropía de la ya citada señorita inglesa hemos podido ofrecer á los animales para prolongar su existencia.

»Al asomar á ese paraíso, el caballo relincha, el burro salta, el buey se revuelca, la cabra retoza, el perro ladra y el hombre se alegra. La nostalgia, esa enfermedad funesta que tantas víctimas ocasiona en casi todas las razas animales, y muy especialmente en la mular y asnal, desaparece como por encanto en ese delicioso retiro.

»La nostalgia es mucho más frecuente en los animales que en el hombre, porque en aquéllos no sólo el clima, sino las ocupaciones habituales, la comida, el trato que reciben, la voz que les manda, todo constituye una segunda naturaleza y una nueva patria. Por eso las ferias, esos funestos mercados de sangre, donde se venden y revenden, truecan y cambian los animales con tan despiadada facilidad, producen tantas víctimas, que no lo son de otra enfermedad que de la nostalgia. Ejemplos elocuentísimos de esta verdad nos ofrecen los últimos anuarios estadísticos, al com-

parar las bajas que tenía el ganado trashumante cuando un pie tras otro iba de valle en valle y de monte en monte, cambiando lentamente de patria, y las que hoy resultan de esas traslaciones violentas por medio del ferrocarril ó de otros elementos más rápidos.»

Doña Ruperta no tuvo paciencia para seguir oyendo la lectura de la *Guía del Paraíso*, y volviéndose á su hijo le interrumpió diciéndole:

—No leas más y vámonos de aquí, porque me parece que ofendemos á Dios, tanto los que visitamos estas casas, cuanto los que gastan su dinero en ellas.

—¡Pues no ha visto usted las perreras!—dijo Venancio riendo.—Allí sí que se escandalizaría usted con razón cuando viese las camas de muelles y las mantas entreteladas y sobre todo los reposteros que hacen toda clase de bizcochos y platos de leche para la *sección de americanos y falderitos*.

—No quiero ver nada más—contestó doña Ruperta de mal humor.

—¿Ni siquiera la estatua de la señorita Sofía?....

—¿Quién es esa mujer?

—La que ha pagado el departamento de la nostalgia.

—¡Valiente púa será la tal inglesa! Cuando se muera arderá en los profundos infiernos.

—¡Si se murió hace mucho tiempo! Fué en el testamento donde dispuso que todos sus bienes, que eran cuantiosos, se consagraran á fomentar en España las sociedades protectoras de los animales. Y determinó que á los toreros que quisieran dejar de torear se les diese una renta vitalicia, doble de la cantidad mayor que anualmente hubieran ganado ejerciendo su oficio; que se ofreciese un premio á los arrieros que no llevasen vara en el cinto y otro á los cocheros que guiasen los caballos á la voz y no con el látigo, y otra porción de extravagancias por el estilo.

—¿Tan rica era esa mujer?

—Poderosa. Una de las primeras fortunas de Inglaterra.

—¿Y no tenía marido ni hijos á quien dejar sus rentas?

—No, señora; era soltera y muy vieja.

—Entonces no me digas más. ¿Y cómo fué que testó á favor de las sociedades españolas y no de las inglesas? ¿No hay allí establecimientos de esta clase?

—Muchísimos. ¡Como que de allí se han importado á Francia, á España y á otras muchas partes! Pero dejó sus bienes á España porque había estado aquí algunos años y decía que era el país en que se daba peor trato á los animales. Por supuesto que las primeras mandas del testamento eran á favor de los caballos, perros y demás animales de su casa, á los cuales no sólo dejó pingües pensiones vitalicias, sino que nombró perso-

nas de reconocida filantropía que vigilasen el cumplimiento del legado y fueran como tutores y curadores de aquellos huérfanos animalitos.

No pudo doña Ruperta sufrir por más tiempo que la conversación girara sobre tan extravagante materia, y sin dirigir nuevas preguntas á su hijo, apretó el paso y salió precipitadamente del *Paraíso Zoológico*, seguida de sus criados; á los cuales es fama, y fama muy cierta, que si no se les quedaba allí el corazón se les quedaba alguno de los sentidos.

Venancio no les había dejado hablar mientras estuvieron dentro del *Paraíso*, por no contravenir á los bandos que se veían repetidos en todos los departamentos, *prohibiendo gritar, hacer exclamaciones ú otros ruidos fuertes* que pudieran *excitar á los animales*, y los pobres lugareños se limitaron á seguir á sus amos con la boca abierta, hablándose cuando más en voz baja para comunicarse las gratas impresiones que les producía el bienestar y el regalo con que eran tratadas las bestias.

Fué preciso que el señorito les alzara la prohibición de hablar para que lo hicieran después de haber salido del establecimiento.

El criado fué el único que al ver el último prado volvió los ojos con pena y exclamó:

—¡Oh, quién fuera buey!





CUADRO XXXIII

EL HOSPITAL GENERAL

Ahora me acuerdo, lector, que aún no te he dicho que Venancio llegó á Madrid de vuelta de su viaje á Dinamarca en los momentos mismos en que su madre preguntaba en vano por penetrar el secreto de su ausencia averiguando dónde se hallaba y cuándo tendría el placer de estrecharle entre sus brazos. Pues bien: le tuvo en el punto y hora en que menos lo esperaba.

Al retirarse al hotel, después de la media noche, cansada, aburrida, extranjera en su patria, desterrada en su propio país, solitaria en medio de una gran sociedad y sin otra familia ni otros amigos ni otro apoyo que el práctico, á quien debía pagar por horas, y á distinto precio las del día que las de la noche, la compañía que la prestaba, cruzó la carretilla eléctrica en que atravesaba uno de los patios de la fonda con otra en que su hijo, enterado de la llegada de su madre, corría desatentado en su busca.

No se han hecho, lector, para esta clase de velocidades andariegas los santos afectos de la familia que doña Ruperta había inculcado en el corazón de Venancio y que éste guardaba como oro en paño en lo más recóndito de su alma. Ni ella ni él se vieron al cruzar rápidos el uno junto al otro; pero sus corazones se reconocieron, sus pensamientos se chocaron, gritó el alma de uno y contestó con un ¡ay! penetrante y agudo el alma

del otro, y la corriente magnética de aquellas voluntades, lo que antiguamente se llamaba la fuerza de la sangre, estuvo á punto de cortar y suspender la corriente eléctrica de las carretillas.

Paró Venancio la suya, porque iba preparado á hacerlo si la casualidad le deparaba el placer de encontrar á su madre, y corriendo en busca de ésta, la estrechó amoroso entre sus brazos, quitándola, con la satisfacción de verle, la curiosidad de preguntarle dónde había estado hasta aquel momento felicísimo para ambos.

Si el práctico había visto alguna vez un saludo tan tierno, había perdido por razón de su oficio la memoria de semejantes afectos, y quedó perplejo, sin saber qué hacer ni qué pensar de aquella escena, cuyo complemento fué un abrazo que Venancio dió al criado de su madre y un apretón de manos familiarísimo á las doncellas.

De su estupor salió cuando se sintió también estrechar la mano por el joven extremeño, que enterado por su madre de los buenos servicios de aquel hombre, quiso darle participación en la alegría que le rebosaba por todo su cuerpo, y con largueza suma le pagó sus honorarios y todos los gastos que había hecho acompañando y sirviendo á su madre, diciéndole que podía retirarse.

Y cuando el asombrado alquilón iba á hacerlo, casi sin despedirse de sus parroquianos, doña Ruperta le dijo:

—Supongo, buen hombre, que ya que hemos tenido el gusto de conocer á usted, no será esta la última vez que nos veamos.

El práctico contestó á esta afectuosa indicación sacando una tarjeta, en la que estaba grabado su retrato y el nombre y número de su profesión, preguntando si la señora quería que fuese al hotel todos los días á tomar la orden para acompañarla á visitar la población y á hacer algunas compras; pero Venancio, amaestrado por una costosa experiencia, dijo que no había necesidad y que bastaba con la tarjeta para llamarle cuando les conviniera.

Con lo cual el prático dió media vuelta, diciendo para sus adentros: «Tarjeta perdida; bien sabía yo que en pareciendo el hijo estábamos demás los prácticos.»

Aquella noche la pasó doña Ruperta en el hotel sin poder reconciliar el sueño, exaltado su cerebro con la impresión que había recibido desde que estaba en la corte, y muy principalmente con el placer de hallarse al lado de su hijo. Esto último era lo que verdaderamente alejaba el sueño del fatigado espíritu de la pobre señora, por aquello de que el dolor adormece y el placer desvela.

El reo duerme en la capilla la víspera de la fatal ejecución, y el académico laureado cuenta despierto las horas de la noche que precede á la

adjudicación del premio. Del mismo modo la mujer que ha velado la víspera de su boda cae rendida de dolor, y duerme la noche en que se le acaba de morir un hijo.

Por esto la madre del hidalgo extremeño, aunque daba vueltas en la cama, al parecer disgustada de no poder reconciliar el sueño, gozaba estando despierta el placer de haber encontrado á su hijo y de hallarle con la investidura de diputado. Y como estos pensamientos la eran tan halagüeños, un secreto impulso egoísta la hacía estar despierta para seguirlos gozando.

Algo la atormentaba el deseo de saber dónde había estado Venancio mientras ella llegaba á Madrid y corría diligente en su busca, pero temía preguntárselo.

No sé yo si ella había leído alguna cosa en el semblante de su hijo, ó si obraba sólo inspirada por ese instinto, egoísta también, que hace preferible la duda cuando se recela un desengaño (instinto que en las madres tiene todas las apariencias de una doble vista, cuando tratan de sondear el corazón de su hijo); pero es lo cierto que nada quiso preguntarle directamente, ahorrándole así la pena de engañarla con una mentira ó la de disfrazar cuando menos la verdad. Porque creer y pensar que el enamorado mancebo tuviese valor para decir de buenas á primeras á su madre que estaba enamorado y que no había salido á recibirla por irse de la Ceca á la Meca, á solas con su amada, sería un disparate.

Si doña Ruperta no pudo cerrar los ojos al sueño, otro tanto hizo Venancio, pensando, no en la manera de revelar á su madre lo ocurrido, sino en la de preparar el terreno de manera que algún día fuese posible aproximar dos almas tan distintas como la de Safo y la de doña Ruperta, sin que chocaran al verse juntas, causándole á él la muerte con el choque.

Porque aunque ya sabes, lector, cuán grande era su pasión, no lo era tanto que le quitase el conocimiento de lo que sucedería al verse por primera vez aquellas dos mujeres para él igualmente queridas. En cuanto á su madre, sin ver á Safo, con sólo saber que se había ido á solas con su hijo por esos mundos de Dios, puedes figurarte lo que habría pensado de ella.

Harto lo sabía Venancio, y por eso guardó el más profundo misterio acerca de lo ocurrido, á pesar de que la mujer con quien volvía de Dinamarca no era la misma con quien salió de Madrid. Safo había cambiado mucho; el amor la tenía próxima á ser lo que ambicionaba su amante, pero ni siquiera en camino de comprender lo que doña Ruperta exigiría de la que aspirase á ser su nuera. ¡Podía esta señora haberla visto medio desnuda debajo de una túnica blanca dictando novelas, ó vestida de

hombre haciendo ejercicios y dando cabriolas en un trapecio, ó echando discursos en la Academia de los socialistas, que á fe, á fe que mucho quería á su hijo, pero le habría sobrado valor para decirle que no se volviera á acordar de que tenía tal madre si seguía mirando á la cara á semejante mujer!

Mucha prudencia y no menos tacto necesita el joven jurisconsulto para salir del compromiso en que se halla, y no ha hecho mal en aplazar toda tentativa y llevar á su madre á visitar las cosas más notables de la corte, mientras él piensa en la mejor manera de plantear la cuestión.

Por eso, desde el *Paraíso Zoológico* la condujo al *Hospital General* y al *Manicomio Penitenciario*, en los cuales establecimientos entraron libremente, sin más que tomar billetes de ida y vuelta y estancia en el primer carruaje de la *Compañía de visita de hospitales y cárceles* que encontraron al paso.

El hospital general no es un edificio más ó menos grande, sino una población de doscientas casas simétricas, las cuales forman una gran plaza redonda, con doce calles que parten de ella y van á terminar en un paseo circular, plantado de árboles y adornado con estatuas, bancos y sillas de todas clases, el cual se llama *Ronda de Convalecientes* y cierra y limita la población.

Álzase en el centro de la inmensa plaza un gran pabellón octágono, destinado al apeadero, reconocimiento, filiación, numeración y admisión de los enfermos, los cuales son allí mismo colocados en lechos á propósito y especiales para cada enfermedad y conducidos subterráneamente por medios mecánicos á las diversas *galerías de salud* que forman la plaza.

El pavimento de ésta, como el de las calles y el de las habitaciones, es todo de goma elástica; de manera que á pesar del gran movimiento que hay á todas horas, no sólo de personas sino de carruajes, no se oye ruido alguno ni en las galerías del hospital ni en los hoteles, fondas, cafés y demás edificios de comodidad y recreo que la industria privada ha establecido en la población; en la cual, desde un pequeño teatro recientemente construído, hasta un casino, en que hay una sala para operaciones de Bolsa, no se echa de menos nada de lo que se encuentra en las grandes poblaciones.

Así los médicos, los practicantes, los farmacéuticos, los enfermeros y la multitud de empleados y dependientes que exige un establecimiento en que diariamente se albergan de ocho á diez mil enfermos, no entran nunca de guardia, sino que están á todas horas allí.

Y téngase en cuenta que la industria ha economizado en ésta como en otras cosas muchos brazos auxiliares, hasta el punto de que si no fuera

por los muchos enfermos ricos que quieren ser asistidos con lujo y profusión de médicos, enfermeros y practicantes, para una sala de pobres, aunque hubiera en ella doscientas camas, bastaría con un médico, un ayudante y un enfermero.

En primer lugar, las camas son mecánicas y están dispuestas de tal modo que sentado el médico á la cabecera del enfermo y mientras le pulsa con una mano, mueve con la otra un manubrio que hay en el centro, y hace girar en todas direcciones el cuerpo del paciente, con tal suavidad y tal precisión que no le cause molestia alguna. Si quiere saber la alteración de la fiebre durante la noche, no tiene que hacer sino dejar la mano del enfermo en contacto, por medio de un hilo metálico, con el *pulsómetro* que hay á la cabecera de la cama; el desasosiego se le marcan perfectamente por medio de la presión atmosférica unos tubos de cristal graduado que hay en la parte inferior del lecho, y para nada necesita que vaya el enfermero á su lado con el recetero en la mano para apuntar lo que prescribe á cada enfermo, porque el mismo médico lo dice directamente á la botica por medio del telégrafo; sistema mucho más breve y que, como pasa por menos manos, está poco expuesto á equivocaciones. Así el boticario envía los medicamentos á cada *número* por los tubos de remisión dispuestos al efecto y á la hora marcada para cada medicina y dosis de la misma, y sólo cuando el enfermo no está en disposición de tomarla por sí mismo es cuando el enfermero, que pasea constantemente de un lado á otro de la sala, se acerca y se la da sin hablar una sola palabra.

A la entrada y á la salida de los enfermos en el establecimiento se les retrata por medio del pictógrafo, y de este modo, dándoles al recibir el alta una copia del estado en que vinieron y otra del en que van, pueden apreciar los beneficios que deben á la humanidad y á la ciencia. También cuando salen por el camino de la eternidad se les retrata para dar este último consuelo á sus familias, y durante la enfermedad, en los períodos que el médico cree útil á los adelantos de la ciencia retratar *el caso*, se hace lo mismo.

En la oficina de ingreso se les dirige un breve examen, que da principio por preguntarles qué sistema de curación prefieren, y si les corre más ó menos prisa el recobrar la salud, y cuando no pueden contestar de viva voz ó no les acompaña un pariente ó un amigo que, después de jurar ser ajeno á las parcialidades médicas, responda en su nombre, les enseñan una lanceta, una petaca ó un paraguas, como distintivos de las tres escuelas, alopática, homeopática é hidropática, y el enfermo señala con la mano ó con la vista el que es más de su devoción. Cuando se encoge de hombros lo decide la suerte, y si da á entender que todos le son simpá-

ticos se le entrega á un médico *tridiestro* para que alternativamente le sangre, le dé glóbulos y le pase por agua.

En el primer caso, que es el más general, esto es, cuando el enfermo se decide por el tratamiento alopático, se le aplican las generales de la ley; es decir, se le entrega á todo el rigor de las farmacopeas.

En el segundo, como ya se ha demostrado de una manera clara, evidente y casi matemática que las enfermedades no residen en ninguna parte del cuerpo, sino en la imaginación, al paciente no se le da absolutamente nada, ni siquiera las antiguas cucharadas de agua. Se le mete en una cama inodora, se procura que la atmósfera se mantenga siempre insípida, lo cual se logra perfectamente gracias á unos ventiladores que renuevan con suavidad el aire, y el medicamento se coloca en un cilindro de cristal que pende del techo á la vista y casi sobre la nariz del enfermo. En ese tubo y por medio de la electricidad están siempre subiendo y bajando los glóbulos; de manera que aunque el enfermo esté adormecido, como el saltar del medicamento produce un ruido parecido al del granizo, siempre la acción salutífera está obrando por más de un sentido sobre aquella imaginación enferma.

Á la hora de la visita, el médico no pulsa al enfermo, sino que le mira los ojos, como verdadero espejo del alma dolorida, cambia el medicamento del cilindro y pasa adelante.

Á los que se asisten por la hidropatía se les trata de un modo análogo; sólo que en lugar de colgarles encima de la cabeza un tubo lleno de agua, les cubren con un paraguas, y detrás del lecho oyen constantemente el ruido de una cascada.

Conócense y ya empiezan á ponerse en planta otros tratamientos médicos derivados de estos sistemas; pero como doña Ruperta y su hijo no quisieron visitar más salas que las alopáticas, las homeopáticas, las hidropáticas y las mixtas, me parece inútil abusar de la paciencia del lector hablando de lo que pasa en las demás del establecimiento.

Y espero que no sólo me perdonará esta omisión, sino que me agradecerá que pase asimismo en silencio lo que ocurre en los departamentos de cirugía, cuya ciencia ha llegado á un extremo tal de perfección y de coquetería, que lo mismo se quitan jorobas, se ponen brazos y se añaden piernas que si se tratara de una academia de dibujo. Entrar en uno de esos verdaderos talleres de carne humana, es como asomarse á una fábrica de figuras de barro ó de cera.

Mi pobre doña Ruperta salió de allí horrorizada, á pesar de que no vió sino una pequeñísima parte de los sitios del dolor y nada de los infinitos lugares de placer que constituyen el gran *Barrio de la Salud.*

Lo único que su hijo la hizo visitar para explicarla el por qué no se

oía un ¡ay! de dolor en ninguna de las salas, fué la fábrica de cloroformo, desde la cual por medio de una vasta red de tubos de cristal se envían raudales de insensibilidad á todos los departamentos. A la cabecera de cada cama hay un grifo, cuya llave tienen el médico y el enfermero para cloroformizar al paciente, y con este sistema de calmantes y otros taponamientos morales se logra que la enfermedad siga su curso sin que el paciente sepa la mitad de lo que le pasa.

Espantóle más á la buena señora averiguar la causa de aquel silencio que si hubiera oído axhalar gritos de verdadera rabia, porque dijo, y no dijo mal, que eso era convertir á los hombres en piedras, haciéndoles de peor condición que á los brutos.

Una sola cosa fué lo único que la tranquilizó algún tanto, y no logró calmarla por completo porque su aplicación era parcial y no alcanzaba á todos los enfermos, sino á los que expresamente la pedían. Aludimos á la asistencia de las hermanas de la Caridad.

La piadosa institución de las modestas hijas de San Vicente de Paúl ha sobrevivido, como acontece siempre con las grandes instituciones, á los combates revolucionarios, á los caprichos de la moda y á la ruda guerra de la difamación y de la calumnia, y aunque no se les ha encargado por los actuales contratistas del hospital general ni la asistencia de los enfermos ni mucho menos la dirección de sus vastas dependencias, les está permitida la entrada allí, y su oído, siempre atento á los ayes del afligido y del necesitado, las lleva á la cabecera de los enfermos en el momento en que cualquiera de ellos solicita los desvelos, las fatigas, el cariño, los cuidados, la caridad, en suma, de esos ángeles del infortunio.

Abandonaba ya doña Ruperta la comarca hospitalaria cuando vió una iglesia de la cual salían dos hermanas de la Caridad, y entonces se le ensanchó el corazón pensando en que todo lo que había visto no importaba nada, siempre que anduvieran por allí algunas mujeres. Pero su hijo la explicó lo que acabamos de referir, añadiéndole que la libertad se oponía á sujetar á todos los enfermos á la asistencia de las hermanas de la Caridad, ni de ningunas otras de las infinitas congregaciones religiosas que hay en Madrid consagradas á esas tareas piadosas.

Y mientras se dirigían desde el hospital al *Manicomio Penitenciario*, fué leyendo en voz alta la lista de esas congregaciones, deteniéndose en una titulada *las hermanas del pudor*, cuyo principal objeto es hacer privativo de las mujeres la asistencia médica de todos los enfermos del bello sexo, no sólo en la parte ejecutiva, sino en la dispositiva. Bajo el pretexto de que el pudor queda ofendido y lastimado en el momento que una mujer se deja visitar por un médico varón, pretenden esas hermanas hacer

oficios de tales en todos los casos de medicina y aun en los de cirugía, sin que les arredre la oposición que hacen los médicos á que se adopte ese sistema ni las infinitas caricaturas que diariamente se publican contra algunas mujeres que ya hoy ejercen la medicina, aunque sin título universitario.

Pero como esto, gracias á la libertad absoluta de que se goza en el país, no es cuenta de nadie, sino de la enferma, que está en su derecho llamando á una médica ó á un médico, la Congregación del Pudor va adelante en su camino.

He ahí, lector, lo que es en esta época la beneficencia hospitalaria, que no se sostiene á expensas de la caridad pública, estando sus rentas á merced de que haya más ó menos *filantropía*, sino que es un negocio como otro cualquiera, subvencionado por el Estado, á imitación de lo que antes se hacía y aun HOY se hace con ciertas obras públicas.

Los hombres de negocios, las gentes ricas, cuyas familias no pueden abandonar el cuidado de sus intereses por atender á los enfermos, convirtiendo sus casas en pequeños hospitales, van al General y pagan á buen precio las estancias que causan, ora sea ocupando una cama en las galerías generales, ó alquilando un pabellón especial, donde son asistidos con todo esmero.

El contratista que en subasta pública adquiere el arriendo del hospital percibe esos honorarios con la obligación de dar asistencia á los enfermos pobres, sin otra retribución que la pequeña suma con que le subvenciona el gobierno.

Si la familia de los enfermos ricos no quiere en caso de defunción ocuparse del entierro y de los funerales, *la casa* hace ambas cosas con *esmero, sentimiento y equidad*, según dicen las tarifas impresas.

De este modo han desaparecido las antiguas preocupaciones que había contra la asistencia hospitalaria, y se evita que en el centro de la población y en lugares poco á propósito para la ventilación que exigen ciertas enfermedades haya focos de infección, contrarios á los buenos principios de sanidad que deben observarse en úna corte.

Además de estas razones, hay la muy poderosa de que ni aun en las casas particulares puede improvisarse una asistencia tan esmerada como la que se tiene en el hospital, ni el cariño permite cumplir en muchos casos los preceptos de la ciencia con el rigor con que se hace por los empleados del establecimiento, extraños á todo sentimiento de contemplación y de mimo.

Y en cuanto á las exhortaciones y á los consuelos que en los momentos de dolor ofrecían la religión y la familia, ya te he dicho, lector, que el cloroformo los ha hecho de todo punto innecesarios.

Finalmente, además de que la buena asistencia de los enfermos está asegurada por los sentimientos de humanidad y de amor al prójimo, de que no están desprovistos los contratistas del hospital, es interés suyo prolongar la vida de los enfermos ricos para cobrar más estancias; y en cuanto á los pobres, que no pueden ofrecer ese aliciente, como apenas hay un español que no tenga asegurada su vida por más ó menos cantidad, las sociedades de seguro interesadas en disminuir los siniestros cuidan de gratificar al establecimiento cuando tienen en él algún socio enfermo.

Ya ves, lector, que todo está previsto.





CUADRO XXXIV

EL MANICOMIO PENITENCIARIO Y EL MANICOMIO VOLUNTARIO

Larga, acalorada y peligrosa, pero solemne, luminosa y de grandes resultados fué la discusión que hace algunos años hubo en el Parlamento para decretar la abolición de la pena de muerte. Adujéronse en pro y en contra argumentos gastados, sofismas ridículos y razones de verdadero pie de banco. Los modernos innovadores sistemáticos, los humanitarios afligidos y los filántropos acongojados excitaron con sus terribles anatemas y sus rudas calificaciones el amor propio de los letrados universitarios y la bilis de los magistrados encanecidos en la discordia, en la apelación y en la súplica, y el asunto se hubiera hecho tablas ó los contendientes se habrían tirado unos á otros las de los bancos si oportunamente no se hubiera presentado esta maligna proposición incidental:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar, antes de resolver sobre el fondo de la cuestión pendiente, que el hombre que constituído en sociedad rompe el pacto que ha contraído con sus semejantes, faltando por sí propio á cualquiera de las bases por él mismo establecidas ó aceptadas, está loco.»

Los magistrados vieron en esta proposición incidental una tregua á la discusión pendiente, y ayudaron á tomarla en consideración, tras de lo cual, aunque ellos se abstuvieron de votar, fué aprobada.

El Congreso declaró que no había ningún criminal que no estuviera loco al cometer el crimen.

Y «*ergo cogite*—dijeron á una voz los partidarios de la abolición de la pena de muerte.—Las leyes no permiten quitar la vida á los locos.»

Con lo cual quedó abolida la pena de muerte y acordada la creación de los *Manicomios Penitenciarios*, en los cuales vegetan los criminales, acabando por perder el juicio para no desmentir á los legisladores.

Porque el manicomio no es, como las cárceles y los presidios de HOY, un ex convento de frailes al cual se le ponen por única medida de seguridad media docena de cerrojos en las puertas, que se caen de viejas, sino que es un edificio expresamente construído para el caso, con toda la solidez de las mazmorras del Santo Oficio, más la precaución y la seguridad que en el transcurso de los siglos ha aconsejado la experiencia. La parte destinada á los reos de muerte es ni más ni menos que un tosco mausoleo de piedra, semejante á los que en la antigua Roma construyeron para guardar sus cenizas los grandes señores, y de los cuales viven aún y vivirán por espacio de muchos siglos algunos de ellos, como el de Cecilia Metella, Cayo Cestio y otros.

Al criminal no se le da muerte, pero se le entierra en vida en uno de los nichos del mausoleo, donde se mueve con trabajo, respira con dificultad, abre los ojos en una luz cansada y no escucha otra voz más que la suya, si cuida de dirigirse alguna vez la palabra para no olvidarse de hablar y conservar el único compañero que le resta en el mundo. De este modo, perdida toda esperanza de libertad y con la ineficacia del arrepentimiento para volver al mundo, antes de abandonarle les suele abandonar el juicio y mueren locos; siendo cada uno de ellos un dato estadístico de la mayor importancia para probar la sabiduría con que procedieron los legisladores al declarar que todos los criminales son locos.

Esta reclusión perpetua ha heredado, con más razón jurídica que propiedad filológica, el nombre de *pena capital*, que antes se daba á la del suplicio, y para la sociedad produce el mismo resultado. Cierto es que no ve expirar al reo, muchas veces arrepentido y contrito, exhortando al pueblo á que no siga sus malos pasos; pero tampoco se le vuelve á encontrar en su camino, ni más pervertido ni regenerado, sino que allí en el encierro, donde se muere cuando Dios quiere, está muerto desde el primer día para sus semejantes.

Á doña Ruperta le pareció este sistema peor que el de la pena de muerte, y no quiso acercarse al departamento ó panteón de los condenados á la pena capital; en el cual no habría visto otra cosa sino el retrato de cada reo, con un cartel en el que se lee á grandes rasgos su biografía, y esto no sobre la puerta de entrada á los encierros, porque éstas no las

ve el público, sino sobre el trozo de muro de piedra que corresponde á la prisión, por la escalera espiral que recorren los que previamente han pagado el estipendio especial de esta visita.

En el pórtico de ese gran torreón y alrededor del mismo hay muchas tiendas donde se venden los retratos de los reos y los de las víctimas, las vistas de los lugares en que ocurrieron los crímenes, el facsímile de las sentencias, las causas y las biografías, modelos exactos de las armas ó instrumentos con que se cometieron los delitos; telas iguales á las de los trajes que llevaban los reos y las víctimas en el momento del suceso y muchas otras curiosidades; las cuales, gracias á la extravagante manía que han inoculado los ingleses á todos los pueblos, se venden á millares.

El mismo sistema celular, pero con mayor amplitud y buena luz y aire y comunicación con las gentes en ciertas horas del día, se observa con los penados de menos importancia; con los *locos de temporada*, que van al manicomio á recobrar el juicio en un día dado, sabiamente previsto de antemano por la justicia, de conformidad con lo dispuesto por el legislador.

Pero la madre del hidalgo extremeño no hizo más que asomar la vista á una de las galerías de reclusión temporal, y apenas vió unos cuantos de aquellos infelices penados asomados á una verja de hierro, como si fueran fieras salvajes, se retiró de allí diciendo á su hijo:

—Yo puede que diga una barbaridad, porque las mujeres no entendemos de estas cosas; pero me parece que en esto, lejos de adelantar se ha atrasado mucho. ¡Cuánto mejor que esta gran casa, con todos sus arcos de piedra, sus fuentes y sus jardines, no está la cárcel de nuestro pueblo, donde á los presos no los ve nadie más que sus familias, el confesor del establecimiento y los individuos de la junta de cárceles, que van á ofrecerles consuelos y auxilios en su desgracia!

—Pero, madre—repuso Venancio,—aquella cárcel es un encierro provisional, mientras dura la causa, de la cual el preso puede salir inocente, y esto es ya un castigo.

—¿Y el castigo consiste en exponerlos á la vergüenza pública á todas horas?

—No, señora: estos son arbitrios del establecimiento; explotación de la curiosidad pública, que por otra parte, pagando ó sin pagar, no se puede impedir á las gentes que vengan á ver estas cosas, porque la publicidad es el alma de todo buen gobierno, y los ciudadanos tienen una intervención legítima en cuanto pertenece á la cosa pública.

—Y á ti, señor letrado, y hoy ya hasta padre de la patria—dijo doña Ruperta sonriendo,—¿qué te parece de la supresión de la pena de muerte?

—Me parece muy bien.

—Es decir, que si hubieras sido diputado cuando se votó esa ley.....

—No sé lo que hubiera hecho; me habría mirado mucho antes de desarmar á la sociedad hasta ese extremo. Lo que sí puedo asegurar es que jamás hubiese hecho la absurda declaración de que los criminales son locos, cayendo después en la contradicción de penarlos como cuerdos. Esa ley es una gran revelación del orgullo satánico del siglo. Los legisladores al declarar impecable á la humanidad han hecho lo que era muy frecuente en las antiguas comunidades religiosas y en todos los cuerpos privilegiados. Cuando alguno de sus individuos cometía un crimen cuyo castigo pudiera deshonrarle y de rechazo á la corporación, ahogaban secretamente el pecado y el pecador, y si no podían hacerlo así y el fraile ó el caballero cruzado ó el militar distinguido caía en poder de la justicia, pronto le hacían pasar por loco, ó le volvían loco de veras, y en último caso le daban muerte en secreto antes que llegara el día de la ejecución pública.

—Dios no permita—añadió Venancio—que á la sociedad le suceda lo que á esas corporaciones privilegiadas, que por no haber tenido valor para cortarse un brazo enfermo, siendo ellas las primeras á descubrir la cizaña que emponzoñaba sus campos, dejaron que la gangrena les devorase todo el cuerpo. Aquellos polvos han traído estos lodos.

Doña Ruperta escuchaba á su hijo con verdadero entusiasmo, pensando en que si así se explicaba en su presencia, ¡qué no haría en el Parlamento, donde de seguro habría de cautivar la atención de todos los diputados!

Y no sólo lo pensó, sino que tuvo la debilidad de decir en voz alta su atrevido pensamiento, dando un abrazo á su hijo y enjugándose las lágrimas que corrían por su semblante.

También Venancio se entusiasmó y aun pensó aprovechar la ternura de su madre para darla cuenta de sus amores con Safo; pero aunque la ocasión era oportuna, el lugar no lo era tanto, y así esperando mejor coyuntura dijo:

—¿No quiere usted que sigamos visitando el establecimiento?

—No me hace mucha gracia, pero si tú quieres no tengo inconveniente en hacerlo.

—Por mí no, señora; yo lo tengo muy visto todo. Como que esta casa fué una de las primeras que vine á estudiar apenas llegué á Madrid; y crea usted que me ha servido de mucho provecho para conocer la sociedad de la corte y saber vivir en ella. Porque además de que para un abogado como yo son de gran enseñanza las visitas á un manicomio penitenciario, en el otro *Manicomio Voluntario* que hay detrás de éste se

aprenden muchas cosas indispensables para andar por el mundo. Los niños y los locos son los que dicen las verdades, según el refrán, y nada enseña tanto á un cuerdo como la vista de otro que ha dejado de serlo.

—Pero hijo mío, no digas disparates—replicó doña Ruperta.—¿Qué otra cosa puede decir un loco sino locuras? El trato con los hombres de buen juicio y de sana razón es la verdadera enseñanza.

—Sí, señora; pero se aprende mucho también en estos establecimientos. Y para que usted conozca que tengo razón en lo que digo, nos asomaremos un momento al *Manicomio Voluntario*, que verdaderamente es una casa de locos digna de ser estudiada por los hombres pensadores y que de buena fe aman el bienestar de la humanidad y los progresos sociales. En ese manicomio—añadió Venancio con acento del mayor entusiasmo,—como su nombre lo indica, entran las personas por su gusto ó por el de sus familias, pagando, si tiene bienes de fortuna, como en el hospital, ó gratis si son pobres, y en el acto son destinados á uno de los grandes departamentos del *Norte* ó del *Mediodía*, según la temperatura que exige el grado y la clase de demencia en que se hallan. Esos departamentos están divididos en *distritos lunáticos*, clasificados según los diferentes géneros de demencia ó de monomanías reconocidas hasta el día, y en las jaulas numeradas que hay en ellos se colocan los huéspedes del establecimiento. Pero esos encierros ó jaulas no tienen de tales sino el nombre, porque la comodidad que en ellas disfrutan los alienados y el trato que reciben, así para su alimentación como para su curación, es altamente humanitario y digno del estado de cultura á que ha llegado este siglo en muchos otros ramos de la administración. Y no crea usted que el gobierno tiene la dirección de esta casa, sino que también su servicio se saca á pública subasta, bajo un pliego de condiciones facultativas y económicas, en el que nada se omite de cuanto pensaron Esquirol, Pinel, Franck, Brousais y todos los grandes hombres que estudiaron las causas de esa enfermedad y los medios de curarla, con expresa prohibición del látigo, de la mordaza y de todo tratamiento violento.

—Pues hijo mío—replicó doña Ruperta, atreviéndose á echar su cuarto á espadas en materia tan honda,—todos esos señores serán unos sabios, pero yo creo que el loco por la pena es cuerdo.

—No diga usted, por Dios, esas cosas, madre. El loco, si no se enfurece cuando recibe un latigazo, tiembla y calla por miedo de que le den el segundo, pero no se cura de su manía. Exaltado por ella, se considera un mártir, y lo que se alcanza con el castigo es hacerle furioso ó idiota.

—Aquí, por el contrario—añadió Venancio cuando ya entraba con su madre en el gran patio del *Manicomio Voluntario*,—se ha hecho una sabia aplicación del *similia similibus*.

—¿Les dan glóbulos homeopáticos?—preguntó doña Ruperta sonriendo.

—No, señora, sino que se combate una manía pequeña con otra mucho mayor, pero semejante. Antiguamente los locos se veían los unos á los otros, y el fanático excitaba con sus extravagancias religiosas al incrédulo, el músico al melancólico, éste al alegre, el político al indiferente, el erótico al casto, y los mismos profesores encargados de la curación de los locos y de los maniáticos, entrando en discusión con ellos, les enfurecían cada vez más, afirmándoles en sus delirios. Ahora, como que ya no se dice que al que no quiere caldo se le dé la taza llena, sino que se ha demostrado que un clavo saca otro clavo, á cada maniático se le cura con su propia manía, por un sistema sabiamente entendido y desarrollado, que se llama *saturación del extravío.* Ahí tiene usted—continuó el joven jurisconsulto, señalando á su madre una de las jaulas, en la cual había un demente vuelto de espaldas y tapándose los oídos con ambas manos,—ese infeliz es un *melómano,* mucho más loco que el célebre Choron de París. Para curarle de su desatinada afición á la música no se ha hecho otra cosa que hacerle oir de día y de noche un organillo. Los primeros días ni comía ni descansaba, llevando el compás y tarareando todas las piezas que oía en el instrumento: pues bien; ahora está tan harto de música, que se tapa, como usted le ve, los oídos, apartándose á un rincón en la jaula; y cuando algunos ratos cesa el organillo por disposición del médico, se pone muy alegre y duerme, y pronto, según me dijeron el otro día, saldrá curado. El que está en la jaula inmediata vino en estado de verdadera furia, víctima del *fanatismo industrial,* y desde luego, al verse en un aposento cuyas paredes estaban llenas de máquinas y de una porción de inventos extravagantes y ridículos, se fué calmando, abrió los ojos con alegría, y estrechando la mano al médico, le dijo: «Gracias, amigo mío: usted es el único que ha sabido darme por el gusto.» Y tanto y tanto le dan, que ya empieza á estar harto. Los lienzos de la pared están dispuestos de manera que las pinturas van cambiando como verdaderos cuadros disolventes, reformándose sin cesar las máquinas, chocando las unas con las otras, produciendo tantos desastres, que el *industriómano* se tapa muchas veces los ojos del mismo modo que el músico se tapa los oídos.

Extasiada iba doña Ruperta oyendo á su hijo y examinando con verdadero interés y con muestras de gran dolor los encierros de aquellos infelices, cuando llegaron á su oído los gritos de verdadera rabia que daban en unas jaulas bastante apartadas de la que se hallaban visitando, y cogiéndose instintivamente del brazo de su hijo, le dijo:

—Vámonos, Venancio, vámonos.

—No tenga usted miedo, madre; no hay cuidado: esos gritos se oyen aquí á todas horas. Es la galería de las *monomanías políticas*. Allí hay siempre mucha bulla, pero nadie hace caso. Los dependientes del establecimiento la llaman, con bastante oportunidad, la galería del fósforo, porque dicen que hace mucha llama, pero que se apaga pronto. Según el último *Anuario estadístico de los manicomios europeos*, los *politicómanos* dan, no recuerdo si un diez ó un doce por ciento más de curación que todas las otras clases de locura.

—Pero á esos infelices, ¿no los ponen en cura por medios pacíficos como á estos otros?

—Sí, señora; pero como ellos no escuchan como el músico, ni piensan como el industrial, sino que todo lo hacen gritando, el toque de generala que se oye á todas horas en la jaula del demócrata, la campanilla de la presidencia que suena en la del diputado y la *pitita* que toca constantemente una guitarra en el aposento del realista los hace gritar á los unos «¡Mueran los tiranos!,» á los otros «Pido la palabra,» y á los últimos «¡Viva el rey neto y puro!» Pero mientras ellos gritan y el tambor redobla y la campanilla suena y cencerrea la guitarra, van apareciendo en las paredes del uno la guillotina, en las del otro el resultado de la votación, siempre favorable al ministerio, y en las del último las hogueras de la Inquisición. Y como los cuadros son disolventes, la revolución va pasando sucesivamente por todos sus períodos, derribando unos tiranos para levantar otros y luego otros y siempre lo mismo, hasta que el cuerpo social se le representa al revolucionario como los arcaduces de una noria. Otro tanto le pasa al reaccionario, y poco á poco se curan la mayor parte de ellos. Lo que causa más pena—añadió Venancio—es la galería de los maniáticos crónicos, entre los cuales hay *ejemplares curiosos*, como los llama, con reprensible inhumanidad, el catálogo del establecimiento. La galería de la *Empleomanía* inspira verdadera lástima, porque ver aquellos hombres, todos ya viejos, por supuesto, pidiendo el uno una dirección, el otro una plaza de consejero y el de más allá una cartera, parte el corazón. Y no es decir que no se hayan ensayado mil medios para curar esa locura, pero todos han sido inútiles. Oí decir el otro día á un hombre muy conocedor de estas casas, que si no se hubiera adoptado el sistema de contratar todos los ramos de la administración, convirtiendo las oficinas del Estado en unos departamentos industriales, no habría jaulas bastantes para los *empleómanos*: Madrid entero sería un gran manicomio si la enfermedad hubiese ido creciendo en la proporción que había tomado en los últimos tiempos de HOY, y que á juzgar por lo rebelde que es la tal manía en los ejemplares de aquella época que se conservan en el establecimiento, casi todos serían crónicos.

Doña Ruperta dió por visto cuanto le quedaba por ver en el manicomio, incluso el célebre patio cuadrado, donde están las jaulas de los infinitos locos que se empeñan en haber descubierto la cuadratura del círculo, el movimiento continuo y la piedra filosofal, y se volvió con su hijo al Hotel Transatlántico.





CUADRO XXXV

MADRID SUBTERRÁNEO

Los cortos de vista y los tuertos, que no ven la mitad de lo que pasa á su alrededor, ven más que nadie cuando se hallan entre ciegos; por eso en la tierra de éstos, según dice el refrán, el tuerto es el rey.

Así Venancio, que cuando estaba al lado de Safo y de Nicodemus no daba pie con bola, daba quince y falta á su madre y á los criados de ésta. Siendo muy corto de vista con aquéllos, veía de sobra con éstos, y después de haber pasado á los ojos de la literata y del fabricante de agua de Colonia por un lugareño ignorante, era tenido por su madre en concepto de cortesano sapientísimo. Ocurríale lo que ordinariamente ocurre á los *cicerones* de los museos, que siendo unos bárbaros á los ojos de las personas entendidas, pasan por unos Salomones á los de las pobres gentes que visitan aquellos establecimientos. Y para que la comparación que hacemos sea de todo punto exacta, también sentía el hidalgo extremeño cierto orgullo y no poca vanidad al enseñar á sus forasteros las maravillas de la corte. Las mismas cosas que le habían parecido detestables cuando las vió por primera vez en calidad de forastero, le merecían grandes elogios al volverlas á ver para enseñárselas á su madre. Había dejado el escalpelo de la crítica para empuñar la trompa épica del entusiasmo. Pocos días antes se avergonzaba de ser discípulo de la que creía falsa y funesta civilización, y al verse de repente convertido en maestro y predicador de ella, siente un gozo extraordinario y se le antoja una obra perfecta.

He aquí, lector, lo que ha pasado siempre y lo que amenaza seguir pasando, mientras el hombre tenga la virtud ó la flaqueza, que no seré yo quien califique esta cualidad, de erigirse en superior de sus semejantes, dándose aires de autoridad con ellos, aunque para obrar así le sea preciso invocar títulos ajenos, coger autoridad prestada y pavonearse con glorias de otros.

No hay nada que enorgullezca tanto al hombre como saber lo que otros ignoran, ser el primero en adivinar una cosa por insignificante que ella sea, y en suma, sentirse con alguna superioridad sobre los demás hombres. El que sabiendo el nombre del autor de la comedia, está en el teatro al lado de otro que lo ignora; el que enseña el camino recto al viajero extraviado; el que conoce la manera de usar un instrumento mecánico, y el que por casualidad posee un reloj exacto que le permite decir con seguridad la hora á los que carecen de esa máquina, son cuatro sabios más orgullosos y más satisfechos de sí mismos que el poeta y el ingeniero y el mecánico y el fabricante del reloj. Hacen suyas con admirable frescura las glorias de aquellos hombres, sin más razón que la de haber sido los primeros en conocer sus obras, y se envidian á sí mismos, á medida que creen causar la envidia de los demás.

Gran partido se ha sacado en tus tiempos, lector, de esta (ya me atrevo á llamarla por su nombre) miseria humana. En política, en literatura, en industria y sobre todo en negocios mercantiles se ha hecho de ella muchas aplicaciones. El ministro que sabe dónde le aprieta el zapato á la humanidad, antes de presentar á las Cortes un proyecto de ley, se le enseña *reservadamente y en son de consulta* al jefe de la oposición para que ésta sea más templada; el autor dramático lee su obra al crítico más empedernido antes de ponerla en escena, suplicándole que le diga *con franqueza* su opinión, y no se inaugura una obra pública sin que el contratista cuide de convidar á los periodistas para que, después de estrechar con él la amistad en los postres, le digan al público *imparcialmente* su opinión.

Á Venancio no le habían adulado ni el contratista del hospital ni el del manicomio, sino que le había costado su dinero el entrar en ambos establecimientos; pero sólo por la superioridad que le daba sobre su madre el haberlos visto antes que ella, hizo elogios del uno y del otro, como si hubiera sido un cicerone pagado al efecto.

Y otro tanto le pasaba con cuantas cosas veían. Doña Ruperta censuraba la mayor parte de ellas, ó por no comprenderlas ó por considerarlas exageradas y hasta perjudiciales, y Venancio, á quien le habían parecido lo mismo cuando las vió como forastero, las defendía y encomiaba sus ventajas, con verdadero amor de padre, al hacer los honores de la casa.

Así, para que su madre viera todos los rincones de ella, le propuso volver al hotel por otro camino y en otro carruaje diferente; y como la pobre señora no tenía más voluntad que la de su hijo, le contestó que haría lo que él quisiera, rogándole únicamente que no la llevara por los aires en globo ni de ninguna otra manera; porque Dios, que había dispuesto que las aves volaran, los peces nadasen y el hombre anduviera, supo muy bien lo que se hizo, y ella quería morir como había vivido.

Respondió Venancio que no pensaba hacerla volar, á pesar de que ya el aire era un elemento que estaba tan á merced del hombre como la tierra y el agua, y que únicamente la proponía volver al hotel por debajo de tierra, para enseñarla el Madrid subterráneo, del cual hizo el joven extremeño los mayores elogios.

Calló la madre, y callados la siguieron sus criados, marchando todos detrás de Venancio, que los condujo á uno de los cuarenta torreones que, equidistantes los unos de los otros, se elevan en la ronda de la población; y previo el pago de entrada y los billetes de circulación indefinida, penetraron en el edificio y descendieron al subterráneo por medio de la mecánica. Si otra persona más conocedora del terreno que el hidalgo extremeño, un práctico, por ejemplo, los hubiese guiado allí, antes de hacerlos bajar al fondo les habría hecho subir á lo más alto de la torre para que desde allí contemplasen un rato el movimiento de la población, examinándola á vista de pájaro antes de hacerlo á vista de conejo. De ese modo habrían podido comparar ambas perspectivas, fijando su imaginación en el movimiento de los trapecios, de las maromas, de los globos y de otros mil cuerpos que cruzan la atmósfera con pasmosa rapidez sobre el perímetro de la corte entre las densas bocanadas de humo que arrojan las chimeneas de los edificios.

Pero no lo hicieron así, y sin recordar los dos mundos que tenían sobre su cabeza, el terrestre y el aéreo, se metieron en el subterráneo.

La grandeza de la bóveda, que brillantemente iluminada por la luz eléctrica se ofreció á los ojos de los forasteros, les dejó con razón maravillados. Doña Ruperta había oído hablar del antiguo alcantarillado de Madrid, y había leído en los periódicos que los ladrones se paseaban por las alcantarillas como Pedro por su casa, hasta hacer necesario el establecimiento de unas rondas de policía, de las cuales, por más señas, se burlaban muy á menudo, y cuando oyó la proposición de su hijo, pensó que tendría que marchar á pie, con la cabeza baja, medio á obscuras, entre humedades, á riesgo de un hundimiento y á caza de más de un susto. Dijo que *sí*, porque para lo que le proponía *su* Venancio no hallaba nunca el *no;* pero no las tenía todas consigo, y hasta tomó la precaución de alzarse el vestido para no ensuciarle con el lodo de las alcantarillas.

Figúrate, lector, cuán grande no sería el asombro de la pobre señora al abrir los ojos en una bóveda altísima, toda empapelada y cubierta con anuncios y carteles de gran tamaño y de mucho lujo, con tiendas á izquierda y derecha, en las que había, para comodidad de los compradores, muebles *confortables*, espejos magníficos y alfombras que hacían innecesaria la recogida de los vestidos. Imagínate cómo se quedaría al observar que lejos de verse obligada á marchar á pie, entre charcos y suciedades, bajando la cabeza para no tropezar con ella en el techo, subía en un tren de gran velocidad, con coches de gran lujo, viendo á cada paso cruzar otros trenes por ambos lados de la vía y gentes á pie por las aceras ó pretil del túnel; siendo éste más ancho y espacioso que las antiguas carreteras de Castilla. Ponte, lector, por un momento en su lugar, y dime si no tuvo razón para estregarse los ojos, y mirando á su hijo con verdadero asombro decirle:

—¿Pero qué es esto, hijo mío, qué es esto? ¿Dónde estamos?

—Cruzando el último arrabal de la corte. Ya vamos á entrar en el centro de la población, y allí nos apearemos para que vea usted despacio lo que es esta población que está debajo de la que ve usted todos los días.

—Estoy aturdida; me dan miedo estas cosas.

—No tenga usted cuidado. Lo admirable de esto es que apenas ocurre un hundimiento ni un choque de trenes.

—Mi miedo no es sólo por eso—dijo doña Ruperta,—sino porque me asusta que el hombre sepa tanto. Esto no puede parar en bien. Desde que estoy en Madrid no ceso de pensar en la torre de Babel. Así debieron de empezar aquellos hombres á irritar la cólera divina.

Á Venancio le pareció que su madre no iba muy fuera de razón en lo que decía, y guardó silencio hasta que, después de atravesar varias estaciones en las que entraban y salían viajeros de todas clases y condiciones, llegaron á la central, que cae debajo de la antigua Puerta del Sol y tiene casi las mismas dimensiones, aunque no la forma irregular de esa plaza. Es perfectamente circular, y así el local de la estación que ocupa el centro como el pretil que corre alrededor, y las tiendas, almacenes y otros grandes locales que forman el circuito, están marcados por columnas de hierro, gruesas, pero elegantes, que á la vez que sirven de estribos de entibacion en el túnel, le embellecen extraordinariamente, formando un grandioso laberinto.

Alzó doña Ruperta los ojos al cielo en busca de la luz del día que entraba por la gran claraboya del centro, y no pudo articular una sola palabra. Sus criados hacían bastante con tenerse de pie, temblándoles como les temblaba todo el cuerpo, y únicamente Venancio, que sabía darse razón de lo que veía, cogió del brazo á su madre y le dijo:

—¿Quiere usted que entremos en el café á tomar alguna cosa? Aquí nos servirán más pronto, mejor y más barato que en las salas de arriba.

—Pues qué, ¿estas tiendas tienen más de un piso?—preguntó doña Ruperta.

—¡Ya lo creo—repuso Venancio—que tienen más de un piso!, y tres y cuatro y cinco. ¡Pues si estas tiendas son los sótanos de las que ve usted en la calle! Por eso nos servirán más pronto, porque en este piso está la repostería; mejor, porque estará más fresco, y más barato, porque esta parte del edificio, como es subterránea, paga menos contribución.

—¿Y estos pobres hombres—dijo doña Ruperta, entrando en el café y aludiendo á los mozos—suben y bajan sin cesar á servir á las gentes de arriba?

—No, señora; lo que piden las gentes de arriba se sube por la mecánica. Estos mozos no sólo no suben y bajan, sino que algunos de ellos pasan meses enteros aquí dentro. Y no sólo estos mozos, sino que hay muchos habitantes de este Madrid subterráneo que apenas conocen el verdadero Madrid.

—¿Y cómo no se mueren de tristeza?

—Porque ya se han acostumbrado, y la costumbre es una segunda naturaleza. Además de que aquí abajo no crea usted que lo pasan mal algunas gentes, porque tienen sus teatros, sus circos y otras muchas diversiones.

—¡Anda, anda—replicó doña Ruperta sonriendo,—que si te dejan hablar, aún nos vas á hacer creer que el mundo está patas arriba!

—No, señora; pero lo que digo es verdad; y admitiendo la indicación de usted, añado que sí, que es cierto que el mundo está patas arriba. El Madrid que acabamos de dejar es el Madrid por fuera y éste es el Madrid por dentro; lo que tenemos sobre nuestras cabezas es la mentira y lo que estamos viendo es la verdad. Este es, en suma, el mundo que piensa y aquél el que ejecuta. Conque si aquí está la cabeza y arriba los pies, el mundo está patas arriba.

—Pero hijo mío, mira que estás diciendo una sarta de tonterías; harta maravilla es la que estamos viendo para que quieras inventar otras nuevas, suponiendo que las pobres gentes que tienen la desgracia de estar debajo de tierra se divierten y gozan como los demás que andan por el mundo.

—Pues sí, señora, que se divierten y están en el secreto de todo lo que pasa allá arriba, porque ellos viven en el mundo de la verdad, mientras que los demás andamos por el mundo de la mentira. Ha de saber usted que aquí, además de los millares de personas que á todas horas del día y de la noche cruzan en los trenes de un lado á otro de la población como

verdaderas aves de paso, y así las llaman en esta *subtierra*, hay otros *vecinos subterráneos*, empadronados como tales en la estadística general, que eligen sus autoridades de entre ellos, que envían á las Cortes dos representantes, uno por el distrito subterráneo del Norte y otro por el del Sur, y que tienen sus ordenanzas de policía, sus leyes protectoras, su sociedad de seguros contra hundimientos y filtraciones y su código penal, muy severo por cierto, para conservar incólume el secreto intervecinal en materia de industria, comercio y artes. Sin esto último—añadió Venancio—sería imposible la existencia de la sociedad. Si unos á otros se delataran y llegara á los oídos de la población de arriba lo que para engañarla se hace aquí abajo, todos se quedarían horrorizados. Algo se presume y muchas cosas se sospechan con cierto fundamento, pero la verdad no la sabe nadie. El Madrid subterráneo nadie lo conoce á fondo.

—¿Pues qué más ha de haber que lo que está á la vista? - preguntó doña Ruperta asustada.

—¿Y qué es lo que está á la vista?—preguntó á su vez el hijo.

—¡Te parece poca cosa—replicó la madre—el que podamos tener esta conversación debajo de tierra, en una sala tan espaciosa, sin ahogarnos, y después de haber corrido con toda comodidad y toda holgura por calles tan anchas como las que hay sobre tierra!

—No, señora, eso me parece mucho; pero aún me parece mucho más lo que no vemos y lo que, á decir verdad, no ha visto nadie.

—¿Pues cómo se sabe que lo hay si nadie lo ha visto?

—Por conjeturas, como se saben en el mundo la mayor parte de las cosas. ¿Quién ha visto lo que pasa en el alma de un avaro, ni en el corazón de una coqueta, ni en las entretelas de un caballero de industria? Y sin embargo, los novelistas y los autores dramáticos no se contentan con pintarlos por de fuera, que es lo que buenamente podrían hacer, sino que se empeñan en decirnos lo que piensan, lo que sienten y lo que hacen, como si estuvieran dentro de la conciencia y del pensamiento de cada uno de esos tipos. Pues otro tanto sucede con este *Madrid subterráneo*, del cual, con ese título, con el de *Misterios hondos*, *Las suelas de mis zapatos*, *El fondo del cofre*, *Los secretos de una alcantarilla* y otros análogos, se han escrito multitud de cuentos y dramas, ingeniosos muchos de ellos, pero todos de pura invención, basados en lo que cada cual se figura que pasa por estos lugares. ¡Buenos son estos industriales para poner los secretos de su industria al alcance de las gentes de las letras, que viven de contar la mitad y otro tanto de lo que saben y todo lo que sospechan! Enfrente de este café en que estamos hay un establecimiento que ha dado margen á muchas piezas cómicas y á varias novelas, y sin embargo, todo lo que en esas obras se dice no es otra cosa sino conjeturas más ó menos funda-

das de lo que realmente pasa. *Horno de fenómenos vivientes á gusto del consumidor* le han llamado los unos, *Fábrica de monstruos* le apellidan otros, *La humanidad pintada por sí misma* se titula la última comedia que se ha estrenado á propósito de esa casa, y todo lo que se sabe de ella es lo que ella quiere que se sepa; lo que se lee á la puerta del establecimiento:

Exposición permanente de toda clase de fenómenos nacionales y extranjeros. Se envían á provincias los originales durante la estación de verano, y en todos tiempos se expiden, á precios reducidos, modelos en cera de la más perfecta semejanza.

—¿Y qué fenómenos son esos?—preguntó doña Ruperta.

—Varios—contestó Venancio.—Niños con tres cabezas, mujeres con barbas como un granadero, otras que pesan 180 á 200 kilogramos, hombres descoyuntados que se encogen como un ovillo hasta meterse en una redoma de cristal, y tantas otras criaturas deformes que horroriza entrar en los salones de la exposición.

—¿Y de dónde salen todos esos infelices?—preguntó la madre del hidalgo extremeño.

—Pues ese es el caso, que nadie sabe cómo se las componen los socios de esa gran compañía para tener una colección tan vasta de fenómenos. Y de ahí viene el suponer que la mayor parte de las deformidades son artificiales. Y como usted conoce, se comprende que puedan cebar con substancias á propósito á las mujeres y descoyuntar en cierta clase de máquinas á los niños; pero hacer que tenga cuatro brazos el que nació con dos y otros injertos por el estilo, es un disparate, á pesar de que muchas gentes lo afirman como si lo hubieran visto.

—¡Y cómo se permiten semejantes barbaridades! – exclamó angustiada doña Ruperta.

—Eso no es nada—le contestó su hijo—para lo que se hace en los sótanos de los circos gimnásticos y en los fosos de los teatros.

—¿Pues qué más se puede hacer?—preguntó toda fuera de sí la pobre señora.

Venancio iba á dar algunas explicaciones de lo que él mismo había visto en los laboratorios de esos grandes espectáculos; pero observó la agitación que sus palabras habían causado en su madre, la vió palidecer demasiado, y se apresuró á sacarla de allí, llevándola al hotel por el camino más corto. Comprendió, aunque tarde, que había hecho un disparate con querer enseñar á su madre el Madrid por dentro antes de dejársele gozar por fuera. Había sido tan torpe como lo sería, y no haya miedo que

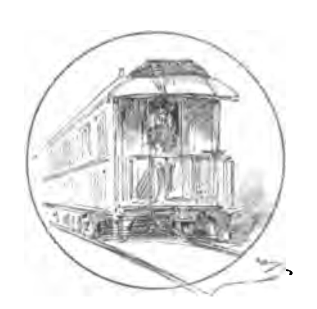
ninguna lo sea, la coqueta que recibiese á su amante en el tocador mientras ella está falsificando su propio semblante.

Y si al menos ya que la llevó al Madrid subterráneo la hubiera enseñado los grandes almacenes en que se bautizan los géneros que salen á la venta con el nombre, la patria y la edad que más convenga al comer ciante, ó á las grandes lagunas piscicultoras, donde nacen y crecen todos los pescados que van á la plaza como recién llegados del mar, ó las ollas de substancias alimenticias, que ora en forma líquida ó gaseosa reparten su amor nutritivo á tanto por decímetro cúbico y por medio de tubos y cañerías á propósito en todas las casas de la población, ya sería otra cosa. Ya se le podía perdonar que al enseñarle estas grandes cocinas, la hubiese iniciado en algunos de los secretos de esos caldos y esos vapores grasientos, á cuya composición concurren carnes de todas clases y substancias de todo género. Y tampoco hubiera sido un gran disparate que, dirigiendo el rumbo hacia otra parte de Madrid, la hubiese enseñado otras cosas más propias de las aficiones naturales de una señora; como por ejemplo, el subterráneo de las modistas, en el que habría visto millones de manteletas, vestidos y otras prendas, clasificadas por orden de antigüedad para ir renaciendo de nuevo á tomar el rango de novedad entre los caprichos de la moda. Todo eso podría pasar, pero de ningún modo lo que hizo.

El Madrid subterráneo encierra más filosofía de la que parece, y no es para visitado de prisa y corriendo, ni como un objeto de diversión, sino como un arsenal de estudios científicos y de enseñanzas importantísimas.

Harto siento yo, lector, no estar despacio para enseñarte bien á fondo ese cuarto bajo de la corte; nuevo infierno de Dante, á cuya entrada no hay una percha en que dejar colgada la esperanza, pero donde no estaría de más un rótulo que dijera:

El que quiera seguir creyendo, ya se puede ir marchando.





CUADRO XXXVI

DE CÓMO SAFO VISITA Á DOÑA RUPERTA, SIN QUE ÉSTA PUEDA AGRADECER SEMEJANTE VISITA

Como apenas hay una plaza en la corte que no tenga comunicación directa con el túnel subterráneo que en varias y encontradas direcciones corre por debajo de la capital, pronto halló Venancio una salida por donde llevar á su madre al Hotel Transatlántico; en el cual, y mientras sacaban los muebles que estaban depositados en el ferrocarril para colocarlos en la casa particular que tenía pensado alquilar, la había dispuesto un gran alojamiento inmediato al suyo.

Entróse en él doña Ruperta un tanto cansada y otro tanto más cabizbaja y aturdida con el movimiento de la población, y el hidalgo extremeño se dirigió á su aposento, donde lo primero que vió fué un billete de Safo, que decía lo siguiente de esta manera telegráfica:

Si no venís á las dos, esperadme en el hotel á las tres. La adjunta visita de etiqueta es para vuestra madre.—SAFO.

Venancio miró el reloj con espanto. Diez minutos no más faltaban para las tres. Safo debía llegar de un momento á otro y su madre no tenía ni siquiera noticia de la existencia de aquella mujer. No había tiempo para decirle nada y era menester contárselo todo.

El hidalgo extremeño se paró á pensar, y como el reloj no se paraba, cuando le volvió á mirar vió que le había robado dos minutos. El tercero le empleó en dar veinticinco besos á la *visita* adjunta á la carta; la cual ya habrás comprendido, lector, que era la imagen de Safo vestida de rigurosa etiqueta; porque la última moda en el trato social no es hacer las visitas resquebrajando una tarjeta en la portería, sino enviando un retrato con traje de luto si se trata de dar un pésame; de medio cuerpo, pero desnudo, si la visita es de confianza, y sobre fondo rosa si se felicita por un suceso próspero, ó verde si se manifiestan deseos de que un negocio vaya viento en popa.

También el cuarto minuto le gastó Venancio inútilmente, sudando y trasudando sin saber qué hacer, y ya iba de anda el quinto cuando se volvió á entrar en el cuarto de su madre, y entregándole el retrato le dijo:

—Tome usted, madre, este retrato es para usted.

—¿Para mí?—preguntó doña Ruperta cogiendo la tarjeta.

Y colocándola á gran distancia de los ojos por tener la vista cansada, añadió:

—¿Quién es esta mujer tan hermosa? ¡Pero qué traje tan raro tiene! ¿Es alguna cómica?

—No, señora; es una poetisa.

—¡Otra que tal! ¡Buena facha está! ¿Qué quiere decir este vestido tan escurrido y con tanta cola, y luego esta melena rizada....? ¿Y qué es lo que lleva al cuerpo? ¡Parece un frac! Bonito adefesio.

—Es la última moda—respondió Venancio, temblando de pies á cabeza;—¿pero no es verdad que es muy hermosa? ¡Es muy hermosa!—añadió con entusiasmo.

—Sí, no es fea—replicó doña Ruperta, mirando á su hijo á la cara con esa mirada escudriñadora de las madres, que si se pudiera aplicar á las ciencias físicas no habría un solo secreto en la naturaleza.—¿A ti te gusta? —añadió buscando la respuesta en los ojos y no en los labios de su hijo.

—Y á usted también—respondió Venancio apartando su vista de la de su madre;—usted ha dicho que era muy hermosa.

—Sí que lo he dicho, y no es fea; pero ¿para qué me la enseñas?

—Porque es para usted.

—¡Para mí! ¿Y á qué santo me das á mí esta estampa?

—Si es ella, la misma interesada, la que se le envía á usted. Ha sabido que está usted en Madrid, y como es uno de mis conocimientos, y la moda ha introducido la costumbre de hacer las visitas de cumplido por medio de retratos.....

—¡Conque ya se han suprimido las visitas en persona! Pues mira, será animada una reunión de retratos.

—Siempre es esto mejor que lo que antes se hacía de visitarse por medio de un trozo de cartulina con el nombre y apellido de cada persona. Ahora al menos.....

—¡Calla!—interrumpió doña Ruperta mirando el reverso del retrato, con el que estaba jugando maquinalmente.—Aquí hay algo escrito; veamos.

Venancio palideció, y quiso arrancar el retrato de manos de su madre; pero ésta le rechazó suavemente sin dejar de mirarle á la cara, y le dijo con cierto retintín sarcástico:

—Déjame que lo lea, puesto que es para mí el retrato de tu conocida.

Y leyó en voz alta lo siguiente:

Señor ó señora: Os saludo respetuosa, cordial y sinceramente, y no olvidaré nunca esta primera entrevista que me proporciona el placer de conoceros y ofreceros mis servicios. Contad siempre con mi inutilidad, como yo me lisonjeo de contar desde hoy con la vuestra.

—Esta última galantería vale cualquier dinero—dijo doña Ruperta.—Si semejante barbaridad se le hubiera escapado á un provinciano habría habido un escándalo en la corte.

El joven amante respiró con tranquilidad, porque apenas hubo empezado á leer su madre, comprendió que aquellas líneas eran una jaculatoria estampada por el fotógrafo al respaldo de todas las tarjetas de visita, como la fórmula gráfica de semejantes ceremonias; pero no le llegaba la camisa al cuerpo pensando en que de un momento á otro debía de venir Safo, y todo se perdía si antes no lograba enterar á su madre de lo que pasaba. Para engañarla le faltaba valor.

Y en estas y las otras, el tiempo que era corto y la cosa larga de contar, sonaron las tres, y en el acto, gracias á la puntualidad característica de la época, entró un camarero diciendo:

—En vuestro cuarto espera una joven.

—¡Otra!—exclamó doña Ruperta.

—No, señora—dijo Venancio todo aturdido;—es la misma.

—¿Y á qué viene aquí esa mujer? Anda, anda, ve á recibirla y vuelve aquí al momento para que hablemos como corresponde. Nunca hubiera creído lo que estoy viendo. Yo no puedo continuar más tiempo en este hotel, y tú, si fueras como debías, no hubieras consentido en tenerme aquí para presenciar semejantes enredos.

—¡Madre mía!—gritó Venancio, arrojándose á los brazos de doña Ruperta.—¿Qué está usted diciendo? Yo no tengo trapisondas de ninguna clase ni he hecho nada de que deba avergonzarme. Toda mi falta consiste

en no haber tenido franqueza para contar á usted lo que no puedo ocultarla por más tiempo. Sepa usted que esa señorita que me anuncian es.....

—¡Calla, calla, no me lo digas! Te prohibo hablarme una sola palabra. Ya casi eres mayor de edad y sabrás lo que has hecho; pero conmigo no cuentes para nada.

—Pero madre mía—dijo Venancio, sospechando que su madre iba más lejos de lo que debía en sus suposiciones,—¿qué es lo que yo he hecho? Yo no soy ni seré nunca mayor de edad para tomar ninguna resolución en nada que no sea del gusto de usted. Yo no tengo más voluntad que la de mi madre.

Doña Ruperta que, como todas las mujeres, se preciaba de tener una imaginación que siempre *estaba de vuelta*, comprendió que esta vez había ido demasiado ligera en su sospecha, y tomando un tono más suave dijo:

—Pues bien: ¿qué cosa es la que no has tenido franqueza para decirme?

—¿Quiere usted saberla?

—Sí.

—Pues..... nada, es que.....

- ¿Qué es? ¡Dilo pronto!

—Que quisiera que recibiese usted á esa señorita, que la tratara, y.....

—Pero ¿quién es ella?

—Ella..... podrá ser algún día..... ¡quién sabe!.... si tiene la suerte de agradar á usted, su segunda hija.

La pobre señora, que se veía con semejante disparo á quemarropa, aturdida aún como estaba de la jornada que aquel día había hecho, no supo qué contestar; pero un rayo de alegría brilló en su semblante al pensar que aún estaba por hacer lo que ella, en un momento de alucinación, creyó hecho, y alzándose de su asiento con una rapidez impropia de sus años, se cogió del brazo de su hijo y le dijo:

—Vamos á tu cuarto, que mujer que tanta estima te merece, lo menos que puedo yo hacer es ir á buscarla.

—¡Madre mía!—exclamó Venancio besándole la mano.

Doña Ruperta lloró, no sé si de placer ó de dolor, aunque me parece que de ambas cosas á la vez; y enjugándose las lágrimas, detuvo el paso y dijo con un aire de dignidad que habrían envidiado las antiguas matronas romanas:

—¡Supongo que esa señorita puede cruzar su palabra con la mía!

—Sí, señora; es hija de una de las primeras familias de la corte.

—¿Y viene sola?

—Yo no sé si viene sola ó acompañada, porque, como usted puede figurarse, aquí no ha venido nunca; pero es probable que venga con una

doncella, porque es costumbre, especialmente entre las gentes de clase alta, que las solteras salgan y entren con cierta libertad.

—¡Bonita costumbre!

—Es moda inglesa—repuso Venancio.

Y temblando como un azogado entró en su cuarto, sin soltar del brazo á su madre, que no temblaba menos que él, aunque por bien distinta causa.

Safo, que iba con efecto acompañada de una doncella honoraria, se alzó del diván en que estaba sentada apenas vió entrar á la madre y al hijo, y tendiéndole á éste la mano con la mayor familiaridad le dijo:

—¿Recibisteis mi carta?

—La recibí, y en este momento estaba entregando á mi madre vuestro retrato.

—¿Esta señora es vuestra madre?—preguntó Safo.

—Servidora de usted—balbuceó doña Ruperta.

—Es muy joven—dijo por decir algo Safo.

Con lo cual no se ganó por completo el afecto de la extremeña, porque, como dicen en su pueblo, no estaba el horno para bizcochos; pero preparó el camino, en atención á que si alguna debilidad tenía doña Ruperta era la general y muy disculpable en todas las mujeres: la de querer pasar por más joven de lo que era en realidad. Y aun ese capricho reaccionario no procedía de simple coquetería, como ordinariamente sucede, sino que consistía en que su célebre rival doña Tomasa, que tenía más edad que ella, se empeñaba en decir lo contrario; cosa que le irritaba tanto, que si Safo hubiera conocido á doña Tomasa y hubiese acertado á decir que doña Ruperta podía pasar por hija suya, se habría metido desde luego en el corazón de la madre de Venancio. Por eso éste, que comprendió el gran paso que por casualidad había dado Safo, se apresuró á decir:

—¿Verdad que es muy joven? Pues quisiera que conocieseis á una señora de nuestro pueblo que, siendo más vieja que Matusalén, quiere pasar por más joven que mi madre.

—Tonterías de algunas gentes—dijo doña Ruperta toda esponjada.—¡Quién hace caso de esas cosas! Todas saben en el pueblo que cuando yo empezaba á ir á la maestra ella era una joven tan hecha y derecha, que ya se la había pedido á su madre el que luego fué su esposo.

En ayunas se quedó Safo de lo de la *pedidura*, porque ya tú sabes, lector, que en sus tiempos las mujeres no aguardan á ser pedidas á las madres, sino que ellas mismas se dan á buscar maridos, inscribiéndose en una agencia de matrimonios; y tampoco entendió lo de *ir a la maestra*, porque esta frase ha venido á ser un arcaísmo desde que las casas de

enseñanza se llaman *viveros masculinos* ó *femeninos*, y al colegio no se puede *ir*, sino *volver*, en atención á que las personas de ambos sexos abren los ojos de recién nacidas en uno de esos *viveros*, y no vuelven á salir de allí hasta que han cumplido diez años las hembras y doce los varones, que es cuando se declara que si les falta algo que aprender ya tienen edad de aprenderlo por sí solos.

Pero sonrió de tal modo que la buena señora creyó, no sólo que la había comprendido, sino que le daba la razón, y sintió una nueva simpatía hacia ella; simpatía que advirtió Venancio, y que sumándola con la anterior y con el buen efecto que la había producido el retrato, se dijo á sí mismo:

—Esto va viento en popa. Dios tenga de su mano á Safo para que no suelte alguna de las gordas; y si la suelta, la Virgen de la Zarza haga que mi madre no la entienda.

Y al pensar así no contaba el hidalgo extremeño con que el amor había obrado tal cambio en el corazón de la poetisa, que la hacía adivinar y hasta sentir lo que dos días antes era incapaz de comprender. De otro modo ni se habría cuidado, como se cuidó, de averiguar si había llegado á Madrid la madre de Venancio ni de hacerla la visita de etiqueta con tal premura. Verdad es que ella, gracias á la educación que había recibido, apenas sabía lo que era el amor de madre, y por esto se hallaba allí sin la suya; pero el entusiasmo con que oyó hablar á Venancio de la otra y el afán con que, apenas llegados á Madrid, le vió correr al hotel, la hicieron inspirarse en ese mismo sentimiento y amar desde luego lo que tanto amaba el objeto de su amor. Es posible que más tarde, en el segundo período de ese instinto gemelo, de ese vértigo simpático que la hacía ver por los ojos de su amante, se convierta en celos ese amor; pero en este momento Safo ama á doña Ruperta, porque así cree amar más y mejor á Venancio.

Dado el amor, que es una pasión que anda en estos tiempos por las nubes, á la altura de esta sociedad de los globos y de los trapecios, todo lo demás pasa y sucede como antiguamente. Safo, á los ojos de una persona observadora, de esas á quienes jamás les distraen las formas para examinar el fondo de una cosa, era una mujer modesta y digna por todos conceptos del amor de Venancio y del cariño de doña Ruperta. A los de esta señora, para la cual las formas lo eran todo, puesto que ella creía que las únicas buenas eran las de su aldea, cuya sociedad está á tres siglos de distancia de la de la corte, tenía que aparecer todo lo contrario.

Si lo inesperado del suceso no la hubiese impedido hablar consigo misma, se le habría oído decir lo siguiente:

«Pero señor, ¿qué escándalo es este? ¡A qué tiempo hemos llegado,

que una joven soltera se viene sola con una criada al cuarto de un hombre soltero! ¡Y esa mujer tiene madre! ¡Tal para cual! ¡Buen par de bribonas serán la una y la otra!»

Esto se hubiera dicho y esto se decía á medida que le iba pasando el aturdimiento; pero Safo estuvo tan oportuna, tan discreta, tan verdaderamente inspirada por el amor, que ganaba terreno por momentos en el corazón de la pobre señora; á la cual tenía como magnetizada la hermosura natural y la artificial (que le parecía una misma) de aquella joven, su fácil palabra, sus delicadas maneras y hasta el rubor con que bajaba sus ojos cada vez que se encontraban con los de Venancio.

La situación de éste era la más violenta y angustiada.

Siempre que abría los labios Safo, abría él maquinalmente los suyos, como si quisiera recoger cualquier palabra que pudiese causar disgusto á su madre; ensanchaba la vista como diciendo «Basta,» y hubiese dado lo que le hubieran pedido por cortar aquella entrevista y tener tiempo de preparar el terreno en ambos campos antes de una nueva visita. Temía que Safo hablase de la carta que vendió al *Boletín de antigüedades;* no le llegaba la ropa al cuerpo al pensar en que pudiera contar sus ejercicios gimnásticos, y todo lo veía perdido si se descubría lo del viaje á Laponia.

Afortunadamente, así lo creyó al principio Venancio, vino á interrumpir la conversación la presencia de un nuevo personaje.

Nicodemus Fernández, el fabricante de agua de Colonia, sin aguardar á que el criado le anunciase y de sopetón, abrió la puerta, dió un apretón de manos á Venancio, una cabezada á Safo, y encarándose con doña Ruperta le dijo:

—¿Qué tal, señora, os va gustando la corte?

—Mucho; sí, señor, me gusta mucho—contestó la pobre señora con un aire *de profundis* que indicaba que sentía todo lo contrario, y que si lo que había visto le había gustado poco, lo que estaba viendo le iba gustando menos.

—Yo digo la verdad—replicó el fabricante:—á fuerza de oir á los forasteros decir que esto es bueno, me va pareciendo que no es tan malo como se cree; pero la verdad es que estamos muy atrasados.

—Muchísimo—replicó Safo;—en algunas cosas, en vez de adelantar, cada día vamos á menos. En filosofía, por ejemplo, estamos en la infancia. No parece sino que Aristóteles, Bacón, Descartes y los demás filósofos antiguos lo dejaron todo hecho de manera que hoy debamos contentarnos con saber lo que ellos dijeron, que para nada nos sirve.

Doña Ruperta miró con verdadera extrañeza á la joven poetisa, y Venancio oyó con espanto las palabras de la una y vió con miedo la mirada de la otra. El fabricante de agua de Colonia, por el contrario, se frotó las

manos, satisfecho de que se le presentara la ocasión de hablar de ciencias morales, que eran su manía, por lo mismo que no entendía de ellas una sola palabra, y dijo:

—¡Bravísimo! Así me gusta á mí que hablen las mujeres. De seguro que sois espiritista.

—Hago uso del espiritismo especialmente para mis trabajos históricos, pero nada más—dijo Safo.

—Según eso, sois autora.

– Sí, señor.

—¿Vuestro nombre, si no tenéis inconveniente en ello?

—Soy la presidenta de la Filosofía Socialista.

—Tenéis razón, y he sido un bestia en no haberos conocido antes. Con sólo encontraros aquí debí reconoceros. ¡Pues poco efecto le causó la otra noche á este joven ver vuestro retrato! A poco más se desmaya.

—¿De veras?—preguntó Safo con acento apasionado y dulce.

—Sí, señora. Salíamos de nuestro club de los espiritistas, siguiendo la manifestación popular, y al llegar á ver vuestro retrato que..... iba á la cabeza de la procesión.....

El fabricante no pudo seguir hablando, porque Venancio, que había fatigado inútilmente su vista haciendo señas á uno y otro interlocutor para que callaran, le dió tan fuerte pisotón, que el pobre industrial lanzó un ¡ay! penetrante y agudo aunque sin comprender la seña.

Quien la comprendió de sobra fué doña Ruperta, la cual, encendida como una grana y sin reparar en la inconveniencia de sus palabras, se dirigió á su hijo diciéndole:

—Si no te gusta que el señor cuente lo que pasó con el retrato, dile de otro modo más fino que calle.

Al fabricante de agua de Colonia le extrañaron más estas palabras que el pisotón, y volviéndose á doña Ruperta le dijo:

—No sé por qué no le ha de gustar á mi amigo Venancio que cuente yo la escena de la otra noche, porque le honra mucho por todos conceptos. Verdad es que desde que le trato le he visto cada vez más digno del aprecio de todos. Tiene un corazón excelente, de los que no hay ya por el mundo. Lo único que le falta, ya sabe él que se lo he dicho, es entrar un poco más en las ideas modernas y olvidar las rancias doctrinas dél siglo pasado, que ya no son malas ni buenas, sino que nadie las entiende.

—Por desgracia—exclamó Safo.

—¿Desgracia de qué?—preguntó involuntariamente doña Ruperta, empezando á creer ó que aquella gente estaba loca ó que por el contrario ella era la que estaba inficionada por los aires del manicomio que había visitado aquella mañana.

—Desgracia—repuso Safo—de no poder vivir como aquellas gentes vivían.

—Pues yo vivo como ellas y otras muchas gentes también.

—¿Dónde?

—En mi pueblo, donde pongo una pobre choza á disposición de ustedes por si de veras están hartos de la corte. Pero cuidado que si aquí les parece á ustedes que están atrasados, allí no sé lo que les parecerá. En mi aldea no hay fondas ni cafés ni globos, ni andan las gentes dando volteretas por los tejados, ni hay ninguna de esas cosas que he visto desde que estoy aquí y que son en verdad dignas de la corte y de los cortesanos.

—Pues yo quisiera vivir así—dijo Safo;—la tranquilidad de esa vida patriarcal me enamora.

—Amor pasajero—repuso con doble intención doña Ruperta;—antes de los ocho días estaría usted deseando volverse á Madrid. Como me pasa á mí, que ahora daría cualquier cosa por no haber dejado mi casa y mi lugar.

—¿Qué dice usted, madre mía?—gritó Venancio cogiendo la mano á su madre, por cuyas mejillas rodaban algunas lágrimas.

—Nada; son bromas—se apresuró á decir la buena señora.—A tu lado y ahora que he tenido el gusto de conocer á estos buenos amigos tuyos lo pasaré muy bien.

—Esta tarde iréis á los toros—dijo el fabricante sin comprender la tormenta que habían desencadenado sus palabras.

—Estoy muy cansada—repuso doña Ruperta.

—No importa, es la última corrida de la temporada y no debéis faltar—dijo Safo con acento cariñosísimo.—Yo tengo un palco, y si queréis venir á él.....

—Mil gracias—contestó la extremeña creyendo rehusar el convite.

Pero Safo lo entendió al contrario, porque no comprendía que se diesen gracias por lo que no se aceptaba, y alzándose de su asiento, sin despedirse de nadie, se salió de allí precipitadamente diciendo:

—Hasta luego.

—¿Qué le ha dado á esta señorita? ¡Se habrá puesto mala!—dijo doña Ruperta con aire de ir á su alcance.

—No, señora; se irá á vestir para ir á los toros—repuso el fabricante.

—Ya, pero se ha ido así..... tan de repente, sin despedirse de nadie.....

—Como ha de volver dentro de poco para llevaros á los toros.....

—¿A mí? ¡Pues si le hado las gracias!

—Por eso mismo. Si hubierais dicho secamente que no, ya era otra cosa.

—Bueno es vivir para ver; iremos aprendiendo. Lo único por que me alegro ir á los toros es por ver alguna cosa tal cual la conocí en mis mocedades.

Venancio, que estaba cabizbajo y pensativo, deseando verse á solas con su madre para revelárselo todo, tuvo una idea doblemente feliz para lograr cuanto antes su objeto. Pensando en la manera de echar de allí al fabricante, le ocurrió también pensar en que Safo podría tener la extravagancia de vestirse de hombre para ir á los toros, y atropellando por todo se acercó al oído de Nicodemus y le dijo:

—Dadme una prueba de amistad. Id corriendo á casa de Safo y decidla que le suplico, como una galantería hacia mi madre, que se vista de mantilla como en la última corrida.

—Seréis servido al momento—contestó el fabricante.

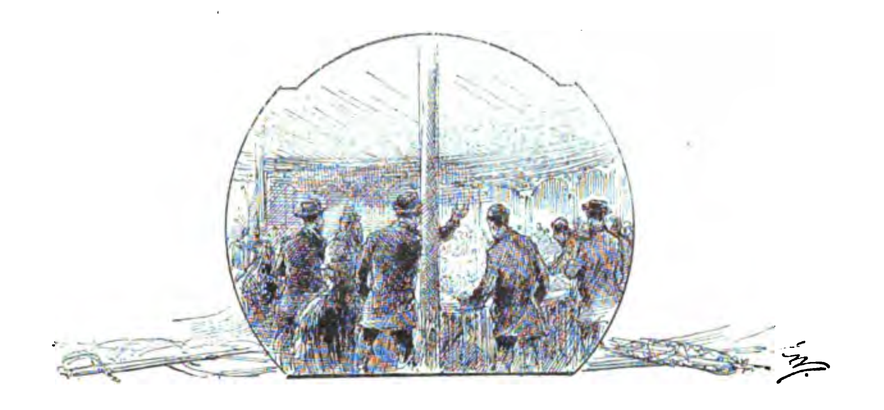
Y salió de allí despidiéndose cortésmente de doña Ruperta, la cual, viéndose sola con su hijo y al caer éste de rodillas á sus pies, le recibió en sus brazos, diciéndole con lágrimas de ternura:

—¡Hijo mío!

Lo que pasó entre ambos fué tan secreto que aunque yo, por mi cualidad de espíritu, pude verlo, no quise hacerlo así y los dejé solos.

Se entendieron al momento.





CUADRO XXXVII

UNA CORRIDA DE TOROS

Cuando la revolución hace el amor á un pueblo y le ronda la casa con la guitarra debajo del brazo, echándole coplas patrióticas delante de las ventanas, las diversiones se hacen progresistas y el trabajo reaccionario. Éste se acobarda y mengua y hasta huye despavorido, y aquéllas se envalentonan y crecen y amenazan invadirlo todo.

Los pueblos del Mediodía, porque yo los del Norte los conozco poco y los entiendo menos, se dejan fácilmente quitar la camisa, pero no sufren que les roben las castañuelas. Una diversión nueva, venga de donde venga, es bien venida; una diversión añeja, que quiere retirarse avergonzada, halla cerrados todos los caminos. Por eso en materia de diversiones ofrece la civilización tantos anacronismos.

HOY *más divertidos que* AYER, MAÑANA *más divertidos que* HOY.

He aquí la fórmula que la humanidad de estos tiempos le ha robado á un periodista de los pasados, el cual decía que era hoy más liberal que ayer y mañana más liberal que hoy.

Apliquemos esta fórmula progresiva á las corridas de toros, y se verá que es lógico en los hombres de MAÑANA ser más aficionados que los de HOY, puesto que los de HOY lo están siendo más que los de AYER.

Y he ahí por qué en vez de derribar la antigua plaza de toros que ha-

bía en la puerta de Alcalá, y que conservada por una compañía arqueológica se enseña con orgullo y por el dinero á los aficionados, se han construído dos nuevas: una á la parte del Mediodía, para las temporadas de otoño é invierno, y otra á la del Norte, para las corridas de primavera y verano.

En ambas ondea la bandera nacional antes y después de la corrida; diferenciándose en eso estos edificios de otros en que el trapo nacional no está á la intemperie y á las injurias del tiempo sino en tanto que duran las sesiones; esto es, cuando la procesión anda por dentro.

Antiguamente, como que todo eran trabas y obstáculos para las cosas más pequeñas, no se podía anunciar una corrida de toros sin la consabida salvedad de *(si el tiempo no lo impide)*, y el tiempo lo impedía cuando le daba la gana. Pero como ahora el tiempo se mete cuando mucho en los barómetros, no se cuenta con él para nada, y lo mismo si lo permite que si no lo permite, la corrida de toros anunciada se lleva á cabo. Todo está reducido á que si la atmósfera es prudente y se mantiene despejada y serena se hace la lidia al aire libre, y si llueve se cierra el redondel con cristales. Otro tanto se hacía antiguamente en los circos ecuestres; conque no sé por qué aquellas gentes, que eran libres para poner cristales en la plaza de toros, consintieron en ser esclavas del tiempo.

Verdad es que la afición á los toros no estaba entonces tan desarrollada como ahora, porque la civilización, ocupada en cosas de más importancia, no había tenido tiempo de dar una mano á ese divertimiento nacional.

En primer lugar las plazas, que antes eran unos corralones de piedra ó de madera, con asientos incómodos y desprovistos de todo adorno, son hoy verdaderas obras de arte, edificios grandiosos, monumentos dignos de ser visitados aun fuera de las horas del espectáculo.

La estatua ecuestre de Alfonso VI, de cuyo reinado pretenden los aficionados que arrancan los timbres tauromacos de la nobleza española, la de Rodrigo de Vivar, la de don Juan II, la de Fernando VII y las de otros muchos monarcas y caballeros, considerados como protectores y propagadores de la lucha del hombre con el toro, se ven al exterior del edificio mezcladas con las de Francisco Romero, Pepe Hillo, Luis Corchado, Pablo de la Cruz, Paco Montes y otra porción de toreros de á pie y de á caballo.

En una galería de cristales que se extiende alrededor de la plaza en los tres pisos de la misma, se guardan y enseñan diariamente al público una porción de objetos curiosos, que los verdaderos aficionados visitan con entusiasmo y casi con veneración. Las cabezas de los toros de punta, hábilmente disecadas; el último estoque que usó tal ó cual diestro; el par

de banderillas que ocasionó la muerte á un banderillero; la vara que se le quebró al picador cuando el toro le ahorró de quebrar otra; la cáscara de naranja en que se resbaló el espada, por lo cual le cogió la fiera; el traje que llevaba el diestro el día que murió, y capas, muletas y otras mil cosas se ven allí graciosamente colocadas, con un número correspondiente al del catálogo, en que está impresa la monografía de las sillas ó de las *monas* del picador, la biografía de éste y la historia en suma de cada objeto.

Pero no vengo, lector, á enseñarte el exterior de la plaza del Mediodía, que es la que funciona en estos momentos, ni ninguna de sus dependencias, sino que me voy derecho al redondel con doña Ruperta y su hijo, Safo y el fabricante de agua de Colonia.

La Puerta del Sol sigue siendo el punto de partida para ir á la plaza de toros, porque en las diversiones es en lo que mejor y más pura se conserva la tradición, y aunque nadie va á pie ni en carruajes tirados por caballerías, porque la distancia no es de un kilómetro ni de kilómetro y medio, sino de cuatro y pico, hay un ferrocarril de ida y vuelta en tracción continua, cuyos trenes no se componen de vagones ordinarios, sino de coches de distintas formas, como las antiguas carretelas, faetones y calesines, en los cuales, para que la ilusión sea completa, hay multitud de campanillas y cascabeles que alegran al marchante. Viéndose por igual razón óptica agentes de la autoridad á caballo entre las dos vías, como si estuvieran allí para ordenar los coches; que á menos de descarrilar, ordenados han de ir.

Así, aunque la industria ha exigido ese adelanto en la locomoción, lo ha hecho sin defraudar al público del placer que le producía la animación de las tartanas y los calesines, que eran una parte esencial de la diversión. Por eso el traje que se puso la poetisa por dar gusto á Venancio, y que hubiera sido un anacronismo ridículo dentro de un coche de primera ó de segunda, sentaba como pedrada en ojo de boticario en una calesa. La saya, corta y estrecha, de raso azul con azabaches y adornos de seda negra; el corpiño calesero, también azul con golpes negros; la faja de crespón; la mantilla de casco, con la rosa sobre la oreja, y el zapato de seda, con la media de lo mismo, todo estaba muy en su lugar en aquel vehículo del siglo XVIII, y no le pareció mal á doña Ruperta que la que aspiraba á ser su nuera vistiese, no sólo á la española, sino á la española antigua. En su casa tenía un retrato de su abuela vestida ni más ni menos que Safo, y así se lo recordó á Venancio, el cual dijo que era verdad, no sin añadir para sus adentros:

«El traje podrá ser igual; pero en cuanto á la manera de llevarlo y á la hermosura de la que lo lleva, ni mi bisabuela ni toda su casta sirven para descalzarla.»

Así pensaba el hidalgo extremeño mientras el ferrocarril le acercaba á la plaza de los toros, que veía por primera vez; y aunque de buena gana hubiese doblado la pierna á lo calesero para que sobre su rodilla saltara el ídolo de su amor al apearse del calesín, no consentía tanta semejanza con lo antiguo la locomoción moderna, y hubo de contentarse con darle el brazo, por haberse anticipado á hacer otro tanto con doña Ruperta el fabricante de agua de Colonia. Y acosados por una porción de gentes que les ofrecían billetes ó les proponían la reventa del que llevaban para su uso, preguntándoles si querían vender media corrida ó dos toros ó el primero ó el último, llegaron al palco, donde el acomodador les preguntó qué clase de asientos querían, y les trajo al punto los que le pidieron. Ofreciósles en seguida el programa de la función, los retratos de los lidiadores, cinta igual á la de las divisas, estados en blanco para apuntar las suertes, cigarros de la misma fábrica que los que el duque Tal....., y le nombró, había echado en la anterior corrida al primer espada, y tantas otras cosas que les dejó aturdidos. Y como el fabricante de agua de Colonia, deseando echarle de allí, le dijese que tenían de sobra de todo lo que les ofrecía, el acomodador le replicó que si quería venderle lo que le sobrase también se lo compraba, porque era hombre que hacía á pluma y á pelo en negocios mercantiles. Contestáronle que ni vendían ni compraban y que les dejase en paz, á tiempo que una mitad de caballería andaba en guerra con las gentes para despejar la plaza.

Pero no eran soldados del ejército aquellos jinetes, sino comparsas de la compañía vestidos á la usanza militar del siglo XVII, ni más ni menos que los alguaciles, que tampoco tenían oficio, sino simplemente el traje de tales. Porque aunque este detalle del despejo, como todos los demás accesorios que formaban parte del espectáculo, se han conservado para no defraudar el divertimiento del público, no tiene en él intervención alguna la autoridad ni menos el ejército. Y tanto es así, que aunque se ha conservado el palco de la presidencia en todas las plazas de toros, no preside las corridas ni dirige la lidia el gobernador civil ni el alcalde constitucional, sino un aficionado cualquiera; el cual es nombrado á pluralidad de votos, una hora antes de empezarse la función, por todas las personas que tienen gusto de acudir á la elección, que se verifica en la misma plaza.

El presidente electo tiene las mismas atribuciones que tenía la autoridad, sólo que hay un jurado de cinco inteligentes, nombrado del mismo modo, con el cual se asesora, si quiere, y es el mismo que le residencia después si ha cometido alguna barbaridad.

En el paseo de los toreros, precedido de los alguaciles, no advirtió Venancio más novedad que la de los retratos de los toros, de tamaño natu-

ral y en grandes lienzos, que en forma de estandartes llevaban detrás de la procesión los lacayos del dueño de la ganadería vestidos de gran librea. Y lo que más le llamó la atención fué el silencio que reinaba en la plaza, á causa de que apenas había un espectador que no estuviese con el lápiz en una mano y el estado en la otra para apuntar los lances de la corrida; viéndose de trecho en trecho asomar, como otros tantos obuses, las máquinas de la fotografía instantánea que estaban allí sorprendiendo todos los accidentes de la lidia.

También observó que los alguaciles estaban inmóviles debajo del palco de la presidencia sin alzar nunca la cabeza para mirar al presidente; y era que éste les daba sus órdenes por medio del telégrafo eléctrico, y ellos las transmitían del mismo modo á todas las dependencias de la plaza y á todos los puntos del redondel. De manera que apenas el presidente pensaba que el picador debía ir al toro, ya sabía el diestro el pensamiento de *su señoría*, y no se perdía un solo segundo en llevar y traer la orden; haciéndose lo propio para todas las demás disposiciones que exigía el buen servicio de la plaza.

No entrando en este número la de mandar retirar un caballo por inútil, porque este caso no puede ocurrir desde que la *Sociedad protectora de los animales*, afligida por el derramamiento de la sangre caballar, ha conseguido que los picadores monten caballos de máquina, los cuales tienen el vientre y los pechos de goma elástica, de manera que cuando el toro los embiste la ilusión es completa. Y en cuanto á lo demás, es tan sensible esa mecánica á los movimientos del hombre, que el picador avanza y retrocede como si anduviera por su propio pie. Verdad es que los porrazos son más frecuentes y más peligrosos; pero se ha quitado el repugnante espectáculo de la sangre, que no ha sido poco quitar.

El toro es el único que, á pesar de los lamentos de la Sociedad protectora y de los grandes premios que todos los años ofrece al que invente la manera de sustituirlos mecánicamente, sigue condenado á muerte. Algunos padecimientos le ahorra la intervención filantrópica de esa sociedad, pero ninguno le libra de morir á manos del espada después de bien picado y banderilleado. Lo que ha logrado la sociedad es que el encierro no se haga á pie, acosando á los pobres animalitos y ahogándoles con el polvo; que la divisa no vaya clavada, sino pegada, y que si saltan la barrera se les vuelva con engaños á la plaza, sin que se permita á nadie pincharlos ni maltratarlos.

La intervención de la Sociedad no ha podido ir más allá nunca. Estaba reservada una excepción de esto para el día en que Venancio asistió al espectáculo con su madre y con su novia, y estaba reservado á esta señorita el tomar la iniciativa en el asunto.

Habíanse lidiado, sin novedad que de contar sea, los tres primeros toros, y se presentó en la arena el cuarto, *buen mozo*, como antes decían y luego dijeron y siempre dirán los aficionados, de muchas libras, bien armado, de seis años, hermoso trapío y con todas las condiciones y bellezas que puede tener el mejor toro de la mejor de las castas.

Apenas salió al redondel se paró gallardo un momento á mirar á un lado y á otro de la plaza, arrancó luego brioso, derribó los tres jinetes que había en la arena y corrió de un lado á otro, sembrando la consternación en los lidiadores y conquistándose los aplausos del público. Las máquinas fotográficas hicieron mil evoluciones para copiar todos sus movimientos; cruzáronse fuertes apuestas entre los espectadores; inicióse la idea de arrojarle una corona, y ya había pasado la suerte de las varas, sin que apenas éstas le hubiesen tocado al pelo, cuando Safo, que tenía fijos los ojos en el bicho, no muy á gusto de su amante, dijo en voz alta:

—Será una barbaridad que maten á ese toro.

—¡Bravo, señorita, bravo!—exclamó un señor que había en un palco inmediato.—Esos sentimientos os honran mucho. ¿Sois de la Sociedad?

—¿De qué sociedad?—preguntó Safo.

—De la protectora de los animales.

—No, señor.

—Es igual, me daréis vuestro nombre y las señas de vuestra casa y hoy mismo recibiréis el diploma de socia de honor, de mérito y de corazón.

Y mientras pasaba este corto diálogo, las palabras de la joven poetisa se repetían de boca en boca, y ya no se oía más que una sola voz en toda la plaza.

—¡Que no le maten! ¡Que no le maten!

Muchas naranjas y otros proyectiles algo más duros llovían sobre el espada que cogía los trastos de matar y los banderilleros que iban sobre el bicho, y el presidente consultaba con el jurado, y la gritería aumentaba, y los toreros se cruzaban de brazos, y el toro tomaba cada vez nuevas y mejores posturas académicas, y aquello era una verdadera baraúnda. Hasta que en el palco de la Sociedad protectora, el cual tiene una cortina que se corre en el momento que tocan á matar, se asomó un hombre, y pidiendo por señas y á grandes voces que le escuchasen, dijo:

—La Sociedad no puede ser sorda á los justos clamores de este ilustrado público. Que pida la empresa todo el dinero que quiera por la vida de ese hermoso animal y lo tendrá al punto.

—¡Viva la Sociedad protectora de los animales!—gritaron varios racionales á la vez.—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Que no le maten!

Y de acuerdo con el jurado y con la empresa, el presidente perdonó la

vida al toro, á cuyos pies cayeron muchas flores que las señoras arrancaron de sus cabezas, y el bravo animal fué sacado del redondel con ayuda de los cabestros; quedándose la plaza medio desierta, porque muchas gentes, después de haberle visto allí á su sabor, corrían á contemplarle en los chiqueros, donde una vez enmaromado, los profesores veterinarios de la Sociedad le hicieron la primera cura de las leves heridas que había recibido en la suerte de varas.

Doña Ruperta se alegró también de que se hubiera salvado de la muerte el pobre animal, pero propuso retirarse de allí porque dijo que ya tenía bastante para saber lo que era una corrida de toros en estos tiempos.

Safo halló al salir quien le diera por el resto de la corrida seis veces el valor del billete, porque el suceso que acababa de ocurrir, transmitido por el *telégrafo de noticias frescas,* había elevado á las nubes el precio de las localidades, y el fabricante de agua de Colonia se acercó á Venancio y le dijo:

—Amigo, á esta señorita le debe la vida ese pobre animal. ¡Veis lo que es el derecho de petición bien ejercido!





CUADRO XXXVIII

LOS VIVEROS DE LA SABIDURÍA HUMANA

Allá en su lugar era tenida doña Ruperta por una gran aficionada á las corridas de toros, y con efecto habíalo sido mucho en sus mocedades; pero como aparte de tres ó cuatro corridas al año en Badajoz, siempre había despuntado el vicio con novilladas y bueyes enmaromados y vacas emboladas, su inteligencia no estaba á la altura de su afición. Y he ahí por qué no supo apreciar en su verdadero valor la corrida que acababa de ver.

La falta de animación que advirtió en la plaza, por hallarse casi todos los espectadores ocupados en recoger datos y noticias para la estadística taurómaca, la suplantación del caballo por las máquinas, lo de retirar los toros muertos en unas carretillas, para que éstas y no el cuerpo del animal fueran las que se arrastrasen por el suelo, y otras innovaciones de mera forma, le parecieron á nuestra aficionada esencialísimas, y no supo prescindir de ellas para fijarse en la verdadera esencia de la cosa. Si así lo hubiera hecho habría visto que el arte se conservaba en toda su pureza, en medio de esas transacciones que ha hecho con el espíritu del siglo, y que harto más vale que los toreros no hayan hecho política de resistencia ante las lágrimas de los filántropos, que no que atropellando por todo y queriendo conservar lo menos hubiéramos perdido lo más.

El toreo se ha salvado y la bandera nacional puede ondear con orgullo sobre las modernas plazas de toros.

Pero doña Ruperta no lo creía así, y salió disgustada de la plaza, diciéndole á su hijo que quería volverse cuanto antes á su pueblo, porque era ya demasiado vieja para empezar á vivir de distinto modo de como había vivido hasta entonces, y que no le quedaba más que ver sino que ya ni las corridas de toros eran lo que antes.

Y sí que la quedaba más que ver, allí mismo donde creía que todo lo había visto y á propósito de las corridas de toros; porque, apartándose de sus compañeros y corriendo á un puesto de naranjas hermosísimas que había á la puerta de la plaza para comprar un par de ellas, al tomar la primera en la mano se quedó helada de espanto. Habíase enamorado de ellas porque la más chica era casi tan grande como un melón pequeño, y sin embargo, la mayor de todas pesaba menos que una guinda.

—¿Pero de qué son estas naranjas?—preguntó sorprendida.

—¿De qué han de ser?—replicó la naranjera, de lo que son todas las que se arrojan á la plaza: de goma elástica. Pero más sutiles ni mejor hechas no las hallaréis en ninguna otra parte.

—¡Pero, Dios mío, tampoco esto es verdad!—exclamó doña Ruperta volviéndose hacia el fabricante de agua de Colonia.

El cual sonriéndose contestó:

—¡Qué queréis, señora! Era preciso transigir entre la manía del público, que cree que no hay fiesta de toros si no arroja naranjas á los malos lidiadores, y la vida de éstos, que estaba siempre expuesta cuando se tiraban á la plaza frutas verdaderas. Pero están bien hechas, ¿no es verdad? Cualquiera diría que son naturales.

—Lo que yo digo—repuso doña Ruperta amostazada—es que aquí no hay naturalidad en nada.

Y volviéndose á su hijo, añadió:

—Mira, Venancio, en cuanto lleguemos al hotel hay que avisar á la estación del ferrocarril para que, si no han tocado los muebles, los dejen conforme están, porque yo pasaré aquí cuatro ó seis días, lo que tú quieras, pero no me quedo á vivir en la corte aunque me hagan reina.

—Ya lo pensaremos despacio—dijo el hidalgo extremeño haciendo una caricia á su madre.

—Tú harás lo que quieras, pero yo me marcho.

—¿Pero por qué os habéis de marchar tan pronto?—le dijo Safo con acento de verdadera ternura.

—Por nada—interrumpió el fabricante sonriendo,—porque ha visto que las naranjas que vende esa mujer son de goma.

—No es precisamente por eso, amigo mío, no sea usted exagerado. Es

porque desde que he pisado la corte, todo lo que toco, todo lo que hallo son naranjas de goma.

—¡Qué ocurrencia tan graciosa!—repuso Safo.

—No, hija mía—dijo doña Ruperta,—usted no puede comprender toda la fuerza de lo que digo ni toda la verdad con que hablo, porque según me ha dicho Venancio, se ha criado siempre en la corte y no conoce la vida tranquila y sencilla de los pueblos como el en que yo vivo; pero que diga mi hijo, si quiere ser franco, si él mismo, á pesar de haber estudiado en Sevilla y de llevar aquí cerca de un año, no está aturdido y mareado á todas horas.

—Sí que lo estoy, madre mía, y estos dos señores que han sido mis mejores, acaso mis únicos amigos, lo saben perfectamente bien; pero en la corte se puede vivir como se quiere, prescindiendo de este movimiento continuo en que á primera vista todo parece mentira.

—Á primera y á segunda y siempre que fija uno los ojos en algo—interrumpió doña Ruperta.—Tú mismo me lo has dicho esta mañana cuando andábamos por debajo de tierra.

—¿Conque ya conocéis el Madrid subterráneo?—dijo el fabricante.—Pues no me parece que habéis hecho bien en andar por esos lugares antes de conocer á fondo el verdadero Madrid. Hay allá abajo cosas repugnantes que no conviene que las vea una señora.

—¡Si apenas ha visto nada!—repuso Venancio.—No hemos hecho más que atravesar desde el otro lado del río por el camino de Segovia hasta la Puerta del Sol.

—Eso no vale nada: yo ando algunos días doble distancia para ir á la fábrica, y aun así, apenas conozco el verdadero Madrid subterráneo.

—¡Hola!—dijo Venancio.—¡Conque vais á la fábrica por debajo de tierra! ¿Pues no me dijisteis que ibais siempre por los trapecios ó por la maroma?

—Siempre no, pero con mucha frecuencia sí. Cuando llueve ó el viento es demasiado fuerte voy por la mina; pero estando despejado y sereno voy por los trapecios, que es mucho más corto y mejor.

—Y mucho más elegante—exclamó Safo.—Y luego es tan agradable la impresión que se recibe al desprenderse de un trapecio y volar, digámoslo así, al otro, que no hay nada en el mundo con que poder comparar esa sensación.

—Me parece—dijo doña Ruperta, mirando con extrañeza á Safo—que de buena gana daría usted un salto en los trapecios y que tiene su poco de envidia á los hombres.....

—Envidia—interrumpió Safo,—¿y de qué? ¡Pues si yo voy y vengo siempre que se me antoja por los trapecios!

—¡Es posible!

—Y tanto que lo es; y lo mismo que hago yo hacen otras muchas señoritas.

—Pues claro está—interrumpió el fabricante.—Como que es lo primero que se enseña en todos los *viveros de la sabiduría humana*, ya sean de varones ó de hembras. Yo que tengo más años que esta señorita, me sorprendo menos de la extrañeza que le ha causado á la madre de nuestro amigo Venancio esto de las maromas y de los trapecios. Cuando yo era niño ya era la gimnástica algo más que una clase de adorno en los colegios; pero no era obligatoria, ni menos se fundaba en ella, como sucede hoy día, el resto de la educación.

—¡Conque según eso—dijo doña Ruperta,—hoy día todos, hombres y mujeres, hacen volatines!

—Si llamáis hacer volatines á saber saltar un río, á tener desarrollada la fuerza muscular de manera que una mano pueda sostener el peso de todo el cuerpo y á conservar la cabeza firme y serena en las grandes alturas, todos ó casi todos los que vivimos en Madrid somos volatineros.

—Pues claro es que todo eso se ha llamado siempre hacer volatines.

—Verdad es, pero hay una gran diferencia entre la parte recreativa de la gimnástica y la utilitaria. Decid á vuestro hijo que os lleve, y yo os acompañaré con mucho gusto, á cualquiera de los grandes *viveros de la sabiduría humana* que tenemos en la corte, y allí veréis qué papel tan importante desempeña la educación gimnástica en la regeneración de la especie humana. En esos grandes establecimientos de educación pública, donde el hombre entra gateando y sale corriendo, se cambian los átomos imperceptibles de inteligencia en verdaderas montañas de sabiduría. Pero como no todos los seres tienen iguales condiciones físicas para resistir el desarrollo máximo de las facultades morales, la gimnástica se encarga de probar aquéllas, desarrollándolas hasta donde es posible ó demostrando la incapacidad corporal del individuo. Por eso en esta sociedad moderna hay menos seres enfermizos y endebles que en las antiguas, porque los ejercicios gimnásticos son los estudios preparatorios para todas las carreras. Lo que ha de suceder más ó menos tarde es mejor que suceda pronto, ahorrándose las familias de gastos que la muerte prematura del educando ha de hacer improductivos, y evitándose al propio tiempo la inhumanidad que resulta de atiborrar de enseñanza científica á un individuo que no tiene condiciones de viabilidad.

—¡Conque es decir—exclamó doña Ruperta horrorizada,—que á los niños endebles se les mata obligándoles á hacer cabriolas y á dar volteretas!

—No, señora—repuso el fabricante,—no toméis mis palabras tan al

pie de la letra. Lo que se hace es ponerles en aptitud de ir desarrollando sus fuerzas físicas, y si sucumben en el camino es porque realmente no tienen condiciones de vida.

—Lo que no tendrán serán condiciones de titiriteros.

—Vaya, señora, está visto que no podemos entendernos. Será preciso que vayáis á visitar uno de esos establecimientos para que os convenzáis de que en otra cosa estaremos atrasados, pero en materia de educación podemos figurar con orgullo á la cabeza de todos los pueblos más cultos de Europa. Y si Venancio quiere seguir mi consejo os ha de llevar al que se acaba de abrir ahora bajo el sistema espiritista, para que veáis hasta qué punto se ha perfeccionado la educación del género humano. Desde que los profesores se han convencido de que su misión no es sólo la de enseñar, sino la de aprender en sus mismos discípulos, han hecho un estudio tal de éstos que los ha llevado á un resultado brillantísimo.

—Gracias á las luminosas teorías espiritistas—añadió con exaltación el fabricante,—ya no se palpa y se repalpa el cráneo á los niños para determinar, con arreglo á los falsos preceptos de Gall, las inclinaciones de cada uno de ellos y sujetarlos á tales ó cuales estudios, sino que se va más allá, mucho más allá de ese ridículo empirismo. Ahora se sabe que las inteligencias hacen varios viajes por el mundo embutidas en diferentes seres, y la ciencia consiste en determinar cuál es de primera, de segunda, de tercera ó de cuarta exhibición, para educarlas según el tiempo que hayan de andar por el mundo ó el que ya hayan estado en él. Esos espíritus primerizos, que los antiguos calificaban de estúpidos y los apartaban de la comunión de los sabios, como si éstos temieran contagiarse, no son otra cosa sino la materia bruta de un espíritu en un todo igual al de los sabios, que se agita y se revuelve en la primer retorta evaporatoria ó, como si dijéramos, en un tosco puchero de Alcorcón. Cuando en su segunda vida pasa desde ese cacharro á un alambique de metal, ya parece menos bárbaro y nadie se atreve á echarle fuera del templo de la inteligencia; si desde allí entra en una vasija de cristal, se le ofrece un rango y una categoría; y por último, cuando después de atravesar unos cuantos filtros se presenta diáfano, transparente y brillante, todos se prosternan ante él, y si el orgullo no les tuviera de la mano le adorarían como á cosa divina. Por eso, todo el mérito del nuevo sistema de educación espiritista consiste en saber si el alma de un niño viene por primera, por segunda ó por tercera vez al mundo, porque según las veces que haya estado en él, así ha de ser la enseñanza que reciba.

—Venancio—dijo doña Ruperta con acento de mal humor,—vámonos al hotel, que este señor tendrá mucha razón en lo que dice, pero yo no puedo en conciencia seguir escuchando semejantes blasfemias.

—¡Blasfemias llamáis á lo que es la verdadera luz de la filosofía! Pues qué, ¿queréis decirme que Pitágoras, Platón y aquellos estúpidos filósofos griegos, que explicaron la transmigración de las almas, haciéndolas correr la posta desde el animal racional al irracional y de éste al árbol y á la piedra, eran los que tenían razón? ¿Sois por ventura partidaria de aquellos poetas que extraviados por Platón crearon las *Islas Afortunadas*, donde las almas, después de andar pegando tumbos de cuerpo en cuerpo por espacio de tres mil años, se retiraban á holgar llevadas por Mercurio, no sé si de la mano ó á costillas ó en un carruaje de alquiler?

—Mi madre—dijo con suavidad Venancio—no cree ni una cosa ni otra. A ella y á mí nos parece un gran desatino la *metempsicosis* griega, y otro mucho mayor el *espiritismo* norteamericano.

—Pues entonces, ¿qué es lo que creéis, vosotras las gentes sencillas y crédulas de las provincias? ¡Ah! ¡Bien sabía yo que fuera de Madrid, en los pueblos pequeños, había un gran escepticismo!

—Sí, amigo mío—dijo Venancio sonriendo;—somos tan escépticos que no creemos en ninguno de vuestros absurdos.

—Venancio—gritó doña Ruperta, que ya se había apartado largo trecho del fabricante,—vámonos de aquí, que me pongo mala.

—Pero, señora—dijo el fabricante sonriendo,—perdonad que no apruebe vuestra intolerancia. ¡Hemos de perder la amistad porque no pensamos del mismo modo en una cuestión dada! Yo entiendo la libertad del pensamiento de una manera muy distinta de la vuestra. Me gusta hacer la propaganda de mis ideas, pero jamás las impongo á nadie. Discutamos tranquilamente, y ¡quién sabe!, tal vez logréis convencerme.

—Sería imposible, porque tiene usted más talento que yo.

—Mil gracias; pero aunque eso fuera así, tan fuertes podrían ser vuestros argumentos.....

—Es inútil; yo no puedo discutir sobre cosas que afectan á mis creencias religiosas.

Venancio, que á fuerza de gran trabajo había logrado que Safo no tomara parte en esta discusión, se apresuró á cortarla inmediatamente diciendo:

—Señor Fernández, si queréis ser nuestro amigo, tened la bondad de no hablar más de estas materias. Mi madre os aprecia mucho porque sabe las atenciones que habéis usado conmigo, pero no puede sufrir ciertas discusiones.

—Os doy palabra de no hablar otra vez nada que pueda desagradar á vuestra madre, por más que me pese no poderla sacar del error en que está, creyendo que el espiritismo afecta á las creencias religiosas de los individuos.

—Pues cómo ha de ser, amigo mío, somos impenitentes; dejadnos vivir y morir en nuestra ignorancia.

—Sea como gustéis—repuso el fabricante.

Y alzó los ojos al cielo como diciendo: «¡Qué ignorantes y qué testarudos son estos lugareños!»





CUADRO XXXIX

DE CÓMO DOÑA RUPERTA VE TANTO, QUE DECIDE NO VER NADA MÁS

No sé, lector, si te habrá parecido mal que en el cuadro anterior haya permitido hablar hasta por los codos al fabricante de agua de Colonia sobre materias demasiado graves, sin terciar en la discusión para decir lo que yo pienso acerca de la transmigración, ó mejor dicho, reincarnación espiritista; pero si así fuere, habrás de perdonarme por lo pasado y por lo presente, puesto que si entonces pequé por callado, no traigo ahora propósito de ser hablador.

Sigo callando, no porque al buen callar llamen Sancho, sino porque no estoy de humor de hablar ni de discutir desde que ha llegado la hora de nuestra separación.

Verdad es que cuando me comprometí á enseñarte esta sociedad de MAÑANA no celebramos contrato alguno, de manera que yo quedara obligado á escribir tantos ó cuantos pliegos, ni tú á leerlos todos aunque te cansara la obra desde la primera línea: la libertad que tú te reservaste de leer hasta donde quisieras, me guardé yo para escribir hasta donde me diera la gana; pero nunca pensé abusar de este derecho para cercenarte algunos cuadros, pasando en silencio las cosas más notables y más gráficas de esta sociedad. Habíame propuesto, por el contrario, pecar de prolijo y sobrarme de nimio en la descripción de los usos y costumbres

de MAÑANA, y créeme, lector, que si ahora falto en parte á mi propósito no es mía la culpa.

Harto me pesa que el estado llano en que vivo, por mi calidad de espíritu, me tenga reducido á mayor extremo de miseria que aquel en que vivían los antiguos frailes mendicantes, que al cabo y al fin si hacían votos de pobreza, en días solemnes les era dado quebrantarlos; porque si fuera rico daría cuanto tuviera y empeñaría el resto para lograr que doña Ruperta no llevara á cabo su propósito de abandonar la corte.

Pero soy pobre y es tanta la estrechez en que vivo, que la funda ó *periespíritu* en que según los norteamericanos ando rebujado y envuelto, sobre ser tan estrecha y tan ajustada á mi individualidad metafísica que apenas me permite hacer el menor movimiento, ó como si dijéramos, estirar el brazo más allá de la manga, carece de bolsillos, y no parece sino que algún sastre de los condenados por Quevedo le quitó los bebederos y las sisas.

Mi único capital consiste en las diferentes existencias humanas que he tenido, y que á decir verdad ya no sé dónde andan; en la que hoy tengo, cuyo paradero también ignoro, y en las que habré de tener más adelante, hasta que todo tenga fin. Pero este capital no es negociable ni menos puedo ofrecérsele á doña Ruperta, puesto que el motivo de salir á escape de Madrid es el miedo de que la vuelvan á decir que los espíritus son como el agua de las norias, que va vertiéndose de uno en otro arcaduz hasta llegar al estanque del riego, donde se desparrama y toma nueva forma. Líbreme Dios, lector, de dar otro mal rato á esa pobre señora, y prefiero que por no acabar ella de ver Madrid no lo acaben de ver los lectores, á que enferme ó se muera; que según la han puesto las explicaciones espiritistas del fabricante de agua de Colonia, todo es de temer.

Y para que veas, lector, que no te exagero nada, te diré que desde la plaza de los toros, en cuyos alrededores ocurrió la discusión que sabes, hasta que su hijo la metió en un carruaje para llevarla al hotel, todo lo que vió la confirmó en la idea de marcharse al momento de la corte.

Las *naranjas de goma*, como ella decía, la salían al encuentro por todas partes.

Iba apoyada en el brazo de Safo y temía preguntarle cosa alguna, porque la respuesta la dejaba helada de espanto, al par que la aturdía la erudición de su futura nuera, á cuyas palabras prestaba atento oído Venancio, temeroso de una nueva complicación.

Pero la joven literata, á quien el amor que sentía por el hidalgo extremeño le daba una intuición maravillosa, lejos de perder fué creciendo en el aprecio de doña Ruperta, la cual compadecía á la *pobre niña* á medida que renegaba de la sociedad de la corte.

—¿Qué establecimiento es ese de tanto lujo?—preguntó al dar vista á un inmenso almacén de muebles que ocupaba cuatro manzanas de casas con calles cubiertas, propias del establecimiento.

—Es una gran sociedad de *recepciones periódicas y extraordinarias* que se acaba de abrir ahora nueva—contestó Safo—y que lleva grandes ventajas á las que de esa misma clase hay en otros puntos de la corte.

—¿Y qué hace esa sociedad?

—Encargarse de todas las recepciones, tes, comidas, bailes, conciertos y demás fiestas que en días determinados se dan en las casas particulares.

—Safo—interrumpió Venancio, que no perdía una sola palabra de lo que hablaban aquellas señoras,—hacedme el favor de explicarle á mi madre el mecanismo de esa sociedad, porque le divertirá oirlo.

—Es muy sencillo—repuso Safo.—Cuando se suprimió la ridícula costumbre de hacer visitas se cayó en otra mayor, que era la de no verse las gentes nunca, y se pensó en que era preciso que cada familia señalase un día á la semana ó al mes ó cada dos meses para no salir de casa y recibir en ella á sus amigos y conocidos. Pero como estas recepciones exigían grandes salones y muebles de lujo y abundancia de criados para sólo un día á la semana ó al mes, y esto no podían hacerlo todas las gentes, se crearon estos establecimientos, donde por un precio dado se alquilan muebles, servicio de mesa, criados y cuanto se necesita para que la recepción se haga con el esplendor y el buen tono que reclaman las exigencias de la época y los adelantos del siglo.

—¿Y se alquilan también los salones?—preguntó doña Ruperta.

—El que no los tiene en su casa los alquila en un hotel, y allí van los dependientes de estas sociedades á amueblarlos y va el repostero y los criados y todo lo necesario. Pero esto sólo lo hacen los forasteros, porque los que vivimos en la corte recibimos en nuestras propias casas.

—¿Pero alquilan ustedes los muebles y los criados y el cocinero?

—Claro es que sí, como que de otro modo sería imposible cumplir con las gentes como es debido. Para dar un te, un baile ó una comida como la dan estos establecimientos, sería preciso que todos fueran potentados.

—Y si no lo son, ¿por qué han de dar comidas como si lo fueran?

—Porque es preciso obsequiar á los amigos y á los conocidos.

—Pero el mejor obsequio sería tratarles con franqueza y cada cual con arreglo á su clase.

—El lujo no conoce más clase que el dinero—repuso Safo.—Si vos, que sois forastera, queréis mañana dar una comida digna de príncipes y alquiláis todo lo necesario al efecto, incluso los salones, vuestros amigos os harán mil elogios del servicio y del cocinero, como si todo fuera de vuestra propiedad.

—Pero dígame usted, ¿no saben los convidados que todo esto se alquila?

—Sí que lo saben, pero como el caso es comer bien y estar *confortables*, se dan por satisfechos.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó doña Ruperta.

Y volviéndose al fabricante de agua de Colonia añadió:

—¡Qué tal, amigo, ve usted cómo todo son naranjas de goma!

Sonrióse el fabricante, y fijando su vista la madre del hidalgo extremeño en un gran cartel que decía: *Se busca una persona que no sepa leer para emplearla en asuntos reservados*, gritó:

—¡Qué disparate! Que sepa leer querrá decir.

—No, señora—repuso Safo,—que no sepa leer.

—Pues eso es bien fácil; que vayan á mi pueblo, y casi uno sí y otro no están en ese caso.

—¿De veras?

—Lo que usted oye.

—Pues aquí es casi imposible hallar quien no sepa leer. Y francamente, para ciertos cargos conviene que no sepan, porque hay secretos que deben ser sagrados.

—No lo veo yo así; porque si son gentes de conciencia, en diciéndoles que no se enteren de lo que no deban enterarse.....

—Si les tiene cuenta enterarse, aunque no deban hacerlo lo harán.

Doña Ruperta no sólo evitaba el preguntar, sino que hacía por no ver, y marchaba con los ojos bajos procurando distraer su atención de lo que le salía al paso; pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo dejar de leer la siguiente inscripción, grabada en el pedestal de una de las infinitas estatuas que había en todas las calles y plazas que venían cruzando.

Á LA MEMORIA

DEL GRAN FABRICANTE DE BABUCHAS PARA SEÑORA

ADOLFO PÉREZ

Sus cenizas yacen en el cementerio 44 del Sur.
Su casa sigue abierta al público con notables mejoras
en la fabricación y baratura en la venta.
Pasajeros, entrad.—La desconsolada familia os servirá
mejor que el difunto.

—¿Qué quiere decir esto?—gritó doña Ruperta horrorizada.

—Nada—contestó Safo sonriendo;—charlatanerías de los sucesores de ese pobre babuchero.

—Pero esto es algo más que charlatanería, porque se habla de sus cenizas.

—Sí, señora, se dice que están en tal ó cual cementerio, como en las demás estatuas y monumentos que veréis en todas las calles y plazas de la corte.

—¿Y cómo se consiente semejante profanación?

—Al contrario, aquí no hay profanación ninguna. Precisamente creo que de este modo se evita que los cementerios sean lugar de romerías y de vanidades, impropias de la mansión del silencio y de la humildad. Figuraos que esta disposición se adoptó para atender á dos necesidades á cual más apremiantes. Era tal el lujo que se había introducido en los cementerios, que nuestros legisladores, recordando las antiguas leyes suntuarias, pensaron en aplicarlas á los campos santos, prohibiendo que en ellos se pudieran alzar mausoleos de ninguna clase, y autorizando á la vez á las familias de los difuntos para que delante de sus casas, en las plazas y en los paseos pudiesen erigir estatuas ó monumentos conmemoratorios. De este modo se ha logrado, como os he dicho antes, dos cosas: la primera, llevar la igualdad social hasta el último extremo, más allá de la tumba; y la segunda, dotar á Madrid de estatuas y de monumentos públicos, que era una cosa que con razón echaban de menos las generaciones pasadas. Ya veis—añadió Safo—cómo esta desamortización de las obras de arte, que antes estaban monopolizadas por los cementerios, ha sido una gran medida de ornato público.

—¿Quién lo duda?—repuso el fabricante, tomando parte en la conversación.—Si esto se hubiera hecho cien años atrás, las calles de Madrid serían el primer museo de escultura del mundo. Y por medio de estatuas, de bustos ó de bajos relieves, las generaciones pasadas vivirían en efigie como están viviendo en espíritu.

—Venancio—dijo doña Ruperta alterada,—toma un coche y que nos lleve al hotel.

—¿Está usted mala?—le preguntó cariñosamente su hijo.

—No me siento buena; pero me pondré bien si me marcho esta misma noche de Madrid.

—¡Que disparate!—exclamó Venancio.—Si está usted mala, lo primero es curarse y luego nos pondremos en camino.

—No, hijo mío, mi única curación está en mi lugar. Tú eres joven y podrás acostumbrarte á esta vida; yo no quiero vivir aquí una hora más. Agradezco infinito las atenciones y el cariño de esta señorita y de este caballero; pero si continuase en Madrid un día más, tengo por muy seguro que me moriría.

El acento con que doña Ruperta pronunció estas palabras revelaba

un fondo de verdad y de amargura que estremeció á Venancio hasta el punto de hacerle exclamar:

—¿Pero qué tiene usted, madre mía? ¿Qué le duele á usted?

—El alma—contestó con voz tristísima la pobre señora.

—Pues vámonos desde aquí al ferrocarril, ya que la idea de salir al momento la pondrá á usted buena.

—Sí que me pondrá, no lo dudes; pero antes quiero que vayamos al hotel para arreglar algunas cosas.

—Eso es lo de menos, no se cuide usted de nada. Ya avisaremos para que los criados bajen á la estación con el equipaje

—No, hijo mío, no seas tan precipitado ni hagas que estos señores me tengan por una loca antojadiza. A mí me gusta hacer las cosas en regla.

—Como usted quiera

—Además, ya que me has hablado de tus proyectos de matrimonio con esta señorita, no quiero irme sin dejarlo todo corriente y desearos que seáis muy felices. Puesto que, según me has dicho, no hay necesidad de ir á pedir la mano de esta señorita á su madre, como yo creía que era lo regular, me bastará con oir de su boca que ella accede con gusto á ser tu esposa.

—¡Oh, sí, con mucho gusto!—interrumpió Safo bajando los ojos.

—Yo me alegro; pero si me hallara en vuestro lugar no lo diría.

—¿Por qué no?

—¡Qué sé yo por qué! Por lo que yo no lo decía y quería mucho al que luego fué mi marido.

—¡Pero si yo lo siento así!

—Yo también lo sentía y me callaba.

—Pues yo no sé callar nada de lo que siento, aunque sea en contra mía.

—¿De veras?

—Sí, señora.

—Esa es buena cualidad, si no tiene algunas excepciones.

—Ninguna; ni me han enseñado á fingir, ni sé, ni quiero hacerlo.

Á doña Ruperta le pareció que su nuera hablaba con sinceridad, pero no por eso dejó de decir allá en sus adentros: «¡Si tendremos aquí otras naranjas de goma!»

Venancio, que no había alzado los ojos del suelo, abrazó á su madre, la besó la mano y le dijo:

—No sé cómo agradecer á usted lo buena que es para conmigo; pero Safo y yo tenemos que pedir á usted un favor.

—¿Cuál?

—El de que nos permita usted acompañarla al pueblo.

—¿Para qué?

—Para vivir siempre con usted.

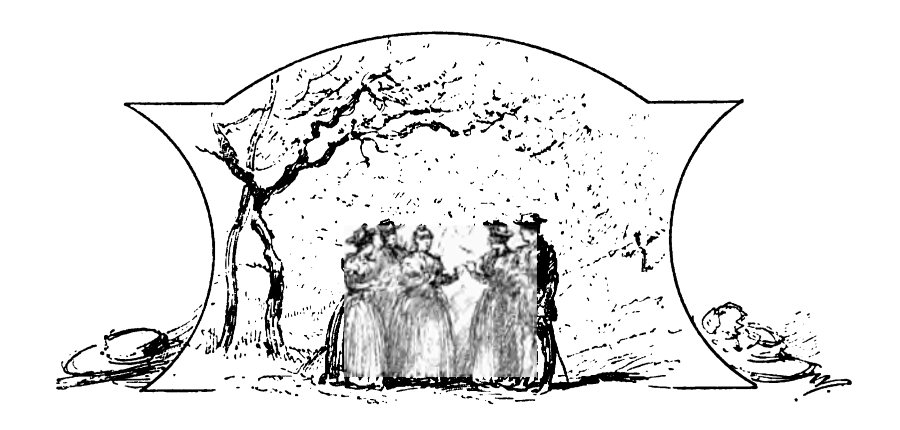
—¡Qué disparate! Safo se aburriría al momento. Tú vendrás á acompañarme, pero te volverás aquí en seguida. Eres diputado, vas á entrar en el ejercicio de tus funciones, y al lado de esta señorita, que hace libros y versos, brillaréis mucho en la corte.

—¿No queréis que os acompañe?—dijo Safo con una coquetería tan gachona que doña Ruperta, olvidando por un momento su manía de las naranjas de goma, la abrazó y la cubrió de besos.

Con lo cual quedó todo arreglado, hasta el punto de que, participando del general regocijo el fabricante de agua de Colonia pidió también ser de la partida, y hubo necesidad de acceder á su petición.

Safo se retiró con su doncella honoraria á dar cuenta á su madre de sus proyectos de viaje y de matrimonio, á todo lo cual la buena señora dijo amén, apresurándose á hacer una visita de etiqueta á su consuegra por medio de un retrato, y punto concluído.





CUADRO XL

LA LUNA DE MIEL

Tan cierto es, lector queridísimo, que á medida que iba llegando la hora de escribir la última palabra de este libro me iba pesando cada vez más haberla empezado, que ahora que estoy en ese momento crítico tiemblo como un azogado, y no me llegaría la camisa al cuerpo si mi espíritu no fuera de antemano descamisado, como es verdad, y verdad desnuda, que si por ti tiemblo y por lo que tú puedas decir en mi daño me acobardo, por lo que está diciendo el autor de las dos primeras partes de esta obra me alegro y me regocijo de haberme ingerido en su brazo para hacerle escribir esta última.

Todo aquello que te dijo de que se lavaba las manos, declarándose irresponsable de cuanto yo hiciera, y aun añadiendo que aguardaría á que mi trabajo estuviera concluído para acudir á una librería y comprar un ejemplar, leyéndole con indulgencia, todo es mentira. Si tal fué su propósito, no le ha cumplido. Como hombre de HOY ha faltado á su compromiso de AYER y ha leído antes que tú los cuadros de MAÑANA.

Y no es lo peor que los haya leído, sino que no le han gustado y anda diciendo mil pestes de ellos, sin tener en cuenta que el que tiene el tejado de vidrio no ha de apedrear al del vecino, y que si yo quisiera criticar sus exageraciones de AYER y el mal humor con que ha visto la sociedad

de HOY, hallaría cien faltas más graves que las que él está encontrando en esta de MAÑANA. Y cuenta que aunque yo no he puesto nada de mi cosecha, sino que he contado lo que estoy viendo que ha de suceder, al cabo y al fin se trata de cosas que aún no han sucedido, y puedo engañarme viéndolas desde tan lejos, ó ellas enmendarse en el camino hasta llegar á ser en realidad lo que están siendo en embrión; pero él no estaba en ese caso, porque no tenía más que hacer sino copiar lo que con la imparcialidad de ultratumba resultaba de la época de 1800 y lo que estaba viendo por sus ojos en 1850.

¿Pero quieres, lector, que te diga con franqueza de qué nace su enojo y que te explique el por qué le parecen exagerados estos cuadros? Pues no es por otra cosa sino porque no he faltado á la verdad, diciendo que MAÑANA estará su libro en todas las bibliotecas públicas y en todos los gabinetes de lectura y en todas las casas, y que los periodistas hablarán de él y le buscarán los eruditos y le copiarán los historiadores.

¿Y cómo he de decir semejante cosa cuando me consta todo lo contrario? Suponiendo que su libro de AYER, HOY Y MAÑANA tuviese el privilegio de alcanzar una posteridad más remota que la que á todos los libros modernos concede el papel continuo en que están impresos, se enseñaría en algún museo de antigüedades por el forro, y sólo por el forro, como un caso curioso de longevidad papelífera, y punto concluído; como se están enseñando en los *museos de antigüedades industriales* algunos ejemplares de fotografías que aún no han desaparecido por completo, piezas de estuco que no han perdido del todo su forma, molduras doradas y otros restos de la pasada y efímera restauración industrial y artística de 1850, en que el mármol y el bronce eran duros de pelar y todo se hacía con papeles de color y cartón-piedra.

Pero pensar en que esta sociedad, que tiene tanto que hacer consigo misma, va á ocuparse de lo que hicieron los demás, es una gran bobería. Aquí ya no hay aquello de hoy por ti y mañana por mí, sino siempre por uno mismo.

¡Buen tiempo tienen los escritores de MAÑANA para hacer viajes á Simancas, y pasar allí tres meses buscando un documento que los ponga en camino de hallar otro, en el cual se indique dónde podrán encontrarse noticias sobre el paradero de tal ó cual códice, en que se supone que está la fecha del nacimiento de este ó el otro grande hombre! Ni aunque tuvieran el tiempo de sobra lo emplearían en buscar noticias tan baladíes. Cuanto más, que si necesitan saber algo, no han de ir á aprenderlo en los libros, que para esto está el *palacio de la inspiración*, donde hay salas de historia, gabinetes de novela y buhardillas poéticas. El autor que quiere escribir un libro alquila uno de esos departamentos, donde los

muebles, las paredes y todos los adornos hablan á su fantasía con más elocuencia que todos los archivos del mundo; y allí, sin empolvarse con los manuscritos apolillados ni los códices carcomidos, no tiene más que hacer sino *coser y cantar*, como suele decirse.

Y lo mismo que pasa con las reputaciones literarias pasa con los títulos de nobleza y con las propiedades territoriales, mercantiles y de la industria. Las leyes desamortizadoras, las de desvinculación y las antihereditarias han traído las cosas á su verdadero cauce, y ya el pasado pasó real y verdaderamente, de manera que nadie se acuerda de él. Ni los próceres viven un día más que sus rentas, ni á éstas las dejan pasar de un estrecho límite las leyes de la desamortización y de la desvinculación. Ya ves, lector, cuán injusto es el autor de las dos primeras partes de esta obra al censurar tan agriamente como lo está haciendo esta última.

No sigas tú su ejemplo, y si no te ha gustado, lo cual es muy posible, echemos pelillos á la mar y no la vuelvas á leer, que yo te prometo no volverla á escribir; pero resérvate tu opinión y calla.

Calla y oye, en pocas más de dos palabras, lo que me queda por decir á propósito de la salida de doña Ruperta de la corte, acompañada de Safo, de Venancio, del fabricante de agua de Colonia y de otra señorita, á quien ya tuve el gusto de presentarte en otra ocasión.

Apenas Norma, que esta es la joven á que me refiero, tuvo noticia de la resolución de Safo, pidió ser de la partida, y lo fué con efecto, gracias á que doña Ruperta era de suyo hospitalaria, y *la petó*, como ella decía, el empaque de la novia desairada por el folletinista del *Eco de las Soledades*. En el *Vespertino de la Unidad Transatlántica* se anunció aquella misma noche, sin que Venancio pudiera saber quién dió la noticia, su próximo enlace con Safo, y aun añadía el periódico del hotel que los desposados irían á pasar la luna de miel á la *Nueva Arcadia Matrimonial;* lo cual no era cierto, y así debía saberlo el periodista, pero los socios del hotel estaban interesados en la Nueva Arcadia, y soltaban la noticia porque nada perdían con soltarla y podían ganar mucho si Venancio acertaba á recogerla.

Y hubiera hecho muy bien en darse por entendido, alquilando en la Nueva Arcadia lo que se llama *una luna de miel*, porque así habría visto lo que ni siquiera en sueños se hubiese podido imaginar.

Figúrate, lector, que esa Arcadia es una gran finca campestre, situada á cincuenta kilómetros de la corte, en medio de los montes de la Alcarria, donde toda planta aromática tiene su asiento, toda abeja laboriosa hace su panal y toda tórtola enamorada construye su nido: imagínate que además del blando ambiente, con que el romero, el tomillo ó la salvia purifican esa comarca privilegiada de la naturaleza, la mano del

hombre ha vertido en ese suelo feraz multitud de semillas de otras tantas flores aromáticas, y comprenderás todos los grados de amor que se respiran en ese paraíso matrimonial.

Casas rústicas, enteramente rústicas al exterior, pero elegantes *confortables* y cómodas interiormente, se alzan, aisladas las unas de las otras, en el monte; chozas de aspecto humildísimo por fuera y que por dentro son pabellones del mejor gusto, se ven por todas partes; y fuentes y cascadas y arroyos bullidores embellecen el recinto, contribuyendo con la frescura que derraman á que la atmósfera de amor que allí se respira sea cada vez más pura y más balsámica.

En el centro de la comarca se alza una gran rotonda, donde están todas las dependencias del establecimiento, inclusas la cocina y la repostería; pero ninguno de los empleados puede salir á pasear por el monte, que es del uso exclusivo de los huéspedes. Y como éstos han de vivir allí como vive la guardia civil en los caminos, esto es, apareados, no se halla otra cosa sino parejas, que pocas veces se ven entre sí, porque los pabellones están dispuestos de manera que cada matrimonio pueda aislarse cuanto quiera sin dejar por eso de gozar de los encantos de la Arcadia.

Las casas, las chozas, las grutas, los bancos y hasta los árboles, todo está hecho de manera que no pueda servir más que para dos personas. Y en cuanto á los paseos, además de ser veredas estrechas, por las que apenas cabe una pareja si no marcha muy íntima, están dispuestos de tal modo, ya por las sinuosidades del terreno, ya por la forma del trazado, que jamás se encuentran los unos con los otros, aunque todos vayan á un mismo sitio. Todo allí parece que ha sido hecho con arreglo al precepto amatorio de Rojas Zorrilla, cuando dice por boca de García del Castañar:

«Donde en servicio de Dios,
Una yo y otra mi esposa
Nos comemos, que no hay cosa
Como *á dos perdices* dos.»

Y á tal extremo se lleva el emparejamiento, que los coches del electrocarril que va desde la corte á la Arcadia sólo tienen dos asientos. De manera que si los recién casados no quieren ver á nadie más que á sí mismos y estar siempre pensando *él* en *ella* y *ella* en *él*, pueden lograrlo desde el momento en que se acercan al despacho de billetes y piden «una *luna de miel* de 1.ª, de 2.ª ó de 3.ª, ida y vuelta, por ocho ó por quince días.»

Este es el plazo de las más largas; pero se venden pocas de éstas, y los veedores del establecimiento están siempre con cuidado desde que pasan

los ocho días para ver si los desposados empiezan á *estar de monos;* en cual caso es deber suyo acecharlos, y si arrecia la tempestad y hay indicios del trueno gordo, amonestarlos para que hagan las paces ó se vuelvan á Madrid para evitar el mal ejemplo en la Arcadia, lo cual redundaría doblemente en descrédito del establecimiento.

Y digo doblemente, porque mientras dura el amartelamiento los cocineros hacen su negocio, á causa de que las parejas, que serían capaces de vivir sólo de amor y cuando más de *pan y cebolla,* comen lo que les dan y no reparan en melindres; pero cuando el amor va perdiendo algunos grados, sube el apetito y se adelgaza el paladar hasta llegar á conocer que los están tratando indignamente. Y si á este descrédito en que cae la cocina se une el que puede resultar al establecimiento por haberse producido allí el desamor, ¡figúrate, lector, qué pérdida tan grande no será para la sociedad propietaria de la Arcadia Matrimonial!

Pero el *Eco del Hotel Trasatlántico,* en su edición vespertina dijo un disparate al asegurar que Safo y Venancio iban á pasar la luna de miel á la Arcadia. La pasaron, y les dura aún, que es mucho mejor, en el pueblo de doña Ruperta, donde esta señora, sin más argumentos que su olla podrida extremeña, sabrosa y sana, sus paseos higiénicos entre las encinas, sus visitas al hato de las ovejas, su tresillo por la noche, su misa á la madrugada y una envidiable tranquilidad á todas las horas del día, ha logrado, ¡pásmate, lector!, ha logrado que el fabricante de agua de Colonia abjure de sus doctrinas espiritistas.

Y tanto se ha enamorado el buen Nicodemus Fernández de la vida patriarcal que se hace en el pueblo de doña Ruperta, que ha decidido venir á Madrid á vender su fábrica para comprar una casa de campo inmediata á la de Venancio. Casándose, apenas lo tenga todo arreglado, con Norma, según lo ha dispuesto doña Ruperta; la cual desde muy joven decía que *le daba el naipe* para casamentera.

De Safo, lector, quisiera no decirte nada porque temo que has de tenerme por embustero; pero la verdad es que se ha encariñado tanto con el género de vida que hace al lado de su suegra y ama tanto á esta buena señora, que no tiene más voluntad que la suya.

En fin, lector, ¿te acuerdas de lo que dijo que entendía por poesía y de la burla que hizo de los versificadores? Pues ahora basta que doña Ruperta le diga que *saque un verso de su cabeza* para que eche más coplas que arrojan en un año todos los fabricantes de cerillas fosfóricas.

Á Venancio le parecen trozos de la *Eneida* cuantos versos salen de los labios de su esposa, y todos viven en paz y en gracia de Dios, sin acordarse para nada de la corte ni echar de menos ninguna de las comodidades y de los goces que proporciona la civilización.

Semejante cambio parece imposible, y me hace recordar aquella copla con que la sociedad de 1800 se despidió del mundo al ver asomar la de 1850, y aun repetirla corregida y aumentada del modo siguiente:

Loco estaba el mundo
cien años atrás,
loco nos le dieron,
loco le entregamos,
loco sigue siendo,
loco morirá.

POSDATA.—Me olvidaba de decirte, amigo lector, que aquella carta misteriosa que el año 1850 dejó escrita al morir, encargando, bajo severísimas penas, que no se abriera hasta 1899, no ha parecido ni tengo noticias de que nadie la haya buscado.

Y debo advertirte que á nadie le preocupa semejante extravío, porque ya te he dicho que esta sociedad no tiene la vista en el cogote. Dice que lo que no fué en su año no es en su daño, y que á muertos y á idos no hay amigos. Por otra parte, ¿qué podía decir aquella sociedad corta de vista en una carta cuyo sobrescrito decía *mañana será otro día?*

«¡Mañana será otro día!....» Es decir, que será un día más; pues gracias por la noticia.

Estas gentes, que no se cuidan poco ni mucho de averiguar quiénes fueron sus padres, se ocupan menos aún en inquirir quiénes serán sus nietos. Nada dicen, y si algo dijeran se enjuagarían la boca con estos versos de Jorge Manrique:

«Y pues vemos lo *presente*,
cuán en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo *no venido*
por *pasado*.»

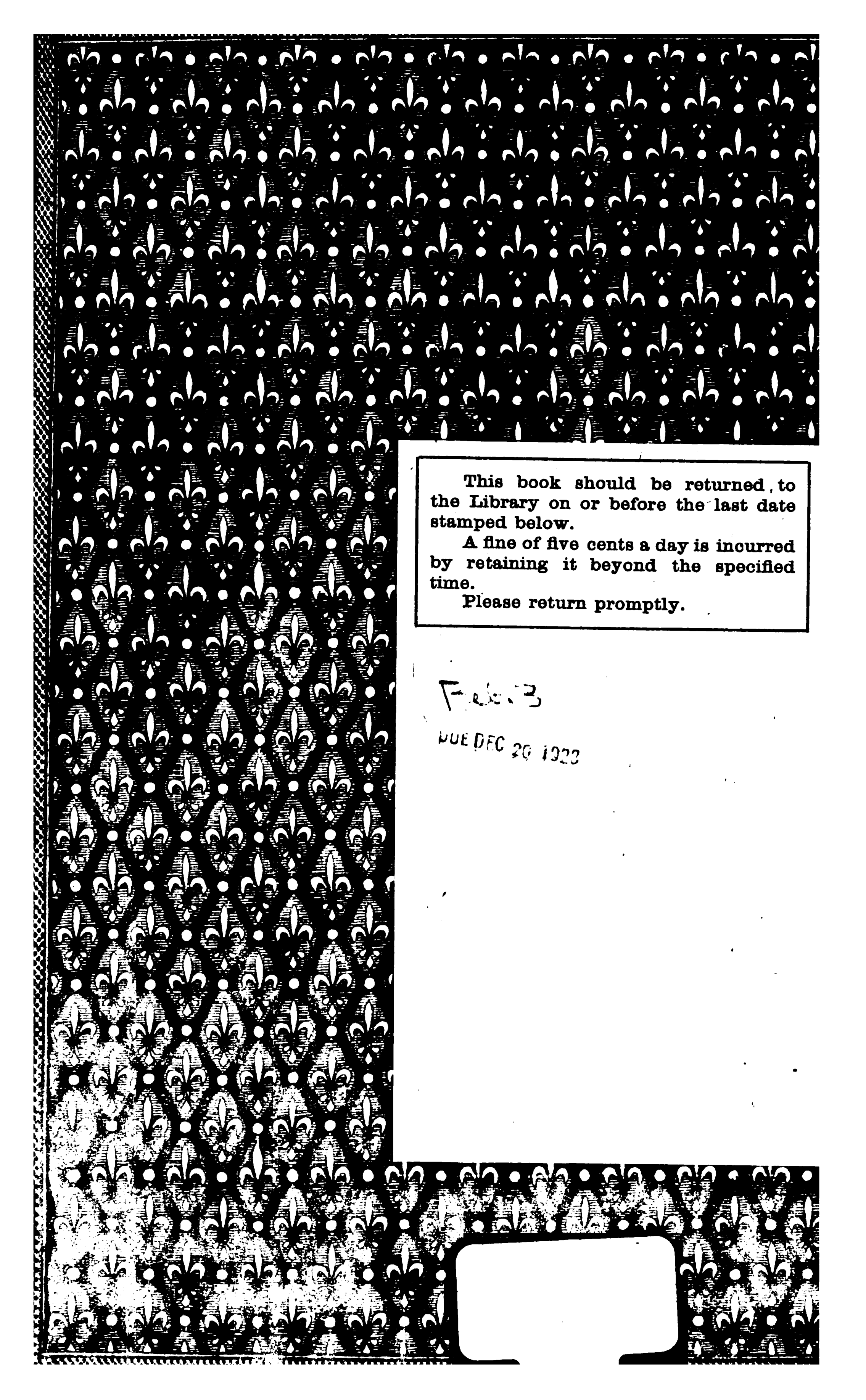
FIN DEL TOMO III Y ÚLTIMO

INDICE

DE LOS CUADROS QUE CONTIENE ESTE TOMO

PARTE TERCERA

CUADROS PAGINAS



This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.
DUE DEC 20 1923